

El patrimonio cultural en las misiones de Baja California

El patrimonio cultural en las misiones de Baja California

Estado de la cuestión y perspectivas de futuro

Miguel Ángel Sorroche Cuerva
(ed.)

Lorella Castorena Davis
Martha Micheline Cariño Olvera
Gloria Espinosa Spínola
Lucila del Carmen León Velazco
Francisco Montes González
Antonio Ortega Santos
Miguel Ángel Sorroche Cuerva

Proyecto I+D+i Las misiones de Baja California (México)
entre los siglos XVII y XIX
(HAR2009-11737)

Financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación

Granada, 2011

Colección:
ATRIO PATRIMONIO
3

Director: Rafael López Guzmán

Créditos fotográficos:

Baja California. El espacio patrimonial
MIGUEL ÁNGEL SORROCHE CUERVA

El proceso de evangelización en Nueva España. Elementos básicos de la religiosidad en Baja California
GLORIA ESPINOSA SPÍNOLA - MIGUEL ÁNGEL SORROCHE CUERVA

Las misiones jesuíticas de Baja California Sur (1697-1768): Cambio cultural/medioambiental
MIGUEL ÁNGEL DE LA CUEVA

Indígenas, misioneros y soldados en Baja California durante la administración franciscana y dominica
LUCILA DEL CARMEN LEÓN VELAZCO

Reflexiones sobre las misiones jesuíticas en el noroeste novohispano
FRANCISCO MONTES GONZÁLEZ - MIGUEL ÁNGEL SORROCHE CUERVA

Paisaje agrario e historia ambiental. Una aproximación a Baja California hoy
ANTONIO ORTEGA SANTOS

© Los Autores

© Editorial Atrio, S.L.
C./ Dr. Martín Lagos, 2 - 1.º C
18005 Granada
Tlf./Fax: 958 26 42 54
e-mail: atrioeditorial@telefonica.net - www.editorialatrio.es

ISBN: 978-84-15275-02-2

Depósito Legal: Gr.-2.165/2011

Diseño y maquetación: Javier Cervilla García

Imprime: Gráficas La Madraza

Sumario

Prólogo	
RAFAEL LÓPEZ GUZMÁN	9
INTRODUCCIÓN	13
Baja California. El espacio patrimonial	
MIGUEL ÁNGEL SORROCHE CUERVA	39
El proceso de evangelización en Nueva España. Elementos básicos de la religiosidad en Baja California	
GLORIA ESPINOSA SPÍNOLA	79
Las misiones jesuíticas de Baja California Sur (1697-1768): Cambio cul- tural/medioambiental	
MICHELINE CARIÑO Y LORELLA CASTORENA	113
Indígenas, misioneros y soldados en Baja California durante la adminis- tración franciscana y dominica	
LUCILA DEL CARMEN LEÓN VELAZCO	163
Reflexiones sobre las misiones jesuíticas en el noroeste novohispano	
FRANCISCO MONTES GONZÁLEZ	201
Paisaje agrario e historia ambiental. Una aproximación a Baja California hoy	
ANTONIO ORTEGA SANTOS	227

Prólogo

Rafael López Guzmán

El conocimiento de la cultura desarrollada por la monarquía hispana durante la Edad Moderna ha ido basculando en los últimos años, cada vez mas, hacia los amplios territorios americanos. La comprensión de los procesos allí desarrollados significan complementar y sopesar, en su justa medida, apreciaciones realizadas desde el centro, es decir la península ibérica, a las que se suman las importantísimas aportaciones de las posesiones europeas de los Austrias y, mas tarde, de los Borbones conjuntamente con sus relaciones y pactos familiares.

Ahora bien, este conocimiento de los espacios del nuevo mundo se ha ido completando en las últimas décadas gracias a investigaciones llevadas a cabo desde universidades españolas y, en paralelo, por la amplia actividad de distintos centros de investigación de la variada geografía americana que inciden, lógicamente, sobre su territorio cultural próximo. En esta dualidad, separada por el Atlántico, han faltado visiones de conjunto en las que investigadores de distinta procedencia y formación incidieran sobre el mismo objeto cultural, siendo esta óptica integradora, quizás, la virtud mas sobresaliente de este libro. Pero, la historia comienza años atrás...

Desde la Universidad de Granada llevamos ya varias décadas entregados al estudio de la cultura artística americana, sabedores de su importancia para nuestra propia identidad. El grupo de investigadores entregados a esta tarea parte de la idea inicial del conocimiento *in situ*, del recorrido pautado, del trabajo de campo, de la apreciación personal y de la necesidad de los trabajos, a veces de marcado carácter local, desarrollados en cada ámbito cultural. Así, hemos

recorrido buena parte del continente americano en sus espacios más significativos en cada momento de la historia. Pero, la amplia geografía significa, igualmente, la limitación de nuestro empeño. Y, entre los límites evidentes, quedaba la península de Baja California.

Espacio deseado, con literatura paradisíaca que arranca, incluso, desde antes del conocimiento de su realidad geográfica, alejado del gran territorio dominado por las culturas mesoamericanas que ha centrado, lógicamente, buena parte de las investigaciones hasta este momento.

No obstante, en el año 2006 llegué a Baja California y me encontré con la sensación de aquellos que integraron las grandes expediciones científicas de los siglos XVIII y XIX. Todo era susceptible de conocimiento, la curiosidad científica te hacía girar entre geología, botánica, climatología, antropología, historia de la cultura y cualquiera de las otras disciplinas positivistas. La sensación de integración en un auténtico paisaje cultural era evidente. El aislamiento histórico y el limitado desarrollismo obligaba a plantear su conocimiento desde una óptica más amplia que el exclusivo campo de la historia del arte.

Esta primera percepción desde el lugar llevaría a confeccionar un proyecto, que dirigido por el profesor Miguel Ángel Sorroche, comienza a dar sus primeros resultados integrando a investigadores de diversa procedencia territorial y de ámbitos de conocimiento complementarios en un intento de coordinar conocimiento histórico, evolución social, determinantes geográficos, valores patrimoniales (tangibles e intangibles) y futuro del ecosistema.

Es cierto que los procesos de ocupación misional del siglo XVIII supusieron cambios de percepción, ocupación y explotación de los recursos que violentaron el equilibrio poblacional, económico y territorial previo. No obstante, este fenómeno significaba la presencia puntual con intervenciones desarrollistas, como sería el sistema de canalizaciones, almacenamiento de agua y explotación de los oasis, proponiendo una nueva relación con el medio atendiendo a las limitaciones existentes. De hecho buena parte de la estructuración socioeconómica de la península de Baja California llega a fines del segundo milenio como resultado de aquellos planteamientos entre la misión, la creación de rutas y el control territorial en dirección norte, ejemplo palpable en el sistema de rancherías. Son limitadas

explotaciones mineras, incluso búsqueda frustrada del bolsos petrolíferas y explotación de recursos marinos, las razones que dan lugar a enclaves conflictivos en el territorio con proyectos urbanos ajenos a los modos de vida bajacalifornianos y con nula implicación en el desarrollo de estos territorios o de su población autóctona.

Pero, quizás, ha sido el turismo de ocio, la búsqueda de una climatología paradisíaca y las razones de confort de las sociedades desarrolladas las que han incidido mas sobre su geografía creando auténticas islas de lujo, de especulación con la naturaleza de espaldas a la riqueza patrimonial y cultural del entorno. Nada tienen que ver los complejos hoteleros que puntean lugares idílicos del litoral pacífico con aquella diversidad, horizonte de naturaleza e imbricación con la tierra que buscaban algunos adelantados pacifistas y críticos con el *establishment* en los años sesenta y setenta. Ahora, falsos títulos turísticos como «pueblos mágicos», propuesta de la Secretaría de Turismo de México, ocultan la historicidad y la unidad cultura-naturaleza del paisaje californiano a la búsqueda de una clientela que perturba los modos de vida y aportan contadas inversiones que se traduzcan en mejora generalizada para el territorio y su identidad.

En ese debate entre desarrollismo globalizador y comprensión de la diversidad de los ecosistemas se encuadra este libro que viene a proponer el conocimiento de la Baja California para reconocernos en sus valores y tutelar procesos de integración entre mejora de las condiciones de habitabilidad, respeto al patrimonio cultural y deleite del visitante centrado en la diversidad de un territorio y de sus cualidades, al margen de anodinos y equivalentes espacios turísticos sin ubicación precisa en el planeta.

Felicítarnos, por tanto, ante la edición de este libro, por la confluencia fructífera de un grupo de científicos sociales que nos proponen un viaje a Baja California de carácter integral y que manifiestan su clara intencionalidad de continuar con sus investigaciones; las cuales, mas allá de la validez académica, significan el compromiso con un territorio, con unas gentes y con un paisaje a los que están unidos con lazos de carácter personal y sentimental.

RAFAEL LÓPEZ GUZMÁN
Catedrático de Historia del Arte

Introducción

Esta publicación recoge los contenidos de las intervenciones que los miembros del proyecto de I+D+i, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación: «*Las misiones de Baja California (México) entre los siglos XVII y XIX. Paisaje Cultural y Puesta en Valor*» (HAR2009-11737) y que con el respaldo de la Acción Complementaria para proyectos de investigación fundamental no orientada: «*El patrimonio cultural en las misiones de Baja California (México). Estado de la cuestión y perspectivas de futuro*» (HAR2009-08337-E), llevaron a cabo en el Instituto de América, Centro Damián Bayón de Santa Fe (Granada), a finales de octubre de 2010.

El tema central de las sesiones, las misiones que jesuitas, franciscanos y dominicos edificaron en la península de Baja California entre finales del siglo XVII y la primera mitad del siglo XIX, ha sido el pretexto para articular una serie de aproximaciones al rico patrimonio que atesora esta porción de la república mexicana, por medio de las cuales analizar su estado actual y plantear líneas estratégicas que permitan esbozar propuestas de futuro que lleven a su recuperación, conservación y difusión a través de su puesta en valor.

El creciente interés que existe hoy en día por lo patrimonial en tanto que instrumento articulador de territorios a partir de sus recursos culturales y naturales, posicionándose como alternativa de desarrollo que busca no sólo la riqueza económica sino el aumento de la calidad de vida de sus habitantes, está llevando a la elaboración de programas nacionales de conservación y concienciación, e internacionales de cooperación, que buscan la recuperación de un

rico legado que en muchos casos se encuentra en claro peligro de desaparición.

En ese sentido, la realidad histórica que caracterizó el proceso de control territorial en América, es un argumento más que válido para elaborar una propuesta como la aquí planteada. Su desarrollo estuvo marcado por episodios complejos en los que además de la lejanía, las condiciones impuestas por el medio y por los propios grupos indígenas a los que hubo que enfrentarse, actuaron como determinantes. En el caso de Nueva España, los objetivos políticos, económicos y religiosos interactuaron en cada una de las fases en las que se fueron controlando los ámbitos central, sur y norte del antiguo contexto prehispánico que se conocería desde los años 40 del siglo XX como Mesoamérica. De ellos, el Gran Norte, como se denominó a la vasta extensión de tierra mas allá de los confines de los valles centrales mexicanos, conoció un proceso que prácticamente no se vio culminado hasta la adhesión de una parte de ellos por los Estados Unidos de América a lo largo del siglo XIX, lo que no evitó que se presentara como un gran desconocido hasta bien entrado el siglo XX. Sus dimensiones explican que historiográficamente se haya dividido por ámbitos geográficos e incluso étnicos, siendo la especificidad de uno de ellos el objeto de este trabajo, el territorio de la península de Baja California.

Partimos de una realidad histórica. La expansión hacia el norte de la frontera de Nueva España, fue incorporando al dominio español un conjunto de regiones caracterizadas por su cada vez más dura realidad medioambiental y al mismo tiempo riqueza en recursos; poniendo en contacto a grupos humanos que nada se parecían a los inicialmente conocidos en los ámbitos nucleares novohispanos. Frente al grado de urbanidad de éstos, aquellos se mostraban belicosos y con unos hábitos en los que el nomadismo impondría sus condiciones en los procesos de reducción llevados a cabo en las misiones.

Este proceso, motivado por unos objetivos inicialmente económicos, devino en una suerte de cruzada en la que el adoctrinamiento y evangelización de dichos grupos se convirtieron en prioridad desde finales del siglo XVI. Espacio periférico, se dispuso en él para esta función a una de las últimas órdenes en llegar a tierras americanas, los jesuitas, que desde 1568 estaban en Perú, y

desde 1572 en México, y a dos de las primeras en hacerlo, franciscanos y dominicos. Los jesuitas llegaron inicialmente a los núcleos urbanos, en los que fundaron colegios donde formar a la clase criolla, para posteriormente adentrarse en los espacios del norte, en los que aplicarían al igual que en Suramérica, los principios de una sociedad utópica aislada que buscará la redención del indígena americano.

Fue la misión el procedimiento por el que se articuló el territorio y se intentó controlar al indígena bajacaliforniano. Testimonio evidente de la presencia occidental en estas tierras, no fue el único. Su protagonismo en los acontecimientos que se sucedieron hasta entrado el siglo XIX la convierten en eje central de esta propuesta. No sólo por alzarse en referente icónico de unos espacios a los que alteró su condición natural, sino por ser el continente de un régimen en el que chocaron los intereses de la Corona española y los miembros de la sociedad religiosa y civil que actuaron.

Como decimos, el estudio de su herencia como testimonio cultural ha sido la excusa que ha llevado a reunirse a este grupo de investigadores en la ciudad de Santa Fe (Granada), para analizar los problemas que afectan a ese ámbito de la península de Baja California desde la firme convicción de que se trata de una realidad cultural y natural indisoluble. Un proyecto integrado por profesores de las universidades de Granada (Miguel Ángel Sorroche Cuerva, Antonio Ortega Santos y Francisco Montes González), Almería (Gloria Espinosa Spínola), Baja California Sur (Martha Micheline Cariño Olvera) y Baja California (Lucila del Carmen León Velazco) que desarrollan distintas líneas de investigación relacionadas con América y cuyo vínculo profesional considerábamos necesario. Algunos de ellos son miembros del grupo de Investigación: *Andalucía-América: Patrimonio y relaciones artísticas* (HUM-806), y del proyecto de Excelencia de la Junta de Andalucía: *Andalucía en América. Arte, Cultura y Sincretismo Estético* (P07-HUM-03052), ambos dirigidos por el profesor Rafael López Guzmán. Desde esta base se planteó la posibilidad de trabajar sobre este espacio concreto.

La conjunción de historiadores del arte e historiadores no ha sido casual. Se buscó en ello una multidisciplinariedad que saltara las barreras de una interdisciplinariedad que pensábamos no aportaría las herramientas necesarias para aproximarnos con claridad al

objeto de nuestro estudio. De ahí que la especialización de cada uno de los miembros de este equipo busca aportar su grano de arena a la conformación de la idea que se desarrolla, constituyéndose en el inicio de una paulatina ampliación de miras en la que arqueólogos, geógrafos, arquitectos, gestores culturales, etc., tendrán mucho que decir y encontrarán su espacio para aportar en sucesivas colaboraciones, los aspectos necesarios que permitan abordar las múltiples caras que presenta la poliédrica línea de investigación propuesta.

No cabe la menor duda que dentro de la historia de América, el período de presencia española se desarrolló de una forma continua durante tres siglos, a lo largo de los cuales se sucedieron episodios que la dotaron de una diversidad impuesta por las condiciones sociopolíticas de cada momento, la inmensidad de un territorio desconocido y la pluralidad de las culturas que lo habitaban.

Una valoración de conjunto otorga una falsa homogeneidad, que se convierte en pluralidad si nos aproximamos a la individualidad de los espacios sin caer en la descontextualización de los acontecimientos. La entrada de Hernán Cortés en México-Tenochtitlan en agosto de 1521, marcaba el inicio de un proceso histórico caracterizado por la redefinición de una empresa político-económica que se tornó redentora, tras la evidencia de que no se había llegado a la tierra de la Especiería, sino a un nuevo mundo de incógnitas consecuencias.

Los distintos ámbitos geopolíticos con los que se entró en contacto marcaron el desarrollo de los acontecimientos. La primera fase, la que aconteció esencialmente en el Caribe y en los bordes litorales del continente, preparó los acontecimientos que se sucederían desde 1519. La dimensión de las tierras por controlar, desconocida para el europeo, encontró un condimento más en la civilización que las ocupaba, una amalgama de culturas, resultado de un largo proceso histórico que desde hacía más de tres mil años había generado unos grados de desarrollo cultural que permitieron el establecimiento de unas relaciones sociales complejas y una optimización en el empleo de los recursos naturales que garantizaron su crecimiento y expansión.

La firme convicción de que no se había alcanzado el objetivo inicial, comenzó a tomar cuerpo con el descubrimiento del Mar del

Sur, el Pacífico, en 1513 por Núñez de Balboa y refrendada entre 1519 y 1522 con la vuelta al mundo de Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano. Las expediciones organizadas por Cortés solo seis meses después de la entrada en la capital azteca, permitieron iniciar el conocimiento de las costas pacíficas norteamericanas y le llevarían a Baja California a inicios de la década de los treinta del siglo XVI.

Por tierra, la expansión hacia el norte vino determinada por la necesidad de controlar a los grupos indígenas que se movían por los confines de los territorios inicialmente controlados, y por el descubrimiento de las minas de Zacatecas, Querétaro y San Luis de Potosí, que vinieron a aliviar la situación económica de la aventura americana que se había vuelto problemática desde el segundo tercio del siglo XVI. El Gran Norte Mexicano o la Gran Chichimeca, se convirtió de esta forma en objetivo prioritario que requirió de una estructuración y control territorial que inicialmente se basó en un enfoque bélico del problema por las características de los grupos indígenas que habitaban estos territorios y a los que era indispensable controlar para garantizar el desplazamiento de personas y mercancías por las nuevas rutas abiertas entre los centros mineros y capitales como la misma México o Guadalajara. Haciendas, presidios y ciudades se convirtieron en la base sobre la que se armó una tupida red de establecimientos que garantizarían el proceso. Los actuales estados mexicanos de Nayarit, Sinaloa, Sonora, Durango, Chihuahua, Baja California, y los estadounidenses de Texas, Nuevo México, Arizona y California, fueron el escenario en el que se desarrolló esta parte de la historia.

En Baja California confluyeron en un modo evidente la tradición y la novedad que caracterizaron la ocupación del territorio americano, reflejo de las contradicciones de una época que se vio sacudida por acontecimientos que hicieron tambalear concepciones medievales superadas por el mismo proceso que se desencadenaba. La aventura americana se envolvió en un halo de hidalguía al que contribuyeron las lecturas de libros de caballería en la península Ibérica, que de alguna manera mantenían viva la idea de un enfrentamiento con el «otro», necesaria en un momento en el que la caída de Granada dejaba un vacío difícil de llenar por las instituciones peninsulares.

Títulos como *Las sergas del muy virtuoso y esforzado caballero Esplandián hijo de Amadis de Gaula*, publicada en Sevilla en 1508 y obra de Garci Rodríguez de Montalvo, toman protagonismo. Vinculada con uno de los títulos más renombrados como el Amadis de Gaula, es en esta obra en la que se fusiona mito y realidad, al ser la primera en mencionar en una fecha tan temprana la imagen de un territorio aún no descubierto que luego se enriquecería con la tradición prehispánica:

«Sabed que a la diestra mano de las Indias existe una isla llamada California muy cerca de un costado del Paraíso Terrenal; y estaba poblada por mujeres negras, sin que existiera allí un hombre, pues vivían a la manera de las amazonas. Eran de bellos y robustos cuerpos, fogoso valor y gran fuerza. Su isla era la más fuerte de todo el mundo, con sus escarpados farallones y sus pétreas costas. Sus armas eran todas de oro y del mismo metal eran los arneses de las bestias salvajes que ellas acostumbraban domar para montarlas, porque en toda la isla no había otro metal que el oro».

El contacto del europeo con las culturas mesoamericanas, posibilitó el conocimiento y entendimiento de una forma de ver el mundo totalmente distinta a la de la tradición judeo cristiana medieval de evidentes raíces clásicas, que llegaba desde el otro lado del Atlántico. El objetivo mesiánico al que derivó la empresa colombina junto con el inicial económico, pronto incorporó percepciones de la realidad en las que la religiosidad prehispánica se convirtió en un objetivo a erradicar con el pretexto de la salvación de las almas de unas gentes, para lo que se adaptaron los mecanismos de adoctrinamiento y evangelización empleados en los primeros años en el ámbito caribeño.

La creencia nahualt en una vida después de la muerte no sería más que una de las muchas concepciones que sorprenderían a los recién llegados. A ellas se sumaban otras como la idea de una existencia metafísica determinada por el tipo de muerte y la presencia de distintas regiones en un más allá en el que se incorporaban por igual regiones celestiales y subterráneas que pronto permitieron solapar las ideas de cielo e infierno, bien y mal de raíz cristiana.

En ese esquema mesoamericano adquirió importancia una de esas regiones celestiales. Según la creencia azteca, el dios sol, Tonatiuh, en su recorrido por el cielo, era acompañado desde el

cénit al ocaso por las mujeres muertas en el parto, quienes lo preparaban para su recorrido nocturno por el inframundo o Mictlan, acompañado por los *mictēhca* y hasta su salida victoriosa al amanecer para iniciar de nuevo su recorrido. Ese territorio al que acompañaban las mujeres, representadas magníficamente por las *cihuatetéotl* del conjunto escultórico de El Zapotal, finalizaba en Cihuatlampa o Zihuatán, «hacia el lugar de las mujeres», circunstancia que haría creer que hacia occidente existía una isla, habitada por ellas.

Todo lo anterior justificaría la carga ideológica que su representación ha encerrado a lo largo del tiempo¹. Un recorrido por el amplio repertorio de imágenes de la península de Baja California pone de manifiesto como desde los iniciales perfiles parciales de su litoral en la primera mitad del siglo XVI, se constata una evolución en las imágenes que va desde la que nos la muestran como una península a finales del mismo siglo, así la vemos en la representación realizada en Lovaina en 1597 por Cornelio Wytfliet dentro de la obra *Descriptiones Ptolomaicae Augmentum* con el título más que sugerente de «Garnata nova et California»; a las que desde el siglo XVII lo hacen como isla, como la de Joan Vinckeboons en 1650, para llegar al XVIII y entre unos titubeos iniciales, volver a verla como una porción peninsular desde la mitad de la centuria².

Espacio menospreciado inicialmente por la Corona española en su política internacional, apenas si ofrecía recursos económicos que hicieran rentable una acción decidida por ocuparla, explotando sus aparentes exiguas riquezas. Su papel geoestratégico cobra sentido

¹ Desde el siglo XVI en que se iniciaran los viajes que dieron a conocer la existencia de esta porción de tierra, la evolución en el conocimiento de la misma ha ido paralelo al de su control territorial. Las noticias iniciales de las expediciones que Cortés mandó realizar en el Mar del Sur, sobre todo las de sus capitanes que del rumbo de Colima llegaban interpretaron Ziguatán como esa isla poblada de mujeres y muy rica en perlas y oro.

² Miguel León Portilla ha realizado un interesante estudio sobre la cuestión. LEÓN PORTILLA, M. (2001): *Cartografía y crónicas de la Antigua California*, México, UNAM.

³ Cavendish en 1584, asalta el Galeón Santa Ana a la altura de San José del Cabo, poniendo en evidencia la seguridad del itinerario que cruzaba el Pacífico.

como consecuencia de los asaltos piratas que empiezan a sufrir los galeones que provenientes de Manila descendían por las costas peninsulares en dirección a Acapulco³; a ello se suma el interés que a partir del siglo XVIII otras potencias internacionales, además de ingleses y holandeses habían mostrado por estas tierras, todo ello representado en el paulatino avance ruso por las costas pacíficas norteamericanas hacia el sur, justificado por el comercio de la piel de nutria, lo que llevaría a la Corona española a partir de 1767 a jalonar con fundaciones misionales el litoral hasta San Francisco.

Entre tanto sería objetivo religioso por parte de los jesuitas que vieron en ella un espacio en el que poder recrear un estado utópico alejado de los centros de decisión, lo que se produjo gracias a que al inicial enfoque militar con el que se había abordado la solución del problema, vino a sustituirlo una propuesta que devolvía a la figura del religioso el papel que había ocupado en otros tiempos, y que en el caso de los territorios del norte lo posicionaba privilegiadamente a partir de la década de los noventa del siglo XVI, después de los dictámenes del Tercer Concilio de la Iglesia Mexicana de 1585, en el que se reintegraba a las órdenes religiosas⁴.

Conforme avanzaba dicha centuria, la frontera se desplazaba hacia el norte sin conseguir someter definitivamente a los grupos nómadas de la región. Las vastas extensiones a controlar y su condición periférica respecto al núcleo político-administrativo-religioso novohispano, hizo que por estos territorios se dispersaran las órdenes religiosas ya referidas, entre las que los jesuitas desarrollan su labor bajo la determinación de conocer antes de actuar, siguiendo la metodología franciscana aplicada desde hacía cincuenta años. Presentes inicialmente en ciudades como México, Querétaro o Zacatecas, donde fundaron colegios en los que adoctrinar a las poblaciones indígenas, su labor misionera encontró en las tierras del norte un espacio de desarrollo.

En este contexto se integra la península de Baja California. Desde Tijuana a San José del Cabo, se levantan los testimonios de las mi-

⁴ CARRILLO CÁZARES, A. (2000). *El debate sobre la Guerra Chichimeca, 1531-1585. Derecho y política en Nueva España*, 2 vol, Zamora, El Colegio de Michoacán.

siones que jesuitas, franciscanos y dominicos construyeron con la idea de establecer una ruta que recorriera de sur a norte la península y adentrarse en tierras hoy estadounidenses. Misiones y visitas fueron el eje vertebral de un establecimiento anhelado en el que reales de minas, algún presidio y los ranchos completaron la imagen de la corona española en estos territorios hasta el siglo XIX, siendo su presencia y recuerdo la herencia que hoy en día se puede recuperar en un recorrido por ella.

La construcción de la imagen de California fue paralela al conocimiento, al igual que en el resto del continente americano, del territorio al que se enfrentó el europeo en un proceso claro de reconocimiento y apropiación, y la complejidad de su análisis es la que se ha querido afrontar en este trabajo desde una perspectiva patrimonial. Una aproximación al mismo desde planteamientos convergentes que creemos encierran las pautas claves para desarrollar líneas de investigación que permitan un conocimiento íntegro de la realidad peninsular y sirvan para asentar futuros proyectos en los que se aborde de una forma correcta cuestiones relativas a la conservación de su herencia cultural.

Una de las principales apuestas de este proyecto ha sido la de afrontar el tema desde la dimensión global de la península de Baja California. No tenía sentido aproximarse a su conocimiento haciendo caso a la división administrativa que desde los años setenta del siglo XX ha fracturado en dos este territorio, más si cabe cuando los acontecimientos que en él ocurren toman una dimensión nacional que los llevan hacia etapas anteriores desarrolladas en territorios históricos de la Nueva Vizcaya y se proyectan hacia momentos cruciales de los siglos XVIII y sobre todo XIX donde las tensiones fronterizas entre México y Estados Unidos, harán que este espacio se fraccione.

Cómo señalamos, la excusa para desarrollar este proyecto es el análisis de las misiones que jesuitas, franciscanos y dominicos construyeron a lo largo de su geografía y hoy son un referente evidente. Son la justificación adecuada para conocer una realidad para la que proponemos siete líneas argumentales que permitirán entender como se ha ido conformando un espacio patrimonial rico que requiere de una aproximación multidisciplinar que pueda, dentro de nuestras posibilidades enriquecer su conocimiento. Éstas serían: la construcción de su imagen; la población indígena; los jesuitas; las misiones;

1767. Expulsión, franciscanos y dominicos; la singularidad del paisaje: el oasis; la situación actual.

Le ha correspondido al investigador principal de este proyecto plantear esta primera propuesta desde la necesidad de una revisión respecto de sus elementos patrimoniales y contextos. El título, *Baja California. El espacio patrimonial* es representativo de ello.

Desde el punto de vista patrimonial se han considerado los hitos anteriormente señalados, como las posibles puertas de acceso al conocimiento de la realidad de la península de Baja California, representativos de un largo devenir histórico e instrumentos a través de los cuales entender el continuado proceso de sedimentación cultural que se ha producido hasta llegar a la actualidad.

Destacable es el halo de misterio que envolvió su percepción, desde el mismo instante en el que se entrecruzaron la tradición medieval con la construcción mental prehispánica. Si en el mito y en la leyenda está el origen de algunos lugares fantásticos, en el caso de Baja California se cumplieron los argumentos necesarios para construir una imagen cuyo perfil, impreciso como hemos visto a lo largo del tiempo en la cartografía que la representó, contribuyó a esa imagen trascendente y a la vez cargada de ideología.

La realidad mostró un ámbito poblado desde antiguo. Las teorías que han planteado la llegada del ser humano a América y recientemente revisadas en cuanto a su cronología, hablan de un proceso lento pero continuado que de norte a sur llevó a los diversos grupos a ocupar cada una de las áreas que en la actualidad se identifican en el continente americano. En este proceso, como si de un reducto fosilizado se tratara, la península de Baja California mantuvo a diversos grupos anclados en el tiempo desde fechas tan tempranas como un 10000 a.C., conservando sus características más primarias y por lo tanto esenciales, que han hecho de ella un laboratorio imprescindible para entender el proceso evolutivo tanto social como natural de las sociedades americanas. Entre ellos los pericúes, el grupo localizado en el extremo sur peninsular, son los más renombrados por haberse identificado en ellos rasgos de una indudable antigüedad.

Es su historia la que se entronca con la llegada de los jesuitas, ya que se bien había de ellos noticias desde el siglo XVI, serán los miembros de la Compañía los que nos hagan llegar a través de sus

crónicas los datos más esclarecedores sobre su realidad. Un conocimiento que se genera gracias a la implantación de un orden en el que la misión será la pieza clave de una articulación territorial que se definió a partir de la alteración de los patrones existentes hasta ese momento, tanto espaciales como temporales. Más allá de la mera construcción, la misión se convierte en una suerte de método de control territorial en el que la explotación agroganadera del mismo será básica para su establecimiento permanente, lo que conllevó un sobreesfuerzo que se pagó con creces.

Definidores los jesuitas, de un sistema que heredado de una larga tradición se encargará de diseñar una estructura encaminada a adoctrinar y evangelizar a los grupos indígenas, no estarán exentos de polémica por su enfrentamiento con los grupos militares y civiles que los acompañaban y que también querrán explotar las riquezas de este territorio. Manuel de Ocio y la explotación perlífera del litoral peninsular, además de los reales de minas de San Antonio y Santa Ana, representarán ese enfrentamiento al que nos referimos.

La expulsión de los territorios españoles, hizo a la salida de los jesuitas el momento tras el que se inició una revisión del esquema planteado y una reorganización de lo existente que buscó optimizar el planteamiento propuesto y ampliar el territorio controlado con la intervención de la Corona a través del gobernador de las Californias, Gaspar de Portolá; el visitador José de Galvéz y de las órdenes franciscana y dominica que se encargarán de desarrollar las nuevas propuestas hasta la primera mitad del siglo XIX. Será por tanto el proceso histórico que explicará la presencia del rosario de misiones desde el sur hasta San Francisco, en una imagen que engloba la integridad del concepto histórico de las Californias.

Dos puntualizaciones se hacen indispensables en este momento respecto a su realidad. Por un lado los oasis, puntos húmedos en un contexto semidesértico que han sido y son foco de atracción vital. Reclamos de propuestas de conservación y de sensibilización, son en realidad la verdadera explicación del cómo del poblamiento de gran parte de la península. Su riqueza está en haber sido el punto sobre el que han anclado tanto los períodos prehispánico como misional, además de ser el contrapeso medioambiental del contexto inmediato de los ranchos, con el que se integran en un escenario dual difícilmente dissociable y que adquiere carta de identidad a partir del

siglo XIX, siendo básico para la comprensión posterior del paisaje en este ámbito.

Por otro lado la situación actual. Baja California en su integridad está en un proceso de consolidación de su posición como destino turístico específico y definido por la calidad de parte de su litoral. Precisamente las oportunidades que éste brinda, lleva a otros espacios peninsulares a posicionarse en una carrera muy competitiva, basando su oferta en la correcta gestión de unos recursos esencialmente culturales y ambientales, y buscando con ello un desarrollo equilibrado entre la costa y las serranías. Y es precisamente en esa riqueza cultural y natural en la que se debe basar esa apuesta, a partir de una aproximación rigurosa y científica a su acervo, identificándolo para que sea reconocido y protegido.

La trascendencia del papel que jugaron las órdenes religiosas en la definición de la realidad que ha llegado hasta nosotros, hizo conveniente una reflexión sobre su intervención en todo el proceso, inserto dentro del devenir global novohispano por la ascendencia de muchas de sus pautas metodológicas. Un papel finalmente no excluyente, pero sí determinante, tanto por la implantación de un régimen misional específico por parte de los jesuitas, como por el papel de los franciscanos con fray Junípero Serra a la cabeza, dentro de la reestructuración llevada a cabo por José de Gálvez; y la función de los dominicos para cerrar el que se pretendía fuera el Camino Real de las misiones que las llevara hacia los nuevos espacios controlados desde San Diego hasta la Bahía de San Francisco.

Es por ello que el trabajo de la profesora Gloria Espinosa Spínola aborde la cuestión del proceso de la evangelización en Nueva España como base a partir de la cual poder entender los elementos de la religiosidad en Baja California. No cabe la menor duda que como señala, las misiones que se implantan en los territorios peninsulares «en cuanto a aprehensión del territorio, esquemas de evangelización de los naturales, y materialización espacial y constructiva de los enclaves misionales, no surgieron de la nada, debieron partir de experiencias evangelizadoras previas, fórmulas contrastadas con anterioridad, tanto por otras órdenes religiosas, como por los propios padres jesuitas, dentro del extenso territorio del virreinato novohispano». Y es ahí donde estriba un elemento esencial para la comprensión de los mecanismos que se pusieron en funcionamiento.

Su inserción dentro de la dinámica novohispana permite entender que los jesuitas cuando llegan a tierras mexicanas adoptan el modelo franciscano de aproximación a la población indígena, pero condicionado por la fuerte personalidad de la Orden que no duda en plantear la creación de un nuevo sistema de gestión espiritual y material en el que ellos mismos se convierten en la piedra angular en torno a la que gravitan las principales decisiones que se toman, ya que serán los que lleguen a financiar mediante su propia iniciativa la empresa que se inicia a finales del siglo XVII.

Y son precisamente algunos de los interrogantes que plantea la profesora Espinosa Spínola en su trabajo los que pueden dar respuesta a una labor tan ingente que no se entendería sin «confrontar las múltiples caras de la actividad evangelizadora en Nueva España, para valorar la labor ignaciana en la península de Baja California desde una perspectiva global e integradora con el trabajo que desarrollaron las órdenes religiosas en el virreinato novohispano».

El proceso de conversión desarrollado en Nueva España vino determinado por la experiencia que órdenes mendicantes como la franciscana desarrollaron a partir de 1521 cuando empiezan a aplicar una metodología sustentada en la fórmula «comprender para actuar», el empleo de las lenguas vernáculas, así como la adopción de unos esquemas occidentales pero respetando y asimilando todo lo que de las tradiciones originales se podía adaptar al nuevo sistema. Dentro de este mecanismo general, la estructuración del espacio desarrollado por los mendicantes y sustentado en una jerarquización del mismo en cabeceras y sujetos, justificaría el modelo adoptado en Baja California.

El conocimiento de todo este proceso permite al menos entender qué mecanismos fueron empleados a lo largo del siglo XVI en Nueva España y cómo afectaron no solo a la reorganización territorial, sino a los mismos procesos constructivos en los que se reconocen fases iniciales de elaboración de estructuras efímeras de carácter religioso que el tiempo se encargará de sustituir por otras más estables y de mayor porte arquitectónico con las que afrontar las apremiantes necesidades de evangelización.

Es en esta dinámica en la que hay que insertar el proceso de actuación de los jesuitas. Un contexto en el que ya se había desarrollado una pragmática de actuación sobre el terreno y de forma directa sobre la población indígena, y sobre todo en un marco en el que las

órdenes mendicantes se habían repartido los territorios más cercanos a los núcleos de decisión, dejando las tierras incógnitas del norte, no sólo por su lejanía sino por las condiciones geográficas que las caracterizaban y las poblaciones que las habitaban.

Otro de los elementos que aborda la profesora Espinosa Spínola es el de la incidencia en el proceso de la condición de la orden jesuita de no mendicante, lo que les permitió administrar las riquezas que recibieron de los donantes, otorgándole una independencia económica «vital para conocer el proceso de expansión de la Orden por el noroeste mexicano, especialmente durante los siglos XVII y XVIII, en los que las arcas de la corona hispana iban paulatinamente menguando». De este modo se adquirirían unos grados de independencia que posteriormente fueron fundamentales no sólo para comprender su expansión por Sinaloa y posteriormente por la Tarahumara y la Pimería, sino evidentemente entender el celo con el que se desarrolló el proceso bajacaliforniano, que les llevó a controlar otros niveles como el militar, el económico e incluso el judicial.

Del mismo modo, los esquemas aplicados a la ordenación del territorio en Baja California se deben insertar dentro del proceso genérico de expansión por el noroeste mexicano en el que se siguió empleando el modelo de cabecera-visita como se pueden ver en la actualidad en las relaciones existentes entre Loreto y San Juan Bautista Londó o entre San Francisco Javier y la Presentación, con lo que ello supuso de alteración en los procesos de desplazamiento de unos grupos claramente nómadas y para lo que se empleó el sistema de «entradas».

De una manera acertada, la profesora Espinosa Spínola señala como los jesuitas adoptaron el esquema de cabecera-visita por ser el que mejor se adaptaba a la realidad de los grupos indígenas bajacalifornianos e incluso al propio contexto medioambiental de la península y donde «A través de rutas y caminos prehispánicos preexistentes, los padres fueron buscando los lugares con los terrenos más fértiles por la presencia de agua en auténticos oasis naturales, que ellos, gracias al establecimiento de las misiones, transformaron en oasis «históricos», mediante la construcción de pequeñas presas, acequias y variados sistemas de irrigación». Un proceso que exigía de una inmediata puesta en explotación del territorio como elemento base para poder sustentar a la población que se emplazaría

en ella, de tal forma que se entiende que tanto los trabajos de infraestructura hidráulica como los de explotación ganadera ocuparan una parte importante en los primeros momentos, para la consolidación del establecimiento de la misión, que no obstante quedaba bajo el control de los religiosos ante las características de los grupos indígenas poco acostumbrados a los trabajos comunitarios, lo que justifica que no se distribuyeran entre ellos tierras ni ganado.

La especificidad de Baja California es abordada por las profesoras Martha Micheline Cariño Olvera y Lucila del Carmen León Velazco. No representativas de la unidad territorial que se quiere mantener en este proyecto del espacio sobre el que se trabaja, la división administrativa de Baja California obliga al menos a contemplar sus contribuciones como distintivas de una diferencia ambiental y a la vez cronológica en el proceso de ocupación de ambos sectores.

En el caso del trabajo de la doctora Cariño Olvera, con quién colabora la también profesora de la Universidad Autónoma de Baja California Sur, Lorella Castonera y cuyas aportaciones están siendo fundamentales para el desarrollo de determinados apartados de este proyecto, la evidencia en cuanto a que este sector meridional de la península fue el primero en el que se asentaron los jesuitas hasta su expulsión en febrero de 1768, permite encuadrar perfectamente su propuesta de análisis sobre el cambio cultural y natural ocurrido, como preludio a la expansión hacia el norte que se efectuará a partir de la década de los setenta del siglo XVIII y conformando por tanto el marco desde el que se contempló la unidad de acción en todo el territorio peninsular.

Una de las ideas básicas de este proyecto es el de la valoración de la península de Baja California como espacio con una calidad ambiental indudable, escenario en el que se ha desarrollado un capítulo destacado de la historia del ser humano en América y cuya interacción en el medioambiente ha contribuido a generar unos paisajes específicos sobre un territorio singular en cuanto a sus características. Una realidad global que convierte a la Península en un contexto íntegro, circunstancia que, como las mismas autoras señalan, justifica que se haya «optado por estudiar la colonización jesuita de la Baja California desde la perspectiva de la historia ambiental, que permite por un lado reconocer la globalidad y multidetermina-

ción de la realidad social desde un enfoque transdisciplinario, y por el otro la diversidad y complejidad de las relaciones sociedad/naturaleza que permiten entender las formas en que se relacionaron los diversos actores involucrados en el proceso de colonización jesuita de la península bajacaliforniana». Aspecto en todo caso que justifica la misma estructuración del texto, en el que se abordan una serie de puntos que permiten una comprensión hasta la actualidad de la realidad seleccionada.

Las características geográficas de contexto bajacaliforniano se convierten en uno de los elementos básicos en cualquier aproximación a su conocimiento, más cuando en este caso la determinación del mismo está en la base para explicar las distintas circunstancias que envolvieron su proceso de ocupación. Una peninsularidad que hace de sus costas y de la relación del litoral con el interior, aspectos presentes para comprender algunos de los desarrollos de sus etapas históricas. Y junto a ello las condiciones medioambientales que explican no sólo la fauna y flora de la región, sino además la misma distribución de los grupos por el territorio en busca de los puntos de agua que les permitieran trazar rutas por las que poder desplazarse. En definitiva una combinación de rasgos que genera una particularidad representada en el hecho de que «dueto mortífero, aislamiento-aridez ha magnificado los retos que los pobladores sudcalifornianos han enfrentado a través de originales estrategias civilizatorias fundamentadas en un denominador común: la existencia permanente de agua o humedad. Sin la intervención del hombre, en las zonas áridas ese fenómeno natural ocurre sólo en los oasis».

Es precisamente la estrecha relación entre el medioambiente y el ser humano lo que hace del oasis un ámbito singular, de tal forma que se convierte en eje vertebrador de la presencia humana conformándose en componente referencial de un paisaje en equilibrio desigual, haciendo del cambio en ese vínculo un gradiente a tener en cuenta, de tal forma que nos permitirá valorar «diferentes épocas, sociedades y culturas, por lo tanto, a diversos tipos de concepción del mundo, de organización socioeconómica y de vinculación de la región con el entorno nacional y mundial».

Desde esta perspectiva, la propuesta de ambas profesoras lleva a considerar que la historia ambiental permite evaluar la transformación de un espacio a partir de los cambios en las relaciones entre

sociedad y naturaleza conformando la imagen que nos ha llegado, y en las que el análisis espacial ocupa un lugar destacado. Precisamente la adaptación de los distintos grupos humanos a un ámbito concreto a lo largo del tiempo, puede ser el principio que explique las estrategias de relación entre los dos conceptos implicados en este apartado.

La aprehensión que del espacio se hace, lo articula en tal grado que lo carga de una simbología que a la postre es el reflejo de la proyección sobre el mismo de los mitos y creencias de las sociedades que lo habitan. El recorrido que las autoras hacen por lo que fue el proceso del poblamiento de la Península puede ser explicativo de lo que estamos señalando sobre todo por reflejar muy acertadamente como han sido las relaciones de los distintos grupos que la han habitado en su mitad meridional, las relaciones hacia el interior de los mismos y de estas sociedades con el entorno que ocupaban.

En él, la presencia misional de los jesuitas marcaría por un lado el punto final de un proceso de ocupación iniciado en el siglo XVI, pero además la ruptura con el período anterior, introduciendo los mecanismos necesarios para una transmutación de valores que hicieron que los humedales se convirtieran en oasis y algunos de ellos en puntos de localización de las nuevas misiones, sobre todo después de que «Los informes y las descripciones de los empresarios perleros sobre abundantes riquezas en California daban a esta lejana tierra una imagen mítica y deformada; aseguraban que había gran riqueza perlera, minas de plata, buenas tierras para la siembra y gran cantidad de agua».

Destacan del mismo modo, ambas investigadoras, cómo una de las estrategias empleadas en el proceso de aculturación jugó un papel destacado. La agricultura y las alteraciones que implicó en sus modos de vida, produjo unos cambios que desde el punto de vista ambiental se iniciaron al introducirse especies vegetales alóctonas y donde el oasis adquirió protagonismo al ver en torno a él, no sólo multiplicarse la infraestructuras hidráulicas sino además la creación de campos de cultivo necesarios para garantizar el mantenimiento de las misiones. Una agricultura que a pesar de estar complementada por la ganadería, nunca logró satisfacer las demandas misionales por más que se emplearon soluciones estacionales como la presencia de los distintos grupos indígenas en las cabeceras misionales. Esto abre el tema del conflicto con estos últimos, que alterados en cuanto a su

componente cultural, actuaron oponiendo una resistencia que fue tanto pasiva como activa siendo la pericú la que más oposición hizo.

La expulsión de los jesuitas en 1767 otorgaría protagonismo a los ranchos como *modus vivendi* no exclusivo de Baja California, si no insertos dentro del contexto global de Nueva España, con algunas ascendencias españolas como señalan las autoras, y por lo tanto inscribiéndolos dentro del proceso virreinal de ocupación del territorio «Aislamiento y dispersión simbolizan el sino de diversos y pequeños grupos de hombres y mujeres que si bien no comparten un mismo territorio rancharo, si presentan algunas similitudes. La más importante, es que estos ganaderos y horticultores, se identificaron como rancheros para distinguirse de los otros miembros del campo mexicano. Refugiados y aislados en sus ranchos, se sustrajeron a los conflictos derivados de la lucha por la tierra y el poder que caracterizó la ruralidad de la que forman parte». Se convertirían a lo postre en una pieza fundamental en el mantenimiento de la básica estructura económica, donde siempre hubo un aprovechamiento racional e integral de los recursos. Reducto de una cultura material e inmaterial que se caracterizó por una relación armoniosa con el medio, fueron el mejor exponente de hacia donde iba la dinámica de ocupación del espacio más allá de las misiones y los oasis en los que se asentaron, y a la vez testimonio claro de una fracción de la realidad que buscó un equilibrio de las estrategias en el aprovechamiento del medio. Como indican las autoras « Actualmente el estudio de la cultura ranchera es sumamente pertinente y urgente, y no sólo por ser reconocida como el origen de la identidad regional, sino porque su población enfrenta el riesgo de extinción sociocultural». De ahí lo imperioso de una valoración patrimonial.

Desde la historia social, los acontecimientos han sido evaluados a partir del protagonismo de personajes ajenos a la autoridad y determinación de los grandes actores. De ahí que la propuesta de la profesora Lucila del Carmen León Velazco, nos lleve a otorgar a esa intrahistoria ya definida en la segunda mitad del siglo XX, un papel más destacado. En su trabajo sobre los indígenas, misioneros y soldados, recupera propuestas como la de Miguel León Portilla sobre la visión de los vencidos, con la que sobrepasa la perspectiva de los misioneros e incorpora al discurso a los otros protagonistas de los acontecimientos bajacalifornianos, dentro de la concreción que otorga

trabajar en el período posterior a la expulsión jesuita. Es desde esta perspectiva desde la que la autora se plantea que «el objetivo de este trabajo es integrar a estos grupos que también tuvieron una participación activa y fundamental en el proceso de la formación social, política y económica de la región durante la etapa en que religiosos de las órdenes franciscana y dominica estuvieron a cargo del proyecto de evangelización de los primeros habitantes de la península».

Los acontecimientos que se desarrollaron tras la expulsión de los jesuitas marcaron el inicio de una etapa en la que se quiso ajustar la verdadera función de las misiones, ya que «Si bien [...] tenían una función específica en el proceso de colonización como un medio para lograr el control de los indígenas y su conversión al sedentarismo para poder integrarlos al sistema económico español, los jesuitas no dieron cabal cumplimiento a este objetivo, pues por una parte habían conseguido excluir a las autoridades virreinales de cualquier injerencia en los asuntos indígenas y por otra, con algunas excepciones, frenaban el desarrollo de poblaciones españolas al controlar el acceso a la península». La clara intención de ir hacia el norte no impidió que las soluciones adoptadas para ello se toparan con una situación que a la postre rompía la dinámica desarrollada por los miembros de la Compañía, desde el mismo momento en el que se les entregó la administración de las misiones a los soldados que habían trabajado en ellas como mayordomos. El proceso que se iniciaba requería de una reorganización de lo existente y de una planificación de la expansión hacia las tierras de la Alta California, situación en la que cobrarían un papel destacado los franciscanos.

La profesora Velazco ahonda en el análisis del momento histórico que supuso la expulsión de los jesuitas y la llegada de los franciscanos bajo los dictámenes de Gálvez, marcando claramente cuales fueron las pautas que se sucedieron entre la decisión de pasar la administración a los elementos militares de las misiones y la revisión del proceso por el propio visitador. Ello implicó el principio del inicio del procedimiento de secularización de las misiones para convertirlas a algunas de ellas en pueblos, luchando incluso con su abandono, mediante la adjudicación de tierras a alguno de los antiguos soldados con la intención de establecer los puntos de avituallamiento necesarios que garantizarán el éxito del establecimiento del Camino Real que uniría los extremos de la península y se adentraría en

los territorios gestionados por las nuevas fundaciones franciscanas a partir de la misión de San Diego de Alcalá, creada en 1769.

El enfoque de la profesora León Velazco, recupera para la comprensión de esta momento el papel que mujeres, soldados, artesanos o mineros debieron jugar en una dinámica en la que se convertía en fundamental la garantía de la estabilidad de los asentamientos, haciendo de dicho proceso una compleja imbricación de elementos que desempeñaron un papel crucial en la conformación de la sociedad bajacaliforniana posterior a la presencia jesuitica y todo ello no ajeno a problemáticas como las que afectaron a las mujeres llegadas con los españoles que en ningún momento representaron un número equiparable al de los hombres. La situación no varió mucho de la que se desarrolló con los jesuitas, ya que ni siquiera los franciscanos vieron con buenos ojos la presencia de población civil, manteniendo el aislamiento incluso con grupos como el de los soldados, a lo que no consideraban como buen ejemplo a seguir por los indígenas.

La complejidad de los acontecimientos debemos trasladarla al período dominico que se inicia en 1772 con la firma del concordato por el cual los religiosos se hacían cargo de todo el territorio peninsular hasta la misión de San Miguel Arcángel. La imbricación de los acontecimientos nos deben hacer reflexionar sobre la continuidad de los mismos, ya que en detalles como el traslado de parte de los ajuares que poseían las misiones bajacalifornianas a las nuevas creadas por los franciscanos, se debe ver una preocupación por garantizar el éxito de un proceso entendido como unidad para el control de un territorio que había alcanzado una posición geoestratégica privilegiada. Una traslación que también afectó a los mismos recursos humanos que se desplazaron a la Alta California. Las dificultades por las que atravesaron los dominicos no fueron pocas, tal y como lo indica la profesora León Velazco, lo que se contraponía a la importancia del enclave, de ahí el apoyo de la Corona a «...la fundación de cinco misiones que unieran la Antigua California con la Nueva».

Los hechos que se derivaron tras la llegada de los dominicos son básicos para entender el rumbo que tomaron los acontecimientos. El traslado del centro de decisiones hacia el norte, dejando en cierto desamparo los territorios peninsulares, no impidió que se fundaran las misiones que acabarían por cerrar el itinerario norte-sur y con

las que se buscó solventar los problemas que habían surgido en la creación de los primeros establecimientos por los jesuitas. No obstante «El avance territorial de las misiones no significó la asimilación de los indígenas al sistema de vida misional. Si bien algunas de las misiones del sur ya tenían para el momento de la llegada de los dominicos alrededor de setenta años, los problemas económicos, las consecuencias de las epidemias, los cambios administrativos y el rechazo de los indígenas a la nueva forma de vida, se conjugaban para impedir que esto sucediera», lo que reflejaba que prácticamente tanto la sistemática como la problemática derivada de los asentamientos jesuíticos se mantuvo con los dominicos, ya entrado el siglo XIX.

Las dos últimas contribuciones abordan el objeto de nuestro análisis desde una óptica que sobredimensiona su posición en unas dinámicas más amplias que afectan a espacios y conceptos del mismo modo mayores. Así, otro de los aspectos que consideramos esenciales para la comprensión de Baja California es el de su conexión con los procesos de control llevados a cabo en el resto del territorio del Gran Norte. Como bien señala el profesor Montes González, se trató de unos territorios en los que «...el imaginario hispánico se alimentó de una serie de leyendas y supersticiones en torno a este vasto territorio, sobre todo a raíz de las noticias sobre sus fieros habitantes, que frenaron la ocupación hasta el último tercio del siglo XVI, cuando atrevidos soldados cruzaron la frontera para avanzar posiciones». Un conexto geográfico, diverso desde el punto de vista físico pero también poblacional, cuyas características, nómadas y belicosas determinaron inicialmente un planteamiento para afrontar su ocupación desde un punto de vista militar y cambiar a partir de los dictámenes del Tercer Concilio de la iglesia de México en 1585, donde se decidió acometer de nuevo la situación con las órdenes religiosas como protagonistas.

La expansión hacia el Norte había sido promovida desde intereses políticos y económicos, a los que los religiosos vinieron a dar un refrendo de unidad que difícilmente habían alcanzado los dos anteriores, de ahí que «Mediante la conquista espiritual, sería más fácil iniciar el proceso de aculturación e incorporar a los nativos a un orden político, para después emplearlos como trabajadores al servicio de la Corona a favor de un mayor aprovechamiento del territorio. De ahí que la misión no solo se convirtió en un medio para la instrucción en

la fe católica sino que permitió establecer un nuevo modo de vida entre los nativos basado en la disciplina y el orden cotidiano».

El papel de los jesuitas en esta dinámica hay que entenderlo dentro del proceso general de desarrollado a partir de 1590 en ámbitos tan concretos como la sierra de la Tarahumara lo que otorgó a la labor emprendida un carácter entre aventurero y simbólico que se vió como una réplica de la labor de San Francisco Javier en Oriente. Fue en estos contextos donde practicaron una sistemática para desarrollar su función apostólica, desde la de la articulación espacial del territorio, como desde el adoctrinamiento a partir del aprendizaje de la lengua nativa del grupo o grupos con los que entraban en contacto. Como señala el profesor Montes González «El desarrollo de las empresas jesuitas solo fue posible gracias a un sólido sistema económico basado en la producción propia, la mano de obra indígena, el patrocinio de la monarquía y las ayudas particulares». En ese sentido, el vínculo con la costa oriental del Golfo de California, desde donde se había iniciado el proceso de una forma estable a partir de 1697, estaba en los «socorros», entendidos como el sistema de interdependencia que permitió la fundación de los nuevos enclaves, a partir de una red de haciendas cuyos excedentes iban destinados a los nuevos núcleos.

Los espacios construidos en las misiones se caracterizaron por su decidido pragmatismo en el caso de los jesuitas, cuyos esquemas se simplificaron respecto a los diseñados por los franciscanos, al no necesitar de los ámbitos monásticos de estos, donde además se buscaba que el recinto reuniera las «condiciones necesarias que permitieran el asentamiento de los nómadas, de forma temporal una parte del año o permanente, y así poder iniciar con ellos la tarea misional». Estos lugares fueron además espacios en los que la imagen jugó un papel destacado en la evangelización convirtiéndose en hitos paisajísticos como estructuras arquitectónicas, además de atesorar interesantes programas iconográficos, tanto escultóricos como pictóricos, a los que se añadían los ajuares de cada una de las iglesias, fundamentales para el desarrollo de la liturgia dentro de los presupuestos contrarreformistas».

El paulatino avance de los misioneros jesuitas es perfectamente trazado por el profesor Montes González, haciendo ver como fue progresivo tanto en el espacio como en el proceso de conocimiento de

los grupos indígenas, en un itinerario que llevó desde Querétaro, Guanajuato y Pátzcuaro, a Zacatecas, Sinaloa, Coahuila y así hasta conformar la avanzada que llegaría hasta Nuevo México. Un escenario en el que se desarrolló la relación entre Eusebio Francisco Quino, Juan María Salvatierra y Juan de Ugarte, artífices de la campaña bajacaliforniana que en apenas ochenta años intentó implantar los ideales utópicos jesuíticos en los territorios peninsulares.

La firme convicción en que la aproximación a este tema debe hacerse desde la integridad de la idea de Baja California, justifica el enfoque desde los presupuestos más actuales sobre patrimonio. En ese sentido las consecuencias de los cambios introducidos por los jesuitas devinieron en el inicio de un proceso de destrucción de la relación equilibrada del ser humano con el medioambiente, conformando un paisaje en el que son protagonistas los oasis. Esa es la razón de la presencia del último de los trabajos de este libro. El profesor Antonio Ortega Santos escudriña en uno de los aspectos que desde la segunda mitad del siglo XX ha hecho de la historia ambiental una disciplina que «discurre hacia el estudio de un catálogo de elementos (agua, tierra, aire, energía y salud) como ejes estructurantes de una nueva preocupación científica», en un ejercicio claro de análisis de la interacción entre lo social y lo ambiental.

Un planteamiento que huyendo de los parcialismos impuestos históricamente por enfoques como el positivismo y a los que inicialmente se percibe en propuestas más recientes que tienden a una nueva parcelación, propone incorporar el rol del ser humano en una posición protagonista para entender unos hechos que tienen en un marco específico su consecuencia de análisis más inmediata. En ese contexto se establecen las pautas teórico metodológicas para la comprensión de los procesos de antropización que se generan desde finales del siglo XVII en Baja California, en donde juega un papel clave el conocimiento del medio como pieza indispensable para el establecimiento de un modelo que permitió el tránsito entre un esquema recolector-cazador a otro agrario-campesino de clara raíz mediterránea.

En dicho proceso de implantación son básicas las noticias que nos llegan trascritas por quienes fueron protagonistas o compilaron dicha información, en un ejercicio en el que se percibe una evolución en la percepción del espacio y de las posibilidades del mismo para producir alimentos, de la dependencia del exterior para alcanzar el éxito del es-

tablecimiento de los puntos misionales y donde conceptos como los de escasez son revisados por el profesor Ortega Santos. Un esquema en el que la dualidad se hace indispensable para entender la evolución de un paisaje concreto desarrollado en un punto específico de considerable humedad permanente y sobre el que gravita la explotación agraria y la ganadera como partes integrantes de un esquema equilibrado.

Es en este contexto en el que plantea la revisión de una construcción del paisaje sudcaliforniano que no solo es esencial para entender el tránsito de fases de recolectores-cazadores a otra agraria campesina; sino de este modelo misional a otro «múltiple, variado e integral de la diversidad biótica, la cultura ranchera», ejemplo de mestizaje cultural y que se está viendo amenazada por el uso intensivo del agua y un desarrollo turístico acompañado de una índices de urbanización desorbitados que están generando una demanda a todas luces desequilibrante.

La situación dual huerta-rancho se mantuvo además haciendo uso de los ámbitos silvestres como la flora y fauna que devino en un «manejo adaptativo y exitoso de economías rurales, que generó una cultura-identidad anclada en la pluriactividad natural y en formas comunitarias-comunales de gestión».

Toda esta dinámica de ser continua, no estuvo exenta de conflictos sobre todo en la posesión de la tierra, lo que reflejaba en cierta medida las tensiones de los diversos grupos que interactuaron en Baja California y donde el enfrentamiento de los religiosos con la sociedad civil que buscó también asentarse en este territorio ejemplifica. Sólo «el proceso de reparto, poblamiento y secularización de las misiones, durante la primera mitad del siglo XIX, fue la herramienta política más eficaz, sobre todo en el Sur de la Península, para asentar colonos en las tierras más productivas, tras la pérdida de población indígena».

La propuesta del profesor Ortega Santos hace hincapié en la determinación del medioambiente para explicar las características de ciertas fórmulas de propiedad y explotación del suelo que se dieron en Baja California desde el siglo XVIII, dando lugar a unos rasgos distintivos que explican la construcción del espacio como paisaje y que estará en la base para poder entender el tránsito desde el modelo misional al ranchero y donde el papel del agua fue esencial.

El desarrollo del siglo XIX y sobre todo el siglo XX, sirve como colofón para entender hacia donde se encaminó la evolución del paisaje bajacaliforniano hasta la actualidad, en lo que define el profesor Ortega Santos como un «proceso de reparto, poblamiento y secularización de las misiones». Una situación que llevaría a la inclusión de los espacios agrícolas sudcalifornianos en una dinámica dependiente de la comercialización de unos productos en algunos casos de clara ascendencia mediterránea y donde el manejo del agua está tras la explicación de la ampliación de las áreas de cultivo, a la larga poco racionales desde el punto de vista de su sostenibilidad, esenciales para una apuesta de futuro sustentada en la recuperación de dichos espacios como contenedores de patrimonio.

Baja California es en definitiva, una realidad poliédrica que desde el punto de vista patrimonial ofrece multitud de posibilidades de interpretación con las que alcanzar la dinamización de los núcleos que se reparten por su geografía. El derecho a una calidad de vida digna, puede tener en estos activos la base imprescindible a partir de la que construir un andamiaje sólido que funcione como herramienta de trabajo para propuestas de futuro. Un Plan Director que estructure y canalice las aportaciones y sobre todo tenga unas miras de futuro que permita albergar una esperanza de éxito.

Esta publicación es la primera de una serie en la que se abordará el análisis del patrimonio en la península de Baja California desde la integridad del concepto y la globalidad del espacio histórico, convencidos de ser la única forma de aproximarnos a una realidad que hoy en día es reconocida y que lucha contra la amenaza de un desarrollo que la pueda alterar e incluso hacer desaparecer. No hemos hecho más que empezar. A esta primera aportación le seguirán otras en las que se abordarán de un modo específico aspectos vinculados con el patrimonio de Baja California. Se sumarán iniciativas como la elaboración de una página web que sirva como soporte de difusión de los resultados que se vayan alcanzando, propuesta básica desde nuestra consideración en una sociedad de la información como la actual. De la misma manera se está elaborando una base documental sobre el tema, además de una catalogación de los recursos patrimoniales bajacalifornianos. En definitiva, una tarea que espere-mos satisfaga los objetivos propuestos y sirva para establecer una red que permita la conservación de este rico legado.

Baja California¹. El espacio patrimonial

Miguel Ángel Sorroche Cuerva²

El reconocimiento de los que podemos considerar como recursos patrimoniales de un ámbito concreto, requiere de una aproximación inicial que permita identificar los elementos clave de su desarrollo histórico. Y señalamos lo histórico como contexto indispensable para entender la aparición, evolución y establecimiento de los

¹ El estudio de la Península de Baja California como espacio patrimonial se debe insertar dentro de las líneas de trabajo que se desarrollan al amparo del Grupo de Investigación: «Andalucía-América: Patrimonio y relaciones artísticas». (Código Hum. 806), creado en 2004 y del Proyecto de Excelencia financiado por la Consejería de Ciencia e Innovación de la Junta de Andalucía: «Andalucía en América. Arte, Cultura y Sincretismo Estético». (Cod. P07 HUM 03052), que se viene ejecutando entre 2008-2012, ambos dirigidos por el catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Granada, el profesor D. Rafael López Guzmán. Vinculados con dichas iniciativas científicas, el autor de este capítulo ha sido investigador responsable de varios proyectos. El primero de ellos, financiado por la Universidad de Granada, dentro del Programa del Plan Propio, que llevó por título: «Misiones, oasis y sistemas hidráulicos: estudio interdisciplinar del patrimonio artístico, socio-cultural y ambiental de Baja California Sur (México)» y que se realizó entre 2009 y 2010; un segundo proyecto I+D+i, dentro del Programa del Ministerio de Ciencia e Innovación: «Las misiones de Baja California (México) entre los siglos XVII y XIX. Paisaje Cultural y Puesta en Valor». (HAR2009-11737) (subprograma Arte), que se está llevando a cabo entre 2009-2012; y finalmente una Acción Complementaria para proyectos de investigación fundamental no orientada: «El patrimonio cultural en las misiones de Baja California (México). Estado de la cuestión y perspectivas de futuro». (HAR2009-08337-E), entre 2010 y 2011, recientemente concluido.

² Miguel Ángel Sorroche Cuerva es profesor del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Granada e investigador responsable del proyecto, I+D+i, dentro del Programa del Ministerio de Ciencia e Innovación: «Las misiones de Baja California (México) entre los siglos XVII y XIX. Paisaje Cultural y Puesta en Valor». (HAR2009-11737) (subprograma Arte). Período 2009-2012. E-mail: masc@ugr.es

patrones básicos que singularizan a un espacio, y marco necesario para llevar a cabo una propuesta rigurosa sobre la que se sustente la gestión de una herencia, resultado de la experiencia acumulada por los diversos grupos humanos, que con mayor o menor continuidad, mayor o menor intensidad, han permanecido o transitado por él, generando una acumulación material e inmaterial que hoy en día identificamos como cultura y apropiamos como patrimonio.

La posibilidad de considerar a éste como motor de desarrollo socio económico es hoy en día una opción muy valorada. Este componente otorga de un pragmatismo mucho más evidente a elementos reconocidos hasta ahora por su apreciación histórica o estética, y por lo tanto con una carga social en ocasiones difícilmente comprensible. Las potencialidades que ello supone no deben ser menospreciadas, básicamente por la dinamización transversal que implicarían al afectar a un enorme número de sectores que en la actualidad están en la base de programas de activación socioeconómica.

Esa necesidad por lograr una rentabilidad, véase en parámetros económicos o sociales, hará que dentro de esta línea propuesta sea en muchos casos el fin último que justifica proyectos de actuación que acaban revirtiendo en el territorio implicado, en la consecución de la mejora de los niveles de renta y en definitiva de vida de sus habitantes. Ello nos llevará a incluir en nuestra reflexión conceptos como los de interpretación o turismo, indispensables actualmente en la gestión de unos recursos que estimule la producción y uso de bienes culturales.

No cabe la menor duda que la percepción que de lo patrimonial se tiene hoy en día, dista mucho de la que en el siglo XIX propugnaba la apreciación, valoración y conservación del monumento aislado por su calidad y antigüedad. Resultado de un proceso de cambio que ha ido paralelo al de la sociedad que lo aprehende, se refleja en una paulatina incorporación de acepciones más amplias que han hecho de aquel un campo diverso y complejo en cuanto a los ámbitos a los que incumbe, pero mucho más objetivo respecto a la realidad que comprende.

Así, los actuales planteamientos de análisis sobre patrimonio, tienden a incorporar propuestas que sobrepasan lo límites del mero objeto. Fue a través de organismos internacionales desde donde se planteó la necesidad de una aproximación integral a la valoración

de lo patrimonial que en la actualidad tiene todo el protagonismo. En los años 60 y 70 del siglo XX, en un período de crisis, la UNESCO elaboró una serie de documentos entre los que destacamos la «Recomendación relativa a la protección de la belleza y el carácter de los lugares y paisajes (París, 1962); y posteriormente la «Convección sobre la protección del Patrimonio Mundial, Cultural y Natural» (París, 1972), en los que se hacía eco de la necesidad de una apreciación y finalmente protección conjunta y alejada de descontextualizaciones de unos bienes patrimoniales, donde hubiera una clara comprensión de las interrelaciones entre el ser humano y el medio en el que había habitado.

Habría que esperar un tiempo para ver como cada región iniciaba el camino a unas propuestas de recuperación patrimonial en las que los desarrollos territoriales y el papel protagonista de la población local se convertían en piedras angulares necesarias e inevitables en cualquier planteamiento³. La Unión Europea (UE) desde inicios de los años noventa del siglo XX tras el Tratado de Maastricht, o el Banco de Desarrollo Americano, comenzaron a trabajar en programas que hoy en día están perfectamente asentados y reconocidos por los objetivos integrales alcanzados con ellos, como fue el caso de las misiones jesuíticas de Chiquitos, claro ejemplo de los logros que se pueden conseguir con este tipo de iniciativas.

Las dinámicas encaminadas a la territorialización del patrimonio, en una clara búsqueda por insertar al segundo de ellos en un contexto que le otorgue una mayor lógica interpretativa, han llevado en un proceso complementario a propuestas de patrimonialización del territorio con una clara sinergia de influencias, que están siendo el objeto de reuniones internacionales y publicaciones que abordan la problemática de su integración (Patrimonio, 2002; y Bernal Santa Olalla, B., 2004). Dichos supuestos, no sólo están generando figuras complejas desde el punto de vista conceptual, sino que ade-

³ En el caso andaluz, la ley de Patrimonio Histórico de 2007, contempla una serie de figuras en las que la valoración e implicación territorial es clara. No obstante no se trata de una cuestión nueva, ya que desde hace años se viene trabajando en esta línea. Cfr. VV.AA., 2003.

más están facilitando el desarrollo de otras que buscan la articulación de los territorios a partir de sus recursos culturales propiciando la aparición de soluciones como la de los Itinerarios Culturales que están adquiriendo una mayoría de edad que anteriormente no se les reconocía (Castillo Ruiz, J., 2006)⁴.

En este contexto global, la legislación española ha venido tomando posiciones desde mediados de los años ochenta del siglo XX, como modelo para otros ámbitos territoriales que fuera de sus fronteras requieren gestionar una ingente cantidad de recursos patrimoniales de diversa índole, sin perder de vista que el contexto europeo ha sido un ámbito en el que por la riqueza del patrimonio cultural que atesora fue a lo largo del siglo XX el caldo de cultivo de textos internacionales pioneros en el reconocimiento de su protección y conservación, siendo países como Francia o Italia, avanzados en el desarrollo de iniciativas de intervención, protección y conservación ineludibles en cualquier estudio sobre el tema (Becerril Miró, J.E., 2009)⁵.

La identificación de los componentes patrimoniales que constituyen y representan la riqueza histórica de la península de Baja California, pese a la evidencia de su presencia, no están exentos de un grado de subjetividad en cuanto a su selección y que sólo una investigación científica rigurosa puede aliviar. El reconocimiento de los mismos y su selección, implica una valoración que devendrá en

⁴ La propuesta del Camino Real de las Misiones, viene a recoger el testigo de iniciativas de calado internacional como es el caso del Camino de Santiago en España, posiblemente uno de los Itinerarios Culturales que mejor han propiciado la vertebración territorial; o el más ambicioso de la Ruta de la Seda, expuesto a ser fragmentado y sobre todo a sufrir desajustes debido a la inestabilidad de algunos de los territorios que atraviesa. La propuesta de El Legado Andalusi, en los años noventa del siglo XX en Andalucía, buscó inicialmente la articulación territorial para posteriormente tomar unas dimensiones apoyadas en extensiones por el norte de África que derivaron en iniciativas de cooperación cultural con determinados sectores del Mediterráneo.

⁵ Más allá de esto, el propio desarrollo autonómico de la ley nacional de 1985 en cada una de las autonomías está generando propuestas muy a tener en cuenta. Por ejemplo, las figuras con las que actualmente se trabaja como las de Zona Patrimonial, Paisaje Cultural o Lugares de Interés Etnológico, en el caso andaluz y algunas de las cuales ya aparecían en la ley de 1991, podrían relejar esta línea que se viene señalando. Resulta interesante en ese sentido, que se tome la legislación española como modelo en publicaciones recientes en las que se quiere reflejar el grado de complicidad del patrimonio con la sociedad que lo atesora y tiene derecho a disfrutarlo.

una jerarquía establecida en base a criterios de uso, forma o simbolismo con los que se debe respetar cierto equilibrio entre las poblaciones locales y los potenciales demandantes de los mismos, ya que se debe alcanzar un grado de desarrollo en el que la oferta no se vea deteriorada por la demanda en futuras propuestas de gestión y en definitiva de puesta en funcionamiento como fuente de riqueza. (Ballart, J.; Tresserras, J., 2001: 20-22). Este proceso inicial, necesario dentro de unos programas de gestión que conlleven la conservación de recursos en ocasiones no renovables, bajo el paraguas de la necesidad de establecer un proceso objetivo y lo más global posible, no podrá evitar que esté presente y prime el mérito, la representatividad, la utilidad y la historicidad de los elementos elegidos, a pesar de la ambigüedad de algunos de esos criterios (Ballart, J.; Tresserras, J., 2001: 18).

Ya el objeto patrimonial de nuestro análisis merece ser singularizado dentro del contexto general americano o específico mexicano en el que se inserta. Y ello a pesar de que en absoluto se trata de un tema nuevo, aunque sí pueda serlo el enfoque de aproximación⁶. Nuestro planteamiento parte de la aceptación de la complejidad que supone aproximarse a un espacio de las dimensiones del bajacaliforniano donde tiene una enorme importancia el conocimiento de la realidad territorial (Roselló Cerezuela, D., 2004: 61-68), y se sustenta en los principios de la interpretación como instrumento necesario para, como señala Manel Miró (Miró, M., 1997), la planificación de una oferta patrimonial que implique siempre enfrentarse a la cuestión del uso social del patrimonio⁷. Entendiendo esa

⁶ La bibliografía en torno a Baja California es numerosa y diversa, reflejo de las características de la realidad que aborda y a la que habría que incorporar toda aquella referida al espacio denominado Californias en su conjunto y que englobaría a los territorios estadounidenses.

⁷ «La procedencia de esta disciplina es estadounidense y el término *interpretation*, del que deriva la voz interpretación, fue adoptado por primera vez en los parques naturales de ese país. La obra de Freeman Tilden, *Interpreting Our Heritage* (1957) [recientemente traducida al español], supuso la definición de políticas y la consolidación de las estrategias que iban a seguir los parques nacionales de los Estados Unidos centradas no ya sólo en la conservación, sino también en la difusión al público de los valores naturales y en la creación de 'reconstrucciones históricas'. BALLART, J.; TRESSERRAS, J., 2001: 174.

interpretación como el proceso a través del cual se da a conocer, se hace accesible, y se explica el sentido y el significado de las cosas. Como apunta Miró (Miró, M., 1997: 33), dicha interpretación se hace necesaria ante la falta de comprensión, de tal forma que se convierte en un sistema de descodificación de mensajes que tienen niveles de comprensión muy dispares y una fuerte carga de ambigüedad (Morales Miranda, J. 2001).

Aplicada a un territorio, la interpretación adquiere su grado máximo de complejidad, no sólo porque se convierte en un instrumento de planificación dentro de las estrategias de desarrollo de aquel, sino porque adquiere las dimensiones de arma ideológica que afecta a la vida de una población determinada, convirtiéndose en un instrumento fundamental para el desarrollo de políticas de intervención y uso social del patrimonio y a su vez de políticas de comercialización y explotación turística (Miró, M. 1997: 33).

Propongamos por tanto una identificación de los recursos patrimoniales bajacalifornianos a partir de una percepción de los mismos desde la perspectiva de la sedimentación cultural que ha ido a lo largo del tiempo posando el producto de las distintas épocas históricas y que serán básicos en el momento en el que se quieran plantear proyectos de intervención que busquen dinamizar unos territorios donde la conservación patrimonial y el respeto medioambiental pueden ser claves para su desarrollo⁸.

En ese sentido, acometer la interpretación de este territorio obliga a identificarlo e individualizarlo, y crear un hilo argumental que permita englobar su presentación. Desde ese punto de vista los dos elementos reseñados para el ámbito que nos ocupa parecen claros: la península de Baja California y las misiones que jesuitas, franciscanos y dominicos construyeron. Junto con lo anterior es necesario determinar un sistema de organización y presentación de los recur-

⁸ Manel Miró señala que: «La interpretación de un territorio, si se quiere que sea algo más que un simple entretenimiento intelectual, debe traducirse siempre en un plan de actuación: en una apuesta por un determinado discurso comunicativo y por un determinado sistema de presentación y gestión de los recursos que viene a dar respuesta a una demanda o necesidad de uso social del patrimonio. (1997: 33-37).

sos patrimoniales, generando un concepto unitario que permita su accesibilidad, conservación y explotación; definir unos programas y actividades que faciliten el uso social a los elementos y por último diseñar un programa de comunicación que de a conocer el recurso patrimonial (Miró, M., 1997: 34). Planteemos desde esta perspectiva, las potencialidades de Baja California.

No cabe la menor duda que geográficamente, la península bajacaliforniana presenta una serie de particularidades que le otorgan un valor *per se*. Reconocida por su calidad ambiental, tanto terrestre como marina, en la actualidad consolidada en algunos puntos como fuente dinamizadora económica y social, sus condiciones extremas, si se las puede denominar así, se deben tener además en cuenta, para poder explicar su determinación en los modos de vida tanto de los grupos indígenas que se distribuyeron a lo largo y ancho de su extensión, como el fracaso o éxito por asentarse en él que tuvieron desde el siglo XVI las distintas iniciativas llevadas a cabo por los europeos, e incluso el determinismo que en la actualidad sigue marcando algunas de las pautas vitales de quienes viven en esta región.

El patrimonio natural o ambiental que nos ha legado Baja California, viene definido precisamente por una calidad en muchos casos explicable por su misma posición⁹. Con una geografía contrastante, en la que se suceden costas recortadas, serranías imponentes y llanuras interiores, define una estructura asimétrica de su relieve que genera diferencias entre las costas pacífica y del golfo. Se podría añadir que su ubicación periférica dentro del contexto mesoamericano, y a la postre novohispano junto a la agresividad de su medioambiente, ha permitido que haya llegado a nosotros con un alto grado de preservación. Como tal encierra dos valores que interesan en este proyecto. Como elementos integrados dentro del patrimonio natural como tal, son hoy en día un reclamo turístico de enorme

⁹ El patrimonio natural está constituido por la variedad de paisajes que conforman la flora y fauna de un territorio. La UNESCO lo define como aquellos monumentos naturales, formaciones geológicas, lugares y paisajes naturales, que tienen un valor relevante desde el punto de vista estético, científico y/o medioambiental. El patrimonio natural lo constituyen las reservas de la biosfera, los monumentos naturales, las reservas y parques nacionales, y los santuarios de la naturaleza.



Cabo San Lucas (Baja California Sur). Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva



Valle de los Cirios (Baja California). Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva

peso, que exige esa calidad que las declaraciones internacionales no hacen más que avalar. Por otro lado, desde el punto de vista histórico no podemos perder de vista que muchas de estas áreas naturales protegidas estuvieron perfectamente imbricadas en el devenir de los grupos humanos que ocuparon todo el territorio de Baja California, y que tuvieron en ellas no sólo unos focos de alimento, sino referentes mágico-simbólicos que se proyectaron en la aparición de una importante cultura material. Un ejemplo de ello podrían ser los numerosos concheros localizados a lo largo de la costa bajacaliforniana que hablan del vínculo que algunos de estos grupos tenían con la costa, a la que acudían temporalmente para consumir especies marinas; o los imponentes ciclos de pinturas murales que salpican su territorio, en los que se representan no solo animales terrestres y aves, sino todo un amplio repertorio de la fauna marina que inserta en el imaginario colectivo de estos grupos, sirvió de inspiración en el amplio abanico de soluciones formales realizadas (Viñas; Rosell, 2009).

Y es precisamente esa riqueza la que nos obliga a incorporar otros elementos más allá de los identificados. En efecto, su valor patrimonial ambiental es evidente, y así se ha reconocido a nivel nacional y de una forma muy destacada internacionalmente, aunque no podemos quedarnos ahí¹⁰. Con un claro aumento de la aridez cuanto más al sur, en una transición desde un clima mediterráneo, es en el extremo meridional de la península donde lo desértico se ve tachona-

¹⁰ La UNESCO anunció el pasado 14 de julio de 2010 en la ciudad de Durban, Sudáfrica, la inscripción de las Islas y Áreas Protegidas del Golfo de California en el listado de Sitios de Patrimonio Mundial Natural, al reconocer que representan un ejemplo único en el mundo en el que los principales procesos oceanográficos están presentes, conviviendo con una impresionante belleza natural. La nominación comprende 244 islas e islotes y áreas costeras ubicadas en territorio de los estados de Baja California, Baja California Sur, Sonora, Sinaloa y Nayarit (con una extensión total de 1.838,012 hectáreas, de las cuales el 25% corresponde a la superficie terrestre y el resto a marina).

Esta área declarada Patrimonio Mundial incluye de forma parcial o completa a 9 regiones que a nivel nacional ya han sido declaradas como Áreas Naturales Protegidas por el Gobierno Federal: las Reservas de la Biosfera Alto Golfo de California y Delta del Río Colorado, Isla San Pedro Mártir, El Vizcaíno e Islas Marias; los Parques Nacionales Bahía de Loreto, Cabo Pulmo e Isla Isabel; y las Áreas de Protección de Flora y Fauna Islas del Golfo de California y Cabo San Lucas. Fuente: www.conanp.gob.mx.



Palmeral de la misión de Santa Rosalía Mulegé (Baja California Sur).

Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva

do por humedales, los oasis, que conforman actualmente uno de los símbolos más claros de su identidad y que hay que incorporar a esta potencial riqueza natural¹¹. Remansos de una naturaleza salvaje originada en torno a ojos de agua dulce, son hoy en día reconocidos por su valor medioambiental y cultural, ya que son esenciales como laboratorios de estudio de la fauna y flora bajacaliforniana en unos contextos tan específicos, y a la vez básicos para entender la dinámica de su poblamiento y comprender los desplazamientos de los grupos indígenas por unos itinerarios marcados por pinturas y petroglifos. Además son indispensables para comprender la sistemá-

¹¹ El empleo de estos dos términos no es casual. La diferencia entre humedal y oasis estaría en la misma aprehensión del espacio que se hace por parte del ser humano. Los oasis no dejan de ser humedales, pero en los que el componente espontáneo natural se ha perdido por otro planificado artificialmente.

tica de localización de las misiones y sus visitas a partir de finales del siglo XVII, imbricando un proceso histórico que en realidad impide su comprensión de forma aislada y que abordaremos inmediatamente.

Pasemos a la herencia de los grupos humanos que habitaron estas tierras antes de la llegada de los europeos, con quienes entraron en contacto. Son precisamente ellos los que nos interesan para identificar otro de los recursos patrimoniales más destacados a nivel internacional de Baja California. La diversidad de grupos que ocupaban la totalidad de la extensión de la península, hacía de este ámbito un espacio más dinámico de lo que inicialmente se había considerado ¹². Sin valorar el grado de vinculación indígena en el período del virreinato, y su ascendentes, los primitivos pobladores de la península, y autores de la inmensa mayoría de los conjuntos de pinturas que se localizan en los abrigos naturales de las serranías interiores, además de los petrograbados que salpican el territorio, no cabe la menor duda que son ejemplo de adaptación a un medio que paulatinamente se fue haciendo más hostil y al que respondieron con unas dinámicas de desplazamiento que les garantizaban el alimento según la época del año.

Las noticias que se comenzaron a generar en torno a este territorio lo describían como un espacio agreste y difícil para poblar siendo destacable la obra de Miguel del Barco en ese sentido (Barco:1988). Un espacio en el que transitaban grupos que no pasaron desapercibidos, y cuya imagen y análisis de rasgos y costumbres fueron recogidos por los cronistas y religiosos, que desde Salvatierra a Clavijero (1970), pasando por Baegert (1773) o el citado Miguel del Barco, plasmaron en sus epistolarios y en sus obras, muchas de ellas escritas tras la expulsión de 1767, las características de pericúes, guaicurús y cochimíes, como los grupos más representativos de una variedad etnográfica, que

¹² La revisión del papel actor de los grupos indígenas en la conformación de lo que es actualmente Baja California ha sido tratado por diversos autores. Ven en la presencia de estos grupos étnicos provenientes de otros ámbitos norteamericanos, la constatación de una serie de movimientos que llevaron a una amalgama de culturas que rompe con el tradicional estatismo que se les había otorgado.

como hemos señalado, era amplia (Rodríguez Tomp, 2006; Magaña Mancillas, 2010) ¹³.

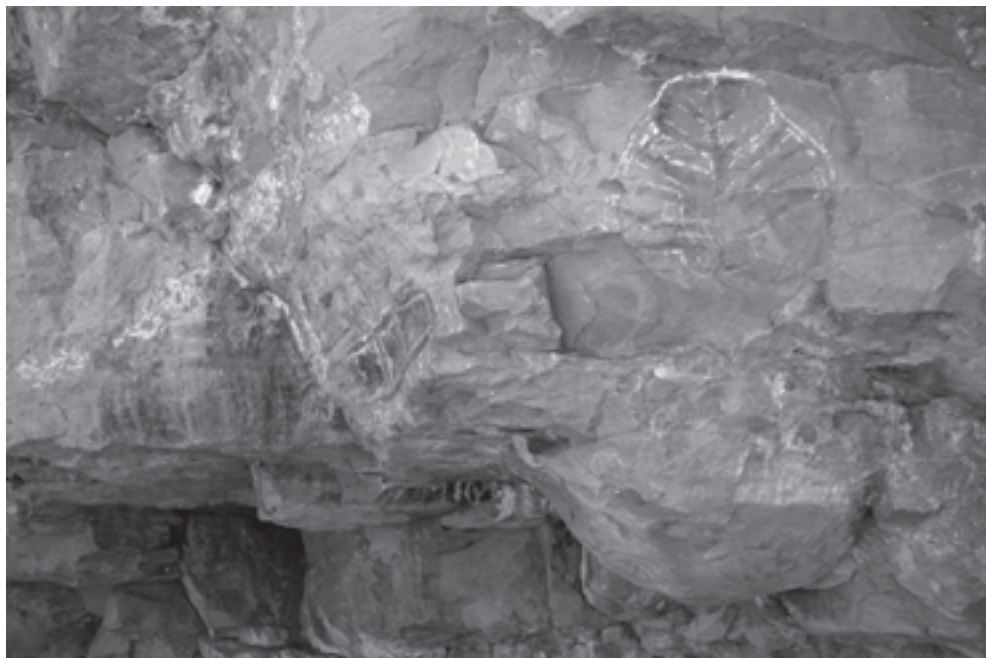
Las imágenes que Ignacio Tirsch ¹⁴ o Shelvocke hacen de los mismos, nos muestran rasgos y aspectos en los que la indumentaria, objetos y la práctica de actividades de caza, pesca y recolección, identificaban el grado de desarrollo cultural de un tipo muy específico de los pobladores americanos que con anterioridad al 10.000 a.C., penetraron por el Norte y se vieron avocados al aislamiento y a la postre condicionamiento de su desarrollo, impuesto por el *cul de sac* que era la península (León Portilla, M. 2000: 57-99). Son ellos los que nos interesan como potencial patrimonial reconocible, en tanto que herederos de esos conjuntos de pinturas rupestres, en los que se proyecta un desarrollo específico del ser humano, y su relación con la naturaleza en la que vive; y cuyo estudio y análisis sigue siendo hoy en día objeto de investigación (Rodríguez Tomp, R.E., 2006).

Propia de unos estadios evolutivos específicos, en los que figuración y abstracción se reúnen en un repertorio de una significación muy intensa, incidieron sobre las sociedades posteriores, siendo el grupo conocido como Gran Mural, el representativo de la máxima expresión de este tipo de producciones (Rubio, A.; Castillo, V. del, 2005) ¹⁵. Constatación evidente de una manera de articular mentalmente el espacio, conforman un territorio plástico complementado

¹³ Sin entrar a ser simplistas, autores como Rodríguez Tomp y Magaña Mancillas, señalan como indispensable para una comprensión global de los procesos históricos que se desarrollan en Baja California, la consideración de los grupos indígenas como actores activos de los acontecimientos y no meros espectadores de unas acciones en las que historiográficamente se han destacado los grupos de religiosos, militares y colonos civiles, provocando con ello que la historia social de Baja California incorpore todas las realidades sociales que estaban presentes en el momento del contacto entre los grupos indígenas y los europeos.

¹⁴ Las imágenes son localizadas cuando aparecen por primera vez recopiladas, formando parte en un calendario en 1970.

¹⁵ Declaradas por la UNESCO patrimonio de la Humanidad en 1993, las de la Sierra de San Francisco conforman en la actualidad más de 200 sitios arqueológicos a lo largo de la Península de Baja California en donde se puede apreciar su evolución y tipologías. En su conjunto han sido objeto de estudio destacando algunos proyectos que se llevaron a cabo desde España, manifestación evidente del interés que siempre han generado, como los trabajos del profesor Josep María Fullola y su equipo en los años noventa del siglo XX.



Conjunto de pinturas rupestres en el Rancho de Las Parras (Baja California Sur).

Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva

con la distribución de los petroglifos o petrograbados como verdaderos marcadores de una articulación identificable por el grupo, integrando de esta forma las máximas expresiones culturales de estos iniciales pobladores, en donde la complejidad interpretativa y su propia calidad les otorga un peso específico dentro del arte prehistórico (Mirambell Silva, L., 2005; Gutiérrez, M.L.; Hyland, J.R., 2005) ¹⁶.

La percepción que del Norte se tenía desde los territorios centrales novohispanos es un tema objeto de un profundo análisis en

¹⁶ La percepción del espacio prehispánico no es completa sin al menos tener en cuenta una producción de cultura material, muy exigua por las características cazadoras, recolectoras, pescadoras, de unos grupos de condiciones nómadas. No obstante dicha producción es representativa de una forma de relacionarse con el medio en la que los concheros de la costa, como lugares de reunión estacionales, vienen a ser el reflejo de esa mismas actividades comunitarias en el interior y representadas por las pinturas murales. Por tanto la visión debe ser mucho más amplia de la propuesta por nuestra parte por la disponibilidad de espacio.

los últimos años. Integrados su percepción y control efectivo dentro del contexto geo-histórico de lo que se vino en llamar Gran Norte o Gran Chichimeca, su papel como frontera le otorga una serie de características necesarias para comprender el proceso cultural que se desarrollará en él en líneas generales y en la particularidad de la península de Baja California, desde la segunda mitad del siglo XVI (León Portilla, M., 1985), desde finales del siglo XVII, a lo largo del XVIII y en la primera mitad del XIX. (Weber, D.J., 2000; y Bernabéu Albert, S., 2000, 2009; y Jiménez, A., 2006).

Se iniciaba así un proceso en el que la Iglesia como institución se había posicionado privilegiadamente en el proceso americano, haciendo partícipes de los mecanismos de actuación a franciscanos, dominicos y agustinos en los momentos iniciales de ocupación de las regiones centrales, e incorporando a otras órdenes conforme avanzaba el tiempo y las dimensiones de los nuevos territorios las alejaban cada vez más de los centros de decisión. En ese sentido podemos señalar que dos son los aspectos que confluyen en la comprensión de la realidad misional en Baja California. Por un lado, serán las características de estas poblaciones las que determinen y a la vez expliquen la aplicación en mayor o menor grado, de la experiencia acumulada en los años anteriores en la contracosta de Sonora y Sinaloa¹⁷. Las condiciones espaciales y sociales de ambos lados del golfo de California, permitieron emplear de un modo similar algunos procesos desarrollados con anterioridad, y explicaría la claridad en el modelo de actuación de los protagonistas de la ocupación de este espacio a partir de finales del siglo XVII. Sin duda los padres Kino y Salvatierra, a los que habría que sumar a Juan de Ugarte, contaban con la experiencia acumulada en regiones como la Pimería y la Tarahumara, que tenían como común denominador una similar tipología de grupo indígena a adoctrinar. Las misiones de San Javier del Baac y Cerocahui, las más emblemáticas de las fundadas pueden

¹⁷ La necesidad de valorar el proceso en el Noroeste desde una perspectiva integral se viene desarrollando en algunos ámbitos académicos mexicanos. Cfr. N.º 67 de 2002 del Boletín Oficial del Instituto de Antropología e Historia, dedicado a las misiones de la Nueva España y su cronistas; y AA.VV. *Misiones en el noroeste de México*. México: Fondo Regional para la Cultura y las Artes, 2004.



Misión de Cerocahui (Chihuahua). Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva

servir como ejemplo de lo que venimos señalando¹⁸. En esta misma línea no podemos perder de vista que la sistemática practicada entronca con la desarrollada por los franciscanos desde el primer cuarto del siglo XVI en Nueva España, y que influirá de un modo claro en la jesuita (Espinosa Spínola, G., 1999). El otro factor a tener en cuenta es el del conocimiento que del espacio tenían los grupos indígenas, quienes se movían perfectamente por un ámbito tremendamente hostil, en el que tenían localizados no sólo los accesos de una región a otra, sino los puntos de agua fundamentales para poder subsistir en los períodos más extremos¹⁹.

¹⁸ Este creemos que es otro elemento a considerar dentro de esta apreciación patrimonial de Baja California. La de entender todo el proceso histórico que la conformará como la realidad que nos ha llegado, dentro de una dinámica mucho más amplia en la que los intereses de la política internacional española, la sistemática de ocupación del territorio en Nueva España y la proyección de los acontecimientos que se suceden tras la expulsión de los jesuitas en 1767-1768, muestran su complejidad.

Es en este contexto previo en el que debemos situar el decidido desembarco que los jesuitas hacen en 1697, después de las expediciones de Isidro de Atondo y Antillón como la de 1683 cuando le acompañaba el padre Eusebio Francisco Kino (Taio, 1645-Magdalena de Kino 1711), y con las que desde los años 70 del siglo XVII, buscaban retomar la exploración de un territorio al que no se había conseguido explotar económicamente de una forma óptima, y en el que la presencia de los grupos indígenas alentó a los jesuitas a su adoctrinamiento y evangelización (León Portilla, M., 2000). La de 1683 a la postre será el que determine la ocupación territorial de la península, alentada más por la necesidad espiritual que por la temporal, circunstancia que afectó a la misma financiación del proyecto.

La historia de los padres Eusebio Francisco Kino y Juan María Salvatierra (Milán, 1648-Guadalajara, 1717), es la de la perseverancia y el convencimiento de las posibilidades de una empresa muy determinada en su éxito por la dependencia de la misma del exterior. La propia convicción que llevó al padre Kino a buscar una entrada a la península por el norte para garantizar una comunicación estable con las nuevas fundaciones es representativo de ello²⁰. El régimen misional que se implantaría en la península conceptualmente no se alejaba de los presupuestos jesuitas desarrollados en otros territorios, aunque si ofrecería una serie de particularidades dadas por el grado de independencia adquirido al ser la propia Orden la que se viera obligada a financiar el proceso, para lo que creó el Fondo Piadoso de las Californias, sufragado por las donaciones aportadas por miembros destacados de la sociedad novohispana y elemento indispensable casi impuesto por el rey para autorizar la entrada a la península (Río, I. del, 2003). Si éste es esencial para entender el su-

¹⁹ La localización de las misiones en los puntos centrales de estos territorios sólo se puede entender por el perfecto conocimiento que del espacio tenían los grupos indígenas y de los que se aprovecharon los religiosos para ubicar estratégicamente las cabeceras de un sistema que junto con las visitas, permitiría controlar un espacio que paulatinamente fue ocupado desde un área central en torno a la misión de Loreto.

²⁰ Un ejemplo de ello es la representación de 1731 que lleva por título *Paso por tierra a California*, de la Universidad de Texas en Austin.

fragio económico de la empresa, no menos determinante fue el papel jugado por la contracosta, desde donde como señalamos, los territorios sinaloenses y sonorenses suministraron material y alimentos hasta que no se generó una dinámica de explotación agroganadera que garantizase el abastecimiento propio de las misiones.

La clara intención por implantar un orden utópico en esta región supuso buscar el aislamiento de los indígenas de los grupos civiles que sobre todo en torno a las explotaciones mineras se comenzarían a asentar en la Península (Amao Maríquez, J.L., 1997). La negativa de los religiosos a aportar mano de obra a estas empresas, generó los primeros enfrentamientos. Las revueltas indígenas en 1697 o las más dramáticas de 1734, con el tiempo no hicieron más que servir como excusa contra los jesuitas para demostrar su incapacidad de control y gobierno sobre estos grupos y donde la misma presencia de presidios, tanto en Loreto como posteriormente en San José del Cabo, y en San Diego, ya en 1769, eran un exponente claro del convencimiento de la inseguridad ante posibles ataques que se podrían sufrir por parte de las poblaciones indígenas.

Si bien desde el siglo XVI se puso de manifiesto la dificultad para ocupar establemente la península de Baja California, no cabe la menor duda que la que podríamos considerar como entrada definitiva a finales del siglo XVII supuso el contacto con las especiales características, extremas y por lo tanto determinantes en el poblamiento que se llevó a cabo, ya que desde el litoral no se vislumbraba de una forma tan clara su contundente aridez y un interior con una geografía agreste en la que serranías y valles lo estructuraban. A ello debemos sumar esos puntos de agua antes mencionados y que muy localizados, hicieron del contacto previo con los indígenas y de la información que pudieran dar, elementos necesarios e indispensables para la fundación del rosario de misiones que de norte a sur y en un proceso perfectamente establecido, acabaron jalonando un territorio que tuvo en la necesidad de su control efectivo la base para alcanzar el éxito en la estabilidad de estas incipientes poblaciones. Es precisamente ese programa constructivo el que podemos considerar como el tercer gran bloque de recursos patrimoniales que se pueden identificar en Baja California, generador de tal complejidad de mecanismos que ofrecerá incluso la posibilidad de una subdivisión.



La Sierra de la Giganta desde el enclave de San Bruno (Baja California Sur).

Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva



Aguaje de la misión de San Francisco de Borja (Baja California). Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva

Desde octubre de 1697 se desarrolló el proceso por el cual se fueron ocupando unas tierras estructuradas en ámbitos, en las que se pueden identificar algunas pautas que desde la costa y hacia el interior modularon un sistema perfectamente establecido. El primero de ellos, el central, permite entender la relación geográfica entre cada una de las fundaciones, y así comprender los vínculos entre Loreto, San Francisco Javier y San José de Comondú; Nuestra Señora de los Dolores y San Luis Gonzaga; o Santa Rosalía, Nuestra Señora de Guadalupe y San Ignacio, en el que cada misión y las visitas que dependían de ellas, hacían de aquella el punto básico de todo este proceso²¹.

Para el conocimiento de las características de estas misiones, contamos con la información que nos aportan las crónicas, la propia arqueología, algunas representaciones, como las que en la primera mitad del siglo XVIII hiciera el citado Ignacio Tirsch y las mismas misiones de las que nos han llegado ejemplos monumentales, pero también de aquellas que solo pudieron construirse en adobe, y de las que quedan en el peor de los casos la huella que sus solares han dejado en el terreno²². No debemos olvidar que con el término originario de misión, nos referimos a la fundación religiosa jesuita, franciscana y dominica que incluye más allá de la especificidad del edificio central de la iglesia y sus dependencias anexas, las viviendas de los indígenas, las tierras de labor y la infraestructura hidráulica necesaria para su cultivo, además de las tierras de secano o ejidales con los que complementaban la economía misional, y que tuvieron como objetivo ser el centro en el que reunir a las poblaciones indígenas dispersas en el territorio, para llevar a cabo su adoctrinamiento.

²¹ La complejidad de los mecanismos que se pusieron en marcha en la ocupación del espacio en Baja California, no se pueden entender sin el proceso de definición de los mismos y que desde 1572 vienen efectuando los jesuitas en Nueva España. Por eso creemos indispensable el reconocimiento de dichos procesos históricos desde la misma presencia de las órdenes mendicantes en territorio americano, ya que en el caso de los franciscanos, definieron unas pautas de acción básicas para entender las relaciones con las poblaciones indígenas.

²² Cfr. DÍAZ, M. (1986); CORONADO, E.M. (1994).



Restos de la misión de San Fernando de Velicatá (Baja California).

Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva

to y evangelización. Un complejo que funcionó como centro neurálgico de la expansión religiosa y que concentraba las funciones agrícolas, ganaderas, religiosas, civiles y militares del nuevo modelo que se estaba instaurando (Río, I. del, 2003).

El conjunto de misiones presenta un estado desigual de conservación. Loreto es representativa de la tipología más simple desde el punto de vista de la construcción de la iglesia. De nave única sin crucero, coro a los pies y cubierta plana de madera, permite no obstante comprender el esquema más sencillo con el que se construyeron, así como los materiales empleados, las técnicas utilizadas y el papel de las imágenes en la decoración de sus interiores²³. Si desde el punto de vista material ofrece uno de los modelos más simples, su contexto inmediato permite entender la dinámica de ocupación

²³ Las otras misiones que presentan similar estructura con una sola nave son las de Todos Santos, Santa Rosalía de Mulegé y San Francisco de Borja, teniendo que ser cautos a la hora de interpretar las estructuras actuales de otras misiones como las de San José de Comondú o Santa Gertrudis, que son hoy espacios reconstruidos de las edificaciones originales, más complejas.



Misión de Loreto (Baja California Sur). Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva



*Restos de la Visita de La Presentación (Baja California Sur).
Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva*

territorial, ya que no sólo desde ella se llevó a cabo la fundación de la misión de San Francisco Javier, sino que se establecieron visitas de las que han llegado algunos ejemplos como la de San Juan Bautista Londó, emplazada en las proximidades de la carretera que recorre toda la península de Norte a Sur, dirección hacia Santa Rosalía, o en una proyección territorial mucho más amplia, la de la Presentación, dentro del ámbito de influencia de San Francisco Javier, pero de la que se piensa dependían estos, al suministrarse alimento desde ella a sus poblaciones.

La visita de San Juan Bautista Londó destaca por la calidad de su ejecución. Se trata de una pequeña capilla, realizada en piedra, cubierta con una bóveda de cañón corrida que cubría su simple planta rectangular y como elemento decorativo una fina moldura que recorre la parte superior de los muros perimetrales, a manera de imposta. Poco nos ha llegado de ella, pero lo suficiente para entender el carácter de estos edificios como espacios religiosos de culto y referentes de unos grupos indígenas que se movían por el territorio circundante con total libertad, en bandas o rancherías que se rotaban para acercarse a la misión y contribuir con su trabajo a su funcionamiento a cambio de comida y de cierta instrucción mientras se alojaban en ella.

No obstante el carácter monumental que adquirieron algunas de ellas lo encontramos reflejado en los edificios centrales de las misiones de San Francisco Javier, construida por el padre Miguel del Barco y San Ignacio. Interiores contrarreformistas con plantas de cruz latina y especial énfasis en los cruceros en los que los retablos juegan un papel destacado, son el claro testimonio de la función de la



Interior de la Iglesia de la misión de San Francisco Javier (Baja California Sur).

Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva

arquitectura y las artes plásticas en el proceso de adoctrinamiento y evangelización. Algunas iconografías vinculadas con la orden ignaciana como la Trinidad Isomorfa, la Virgen de la Luz o el propio Sagrado Corazón ocupan lugares destacados, así como retablos con programas pictóricos sobre la vida de la Virgen y Jesús, a lo que se debe sumar la simbología de los anagramas como el IHS y otros componentes como los coros bajos²⁴.

Como espacio territorial íntegro, la expulsión de los jesuitas de los territorios españoles en 1767 trajo consigo en el caso bajacaliforniano la reorganización del territorio, abriéndose una nueva etapa que llevaría a la expansión hacia el norte de las misiones, con la incorporación de franciscanos y dominicos al proceso (Palou, F., 1994; Nieser, A.B. 1998). La situación política obligó a una revisión de las propuestas jesuitas. Las pretensiones de consolidar las costas californianas en las que enclaves como San Diego, Monterrey o San Francisco ofrecían unas mejores condiciones de resguardo en sus bahías, y la determinación de cerrar el camino real de las misiones, entre las jesuitas y las franciscanas, donde jugarían un papel destacado los dominicos, son las piezas más destacadas de un proceso más complejo por su trascendencia internacional, pero que permiten entender la nueva etapa que se abría y en la que Gaspar de Portolá como gobernador, José de Gálvez como visitador y Fray Junípero Serra como responsable del grupo de religiosos franciscanos, se convierten en los protagonistas de un momento que acabaría englobando a la totalidad de lo que se conocen como las Californias y finalizaría antes de mediar el siglo XIX.

El proceso no fue simple. A la inicial propuesta a la orden de San Francisco, se unió el interés por la de Santo Domingo, que se solventó con una reorganización del plan original haciendo que los franciscanos se trasladaran al norte, hasta San Diego, de tal forma que el espacio entre las misiones de San Fernando de Velicatá y San Diego, fuera gestionado por los dominicos, no sin la ayuda de los

²⁴ En torno a la misión debemos vincular algunas actividades como las festividades que periódicamente renuevan el calendario religioso de estas comunidades, con procesiones en las que se involucran las ranherías próximas, generando interesantes celebraciones como las de San Francisco Javier, Santa Gertrudis y San Francisco de Borja.

mismos franciscanos que ya habían explorado algunos de los puntos en los que se acabarían fundando las cabeceras dominicas. El propio proceso que envolvió la fundación de la primera de ellas, bajo presencia franciscana puede servir de ejemplo. En una expedición realizada por fray Junípero Serra, fray Miguel de la Campa y Cos y el gobernador Gaspar de Portolá, se descubrió, al norte de la misión de Santa María de los Ángeles, un sitio adecuado para fundar una nueva misión. Además de que el valle era fértil, la ubicación estratégica facilitaría la comunicación entre las misiones de la Alta y Baja California. San Fernando de Velicatá fue fundada en 1769 por el franciscano fray Junípero Serra. Posteriormente fray Miguel de la Campa se hizo cargo de la administración de la misión por cuatro años, tiempo en que se construyó el edificio y se acondicionó el valle para el cultivo.

Actualmente existen vestigios de adobe de las construcciones que en otros tiempos formaron la misiones, sirviendo en el caso de las dominicas, como ejemplo de conservación ya que en ellas hay un enorme esfuerzo por preservar las endebles estructuras de tierra que se ven afectadas básicamente por las inclemencias del tiempo, aunque su ruina se deba en gran medida a las acciones humanas. Nuestra Señora del Rosario ²⁵, Santo Domingo ²⁶ o San Vicente ²⁷, son algunas de las que nos han dejado una mejor conservación en sus estructuras, permitiendo en el caso de las dos últimas entender la or-

²⁵ La misión de Nuestra Señora del Rosario fue fundada en 1773 por el dominico Vicente Mora. Los edificios construidos fueron de adobe con techos de carrizo y lodo. Este hecho explica el deterioro que han sufrido las ruinas a través de los años desde su abandono. Hoy en día sólo encontramos paredes altas que permiten imaginar la forma de la capilla. El sitio que ocupó la misión fue explorado por los franciscanos hacia 1771, y hacia 1773 inspeccionado por los dominicos. La abundancia de agua y vegetación hicieron posible el establecimiento.

²⁶ Fundada en 1775 por los dominicos Manuel García y Miguel Hidalgo, el sitio fue descubierto en las exploraciones franciscanas de 1771. Contaba con su iglesia y demás estructuras necesarias de adobe con techo de tule. Aunque fueron muy rudimentarias en su construcción, ésta es la misión dominica que conserva más ruinas.

La misión se estableció originalmente a treinta kilómetros de la bahía de San Quintín. Posteriormente, en 1773, en busca de agua, leña y la cercanía con los indígenas del lugar, necesaria para la evangelización, la misión se reubicó en una llanura entre dos cañones, cerca del arroyo Santo

ganización de las mismas dentro de unos contextos en los que la relación con las fuentes de agua es fundamental. A diferencia del grueso de misiones de Baja California Sur, las del Baja California se disponen en la vertiente pacífica de la península, aprovechando los pasos naturales y valles que forman los arroyos que descienden de las serranías para emplazarse. Se invierte de esta forma la vertiente de localización, al tiempo que refleja el cambio de intereses respecto a los dos espacios marítimos que envuelven a la Península, el golfo de California y el Pacífico²⁸.

Junto al atractivo que tiene el edificio de la misión, no es menos cierto que sus interiores destacan por presentar los restos de una riqueza ornamental que desde retablos a cuadros y esculturas, hablan de la conformación de un contexto visual con una riqueza plástica de una fuerte simbología (Meyer de Stringham, G., 2008). Si bien se trata de un ámbito, el del patrimonio mueble, que ha pasado desapercibido hasta no hace mucho, sobre todo desde una aproximación de conjunto, no está exento de una riqueza y variedad que plasma en su materialidad el panorama artístico existente en territorios de frontera en el siglo XVIII, y donde los procesos de

Domingo. Allí se construyó la capilla, las habitaciones, una cocina, los talleres de los carpinteros y albañiles, el granero y la fragua.

²⁷ Fue fundada en 1780 por los dominicos Joaquín Valero y Miguel Hidalgo. San Vicente Ferrer fue la tercera misión que la orden de los dominicos estableció en la zona costera. Se ubicó en el borde occidental de la cuenca de San Vicente por ser una zona favorable para ello al contar con agua y tierras de cultivo. Era la mayor de todas las misiones dominicas y sus tierras fueron aprovechadas para criar todo tipo de ganado.

²⁸ Las misiones dominicas de Baja California, si bien no presentan la calidad constructiva de las jesuitas de Baja California Sur, al formar parte de un programa unitario que buscaba integrar las misiones más antiguas con las nuevas fundaciones de la Alta California, constituyen una herencia de dicho método de control territorial que lo convierten en un ejemplo de la sistemática ilustrada de poblamiento de finales del siglo XVIII. La puesta en valor de algunas de ellas, permite entender la estructura interna de las mismas, con lo que son un modelo de recuperación llevado a cabo por el INAH y que puede ser la base en la que cimentar futuras propuestas de dinamización patrimonial ya que por su localización son puntos de entrada y salida de pasillos naturales que comunican con ámbitos serranos y de la costa del Golfo, llegando algunos de ellos a ser las vías naturales del tránsito histórico de grupos humanos provenientes de los territorios norteamericanos de Arizona.



Restos de la misión de Santo Domingo (Baja California). Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva

creación de la obra de arte como los encargos, programas iconográficos, realizaciones, traslados, en algunos casos desde el mismo México como el retablo de la iglesia de San Francisco Javier, datado a mediados del siglo XVIII, o el enriquecimiento de los ajuares litúrgicos con piezas transportadas desde Filipinas en los Galeones de Manila que atracaban en el puerto de San José del Cabo y registrados en los inventarios de 1773, etc., ofrecen un patrimonio tremendamente rico que requiere sin duda de una protección urgente (Coronado, E.M., 1994).

Dentro del ámbito definido por las misiones se pueden establecer otra serie de subdivisiones que se convierten en capítulos específicos en este proceso de identificación que estamos proponiendo. Uno de ellos es el del agua, muy estrechamente vinculado con el de la agricultura, y ambos con una personalidad específica.

En el primero de los casos, se podría perfectamente hablar de una cultura del agua en tanto que factor indispensable para comprender la relativa complejidad de su uso y las implicaciones sociales que su manejo suponía, lo que lleva a hablar en este aspecto de

la percepción que de lo material e inmaterial se tiene sobre el patrimonio. Como hemos señalado, la misión sobrepasa los límites impuestos por la materialidad de la arquitectura de la iglesia, para adentrarse en el territorio circundante inmediato y transformarlo a través de su explotación en verdaderas huertas y zonas de pasto y suministro de otros tipos de recursos. Su presencia hay que entenderla incluso como esencial dentro del proceso de poblamiento ya que fue su definición y creación la primera labor impuesta, de tal manera que una vez en cultivo los terrenos elegidos, se podía proceder a fijar unos programas constructivos y por extensión de adoctrinamiento y evangelización estables.

La existencia de una misión requería de un nacimiento de agua que garantizara el abastecimiento. Algunas de ellas se establecieron en humedales que modificados a partir de la incorporación de una infraestructura hidráulica en la que la ley de la gravedad regía el diseño de pendientes con las que dotar de fuerza al líquido, longitud de las acequias, extensión de la superficie cultivable que estaba en relación con la cantidad de gente a la que se aspiraba a dar de comer, etc., se convierten en la base para entender la conformación de un paisaje, el del oasis, que refleja claramente la manipulación de un contexto natural original. Dependiendo de las características de la fuente de agua, permanente o esporádica, se construyeron diversos equipamientos que desde presas, pasando por acequias y balsas para recogerla, hablan de una búsqueda por optimizar un recurso escaso, que llevó a una dimensión de dichos trabajos de tal grado, que generaron la construcción de varias estructuras como es el caso de las presas, siendo un ejemplo las de San Francisco Javier, donde la proporción que adquiere la explotación del territorio lleva a hablar de una longitud de más de diez kilómetros entre la cabecera a la visita de la Presentación, que como se ha señalado, era considerada la posible abastecedora de alimento tanto de la misión de San Francisco Javier como de Loreto (León Portilla, M., 2008).

Como señalábamos con anterioridad la dimensión patrimonial del agua adquiere su verdadero cuerpo incorporando las tierras de labor como elemento indisoluble en un régimen comunal, en el que no existe la propiedad privada en su diseño original pero que requirió de una regulación en el acceso y uso de ese agua que implicó la incorporación de turnos y tandas. Ello tiene su reflejo en la actuali-



Escultura de San Francisco Javier. Misión de San Francisco Javier V. Biaundó (Baja California Sur). Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva



*Interior de la iglesia de la Misión de San Ignacio (Baja California Sur).
Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva*

dad en la existencia de instituciones como la comunidad de regantes de la Purísima y de unas prácticas consuetudinarias que hablan de la herencia que los religiosos dejaron a estas comunidades y que se han perpetuado en el tiempo por su uso, siendo actualmente algunas de ellas codificadas con lo que ello supone de recuperación y conservación de su patrimonio oral, caso de los turnos de riego de la misión de San Francisco Javier. La misma práctica agrícola se podría incluir dentro de este ámbito ya que reúne una simbiosis de productos mediterráneos y americanos que originan imágenes tremendamente sugestivas de contextos de huerta en donde los cítricos como el naranjo o el limonero, el granado, el olivo, la vid, la higuera, la caña de azúcar, mangos o la plamera datilera, se alternan con maíz, nopales, etc., representando la constatación más evidente de la confluencia de los itinerarios de difusión que desde Oriente llegaron a América a través de la Península Ibérica para complementar una rica agricultura y generar una diversidad difícil de encontrar en otros ámbitos y que se ha mantenido en otros puntos de América a través de una terminología específica (Watson, A.M., 1998; Glick, T.H., 2010).

Junto a esta rica variedad, todo producto agrícola requiere de una tecnología para su tratamiento y transformación. En el caso de Baja California, aún se pueden rastrear algunos ejemplos de la misma como es el caso de los trapiches, de los que quedan vestigios de los más antiguos en el museo de las Misiones de Loreto, y todavía funcionando en San José de Comondú. Vinculados a la explotación de la caña de azúcar, con ellos aún se mantiene la memoria de un cultivo que pasó desde el Caribe al continente y llegó a estas tierras en el siglo XVIII con los religiosos²⁹.

Cierra este bloque patrimonial un ámbito vinculado a la misión y con el que se complementa. Los ejidales de secano que se localizan

²⁹ La llegada de la caña de azúcar a América, ponía punto y final a un largo recorrido de más de 6.000 años que desde Asia le había llevado hasta las costas del Mediterráneo. Quedaba lejos el asombro de Alejandro Magno antes una cañas que eran capaces de producir miel sin el concurso de las abejas, y el mapa de un Mediterráneo islamizado donde la caña de azúcar se había extendido de un modo más preponderante por su vertiente sur.



Trapiche en San José de Comondú (Baja California Sur).

Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva



Presa de la misión de San Francisco Javier (Baja California Sur).

Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva



Iglesia de Santa Rosalía (Baja California Sur). Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva



Hotel del complejo Loreto Bay (Baja California Sur). Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva

en su entorno inmediato, tradicionalmente lugares de pasto de la ganadería, de abastecimiento de recursos como leña e incluso abono, surgen tal y como los conocemos hoy por la secularización de las misiones y el reparto de sus tierras en suertes en el siglo XIX, siendo el territorio en el que se establecerían las rancherías (Piñera Ramírez, D., 1991). Perfectamente descritas por autores como Crosby (Crosby, H., 2009), hoy en día son el exponente más claro de ese hábitat disperso, en contraposición al concentrado de la misión y reducto de un modo de vida inserto en una tradición que se mantiene en perfecta simbiosis con el medio y donde algunas artesanías como la tabartería son un exponente claro del saber de estas comunidades.

En la actualidad el contexto bajacaliforniano es un exponente claro de las contradicciones que afectan a la conservación del patrimonio y su convivencia con el desarrollo. Nadie duda que uno de los pilares de la economía y por lo tanto generador de riqueza de Baja California es el turismo, convirtiéndose en una oportunidad que hay que aprovechar mediante una buena gestión de los recursos con los que se cuenta, ya que exponencialmente tiene unas posibilidades que sólo se ven limitadas, por un desequilibrio que afecta en líneas generales a la Península y por la incapacidad que hay para convertir a aquellos recursos en productos de consumo que se establezcan como permanentes en unas dinámicas económicas estructurales. Su misma idiosincrasia ha generado claros desajustes entre el interior y el litoral con unas desigualdades que se han acentuado por el proceso de desarrollo que han conocido algunos sectores muy concretos como

Introducida en el siglo X en la Península Ibérica había alcanzado un desarrollo espectacular ya en el siglo XV, donde las costas del antiguo reino de Granada eran las principales productoras sobresaliendo Motril como uno de los centros más importantes con 14 fábricas que molían 15000 marjales de caña.

La caña llevada a América fue la misma que llegó a Europa en la Edad Media. Una vez aclimatada en las Antillas, su entrada en Nueva España fue muy temprana, apenas unos años después de la caída de México-Tenochtitlan, estando el inicio de su cultivo vinculado con un momento de innovación agrícola parejo a todo ese proceso. La principal región productora de México durante siglos fue toda la zona subtropical situada al sur del valle de México, comprendiendo gran parte del actual estado de Morelos y que pasados los años se desarrollaría en dos grandes regiones, la vertiente del Golfo y la del Pacífico, en los valles subtropicales.

en el caso del sur, lo que a la postre ha aumentado la focalización de la población entorno a puntos extremos, dejando prácticamente el centro convertido en un desierto en el que hay que distinguir determinadas bolsas de población que no obstante no consiguen equilibrar la situación.

Proyectos como el del corredor de los Cabos, ha acentuado un desequilibrio que no ha estado exento de problemas, reflejado en el rosario de instalaciones hoteleras y campos de golf que ocupan el litoral, con el menoscabo que ello supone para la población local, y que representan un modelo de turismo reconocido como de sol y playa que no ha tenido la misma fortuna en otros puntos de la península (Galo, I., 2006; López López, A.; Sánchez Crispín, A., 2001). Unas incongruencias del sistema que sólo pueden explicar promociones como las que se han desarrollado en zonas intermedias, que no han conseguido salir adelante de una forma tan clara por el error en las previsiones y que tienen en el ejemplo del pequeño corredor Nopoló-Loreto un exponente destacado, que buscó en su momento crear una zona de ocio en un ámbito medio de la costa del Golfo, cerca de la localidad de Loreto.

Se añade al anterior el turismo de crucero, existente en puntos como Cabo San Lucas o Ensenada, que ejemplifican muy esquemáticamente una situación actual en la que están proliferando entradas de turistas y divisas que no obstante, muy rara vez llegan a salpicar a los ámbitos interiores más próximos, dando lugar a una focalización de las potenciales oportunidades de desarrollo. A ello debemos sumar que otros lugares del litoral, que en menores dimensiones se están convirtiendo en receptores de turistas con un mayor poder adquisitivo que buscan estancias cada vez más diversificadas en sus actividades, está abriendo otras opciones a este modelo, tampoco exentas de contradicciones³⁰.

Como señalamos, frente a la costa, el interior se presenta como un espacio con cierta desarticulación, que en realidad afecta a toda la península, que recurre a los aeropuertos como medio de acceso

³⁰ El proyecto Escalera o Escala náutica fue una apuesta del presidente Fox para potenciar el desarrollo turístico de la península a partir de los atractivos del Golfo de California, implicando a los estados ribereños. Se planeó para establecer 29 escalas náuticas, de las cuales 15 ya existían en

directo desde el extranjero a través de Tijuana o San José del Cabo, y que encuentra en la existencia de una sola carretera, la Federal 1 que recorre la Península de norte a sur; y las terracerías que ejemplifican mejor que ninguna el acceso a las misiones, las infraestructuras de articulación territorial básicas.

Curiosamente, es ese interior el que tiene la oportunidad de dinamizar y enriquecer la oferta cultural con la que hoy en día cuenta Baja California. La situación en la que se encuentran algunos sectores de la Península y que se ha visto agravada por determinadas circunstancias medioambientales como es el paso de huracanes, ha generado la necesidad de buscar alternativas de desarrollo en las que el recurso endógeno se convierte en pilar básico de unas propuestas en las que el beneficio de la población local se alza, más que nunca como el principal de ellos.

Las potencialidades de Baja California como destino cultural son claras, y testimonio de ello son las ya asentadas representadas en las misiones, y otras que se podrían proponer a partir de elementos latentes que ofrecen opciones perfectamente definidas. La Mina El Boleo puede ser un ejemplo claro³¹. Representativa de una instalación industrial que en un momento histórico como el siglo XIX, se desarrolla al amparo de una independencia que buscaba abrir algunos sectores económicos a la intervención extranjera, El Boleo se convirtió en una explotación de cobre referente, a partir de los descubrimientos que se hacen en 1868 y que requirió de la construcción de las infraestructuras necesarias para acoger y cubrir las necesidades de la nueva población que se generó a partir de ella. Las actuales

2005, aunque 11 se debían rehabilitar y las otras 14 se debían construir. Estos sitios serían de tránsito y tendrían la función de proveer de servicios básicos a la navegación y ser la puerta de entrada a las regiones turísticas de Baja California, Baja California Sur, Sonora, Sinaloa y Nayarit. La oposición de la SEMARNAT y otros problemas retrasaron el proyecto, que no obstante afectará puntualmente a determinados sectores de la costa mexicana, con la sería duda de su implicación en un desarrollo integral de los ámbitos en los que se localizan.

³¹ Se puede ver en ella una heredera de los primeros asentamientos mineros establecidos en la península por Manuel de Ocio, como San Antonio o Santa Ana, testimoniando la tradición de la explotación minera.

instalaciones industriales que subsisten, en algunos casos en estado ruinoso, pero que recogen toda la maquinaria del proceso de extracción y embarque de mineral, la misma localidad con aires afrancesados, y la iglesia prefabricada diseñada por Effiel que fue traída desde Francia, funcionarían perfectamente como reclamo cultural entorno a un patrimonio industrial de una alta calidad y que ve pasar el tiempo sin una apuesta decidida sobre su futuro.

Otros equipamientos funcionan como antesala al conocimiento del territorio. El Museo de las Californias en Tijuana destaca por sus dimensiones y las proporciones de los programas e iniciativas culturales que desarrolla. A él se suma con unas pretensiones más humildes el Museo de las Misiones en Loreto, en el que se hace un recorrido por la historia de la Misión; o el Regional de Antropología e Historia de La Paz con una propuesta museográfica más arqueológica y antropológica. En cualquier caso, centros desde los que se puede gestionar una aproximación adecuada a un patrimonio que cuenta con un valor añadido que es el de la posibilidad que ser percibido en su contexto original, *in situ*, como una forma de presentarlo muy próxima a los preceptos de la interpretación como modelo de gestión, y en algunos casos cercana a los presupuestos de los territorio-museo (Ballart, J.; Tresserras, J., 2001: 174-191; Miró, M., 2000).

En todo esto juegan un papel destacado las Universidades. Los campus de Baja California Sur y Baja California, así como sus correspondientes sedes, deben convertirse en los focos generadores de una dinámica cultural e intelectual, sobre la que se desarrollen las propuestas más variadas que discutan y reflexionen sobre el patrimonio bajacaliforniano.

Más que nunca, la propuesta de interpretación de un territorio como este, debe traducirse en un plan de actuación con objetivos claros, apostando por un determinado discurso comunicativo y un sistema de presentación y gestión de los recursos (Miró, M., 1997: 33). La complejidad de la labor a acometer es evidente. Las decisiones que se han de tomar afectan a un gran número de variables que van desde el qué conservar, a analizar las prioridades de restauración que hay; que tipo de actividades se priorizan, qué mensaje se ha de dar, a qué público debe dirigirse la oferta, qué patrimonio debe gestionar o adquirir la administración, que elementos patrimoniales se

hacen accesibles y de qué manera, cómo garantizamos la rentabilidad de las inversiones, etc. La clave del éxito de esta propuesta estaría en la imbricación de la misma con las verdaderas necesidades sociales de quienes disfrutaban de ese patrimonio. Y ello dota de una componente simbólica a las planificaciones a partir de las cuales se quieran recuperar los elementos patrimoniales de un determinado territorio. Miró señala que ello obliga a tener presente tres enfoques bien definidos (Miró, 1997: 34), la relación del patrimonio con la identidad de un territorio, con la economía desde una perspectiva directa de rentabilidad y finalmente con la sociedad en tanto que generador de una mejora de la calidad de vida.

El proyecto que se plantea no está exento de dificultades. Tanto por la complejidad del mismo al sobrepasar los límites tradicionales de la interpretación, como por la percepción que del patrimonio tiene la población de Baja California, hastiada de sobrevivir en un contexto desestructurado. Y es precisamente ahí donde puede estar el papel del patrimonio, en tanto que catalizador de una situación que demanda una oportunidad para encontrar las vías de desarrollo a partir de una riqueza atesorada durante siglos, que en muchos casos reclama ser rescatada del olvido e insertada en una planificación global de gestión cultural.

BIBLIOGRAFÍA

- AMAO MARÍQUEZ, J. L. (1997): *Mineros, misioneros y rancheros de la Antigua California*, México, INAH-Plaza y Valdés Editores.
- BAEGERT, J. J. (1942): *Noticias de la península americana de California*, (1.^a edición en alemán, año 1772), México, Antigua Librería de Robredo de José Porrúa e Hijos.
- BALLART HERNÁNDEZ, J.; JUAN I TRESSERRAS, J. (2001): *Gestión del Patrimonio Cultural*, Barcelona, Ariel.
- BARCO, M. del. (1988): *Historia Natural y Crónica de la Antigua California*, (Obra escrita entre 1770 y 1780), México, UNAM.
- BARGELLINI, C. (2009): *El Arte de las Misiones del Norte de la Nueva España. 1600-1821*, México D.F., Antiguo Colegio de San Ildefonso.
- BECCERRIL MIRÓ, J. E. (2009): *Los principios legales de la Convención del Patrimonio Mundial*, México, INAH.
- BERNABÉU ALBERT, S. (Ed.), (2000): *El septentrión novohispano: ecohistoria, sociedades e imágenes de frontera*, Madrid, CSIC.

- BERBABÉU ALBERT, S. (Coord.), (2009): *El Gran Norte Mexicano. Indios, misioneros y pobladores entre el mito y la historia*, Sevilla, CSIC.
- BERNAL SANTA OLALLA, B. (2004): «El conocimiento del territorio como base fundamental en la aventura de definir caminos o itinerarios culturales», *Caminería hispánica*, Actas del VI Congreso Internacional Italia-España, págs. 27-42.
- BONCHEVA, A. I.; VILLA, M. Á. (Eds.), (2003): *Diagnóstico estratégico de Baja California Sur*, La Paz, UABCS.
- BRANIFF, C. B. (2001): *La gran chichimeca. El lugar de las rocas secas*, México, CONACULTA-Jaca Book.
- CASTILLO RUIZ, J. (2006): «Los itinerarios culturales. Características y tipos. Principales experiencias nacionales e internacionales», *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada*, n.º 37, págs. 319-335.
- CORONADO, E. M. (1994): *Descripción e inventarios de las misiones de Baja California, 1773*, La Paz, Gobierno del Estado de Baja California Sur-CONACULTA-UNAM.
- CLAVIJERO, F. X. (1970): *Historia de la Antigua o Baja California*, México, Porrúa.
- CROSBY, H. (2009): *Los últimos californios*, México, Gobierno del Estado de Baja California Sur.
- DÍAZ, M. (1986): *Arquitectura en el desierto: misiones jesuitas en Baja California*, México, UNAM.
- ESPINOSA SPÍNOLA, G. (1999): *Arquitectura de la Conversión y Evangelización en la Nueva España durante el siglo XVI*, Almería, Universidad.
- GALO, I. (2006): «Los Cabos: el México más exclusivo», *Dinero: inteligencia empresarial*, n.º 956, págs. 102-103.
- GLICK, Th. F. (2010): *Los antecedentes en el viejo mundo del sistema de irrigación de San Antonio, Texas*, Granada, Universidad.
- GUTIÉRREZ, M.^a de la L.; HAYLAND, J. R. (2006): «Complejidad social y simbolismo prehistórico. El fenómeno mural en la sierra de San Francisco, Baja California Sur». En *Arte rupestre en México. Ensayos 1990-2004*, México, INAH, págs. 73-94.
- HERNÁNDEZ VICENT, M. Á. (1998): *Desarrollo, Planificación y Medio Ambiente en Baja California Sur*, La Paz, UABS-Gobierno de Baja California Sur.
- JIMÉNEZ, A. (2006): *El Gran Norte. Una frontera imperial en la Nueva España (1540-1820)*, Madrid, Tébar.
- LEÓN PORTILLA, M. (1985): *Hernán Cortés y la Mar del Sur*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica-Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- (1989): *Cartografía y crónicas de la Antigua California*, México, UNAM-Fundación de Investigaciones Sociales.

- (1995): *La California mexicana. Ensayos acerca de su historia*, México, UNAM-INIH-UABC.
- (2008): *El Camino Real y las Misiones de la Península de Baja California*, México, Fundación Manuel Arango-INAH-Conaculta.
- LÓPEZ LÓPEZ, Á.; SÁNCHEZ CRISPÍN, Á. (2001): «Canales espaciales de articulación en el corredor turístico Los Cabos, Baja California Sur, México». *Cuadernos de Turismo*, n.º 9, págs. 53-66.
- LUNA MOLINER, A. M.^a; PROPIN FREJOMIL, E.; SÁNCHEZ CRISPÍN, Á. (1998): «Turismo y territorio: el caso del corredor de Los Cabos, Baja California Sur, México». En *Las actividades turísticas y el espacio geográfico*. Ponencias del Simposio G.8 del Congreso Internacional de Americanistas, Quito, 1997, Madrid, Safel, págs. 65-75.
- MATHES, W. M. (1991): «Oasis culturales en la Antigua California: Las bibliotecas de las misiones de Baja California en 1773». *Estudios de Historia Novohispana*, n.º 10, México, UNAM, págs. 369-442.
- MEYER DE STRINGHAMBER, B. (2008): *Iglesias de la Antigua California. Fachadas y retablos del siglo XVIII*, México, INAH.
- MIRAMBELL SILVA, L. (2006): «Importancia del arte rupestre en el patrimonio histórico y cultural de México y de la humanidad». En *Arte rupestre en México. Ensayos 1990-2004*, México, INAH, págs. 13-16.
- MORALES MIRANDA, J. (2001): *Guía Práctica para la Interpretación del Patrimonio. El arte de acercar el legado natural y cultural al público visitante*, Sevilla, Junta de Andalucía.
- MIRÓ, M. (1997): «Interpretación, identidad y territorio. Una reflexión sobre el uso social del patrimonio», *PH. Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, n.º 18, págs. 33-37.
- NIESER, A. B. (1998): *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California 1769-1822*, Mexicali, (Baja California), UABC.
- PALOU, F. (1994): *Cartas desde la Península de Baja California (1768-1773)*, México, Porrúa.
- PATRIMONIO. (2002): *El patrimonio intangible y otros aspectos relativos a los itinerarios culturales*, Congreso internacional del Comité Internacional de Itinerarios Culturales (CIIC) de ICOMOS, Navarra, Gobierno de Navarra-Institución Príncipe de Viana.
- PIÑERA RAMÍREZ, D. (1991): *Ocupación y uso del suelo en Baja California. De los grupos aborígenes a la urbanización dependiente*, México, UNAM-INIH-UABC.
- PRATS, Ll. (2003): «Patrimonio + turismo= ¿desarrollo?». *Pasos. Revista de turismo y patrimonio cultural*, n.º 2, págs. 127-136.
- RÍO, I. del. (2003) *El régimen jesuítico de la Antigua California*, México, UNAM.

- RODRÍGUEZ TOMP, R. E. (2006): *Los límites de la identidad. Los grupos indígenas de Baja California ante el cambio cultural*, La Paz, Gobierno del Estado de Baja California Sur-Instituto Sudcaliforniano de Cultura.
- ROSELLÓ CEREZUELA, D. (2004): *Diseño y evaluación de proyectos culturales*, Barcelona, Ariel.
- RUBIO, A.; CASTILLO, V. del. (2006): «Las pinturas de la cueva de La Serpiente: un mural particular en el entorno de los Grandes Murales. Baja California Sur». En *Arte rupestre en México. Ensayos 1990-2004*, México, INAH, págs. 117-152.
- SILVA PÉREZ, R. (2009): «Agricultura, paisaje y patrimonio territorial. Los paisajes de la agricultura vistos como patrimonio», *Boletín de la A.G.E.*, n.º 49, págs. 309-334.
- VIÑAS, R.; HAMBLETON, E. (2006): «Los grandes murales de Baja California Sur. Las cuevas de la Boca de San Julio I y Las Flechas». En *Arte rupestre en México. Ensayos 1990-2004*, México, INAH, págs. 95-116.
- VIÑAS, R.; RUBIO, A.; CASTILLO, V. del. (2006): «La cueva del Porcelano. Hipótesis interpretativas y consideraciones sobre las fases del gran mural». En *Arte rupestre en México. Ensayos 1990-2004*, México, INAH, págs. 1153-188.
- VIÑAS, R.; ROSELL, J. (2009): «Las representaciones rupestres de fauna de cueva Pintada: los cérvidos (Sierra de San Francisco, Baja California Sur, México)», *Archaeobios*, n.º 3, págs. 88-103.
- VV.AA. (2003): *Territorio y Patrimonio. Los Paisajes Andaluces*, Sevilla, Junta de Andalucía-Consejería de Cultura.
- WATSON, A. M. (1998): *Las innovaciones en la agricultura en los primeros tiempos del mundo islámico*, Granada, Universidad.
- WEBER, D. J. (2000): *La frontera española en América del Norte*, México, Fondo de Cultura Económica.

El proceso de evangelización en Nueva España. Elementos básicos de la religiosidad en Baja California

Gloria Espinosa Spínola¹

La evangelización de la península de Baja California se inició el año 1697, cuando el padre jesuita Juan María Salvatierra, fundó la primera misión de Nuestra Señora de Loreto. A partir de esta fecha, y desde este enclave territorial, la orden de la Compañía de Jesús, irá tejiendo progresivamente una red misional para proceder a la conversión y evangelización de las etnias que poblaban este territorio, pericúes, guaycuras y cochimíes. A esta labor se dedicó hasta la fecha de su expulsión, materializada el día 3 de febrero del año 1768, momento a partir del cual se hacen cargo de dichas misiones, primero los religiosos de la orden de San Francisco, y posteriormente, desde 1773 los misioneros de la orden de Santo Domingo.

Ahora bien, las misiones jesuitas bajocalifornianas, en cuanto a aprehensión del territorio, esquemas de evangelización de los naturales, y materialización espacial y constructiva de los enclaves misionales, no surgieron de la nada, debieron partir de experiencias evangelizadoras previas, fórmulas contrastadas con anterioridad, tanto por otras órdenes religiosas, como por los propios padres jesuitas, dentro del extenso territorio del virreinato novohispano. Sin embargo, al mismo tiempo, el estudio de las misiones en Baja California,

¹ Gloria Espinosa Spínola es profesora titular del departamento de Geografía, Historia e Historia del Arte de la Universidad de Almería. E-mail: espinosa@ual.es.

no sólo a través de las fuentes y documentación de la época, sino también por medio de diversas investigaciones históricas contemporáneas, parece transmitir la idea de «originalidad» de estas misiones, erigiéndose lo que podríamos llamar «un estado independiente indígena», fruto de la voluntad de un grupo de religiosos jesuitas de fuerte personalidad, condicionado por las características medioambientales del territorio y la propia idiosincrasia de la población autóctona.

Así se inicia, un discurso triunfalista sobre la labor de la Compañía de Jesús, en todo el Noroeste mexicano, y especialmente en la península de Baja California, creando una imagen de la Compañía como único y verdadero paladín de los naturales frente al poder virreinal en México, tal como expresan investigadores de la talla de Charles Polzer,² o Miguel León Portilla³.

Ante esta contradictoria situación⁴, surgen una serie de interrogantes: ¿Por qué, y a pesar de las reiteradas negativas reales, la península de Baja California se convirtió en un objetivo prioritario para la Compañía, particularmente para los padres Eusebio Francisco Kino y Juan María Salvatierra? ¿Cómo se afrontó la evangelización de los naturales en Baja California?, ¿cuales fueron los modelos de actuación? ¿Fue original el trabajo misionero en este territorio, o fue el resultado de una simbiosis, que adaptó esquemas de trabajo anteriores a las circunstancias propias californianas?

² Para Charles Polzer (1993) los jesuitas fueron los valedores de la población autóctona en América «donde luchó modificándose para lograr su meta de salvación y redención de ciertos grupos contra las ambiciones de los Reyes, las represiones de la ley y las tradiciones».

³ Miguel León Portilla (2003) nos habla de «California, concebida como geografía de la esperanza, llegaría a existir como realidad dotada de rostro y corazón inconfundibles. Su rostro se fue conformando a través de la presencia visible y tangible de los establecimientos misionales: iglesias y otros edificios, campos abiertos a la agricultura y sistemas de irrigación, huertos y pequeños obrajes... El corazón de las misiones californianas es su dimensión invisible. Es el lado espiritual de la historia: la suma de inspiraciones y motivaciones de tal empresa».

⁴ Sobre la historiografía triunfalista de la labor misional jesuita en México y América, y las actuales líneas de investigación al respecto de la orden, es de gran interés el trabajo de Salvador Bernabéu (2009) en el que recopila las investigaciones más sobresalientes sobre los jesuitas desde la conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América hasta el año 2006.

El presente estudio tiene el propósito de analizar el proceso de conversión y evangelización de los diferentes pueblos mexicanos desde el siglo XVI hasta la expulsión de los padres jesuitas, a fin de conocer que mecanismos se emplearon en una empresa tan compleja y amplia, temporal y territorialmente, como la creación de una iglesia cristiana indiana. De esta forma, quisiéramos confrontar las múltiples caras de la actividad evangelizadora en Nueva España, para valorar la labor ignaciana en la península de Baja California desde una perspectiva global e integradora con el trabajo que desarrollaron las órdenes religiosas en el virreinato novohispano.

LAS ÓRDENES MENDICANTES Y LA EVANGELIZACIÓN DE MESOAMÉRICA

La incorporación el año 1521 de las posesiones del imperio azteca a los dominios hispanos, con su riqueza, extensión territorial y amplio abanico cultural, puso en marcha el proceso de conversión y evangelización de los diferentes pueblos mesoamericanos, delegándose principalmente en las «órdenes mendicantes», franciscanos, dominicos y agustinos, los cuales predicaban con vigor el retorno a la pobreza y basaban sus reglas en la vida comunitaria. Además, estas órdenes eran llamadas «mendicantes», porque fueron fundadas al margen de los beneficios eclesiásticos, sustentándose gracias a las limosnas voluntarias de sus fieles y benefactores.

El apostolado de los mendicantes partió de la base de que sólo el conocimiento del mundo prehispánico proporcionaría los parámetros a seguir en la evangelización del territorio. En otras palabras, era necesario «comprender antes que actuar» sólo así se favorecería el cambio religioso de la población autóctona. El punto de partida fue el empleo de las lenguas vernáculas para llevar a cabo esta labor misionera, no limitándose simplemente al aprendizaje de las mismas, sino realizando un gran esfuerzo por materializar sus experiencias lingüísticas en obras escritas, que favorecieran tanto el conocimiento de dichos idiomas a través de vocabularios y recopilaciones lingüísticas, con trabajos como por ejemplo *El vocabulario en lengua de Michoacán* de fray Maturino Gilberti, como la divulgación de los preceptos religiosos cristianos y los métodos por ellos empleados en la conversión de los naturales, por medio de catecismos como los realizados por fray Pedro de Gante, o mediante



Códice Florentino. Reunión de principales

confesionarios y sermonarios, como las obras compuestas por fray Alonso de Molina.

En segundo lugar, se procedió a instaurar un sistema cultural de contenido cristiano, adoptando una morfología occidental pero, de igual modo, respetando y asimilando aquellos medios autóctonos que podían adaptarse al nuevo sistema. Ahora bien, la religión en el mundo mesoamericano no era solamente un sistema de creencias acerca de un conjunto de divinidades, sino que era un concepto mucho más profundo, era un esquema cosmogónico que regía todas las facetas vitales. Por esta razón, los religiosos instrumentalizaron un sistema que permitió abarcar a todos los grupos sociales y todos los

aspectos de la vida indígena, como las relaciones familiares y sociales, métodos de trabajo, vida privada y comunitaria.

Por ejemplo, en las poblaciones a ellos encomendadas se mantuvo la jerarquía social entre caciques indígenas y macehuales, privilegiando la educación de los hijos de los principales en colegios de reconocido prestigio como el de Santa Cruz de Tlatelolco, igual que se hacía en el *calmécac* azteca; o participando de forma activa en el proceso de adaptación e integración de los naturales en las nuevas formas de trabajo y explotación de la tierra que los españoles impusieron tras la conquista de México, fundando centros de enseñanza técnica y artesanal, como el franciscano de San José de los Naturales en México-Tenochtitlán o el agustino del convento de Tiripetío en Michoacán. Además de estas tareas educativas, otras de las funciones, a nivel comunitario, que asumieron los frailes fue impartir justicia, tal como se observa en el grabado del franciscano fray Diego de Valadés (1989: 490), en cuya parte baja junto a las actividades sacramentales, se representa la *justicia* «ya que los religiosos —escribe fray Diego— escuchamos todas las controversias de los indios que están relacionadas con lo espiritual, y por causa de la buena voluntad que nos tienen ponemos fin a ellas sin aparato de juicio».

Igualmente, sacralizaron y ritualizaron el calendario indígena con fiestas y acontecimientos religiosos en los que las procesiones, el teatro, la música y la danza, tan presentes en las festividades y actos de la religión prehispánica, se convertían en instrumentos metodológicos para transmitir el mensaje evangélico, que al ser protagonizado por los propios naturales, redundaba en su apropiación de las creencias y comprensión de los dogmas cristianos.

Por último, los mendicantes adaptaron fórmulas prehispánicas de aprehensión del espacio en las zonas poblacionales a ellos encomendadas, las cuales se caracterizaban por ser fundamentalmente asentamientos rurales de carácter disperso que se organizaban en cabeceras y sujetos, creándose relaciones de dependencia entre dichas cabeceras —núcleo poblacional principal—, con sus estancias o sujetos, a los cuales articulaba en los planos político, administrativo, económico y religioso. Ante esta dispersión era necesario «poner en policía», es decir, ordenar espacial y territorialmente, las comunidades por medio de las reducciones de indios, proceso en el que con-



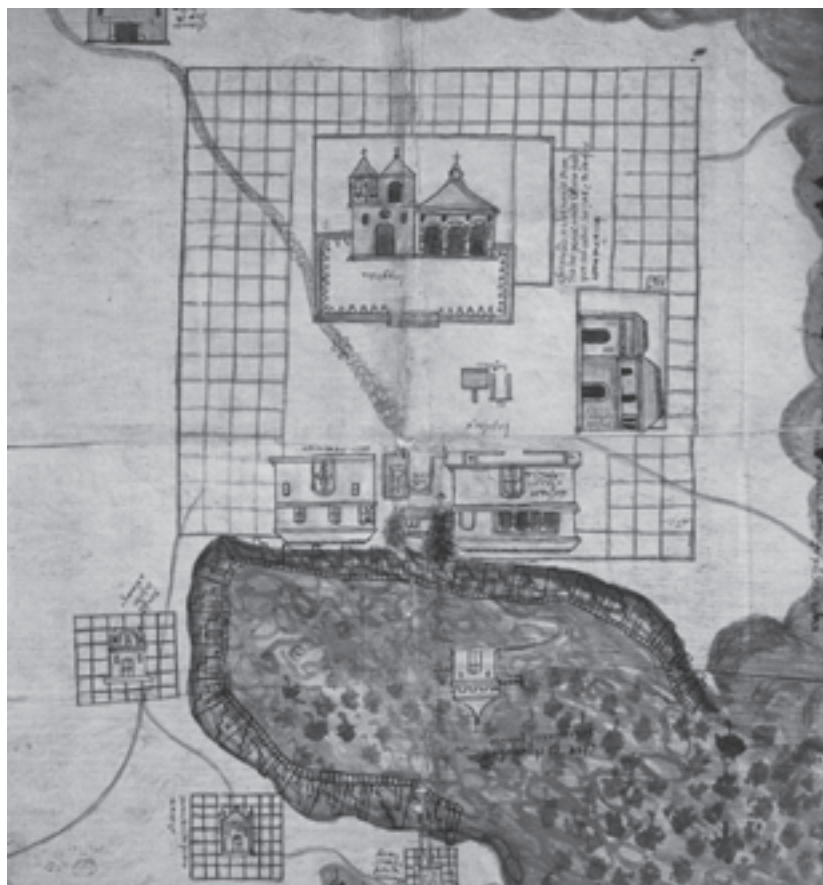
Tetela y su partido. Estado de Puebla (AGI. Sevilla)

fluyeron los intereses económicos, administrativos y religiosos de la Monarquía Hispana.

Los religiosos mendicantes fueron agentes activos en la articulación de las reducciones indígenas, porque sólo a través de la concentración de la población era posible su evangelización, tal como escribió el franciscano Fray Toribio de Motolinía al Emperador en 1550, diciendo «y no sabemos como de otra manera ellos puedan ser bien instruidos e informados en las cosas de Dios, ni sé que inconvenientes hay en juntarlos que pesan más que el provecho que se les sigue» (Gómez Canedo, L., 1988: 109). Los proyectos congregacionales, tal como ha estudiado el profesor López Guzmán, trataban de movilizar a la población indígena cambiando su lugar de asentamiento, normalmente, de las estribaciones montañosas hacia los valles, o bien permaneciendo en el mismo pero modificando la estructura por la reacomodación de otros vecinos procedentes de los pueblos sujetos o estancias (López Guzmán, R., 2007: 68).

La ordenación espacial seguida en los territorios asignados a las provincias regulares fijó una red jerárquica de carácter centrípeto pero donde los asentamientos secundarios son de vital importancia, pues abastecían y eran el punto de apoyo del centro comarcal o regional, reproduciendo en parte las fórmulas de apropiación y uso del territorio prehispánico que hemos visto. Se crea entonces, un sistema en el que se solapa la propia estructuración territorial de las órdenes, basada en guardianías y visitas, con el vernáculo de cabeceras y sujetos (Espinosa Spínola, G., 1999: 56-57). En la pintura de «Meztitlán y su partido» de las *Relaciones Geográficas del siglo XVI. México II*, se aprecian perfectamente los distintos enclaves sujetos a la cabecera de Meztitlán, así como las condiciones orográficas de la zona, con sus sistemas parcelarios de explotación agrícola, zonas de bosque y ríos (López Guzmán, R., 2007: 304).

En los pueblos de indios, ya fueran preexistentes o fruto de las congregaciones, el centro neurálgico será siempre la plaza en cuyos frentes se levantan los edificios más representativos del poder virreinal, como la iglesia, el cabildo, la casa del corregidor o la cárcel. Como podemos ver en la pintura de «Teutenango y su partido» de las *Relaciones Geográficas del siglo XVI. México II*, el primitivo asentamiento de Teutenango que estaba en el monte, se traslada al valle, con un trazado reticular que tiene en su centro el atrio con su barda almenada,



Teutenango y su partido. Estado de México (AGI. Sevilla)

la iglesia con su campanario, y la capilla abierta. Junto al convento se encuentra la plaza con la horca y la picota pública, la fuente y una serie de edificaciones civiles, denominadas «casa del clérigo», «casa de comunidad» y «casas reales para el corregidor». Otros espacios representados son el matadero-carnicería, y los tres enclaves urbanos sujetos a Tenango: San Miguel (Balderas), San Mateo (Texcalyacac) y San Francisco (Tetetla), (López Guzmán, R., 2007: 274).

Tanto en esta pintura de Teutenango, como en otras muchas de las Relaciones Geográficas, se destaca a nivel visual el recinto conventual, el espacio sagrado, que se imbrica con el espacio público de la plaza, eje que se convierte en el centro simbólico, funcional y ce-



Centro Ceremonial. Teotihuacán (México). Foto: Gloria Espinosa Spínola



Convento de San Andrés. Epazoyucan (Hidalgo). Foto: Gloria Espinosa Spínola

remonial de la comunidad. Vemos entonces como, en las poblaciones cabeceras, se levantan los conventos mendicantes⁵, en los que el atrio con su dotación arquitectónica correspondiente, —cruces, capillas abiertas y capillas posas— se erige en el centro ceremonial indígena, realidad que en algunos casos se refuerza en el imaginario colectivo cuando se superpone sobre plataformas prehispánicas. El atrio es la gran explanada de terreno natural que se sacraliza y se delimita del espacio comunitario por medio de su barda almenada, pero con el que se comunica a través de dos o tres arcadas horadadas en su muro de piedra. En el centro se sitúa una cruz de piedra que marca el centro de este espacio sagrado, ombligo del mundo.

En el ritual litúrgico, la explanada del atrio conforma las naves, y la capilla abierta, que es el espacio construido desde donde el fraile celebraba los oficios, funciona como el presbiterio de una gran iglesia a cielo abierto dedicada a los naturales. Las soluciones espaciales de estas capillas abiertas son variadas, y van desde sencillas plantas rectangulares o poligonales como las capillas de los conventos de Actopan (Estado de Hidalgo) y Tlaxcala (Estado de Tlaxcala), hasta diseños más complejos en los que hay una combinación nave transversal-presbiterio como en la capilla del convento de Atlatlahucan (Estado de Morelos), o confluencia de espacios que funcionarían como coros sobre otro central, como las capillas abiertas de los conventos dominicos de Coixtlahuaca y Teposcolula (Estado de Oaxaca).

Por último, se levantaban las capillas posas, cuatro pequeñas capillas que se localizaban en las esquinas de la barda atrial, y que se integraban al uso sagrado del atrio funcionado como paradas en las procesiones que se celebraban en su interior; pero, además, estos recintos eran depositarios de otros valores funcionales y simbólicos de la comunidad, pues eran donde se educaban a los indios en la doctrina cristiana, representaban las parcialidades o barrios en los que se dividían las poblaciones autóctonas, los cuales eran normalmente cuatro, y se asimilaban con los cuatro puntos cardinales, que permitían arraigar el área de implantación del convento en el macrocosmos indígena.

⁵ Sobre las arquitectura que desarrollaron las órdenes mendicantes en México, Cfr. Espinosa Spínola, G. (1999).



Capilla abierta. Convento de Nuestra Señora de la Concepción. Otumba. (México).

Foto: Gloria Espinosa Spínola



Capilla posa. Convento de San Mateo. Atlatlahucan. (Morelos). Foto: Gloria Espinosa Spínola



Capilla de visita. Dzibilchaltun (Yucatán). Foto: Gloria Espinosa Spínola

Por su parte, en las poblaciones denominadas visitas, dependientes de las cabeceras, se levantaron recintos religioso muy sencillos, integrados por el atrio, la capilla abierta, la casa cural —habitación para el uso de los frailes cuando «visitaba» estas estancias o sujetos, pues no residía en ellas de forma habitual— y, en algunos casos, las capillas posas.

Ahora bien, como narra el fraile agustino fray Diego de Basalencque en su crónica de Michoacán, cuando los religiosos se asentaban en una población trataban de «hacer una chozuelas para vivir, y una iglesia moderada para decir misa y poner el Santísimo Sacramento», para ello «ordenaron que se hiciese un jacal grande, donde la gente se juntase para ser catequizada y oír la palabra de Dios» (Moreno, H., 1985:71). Esta era la primera construcción, «de prestado» como la llama fray Diego, distinta de los recintos conventuales que han llegado hasta nosotros y que hemos definido previamente, los cuales se iban realizando paulatinamente una vez que los religiosos se habían establecido en una población. Esta diferenciación la ilus-

tra muy bien, nuevamente, este fraile agustino al hablar de la llegada de fray Diego de Chávez al pueblo de Yuririapundaro en Michoacán, el cual «para dar principio a la buena administración trato de hacer iglesia y convento de perpetuidad, contentándose de prestado un jacal y unas pobres celdas donde poder vivir; y para lo permanente había echado los ojos en el sitio que ahora está» (Moreno, H., 1985: 126).

Estos primeros edificios, «de prestado» o «jacales», tal como lo definen las fuentes mendicantes, eran construcciones de carácter provisional que se realizaban con materiales perecederos como adobe, ladrillo, madera, paja y pequeños cantos de piedra. Con estos espacios se afrontaba la necesidad apremiante de evangelizar a los naturales desde el mismo momento que llegaban los frailes a una localidad, pues este tipo de iglesias se adaptaban constantemente a las distintas actividades que requería el proceso de evangelización y permitían una construcción rápida con los recursos más inmediatos por parte de los artesanos indígenas de la zona. Lamentablemente, debido a este carácter provisional, no se han conservado ninguno de estos proyectos, los cuales conocemos por referencias documentales y por trabajos arqueológicos, como los realizados en el convento de San Miguel de Huejotzingo (Estado de Puebla), (Córdova Tello, M., 1992: 48-62).

LAS MISIONES DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN NUEVA ESPAÑA

Los jesuitas llegaron a Nueva España en el año 1572 para atender las necesidades espirituales y educativas de los distintos sectores sociales y culturales novohispanos. En un principio, «su estrategia consistió en atraerse a la población urbana, ganar protectores para sus fundaciones y extender después su actividad a otras regiones más alejadas» (Gonzalbo Aizpuru, P., 2001: 51). Para ello, fundaron casas y colegios en las principales ciudades, dedicándose prioritariamente a labores educativas, creando una importante red de colegios muy bien dotados económicamente por numerosos benefactores. Pero, a partir de 1590, las autoridades virreinales enviaron misioneros a la frontera norte, a la zona de la Gran Chichimeca, por lo que los jesuitas inician sus labores misionales en la región Noroeste del virreinato, junto con otras órdenes religiosas, fundamentalmente, con la orden de San Francisco.

Como ha señalado la investigadora Pilar Gonzalbo «al igual que franciscanos, dominicos y agustinos, los jesuitas dependían de los donativos de sus fieles, pero a diferencia de los mendicantes, no requerían limosnas para su sustento cotidiano, sino que recibían considerables bienes fundacionales con los que erigían sus colegios y mantenían sus actividades docentes y sacerdotales. Mientras que los mendicantes estaban obligados por su regla a pedir siempre limosna, los jesuitas fueron excelentes administradores, que invirtieron exitosamente las riquezas recibidas e hicieron prosperar sus propiedades rurales» (Gonzalbo Aizpuru, P., 2001: 52). Esta independencia económica, es vital para conocer el proceso de expansión de la orden por el Noroeste mexicano, especialmente durante los siglos XVII y XVIII, en los que las arcas de la Corona hispana iban paulatinamente menguando. Como acertadamente ha señalado el investigador José Refugio de la Torre Curiel, la llegada de los jesuitas a Sinaloa en la década de 1590 y su posterior expansión por la Sierra Madre Occidental hacia las Pimerías y la Tarahumara, marcó el inicio de un modelo alterno de evangelización, caracterizado por su complejidad, por una «estructura económica capaz de hacer de la misión una empresa que proporcionara sus propios medios de subsistencia a través del uso del trabajo indígena. Aunque en esencia la conversión promovida por los jesuitas se asemejaba a la «conquista espiritual» de los indios en los primeros años del virreinato, la gran diferencia estribaba en que los jesuitas no eran solamente conquistadores del espíritu, sino también los supervisores de la conquista militar de la infidelidad. Para llevar a cabo este proyecto religioso-político, los jesuitas consiguieron que la Corona les confiara el control militar en aquellos territorios, situación sin precedente en el esquema de administración misional» (De la Torre Curiel, J.R., 2009: 295-296).

Efectivamente, desde los primeros trabajos de evangelización de los jesuitas en el Noroeste mexicano, iniciados con la llegada de los padres Gonzalo de Tapia y Martín Pérez a Sinaloa el año 1591, los religiosos se encargaron de proporcionar el bien espiritual y temporal a los naturales, contando siempre con el apoyo de las guarniciones militares de los llamados «presidios», como el caso del presidio de la villa de Sinaloa fundado en 1596, o el de Santa Rosa de Corodéguchi fundado en 1592, una vez consolidadas estas misiones de Sinaloa hasta el río Santa Cruz, en el actual Estado de Arizona.



Misión de San José del Cabo. (Baja California Sur)

Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva

Estos presidios surgieron en relación con los yacimientos argentíferos descubiertos en este territorio, como las minas de plata de Zacatecas. Como ha señalado el investigador Rafael López Guzmán, las poblaciones con presidios tuvieron un carácter muy provisional, situándose en «aquellos puntos de mayor peligro en los trayectos, o que podían proteger los yacimientos o las zonas de producción agrícola y ganadera necesarias para el abastecimiento de los centros mineros. La arquitectura del edificio presidial fue muy variada, aunque de forma genérica tendría los siguientes apartados: muralla y torres, habitaciones para soldados, caballerizas, corrales, almacenes, talleres, capilla y patio de armas. Este último servía para proteger a la población y a los animales, uniéndose, finalmente, como plaza pública a la población» (López

Guzmán, R., 2007: 184).

En el caso concreto de Baja California el sistema misional fue un paso más allá, pues los padres jesuitas ejercieron conjuntamente la autoridad religiosa y civil de los territorios a ellos encomendados. La responsabilidad civil, basada en la real provisión dada por el virrey Conde de Moctezuma el 5 de febrero de 1697, les permitió seleccionar a los jefes militares y nombrar a las personas que hubieran de administrar justicia en nombre del rey (Río, I. del, 2003: 46). En Loreto, primera misión y cabecera territorial de la península, se ubicó el presidio, donde residía un capitán, nombrado por los padres, con una pequeña guarnición militar. En el resto de las misiones que se fueron creando, los padres eran auxiliados por una pe-

queña escolta, formada por uno o dos hombres armados, acompañados de sus esposas e hijos. Años después, y tras la rebelión de los indios pericúes, en 1737 se aumentaron las plazas militares permitiendo conformar un nuevo destacamento en la zona sur peninsular, concretamente en la población de San José del Cabo (Río, I. del, 2003:89).

La ordenación territorial del Noroeste mexicano continuo el esquema cabecera-visita practicado en el centro del virreinato, insertándose en él las poblaciones con presidio descritas. Sin embargo, dicho esquema nuevamente debió de readaptarse a las circunstancias propias de la población autóctona, con patrones de asentamiento predominantemente dispersos, bien de pueblos semisedentarios organizados en rancherías⁶ con una economía agrícola que se completaba con otras prácticas como la caza y la recolección, bien de pueblos específicamente nómadas de cazadores-recolectores como el caso concreto de Baja California. En ambos modelos, un factor importante a tener en cuenta era la «estacionalidad», pues los grupos se desplazaban periódicamente por los distintos parajes a fin de optimizar su economía y supervivencia.

Para evangelizar a los naturales, los jesuitas utilizaron las «entradas», definidas por la investigadora Irma Leticia Magallanes como «la acción de penetrar en una región para tomar contacto con la población y buscar sitios adecuados para el establecimiento de la misión y, enseguida, disponerse a concentrar a los indios dispersos en valles, montes y cañadas. Entre la «entrada» y el establecimiento de la misión, el religioso recorría el territorio para conocerlo, informarse de su geografía y del grado de oposición de los indios a vivir en comunidad» (Magallanes Castañeda, I., 2009: 266).

El sistema de trabajo descrito desarrollado por los padres jesuitas, basado en el conocimiento previo del terreno y la idiosincrasia de los diferentes grupos étnicos, determinó un patrón de asentamiento de las misiones que, si bien basado en la antigua jerarquía cabe-

⁶ En el Noroeste de Nueva España, tanto en los territorios evangelizados por los padres franciscanos como por los jesuitas, la población se encontraba dispersa en múltiples rancherías. Se trataba de grupos pequeños de agricultores y cazadores que continuamente debían de desplazarse de un sitio a otro debido a los efectos de las sequías y a las incursiones de otros grupos étnicos. Cfr. De la Torre Curiel, J.R. (2009: 293).

cera-visita, se adaptó a los ritmos vitales de los naturales, manteniendo la «estacionalidad» y «dispersión» de la población. En las cabeceras o misiones, se establecía un poblado de carácter permanente, donde residían de continuo un misionero, dos o tres indios que lo auxiliaban en los trabajos domésticos y la pequeña escolta de soldados con sus familias. El resto de la población, asistía siguiendo el método de visitas alternadas, según el cual las rancherías indias comarcanas concurrían por turnos y sólo por unos días a sus respectivas misiones⁷, donde trabajaban, recibían la doctrina cristiana, y eran protegidos y abastecidos materialmente por el religioso⁸. Por su parte, las visitas, eran grupos de población dispersos que dependían, espiritual y materialmente, de las cabeceras. Estas poblaciones, la mayoría de las veces, no eran más que «rancherías volantes», es decir, bandas que se desplazaban continuamente por un territorio propio y sólo suspendían las actividades de pesca, caza y recolección cuando les tocaba acogerse en las cabeceras (Río, I. del, 1998: 132).

En Baja California, los jesuitas adoptaron este modelo de misión puesto que era el que mejor se adaptaba al ciclo vital de los pericúes, guaycuras y cochimíes que la habitaban, puesto que las tres etnias eran esencialmente pueblos seminómadas, que seguían un ciclo anual de movimientos por estaciones. Tenían fama de belicosos, se dedicaban a la caza y la recolección principalmente, y no contaban con una cultura material de importancia en comparación con las grandes culturas del centro de México⁹. Además, este modo de

⁷ El padre jesuita Juan Jacobo Baegert (1989: 163) se hizo cargo de la misión de San Luis Gonzaga en 1751. Cuando realizó su crónica de Baja California describía este proceso así: «Entre todas las misiones había nada más cinco —y estas eran las menos populosas—, que podían mantener y vestir a todos sus feligreses durante todo el año, y donde por tal motivo, toda la gente vivía alrededor de la casa. En las otras, la tribu estaba dividida en tres o cuatro grupos, de los que cada uno tenía que presentarse, alternativamente una vez al mes en la misión y quedarse allí una semana completa».

⁸ Este patrón de asentamiento fue el único que permitió la evangelización de estos grupos étnicos. Por esta razón, los padres franciscanos cuando se hicieron cargo de las misiones jesuitas tras su expulsión lo mantuvieron. Sobre este tema Cfr. Río, I. del (1974).

⁹ Sobre las manifestaciones artísticas de los pueblos autóctonos que habitaban la península de Baja California Cfr. Hers, M.A. (2009).

vida estaba condicionado igualmente por la realidad medioambiental de la península, caracterizada por la aridez de un desierto de fuertes contrastes térmicos y pluviales, así como de accidentes montañosos de relevancia, como es la Sierra de la Giganta. Esta realidad cultural y medioambiental, de unos pueblos que carecían absolutamente de todo, condicionó también el carácter del trabajo que los misioneros desarrollaron con los naturales.

Como hemos señalado, la organización territorial en Baja California siguió el viejo esquema de cabecera-visitas que se había empleado en la mayor parte del territorio novohispano. Partiendo de la primera misión, Nuestra Señora de Loreto, fundada el 25 de octubre de 1697 por el padre Salvatierra, la orden va extendiéndose paulatinamente por toda la península, contado en el momento de la expulsión de los jesuitas con 15 misiones o cabeceras¹⁰, con una distancia media entre las fundaciones de un día de viaje, si bien existían distancias mayores, como los tres días de camino que separaban las misiones de Nuestra Señora de Columna y San Borjas (Baegert, J.J., 1989: 155). Cada una de estas misiones tenía su propio padre¹¹ que, además de la cabecera, administraba las visitas y pequeñas rancherías dependientes.

Partiendo de Loreto, en el corazón de la Península, La Compañía va expandiéndose por las poblaciones más cercanas, ocupando toda la zona centro en la década de 1700. Continúa prioritariamente hacia sur en la década de 1720 con la fundación de la misión de Santiago, puente para la fundación de San José del Cabo, en el extremo más meridional de la Península, ya en el año 1730. Pero tam-

¹⁰ El padre Baegert, (1989: 154) informa que: «En su totalidad, se fundaron 18 misiones en California, pero de éstas, algunas fueron cambiadas, más tarde, a otros lugares y bajo otro nombre; algunas más fueron fusionadas y de dos se hizo una; de modo que, al principio del año 1768, sólo se contaron 15». Por su parte, el padre Miguel del Barco (1988: 5), en su crónica emplea específicamente el término «cabecera», y en una nota explica como «Este nombre se da a la población principal en que reside y asiste el misionero que tiene a su cargo, por lo regular, muchas reducciones o pueblos pequeños a los que asiste».

¹¹ Salvo las de San José del Cabo y Santiago, que eran de las más cercanas, pues sólo las separaba 12 horas de distancia. Barco, M. (1988: 155).



Viviendas y tierras cultivadas en San José de Comondú (Baja California Sur).

Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva

poco en estos años de expansión hacia el sur se descuidó la zona norte, pues se fundaron las misiones de Nuestra Señora de Guadalupe Guasinapí en 1720, y San Ignacio Kadakaamang en 1728, puntas de lanza de la última fase de expansión jesuita, dirigida hacia el septentrión, que culminará en la misión de Santa María Cabuja-Camang en el año de 1767. A través de rutas y caminos prehispánicos preexistentes, los padres fueron buscando los lugares con los terrenos más fértiles por la presencia de agua en auténticos oasis naturales, que ellos, gracias al establecimiento de las misiones, transformaron en oasis «históricos», mediante la construcción de pequeñas presas, acequias y variados sistemas de irrigación.

Una vez elegido el lugar de fundación de la misión y asentados en ella los indios que vivían en sus contornos, mediante el trabajo del misionero se procedía a una auténtica «mutación» del territorio y del ciclo vital de los naturales. Como decíamos, se transformaba el paisaje, mediante la construcción de las infraestructuras hidráulicas necesarias, para crear huertas, a veces muy pequeñas, donde cul-



Huerta en el rancho de Las Parras (Baja California Sur). Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva

tivaban gran variedad de hortalizas, árboles frutales, maíz, frijol, trigo, e incluso arroz, en tres de las misiones, y caña de azúcar, en dos de ellas. También se practicaba la ganadería, mulas y caballos, eran vitales para el transporte y abastecimiento de las misiones, además de ovejas y cabras principalmente.

Pero también se trasformó el ciclo vital del indio, cuando en sus movimientos estacionales residía en la misión. Como ha señalado Miguel León Portilla, «vivir con los padres era muy distinto. Tenían ellos una campana que repicaba a lo largo del día: los despertaba temprano por las mañanas, los llamaba a misa, luego a desayunar, después al catecismo y más tarde a trabajar. Al mediodía la campana llamaba al ángelus, en honor a la Virgen María, luego a comer y por la tarde seguía tañendo para un sinnúmero de actividades más» (León Portilla, M., 2003: 71).

La finalidad principal de los padres jesuitas era lograr el bienestar temporal y espiritual de los naturales, tal como escribió el padre Juan Jacobo Baegert, «Así que en todo, el misionero era el único sostén para los chicos y grandes, enfermos y sanos, y él solo cargaba

con la responsabilidad de todo lo que había que hacer y arreglar» (Baegert, J.J., 1989: 165). Es en este punto, donde radica, a mi forma de ver, la diferencia principal que distingue el proceso de evangelización de la Compañía en la Baja California, con el resto de experiencias evangelizadoras protagonizadas por otras órdenes religiosas, e incluso, por la propia orden jesuita en otras regiones americanas: proporcionar el bien material, al mismo tiempo que el espiritual, a los indígenas de sus misiones. Como señala nuevamente Baegert, se les facilitaba alimento, vestido, calzado, medicinas, herramientas, los padres hicieron las veces de «campesino o jornalero; como otros hicieron las veces de sastre, carpintero o ebanista, para su iglesia o casa, como practicaron el oficio de albañil, talabartero, tabiquero, médico, cirujano, maestro de escuela y de orquesta, mayordomo, tutor, enfermero, zalero y otros muchos» (Baegert, J.J., 1989: 166).

Lógicamente, para atender estas necesidades primarias de los naturales, el sistema agropecuario descrito que se implantó en las misiones exigía, como no podía ser de otro modo, de la participación de los indígenas en las labores agrícolas, pero, se hizo de una forma inconsistente porque, aunque los indios estaban vinculados a los centros misionales, tuvieron que seguir practicando la caza y la recolección para asegurar su supervivencia, debido, no sólo a las características medioambientales de la península, sino a su falta de voluntad por desarrollar una actividad con la que no estaban familiarizados (Río, I. del, 2003: 100). Razones por las que, por otro lado, tampoco, como había sucedido en las misiones de Sonora y Sinaloa, se combinó la producción comunal dirigida por los padres con las familiares y particulares de los indios, mediante la distribución de tierras y ganado.

En cuanto a las labores propiamente espirituales, los jesuitas readaptaron esquemas evangelizadores precedentes, comenzando por aprender las lenguas de los diferentes grupos étnicos para utilizarlas como método en sus conversiones. Se realizaron trabajos lingüísticos sobre los diferentes idiomas del Noroeste virreinal, entre los cuales podemos destacar la obra del padre Juan Fonte, *Arte y vocabulario de la lengua tepehuana* del año 1615, y la de Benito Reinaldini, *Arte para aprender la lengua tepehuana y tarahumara* de 1743, al igual que obras de doctrina como el *Catecismo* y *Manual para administrar los sacramentos* en lengua cahíta del padre Pablo González, ambos ma-

nuscritos del año 1737 (León Portilla, M., 2007). En Baja California también emprendieron el estudio de las lenguas autóctonas, recopiladas por los padres Juan Jacobo Baegert en el caso de la lengua guaycura, y Miguel del Barco para el cochimí, e insertas en sus respectivas crónicas sobre las misiones californianas¹².

Igualmente, los jesuitas seleccionaron entre los pobladores indígenas, aquellos que ejercían alguna forma de liderazgo o mostraban mayor predisposición a la vida en la misión, para realizar las diversas tareas que se desarrollaban en la misma, dedicándose a labores de servicio —agricultura, pastoreo y cocina—, pero también religiosas como sacristán, catequista, labores de policía y de fiscal (Baegert, J.J., 1989: 163). Un caso especial lo constituía la población infantil, ya que los misioneros trataron de retener en la misión el mayor número posible de niños californios, para que, además de hacerse a la vida sedentaria, recibieran diversas enseñanzas en las escuelas misionales, donde se les instruía en la doctrina cristiana y en otros conocimientos como la lectura y la escritura¹³.

Una vez que se producía la «entrada» del misionero en una localidad y se establecía sobre el terreno, se procedía a la construcción de los distintos edificios que conformaban la misión. Como podemos observar en las pinturas que realizó el padre jesuita Ignacio Tirsch, en el año 1777, en las que reproduce dos de las misiones, la de San José del Cabo y la de Santiago, la misión se ordenaba siguiendo un rudimentario esquema urbano que tomaba como punto de referencia la iglesia, junto a la cual se levantaban el resto de dependencias, describiendo un trazado cuyo centro lo constituía un amplio espacio abierto a manera de plaza, normalmente de planta rectangular. Estas primeras construcciones religiosas eran sencillos es-

¹² No conservamos trabajos más específicos de los padres jesuitas sobre las lenguas de los antiguos californios, pero, como ha señalado Miguel León-Portilla (2007: 53) debieron de existir otros relativos a la lengua pericú, además de gramáticas y vocabularios que los padres dejarían en sus misiones tras la expulsión del año 1768. También sobre los posibles trabajos lingüísticos de los padres jesuitas Cfr. Río, I. del (1998: 165-169).

¹³ Estas escuelas misionales están documentadas en las cabeceras de San Ignacio, Loreto, San Francisco Javier, San José de Comondú y La Purísima. Los niños asistían a ellas desde los 6 ó 7 años hasta que eran aptos para la procreación. Cfr. Río, I. del (1998: 177).



Misión de Santiago. Ignacio Tirsch (1777)

quemados realizados con materiales perecederos, bloques de adobe o paredes de barro, alguna con posters encajados en la tierra para formar el marco sobre el cual se moldeaba el barro, con techumbres de terrado o paja (Ivey, J., 2009: 101). Con idénticos materiales se realizan las casas de la población indígena que consistían en recintos con paredes de postes verticales, cubiertos de barro o paja, y techumbres de paja a dos aguas¹⁴.

¹⁴ Las misiones de Baja California, tanto para algunos investigadores, como interesados en general en la historia de La Compañía de Jesús, se han relacionado con las misiones de la Paracuaria, tanto por sus métodos del trabajo como por su configuración urbana y arquitectónica. Estas misiones sudamericanas, desarrollaron un programa económico, social, cultural y religioso mucho más complejo del que estamos viendo en las misiones californianas. También lo fueron en cuanto a su configuración urbana: alrededor de la plaza se edificaba el templo, la casa de los misioneros, viviendas para los huérfanos y las viudas, molino, horno de pan, cocinas populares, talleres, etc. El resto del pueblo lo conformaban viviendas familiares construidas bajo un patrón común. Las soluciones

Una vez pasadas las urgencias de la toma de posesión del territorio, se acomete la realización de obras con un carácter más permanente, constituyendo una segunda fase constructiva en muchas de las misiones ignacianas. Para su ejecución, los materiales de construcción empleados fueron aquellos que se encontraban en el entorno más cercano al enclave misional. Atendiendo a su origen y manipulación, se puede clasificar estos materiales en: vegetales, inorgánicos y artificiales¹⁵. En Baja California, como señalan las fuentes documentales, especialmente la obra del padre Juan Jacobo Baegert, para las edificaciones se emplearon esencialmente, materiales inorgánicos y artificiales para los cimientos y las paredes, mientras que para las cubiertas se utilizaba algún tipo de material vegetal, como paja, caña y palos, no pudiéndose emplear grandes vigas de madera para las cubiertas, ni piezas muy largas de carpintería, debido a la carencia de masas boscosas, tan sólo se podían fabricar pequeñas vigas u horcones¹⁶, utilizándose

espaciales, diseño y estereotomía de los materiales fueron mucho más variados y acordes con fórmulas artísticas más novedosas, contrastando con la pobreza de materiales empleados en California y la sencillez de los edificios, sencillez no ausente de dificultad artística en una zona que carecía de una tradición constructiva, rasgo propio de los pueblos seminómadas que vivían en la región. Por ello, compartimos la opinión del investigador Ignacio del Río (2003: 17) cuando señala que «Una diferencia importantísima hubo entre las reducciones jesuíticas guaraníes y las californianas: aquéllas se organizaron y se desarrollaron en medio de una relativa abundancia económica; éstas, en cambio, en medio de una permanente precariedad».

¹⁵ Para la clasificación de los materiales de construcción seguimos la realizada por el profesor López Guzmán (2007: 196-203) quien distingue entre materiales vegetales, inorgánicos y artificiales. Los materiales vegetales están en relación directa con la presencia de masas forestales en el entorno, distinguiéndose las distintas especies arbóreas. Otros materiales de origen vegetal utilizados serían los denominados carrizos, cañas, cañas de maíz, palos, paja larga, paja prima, varillas, hojas de platanero y de palmas. Dentro de los materiales inorgánicos podemos encontrar la utilización de varios tipos de piedra y su tratamiento, así como la tierra manufacturada que será la base de muchas construcciones populares, como el calichal o calicanto, la cal, el yeso y el barro. Por último, los materiales artificiales son, normalmente, aquellos que tienen como base la tierra, necesitando de la manipulación técnica del hombre para su uso, cambiando sus características naturales. De entre estos materiales destacan el adobe y el ladrillo.

¹⁶ Horcón: tronco o rama robusta, más o menos derecha, que servía como pie derecho pero que terminaba la parte superior formando una —Y—. Esta terminación permitía fijar una viga horizontal. López Guzmán, R. (2007: 198).



*Iglesia de la misión de Nuestra Señora de
Loreto (Baja California Sur).
Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva*

maderas como las de los mezquites u otros pequeños árboles silvestres¹⁷. Esta carencia de madera se suplía con «el tiempo, el fervor de servir a Dios, empeño, trabajo, paciencia y un buen número de jumentos o mulas» (Baegert, J.J., 1989: 171). Por consiguiente, los pocos templos que se cubrieron con estructuras lignarias, lo fueron porque el material fue transportado para tal fin desde espacios lejanos, tal como sucedió para el templo de la misión de Todos Santos, para cuya

¹⁷ Baegert, J.J. (1989: 37-38) nos cuenta lo siguiente: «No existe en todo el país ningún bosque ni bosquecito[...]. Lo que sí hay, son mezquites, pero estos tienen el tronco muy bajo y su madera es tan dura que perjudica los serruchos y los cepillos». Además de los mezquites, las especies que señala son: palos del Brasil, sauces silvestres, palmeras, paloblanco, palohierro e higueras silvestres.

bóveda, la madera la «tuvieron que acarrear un gran número de bueyes desde muchas millas de distancia, de una sierra muy abrupta y muy alta» (Baegert, J.J., 1989: 170). Otro caso, es la cubierta que cubre la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, realizada con vigas de cedro, traídas posiblemente del vecino territorio de Sinaloa (Meyer, 2008: 34). Se trata de un alfarje de un solo orden de vigas que apoya sobre canes decorados con lóbulos y rollos.

Los materiales inorgánicos fueron la base de las edificaciones permanentes en la península. Se emplearon varios tipos de «piedra de cantera propias para las construcciones», como señala el Padre Baegert, tales como el tezontle¹⁸, conglomerados, y diversos tipos de piedra arenisca. Igualmente, se empleó la cal y canto, la cal¹⁹, adobes y ladrillos. El proceso de construcción, tal como lo describe el padre Miguel del Barco, para el caso concreto de la iglesia de la misión de Nuestra Señora de Guadalupe Guasinapí, tras derrumbarse el primer templo, en el siguiente «El padre misionero... trató de levantar una nueva iglesia; y aunque por la estrechez del sitio en que está la misión, entre el arroyo y el cerro, fue necesario edificarla en el mismo lugar en que estuvo la ya caída, se hizo primero gastando mucho tiempo, trabajo y pólvora en dar barreno, y arrancar peñascos hasta allanar tanta parte del cerro, cuanto era necesaria, no sólo para la nueva fábrica, sino también para que el agua de las lluvias corriese algo lejos de la pared. Así está como la demás de la iglesia subieron de cal y canto hasta la altura de cinco a seis palmos, y, por haber poca cal, se prosiguió lo restante con adobes hasta proporcionada altura» (Barco, M. del, 1988: 262). En cuanto a las cubiertas, eran normalmente jacales, realizados bien con distintos tipos de pa-

¹⁸ Sobre el empleo del tezontle es el padre jesuita Miguel del Barco (1988: 163-164), quien nos habla de su uso en las edificaciones californianas y de sus cualidades como material arquitectónico.

¹⁹ En relación al empleo de la cal, el padre Baegert (1989: 30) nos cuenta: «(Hay) grandes peñascos o lomas y también grandes vetas anchas sobre el terreno, que se parecen a un mármol blanco, áspero y duro y que no son otra cosa que conchas marítimas, petrificadas y conglomeradas, de las que se puede hacer una magnífica cal. Otras personas y yo, hemos edificado iglesias y casas con este material».



Iglesia jesuita de la misión de San Francisco de Borja Adac (Baja California).

Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva

jas, bien con grandes hojas de palmas. Este sistema descrito por Miguel del Barco aún se conserva en la misión de San Francisco de Borja Adac, fundada en 1762, donde se levanta una iglesia de planta rectangular con los cimientos realizados en mampostería, muros de adobe, y portada realizada en sillares bien labrados como los que perduran de las jambas.

Los templos realizados con estos materiales, todos ellos de carácter perecedero, siempre que fue posible, sufrieron un proceso de «petrificación», es decir, fueron sustituidos por otros realizados en piedra, bien en mampostería bien con sillería. Es el caso de la iglesia de la misión de San Francisco Javier, cuya fábrica estuvo a cargo del padre jesuita Miguel del Barco, quien describe el proceso así: «Por estar la iglesia antigua amenazando ruina, se comenzó a fabricar otra el año de 1744... Es toda de cal y piedra, con cimientos y paredes bien firmes: toda de buenas bóvedas, con su crucero y media naranja bien hecha, y torre proporcionada» (Barco, M. del, 1988: 430).



Iglesia de la misión de San Francisco Javier Viggé Biaundó (Baja California Sur).

Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva

Estos templos se caracterizan por tener atrios y ser recintos en los que se emplearon casi de forma exclusiva el esquema de iglesia de una sola nave, a veces, como sencilla iglesia de cajón, otras añadiéndole un crucero y conformando una planta de cruz latina. Las iglesias que responden al esquema de planta de cajón son las iglesias de la misión de Nuestra de Loreto, Santa Rosalía de Mulegé y San Luís Gonzaga, esta última en su exterior con una apariencia en forma de cruz, gracias a la presencia de dos sacristías anexas a la cabecera. En cuanto a iglesias de planta de cruz latina, el ejemplo más sobresaliente lo constituye la iglesia de la misión de San Francisco Javier, cuyo proyecto y supervisión de las obras, como decíamos, se debieron al mencionado padre Miguel del Barco.

La concepción espacial y estructural de todos estos templos es de una aparente sencillez en comparación con otras iglesias novohispanas, tanto levantadas por la propia orden jesuita como por otras órdenes religiosas. Sin embargo, esta percepción es relativa, pues esta aparente sencillez de la obra está condicionada por dos hechos fundamentales a tener en cuenta en el terreno artístico: los materiales



Iglesia de la misión de Santa Rosalía Mulegé (Baja California Sur).

Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva

de construcción y la inexistencia de maestros y artesanos especializados para la realización de las obras. Evidentemente, se afrontó la sustitución en piedra de los edificios realizados con materiales perecederos en aquellas misiones en las que se disponía de piedra en las inmediaciones, o en aquellas otras que, por diversas circunstancias bien de índole económica, bien de jerarquía dentro del esquema misional californiano, así lo exigían. En las misiones con canteras de piedra más o menos cercanas, éstos se realizaron con sillería, mientras que en otras como en las misiones de Santa Rosalía de Mulegé y San Luís Gonzaga, se hicieron con mampostería, aprovechando aquellas piedras de mayores dimensiones para dinteles, puertas y ventanas, tal como narra el padre Baegert: «... y las piedras rodadas de los arroyos, se tallaban, por falta de otras, para utilizarlas en la cantería de las esquinas, puertas y ventanas» (Baegert, J.J., 1989: 170).

La falta de mano de obra especializada, llevó a que muchos espacios misionales, incluidas las iglesias, se hicieran bajo supervisión, e incluso diseño del propio padre misionero. Tanto el padre Juan Jacobo Baegert como Miguel del Barco, a los que hemos hecho rei-



Iglesia de la misión de San José de Comondú (Baja California Sur).

Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva

teradas alusiones en este texto, tuvieron que hacerse cargo de misiones cuyos edificios fueron renovados o levantados de nueva planta por ellos mismos, ante la carencia no sólo de arquitectos y maestros de obras, sino también de artesanos menos cualificados como albañiles, carpinteros, herreros, etc.

Por su parte, en las poblaciones denominadas visitas, como es el caso de San Juan Bautista Londó, fundada en 1699, dependiente primero de la misión de Loreto y posteriormente de la de San José de Comondú (Barco, M. del, 1988: 257), se levantaron pequeños templos de planta rectangular, con gruesos muros de mampostería, y cubiertos con bóveda de cañón, exigiéndose para su ubicación las mismas calidades medioambientales que se contemplaron en las cabeceras.

Algunas de las misiones, tras la salida de los padres de la Compañía de Jesús, vivirán una tercera fase constructiva, en la que se mantienen muchas de las características constructivas señaladas, cuando pasen a ser administradas primero por la orden de San Francisco, y posteriormente, cuando dicha orden se concentre en la evangelización de la Alta California, por la orden de Santo Domingo.

Los dominicos procederán, según los casos, a la conclusión o rehabilitación de las fábricas jesuitas, como sucede en la magnífica



Capilla de la visita de San Juan Bautista Londó. (Baja California Sur).

Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva

iglesia de San Ignacio Kadakaamang, que ostenta los escudos de esta orden en la ornamentación de su fachada. Es una iglesia de planta de cruz latina, cubierta por bóvedas vaídas y cúpula sobre el cruce-ro. En otros ejemplos, como en la misión de San Francisco de Borja Adac junto a la iglesia de adobe jesuita que ya hemos mencionado, se construyó la iglesia dominica entre 1776 y 1777, una fábrica de sillares dotada de sencilla planta de cajón.

Por último, hay que señalar como posible excepción al esquema de planta única predominante, el caso de la Misión de San José de Comondú, fundada en 1708, aunque trasladándose posteriormente, en 1738, a un nuevo paraje, donde parece ser que se empleó para el templo una planta de tres naves. Éste se desplomó poco tiempo después de la marcha de los jesuitas, empleándose como iglesia un pequeño edificio anexo de la misión²⁰.

²⁰ «En la década de 1750, los jesuitas construyeron una iglesia de piedra, de tres naves y bóvedas, en San José de Comondú. Después de la expulsión de los jesuitas, esta iglesia se desplomó. Hacia 1905, la mitad de la bóveda estaba caída, y en 1936 el edificio en ruinas fue demolido. Una capilla lateral fue convertida en iglesia y hoy está en uso», Cfr. Díaz, M. (1986: 119-120).



Iglesia de la misión de San Ignacio Kadakaamang (Baja California Sur).

Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva

En definitiva, la evangelización jesuita de Baja California, se cimentó sobre un proyecto utópico para proporcionar el bienestar espiritual y material de la población autóctona, fruto del trabajo individual de cada misionero, pero bajo el lema universal ignaciano que pretendía «la mayor honra y gloria de Dios». Para ello, supieron aprovechar los esquemas evangelizadores más eficaces empleados con anterioridad, tanto por los propios jesuitas, como por otras órdenes religiosas, especialmente las mendicantes, adaptando sistemas de ordenación territorial, fórmulas para el apostolado y educación de los naturales e, incluso, métodos constructivos y de configuración del espacio arquitectónico. Pero, siempre, los ignacianos los adaptaron a la propia realidad californiana y a la propia idiosincrasia de La Compañía: su compromiso con el hombre, en el más amplio sentido de la palabra, participando activamente en las tareas del mundo secular, porque era una Orden al servicio de los hombres, según las necesidades de cada momento y de cada lugar.

BIBLIOGRAFÍA

- ARNAL SIMÓN, L. (1998): *El presidio en el siglo XVI*, México D.F., UNAM.
- BAEGERT, J. J. (1989): *Noticias de la Península Americana de California*, (1.^a edición en alemán, año 1772), La Paz, Gobierno del Estado de BCS.
- BARCO, M. del, (1988): *Historia natural y crónica de la antigua California*, (Obra escrita entre 1770 y 1780), México D.F., UNAM.
- BARGELLINI, C. (2009): «El arte en las misiones del norte de la Nueva España». En *El Arte de las Misiones del Norte de la Nueva España. 1600-1821*, México D.F., Antiguo Colegio de San Ildefonso, págs. 54-93.
- BERNABÉU, S. (2009): «La invención del Gran Norte ignaciano: la historiografía sobre la Compañía de Jesús entre dos centenarios (1992-2006)». En Bernabéu Albert, S. (coord.), *El Gran Norte Mexicano: indios, misioneros y pobladores entre el mito y la historia*, Sevilla, CSIC, págs. 165-211.
- CORDOVA TELLO, M. (1992): *El convento de San Miguel de Huejotzingo, Puebla. Arqueología histórica*, México D.F., Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- DE LA TORRE CUIEL, J.R. (2009): «La frontera misional novohispana a fines del siglo XVIII: un caso para reflexionar sobre el concepto de misión». En Bernabéu Albert, S. (coord.), *El Gran Norte Mexicano: indios, misioneros y pobladores entre el mito y la historia*, Sevilla, CSIC, págs. 285-330.
- DÍAZ, M. (1986): *Arquitectura en el desierto: misiones jesuitas en Baja California*. México D.F., UNAM.
- ESPINOSA SPÍNOLA, G. (1999): *Arquitectura de la conversión y evangelización en la Nueva España durante el Siglo XVI*, Almería, Universidad.
- GÓMEZ CANEDO, L. (1988): *Evangelización y conquista. Experiencia franciscana en Hispanoamérica*, México D.F., Editorial Porrúa.
- GONZALBO AIZPURU, P. (2001): «La educación jesuita en la Nueva España», *Artes de México*, n.º 58, págs. 50-57.
- HERS, M. A. (2009): «El septentrión y la antigua trama de las imágenes», en *El Arte de las Misiones del Norte de la Nueva España. 1600-1821*, México D.F., Antiguo Colegio de San Ildefonso, págs.25-53.
- IVEY, J. (2009): «Las misiones como patrocinadoras de la arquitectura». En *El Arte de las Misiones del Norte de la Nueva España. 1600-1821*, México D.F., Antiguo Colegio de San Ildefonso.
- LEÓN PORTILLA, M. (2003): «Baja California: geografía de la esperanza», *Artes de México*, n.º. 65, págs. 64-71.
- LEÓN-PORTILLA, M. (2007): «Los jesuitas y las lenguas indígenas de México», *Artes de México*, n.º 82, págs. 47-53.

- LÓPEZ GUZMÁN, R. (2007): *Territorio, poblamiento y arquitectura. México en las Relaciones Geográficas de Felipe II*, Granada, Universidad-Editorial Atrio.
- MAGALLANES CASTAÑEDA, I.L. (2009): «Desafíos misioneros jesuíticos en la Tepehuana y la Tarahumara. Un balance Historiográfico». En Bernabéu Albert, S. (coord.), *El Gran Norte Mexicano: indios, misioneros y pobladores entre el mito y la historia*, Sevilla, CSIC.
- MENACHO, A. (2003): «Las reducciones de la Paracuaria», *Artes de México*, n.º 65, págs. 38-45.
- MEYER, B. (2008): *Iglesias de la Antigua California. Fachadas y retablos del siglo XVIII*. México D.F., INAH.
- MEYER, J. (2003): «El Gran Nayar», *Artes de México*, n.º 65, págs. 56-63.
- MORENO, H. (1985): *Los agustinos, aquellos misioneros hacendados. Historia de la provincia de San Nicolás Tolentino de Michoacán escrita por fray Diego de Basalenque*, México D.F., Consejo Nacional de Fomento Educativa.
- POLZER, C. (1993): «Las misiones jesuitas en el Noroeste de la Nueva España». En *La Compañía de Jesús en América: Evangelización y Justicia*, Córdoba, Provincia de Andalucía y Canarias de la Compañía de Jesús-Junta de Andalucía-Ayuntamiento de Córdoba, págs. 261-265.
- POLZER, C. (2003): «Misiones en el Noroeste de México», *Artes de México*, n.º 65, págs. 46-55.
- RÍO, I. del (1974): «Población y misiones de Baja California en 1772. Un informe de Fray Juan de Ramos de Lora», *Estudios de Historia Novohispana*, vol. V, págs. 241-271.
- RÍO, I. del (1998): *Conquista y aculturación en la California jesuítica, 1697-1768*, México D.F., UNAM.
- RÍO, I. del (2003): *El régimen jesuítico de la Antigua California*, México D.F., UNAM.
- VALADÉS, D. (1989): *Retórica Cristiana*, (Obra publicada en Perugia en 1579), México D.F., Fondo de Cultura Económica.

Las misiones jesuíticas de Baja California Sur (1697-1768): Cambio cultural/ambiental

Micheline Cariño¹

Lorella Castorena²

INTRODUCCIÓN

Baja California Sur se distingue entre los demás Estados de la República Mexicana y, en general, de las demás regiones del mundo, por la belleza excepcional de sus paisajes y, en términos generales, por el buen estado de conservación de su medio ambiente. De ahí que una de sus mayores riquezas sea precisamente su naturaleza, que atrae a gran cantidad de turistas, así como la atención de las más importantes organizaciones ambientalistas del país y del mundo. No obstante, el medio geográfico de la Península ha sido percibido también como un lugar agreste y hostil, que ha planteado a sus pobladores tremendos obstáculos a superar para desarrollar las más básicas actividades económicas y establecer centros de población.

El medio geográfico³, al ser una cuestión de percepción, «depende del cristal con el que se mire»; lo cierto es que de cualquier

¹ Martha Micheline Cariño Olvera es profesora Investigadora de la Universidad Autónoma de Baja California Sur, Departamento de Humanidades. Dra. en Historia por la École des Hautes Études en Sciences Sociales, París, Francia. E-mail: irda@mexico.com

² Lorella Castorena Davis es profesora Investigadora de la Universidad Autónoma de Baja California Sur, Departamento de Ciencias Políticas y Administración Pública. Dra. en Estudios Latinoamericanos E-mail: lorella@uabcs.mx

³ En el sentido de Agustín Berque el medio geográfico es la relación de una sociedad con el espacio y la naturaleza; es decir está formado por las prácticas y representaciones del espacio y de la naturaleza que tiene esta sociedad. BERQUE, A. (1990).

manera la naturaleza bajacaliforniana ha determinado en buena medida la historia regional, desde el pasado prehispánico hasta la actualidad. Por ello una manera atinada de analizar la historia sudcaliforniana es a partir del enfoque de la historia ambiental. Esta justificación *natural* se suma a la pertinencia que ha venido adquiriendo esta especialidad historiográfica en las últimas décadas ante las exigencias de explicación que plantea a la humanidad la crisis ecológica que enfrentamos.

Ante esta doble justificación, hemos optado por estudiar la colonización jesuita de la Baja California desde la perspectiva de la historia ambiental, que permite por un lado reconocer la globalidad y multideterminación de la realidad social⁴ desde un enfoque transdisciplinario, y por el otro la diversidad y complejidad de las relaciones sociedad/naturaleza que permiten entender las formas en que se relacionaron los diversos actores involucrados en el proceso de colonización jesuita de la península bajacaliforniana.

Con base en estas reflexiones teórico-metodológicas hemos dividido este trabajo en cinco apartados. En primera instancia, y en tanto que marco de referencia ambiental y conceptual, presentamos las características geográficas de la región y el modelo de análisis de historia ambiental en el que basamos nuestra revisión histórica. En un segundo punto abordamos la historia ambiental de los actores históricos que fueron los sujetos de la colonización jesuita: los no muy atinadamente llamados, indios californios. En la tercera parte explicamos el proceso de establecimiento misional y las implicaciones sociales y ambientales que tuvo. En el cuarto punto abordamos la historia de los rancheros, que son los actores históricos generalmente relegados en la historiografía tradicional de las misiones, pese a que representan el último rastro vivo de la antigua ocupación socio-cultural del territorio rural sudcaliforniano. La sociedad ranchera logró por fin cumplir el prolongado anhelo de integración de la California a la Nueva España y la occidentalización de la evasiva re-

⁴ Que en tanto que paradigmas propuestos por la Escuela de los Annales implican la consideración no jerarquizada de los procesos sociales, económicos, políticos, geográficos y mentales, en el análisis de los procesos sociales.

gión. Finalmente, analizaremos desde la perspectiva actual el legado de la colonización de la California jesuita, que implica la valoración, conservación y rescate del patrimonio natural y cultural de los oasis históricos de Baja California Sur.

1. PRESENTACIÓN GEOGRÁFICA DE BCS Y DEL MODELO DE HISTORIA AMBIENTAL EN CUATRO ESTRATEGIAS

Baja California Sur se localiza entre los paralelos 22° y 28° de latitud Norte y entre los meridianos 109° y 115° de longitud Oeste (Hernández Vincent, M. A., 1998: 17) y su superficie⁵ es de 73.677 km², lo que representa el 3.7% de la superficie total del país. Al Norte colinda con el estado de Baja California, al Este lo bañan las aguas del golfo de California y al Oeste las del océano Pacífico. Es el Estado de la República Mexicana con mayor longitud de costa ya que sus litorales se extienden a lo largo de 2.230 kilómetros (22% del total nacional)⁶. Cuenta con tres islas en el océano Pacífico y 100 incidentes insulares en el golfo de California.

El territorio sudcaliforniano ocupa un poco más de la mitad meridional de la segunda península más larga del mundo con 690km de longitud⁷; posee un ancho de 43 km en la parte más angosta (istmo de La Paz) y 227 km en la parte más ancha (península de Vizcaíno). La esbelta península de Baja California es separada del continente por un mar de difícil navegación, dos desiertos —cuya travesía sigue siendo ardua— y un tráfico aéreo aún restringido (por su costo, frecuencia y destinación). Por estas razones una de las características geográficas dominantes del espacio sudpeninsular ha sido y sigue siendo el aislamiento.

Se considera que la conformación definitiva de la Península data de hace dos millones de años. De acuerdo a la interpretación geológica de la tectónica de placas y a través de múltiples procesos

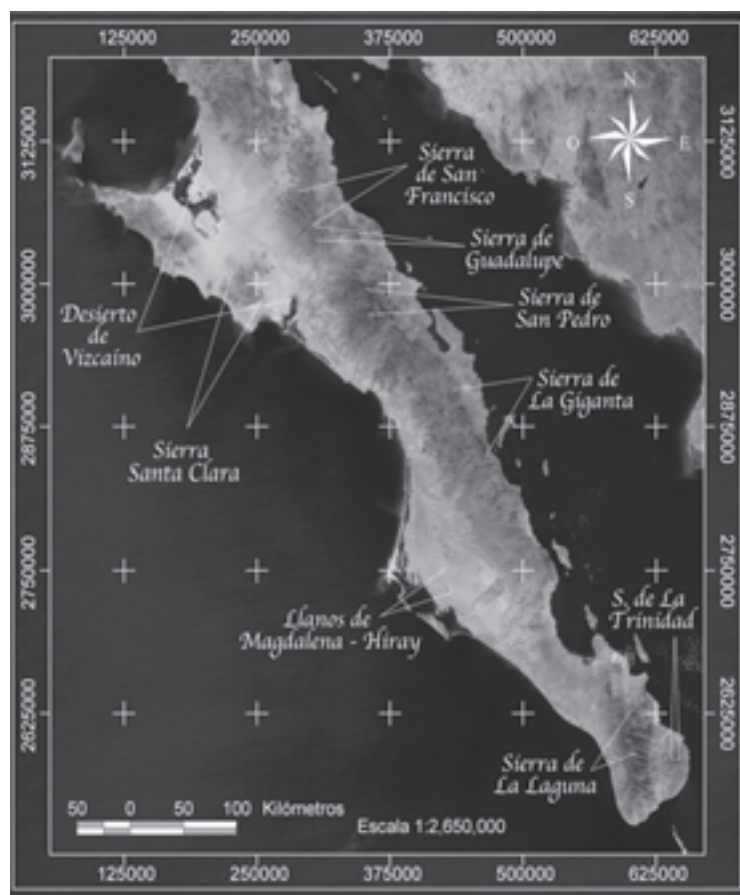
⁵ Gobierno del Estado de BCS. Centro Estatal de Información, *Compendio Estadístico 2002-2003. Municipios de Baja California Sur. Cuaderno de Datos Básicos 2004*. B.C.S., 2004. pág. 44.

⁶ Gobierno del Estado de Baja California Sur, Dir. de Planeación. *Programas de Desarrollo Regional 2001, La Paz, B.C.S.*, págs. 1-3.

⁷ Medida en línea recta la Península tiene una longitud de 1.270 km.

geológicos la Península inició su separación del continente (desde hace 30 millones de años) y se formó el golfo de California (Flores, E.Z., 1998: 277). Los paisajes bajacalifornianos reflejan los diversos procesos geológicos que han contribuido a conformar la Península como la conocemos en la actualidad.

Baja California es recorrida casi en toda su longitud por una cadena montañosa de origen volcánico de aproximadamente 1.600km de largo y de 48 a 96 km de ancho, formada por varias sierras. Las cumbres tienen una altitud variable entre los 1.000 y los 2.000 msnm (Raisz, E., 1964). La fisiografía de las vertientes presenta una mezcla de planicies costeras, mesetas y colinas, que a diferentes latitudes son interceptadas por cañadas, oasis, valles y lechos de arroyos.



Fuente: Cariño, M.; Monteforte, M. (coords.), (2008:105)

En el extremo meridional de la Península se ubica el trópico de Cáncer, por ello Baja California Sur se encuentra en una zona de transición climática tropical-subtropical, pero la escasez de lluvia —en promedio menos de 250mm al año— provoca que la característica más sobresaliente del clima sea su aridez. Entre los elementos que determinan esta situación se encuentra también la influencia de las aguas frías de la corriente oceánica de California, que bañan las costas del Pacífico y que se disipan en el sur del Estado al encontrarse con las aguas cálidas del océano Pacífico tropical.

En términos generales el clima sudcaliforniano es caliente y seco, llegando en verano hasta 50°C. Las corrientes de agua superficial son muy raras. Las precipitaciones se asocian a tormentas estivales, que tienen una mayor incidencia en el sur, pero no ocurren todos los años. Las lluvias de invierno se presentan de manera ligera pero durante dos o tres días, además de que abarcan áreas mayores en comparación con las lluvias de verano-otoño que son más locales. Como las lluvias invernales son menos violentas, alimentan mejor los mantos freáticos, que son la principal fuente de abastecimiento de agua. Una gran parte del preciado líquido que aportan las lluvias se evapora o escurre al mar y la poca agua que permanece se infiltra para recargar los mantos acuíferos. Se han determinado en la Entidad 16 acuíferos con un área de explotación de 3.666km² (Hernández Vincent, M.A., 1998: 28-31).

Estas características fisiográficas, hidrológicas y climáticas contribuyen al desarrollo de un mosaico de diferentes comunidades vegetales (Wiggins, I.L., 1980). En la mayoría de éstas la escasez de agua es el factor limitante y tiene una fisonomía de desierto arbóreo-arbustivo. Se han reportado 2.958 especies y subespecies de plantas en la flora bajacaliforniana (Wiggins, I.L., 1980: 23). Las familias que presentan mayor variedad específica son: compuestas⁸, gramíneas, leguminosas⁹ y cactáceas, que son las mejor adaptadas a la aridez. Los hábitat que comportan la mayor diversidad biótica son las colinas, las montañas, los cauces de arroyos y los oasis, ya que ahí es donde existe mayor humedad (Shreve, F.; Wiggins, I.L., 1964).

⁸ En su mayoría hierbas anuales y perennes con una alta producción de semillas.

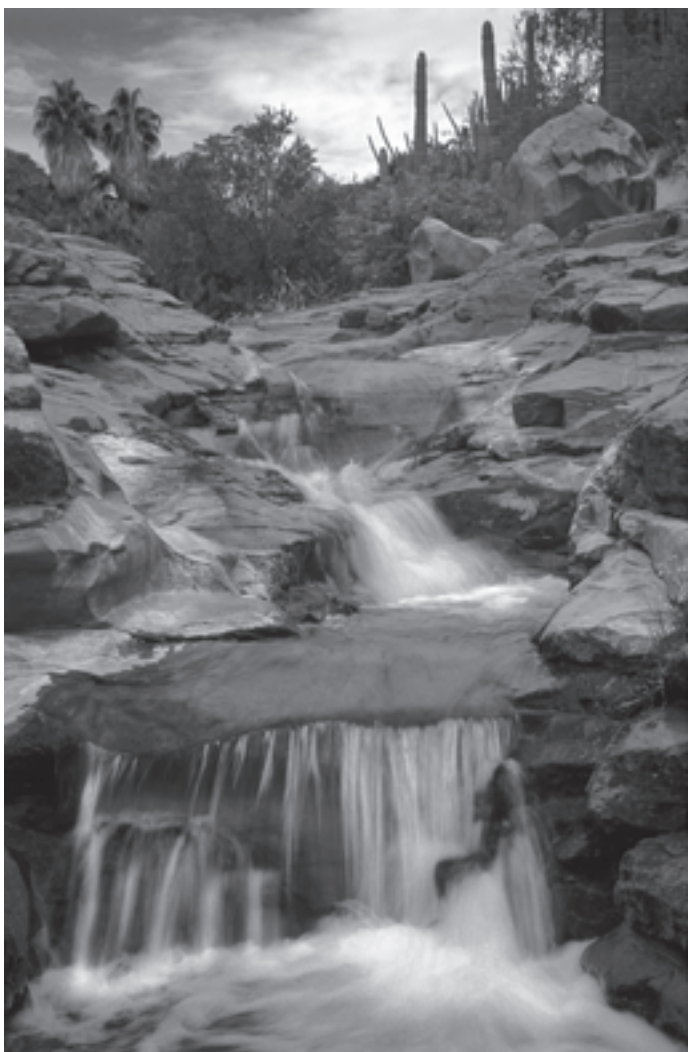
⁹ Que se singularizan por la fructificación en vainas.

La fauna terrestre regional también presenta adaptaciones a la aridez. Los reptiles son el grupo más amplio y diverso. De los mamíferos, destacan por su tamaño y carisma varias especies de felinos, borregos cimarrones, ciervos y berrendos. Las aves ofrecen una gran diversidad, tanto entre las migratorias como entre las residentes. La fauna marina ha sido sumamente importante para la subsistencia de las diferentes culturas que han habitado la región y actualmente se perfila como uno de los recursos naturales más importantes para el desarrollo regional. La biodiversidad en este ámbito es sumamente rica, ya que acumula la fauna marina del Golfo y la del Pacífico. Destacan especies de gran importancia y de variados usos, para el consumo alimenticio local (cantidad de peces, crustáceos y moluscos), para el mercado de exportación (langosta y abulón) y como atractivo turístico (ballena gris, tiburón ballena y delfines). El potencial pesquero de ambos espacios marinos es muy diferente entre sí, pero igualmente rico.

Terminaremos esta breve descripción geográfica haciendo hincapié en una de las particularidades de la naturaleza sudcaliforniana que mayores implicaciones ha tenido en su historia y desarrollo. El dueto mortífero aislamiento-aridez ha magnificado los retos que los pobladores sudcalifornianos han enfrentado a través de originales estrategias civilizatorias fundamentadas en un denominador común: la existencia permanente de agua o humedad. Sin la intervención del hombre, en las zonas áridas ese fenómeno natural ocurre sólo en los oasis. La península de Baja California es una de las regiones con mayor concentración de oasis en el mundo.

Las características y abundancia de los acuíferos permiten la existencia de 171 oasis en el Estado (93% del total de los que existen en la Península). Los oasis son pequeños cuerpos de agua insertos en zonas desérticas que contienen una vegetación de tipo mésico en la que destacan: palmas (*Washingtonia robusta*), carrizo (*Phragmites communis*) y tule (*Typha domingensis*). En comparación con el medio árido circundante, en los oasis la temperatura es menor y la humedad relativa es mayor. Por ello, estas ínsulas de verdor han sustentado en Sudcalifornia la vida de hombres, plantas y animales.

En efecto, los oasis son espacios muy atractivos para diversas especies de vertebrados e invertebrados, tanto terrestres como acuáticas. Han fungido como áreas de refugio y descanso para importan-



Oasis Las Parras. Sierra La Giganta (Baja California Sur). Foto: Miguel Ángel de la Cueva

tes especies de afinidad neártica y son sitios de descanso y reabastecimiento para aves migratorias (Lluch Belda, D., 1997). Provistos con aguas superficiales visibles 48% son oasis típicos, el 52% restante son oasis atípicos, es decir que poseen mezquital y arroyos de temporal.

Los oasis más grandes son San Ignacio (2.7km²), La Purísima (2.5 km²), San José del Cabo (1.4 km²) y Mulegé (1.03 km²). De los 171 oasis, 54 tienen una superficie que varía entre 50 y 600 m²,

y cuentan con ojos de agua de dimensiones de hasta 2 x 5 m, los otros tienen dimensiones menores. Se trata de espacios sumamente pequeños, la suma de la superficie de todos ellos representa menos del 1% del territorio total del Estado. No obstante, concentran una proporción relevante de la diversidad biológica sudcaliforniana, tienen un elevado grado de complejidad y son sumamente frágiles y fácilmente modificables.

Desde el punto de vista biológico, los endemismos y la existencia de especies relictos dan un valor natural excepcional a los oasis. Sin embargo, por ser las únicas fuentes de agua que naturalmente hayan existido hasta el siglo XIX en la región, su valor histórico les confiere ser los espacios en los que sucedieron todos los procesos históricos desde la ocupación antropogénica de la Península hasta la posibilidad de la perforación de pozos. En la actualidad, descendientes directos de los hombres y mujeres que conformaron la sociedad ranchera de la época jesuita, aún viven en algunos de los oasis sudcalifornianos, hoy territorios de refugio para una cultura en proceso de extinción.

Desde hace una década, el valor patrimonial tanto natural como cultural de los oasis sudcalifornianos ha sido reconocido por la comunidad científica nacional e internacional, sin embargo, todavía se requieren esfuerzos institucionales para mejorar su conocimiento, promover su valoración e impulsar su conservación. La historia de las misiones jesuitas, de la evangelización de los más remotos habitantes peninsulares y de los colonos que permanecieron después del periodo misional, gira en torno de estos espacios y paisajes excepcionales que son los oasis. Antes de proceder a su análisis es necesario explicar brevemente el modelo que proponemos para la interpretación de la historia ambiental de Baja California Sur.

Se trata de un modelo explicativo en el que formulamos cuatro estrategias generales para analizar y caracterizar las relaciones hombre/naturaleza en la historia sudcaliforniana: Primera: Adaptación simbiótica hombre/espacio; segunda: Aprovechamiento integral y sustentable de los recursos naturales; tercera: Saqueo de la naturaleza y la sociedad, y cuarta: Conservación y búsqueda del desarrollo sustentable (Cariño Olvera, M.: 1996; y Cariño Olvera, M.; Monteforte, M., 2008). Estas estrategias remiten a diferentes épocas, sociedades y culturas, por lo tanto, a diversos tipos de concepción del mundo,

de organización socioeconómica y de vinculación de la región con el entorno nacional y mundial. También remiten a diferentes formas de organización social y cultural, y, por lo tanto, a diversos tipos de concepción del mundo, de organización socioeconómica y de vinculación de la región con el entorno nacional y mundial.

Los criterios que conforman y distinguen dichas estrategias consideran: el impacto ambiental del aprovechamiento de los recursos naturales; la economía energética de la sociedad; las formas de uso y apropiación socio-territorial¹⁰; así como el reconocimiento del límite de uso aceptable de los ecosistemas. En general, estas estrategias no son excluyentes en el tiempo, ni en el espacio, porque caracterizan exclusivamente las relaciones sociedad/naturaleza de un grupo social, que comparte el mismo territorio y puede coincidir en un determinado tiempo con otro grupo social que se caracterice por una estrategia diferente. Así por diversas circunstancias históricas, dos o tres estrategias pueden traslaparse —en tiempo y espacio—; durante algunas décadas. De allí que la periodización de las estrategias propuestas obedezca a un ritmo propio, carezca de orden cronológico, y no coincida necesariamente con las épocas establecidas por la rígida historiografía nacional o regional.

A partir de este modelo hemos reinterpretado la historia regional desde el periodo indígena hasta la época actual, explicando la transformación de las relaciones sociedad/naturaleza. Nuestro modelo de análisis histórico-ambiental nos ha permitido comprender la configuración y delimitación socioterritorial de la región, así como, los componentes y los mecanismos de su trama interna, de sus relaciones externas, la constitución de una identidad geográfica y las formas de apropiación y explotación de los recursos naturales.

Las fuentes de investigación para trabajar con este modelo son las mismas que se emplean en otras especialidades de la historia. Sin embargo, el análisis espacial y socioterritorial tienen un papel preponderante que se define a partir de tres funciones concretas: son

¹⁰ Utilizamos la noción de territorio en el sentido que le da la geografía cultural, como espacio social y culturalmente ocupado, vivido y representado. Lo mismo ocurre con la noción socioterritorial, es decir, las formas específicas en que una sociedad se apropia, ocupa, vive y representa un espacio geográfico determinado. Ver los trabajos de Gilberto Giménez y Eric Van Young.

fuelle de información, permiten plantear hipótesis de trabajo y abordar el análisis desde la perspectiva de los actores históricos.

Los cambios ambientales y culturales introducidos por la colonización jesuita deben ser explicados empleando la primera y la segunda estrategia; más precisamente la destrucción de la simbiosis y el establecimiento de la estrategia de aprovechamiento, que caracteriza a la cultura ranchera. Sin embargo, el quinto y último apartado de este trabajo nos remite a la estrategia de conservación. Es a lo largo del análisis histórico que a continuación abordamos, donde tendremos la oportunidad de aplicar estas consideraciones conceptuales.

2. ESTRATEGIA DE SIMBIOSIS HOMBRE/NATURALEZA

Bajo el enfoque del modelo de historia ambiental que hemos explicado, en este apartado analizaremos los rasgos principales de la estrategia de adaptación simbiótica de los hombres a la naturaleza que caracterizó a los primeros habitantes de la península bajacaliforni-



Rancho Vivelejos. Sierra de Guadalupe (Baja California Sur). Foto: Miguel Ángel de la Cueva

niana comúnmente nombrados en la historiografía tradicional: indios californios. El apelativo es cuestionable, ya que no eran ni indios ni californios, puesto que ambas nominaciones son posteriores al establecimiento de estos pobladores. No obstante, tal nominación se justifica historiográficamente dado que la existencia de estas personas en tanto que actores históricos data precisamente del siglo XVI, época en que tal nominación es ya históricamente correcta.

En efecto, la únicas fuentes documentales con las que contamos para conocer las características culturales de los nativos que fueron testigos de los períodos de la exploración y conquista de la Baja California —siglos XVI, XVII y XVIII— fueron producidas por los actores occidentales de dichos procesos. Los californios desconocieron la escritura, por ello las únicas fuentes históricas a través de las que podemos conocerles son la información legada por las reseñas de viaje e informes de los exploradores de los siglos XVI y XVII, así como las crónicas y cartas de los misioneros jesuitas elaboradas en el siglo XVIII. Si bien la información de este tipo es abundante, siempre tendrá el sesgo propio de sus autores, por ello los resultados de las recientes investigaciones arqueológicas son de gran ayuda para profundizar en el conocimiento que tenemos de las costumbres de estos pobladores.

Es en este contexto que la interpretación de la cultura de los indios californios que podemos hacer a partir de la historia ambiental es sumamente pertinente, ya que esta especialidad se interesa en el estudio de las relaciones sociedad/naturaleza y éstas fueron un componente fundamental en la construcción de la cultura de los actores históricos que nos interesa estudiar. Por ello a las fuentes antes mencionadas, con nuestro modelo de historia ambiental, sumamos la interpretación de algunos componentes del medio geográfico peninsular y el análisis espacial como fuente de información y como actor histórico.

El poblamiento de la península de Baja California fue un proceso largo y complejo cuya explicación no ha sido objeto de un acuerdo entre paleontólogos y arqueólogos. Investigaciones recientes estiman que los primeros americanos pudieron haber venido de Asia hace 30 a 35 mil años, en distintas oleadas de migración hacia el sur, poblando lentamente la Península. Es muy posible que esas primeras poblaciones fueran escasas y se caracterizaran por una alta movili-

dad, trasladándose en persecución de los grandes mamíferos que vivieron durante el pleistoceno. Los investigadores aún no pueden determinar si estos paleoamericanos se extinguieron por presiones demográficas, o si se mezclaron con otros grupos, pero lo que es seguro es que quedaron aislados en la Península y fueron testigos de grandes cambios climáticos y ambientales.

William Massey (1949 y 1966: 38-58) los clasificó en dos grupos; llamó «Cultura de Las Palmas» a los grupos que habitaron en la región del Cabo (incluyendo las islas Cerralvo, Espíritu Santo y San José) y «Cultura de Los Comondú» a los que habitaron la zona central de la Península. La primera debe el origen de su nombre a una costumbre funeraria que consistía en realizar entierros secundarios. En estos, los huesos exhumados eran atados, pintados de rojo ocre y cubiertos con pieles de venado o con palma, eran acompañados de artefactos y depositados en cuevas o covachas. A la segunda se le atribuye la autoría de los únicos monumentos legados por los grupos indígenas que habitaron la Península: las extraordinarias pinturas rupestres monumentales y una infinidad de pinturas menores y petroglifos.

Las pinturas monumentales de las sierras de San Francisco y de Guadalupe fueron las primeras manifestaciones artísticas de este tipo descubiertas en el mundo (desde principios del siglo XVI) y son las terceras en importancia a nivel mundial después de las de Lescot (en Francia) y Altamira (en España). Por sus dimensiones y los más de trescientos sitios que han sido reportados en las sierras de San Francisco y de Guadalupe, las pinturas rupestres son conocidas como la tradición del Gran Mural. Constituyen el complejo rupestre más grande del mundo, además de representar figuras gigantes, su monumentalidad se acentúa por su ubicación en cuevas y farallones muy elevados. En 1993 la UNESCO incorporó las pinturas de la sierra de San Francisco a la lista de Patrimonio de la Humanidad.

Los misioneros jesuitas consideraron que este arte rupestre era muy antiguo y que no había sido elaborado por los indígenas que ellos intentaban evangelizar, de hecho la relación entre los paleoindios y los indios históricos es uno de los muchos puntos en debate de la historia antigua de la Baja California. La relación entre las culturas prehistóricas y las históricas no se puede precisar con certeza, pero es un hecho que el medio geográfico donde las segundas se desarrollaron tenía ya las características bióticas actuales.



La Trinidad. Detalle (Baja California Sur). Foto: Miguel Ángel de la Cueva

Los indios históricos son generalmente divididos en tres grupos con base en la clasificación lingüística que realizó el misionero jesuita Segismundo Taraval. Consideró la existencia de tres «naciones» distribuidas en el territorio peninsular: en el sur se localizaba la *pericú* (entre 22°N y 24°N), en la región central (entre 24°N y 28°N) la *monquí* (también conocida como *guaycura*) y hasta los 31°N, la *cochimi*. Retomando el estudio de Taraval, el jesuita Miguel del Barco (1988: 171) precisó que esas naciones generales se subdividían en otras menores, debido a variedades de una misma lengua.

La población total de las tres naciones californias a la llegada de los misioneros en 1697 fue calculada entre 40.000 y 50.000 habitantes, y esta estimación ha sido confirmada por investigaciones etnohistóricas contemporáneas (Ascmann, H., 1959: 133-144). Todos ellos formaban grupos de colectores-cazadores-pescadores seminómadas que basaban su organización socioeconómica en el aprovechamiento integral de los recursos bióticos de las diferentes regiones que ocuparon. Dada la fragilidad y la frugalidad de los ecosistemas peninsulares, únicamente una estricta organización socio-espacial permitió a los californios hacer frente al desafío de la

subsistencia. La delimitación de los territorios de recorrido en los cuales cada *banda*¹¹ podía disfrutar de los aguajes, de los vegetales de colecta y de la fauna terrestre y marina, se impuso como medio fundamental para subsistir en el medio geográfico peninsular.

Los miembros de cada banda compartían un territorio delimitado. El número de familias de cada banda, lo mismo que el número de miembros de cada familia, estaba determinado en relación directa con la capacidad de carga de los ecosistemas (riqueza biótica/densidad de población) donde éstas establecían y delimitaban sus territorios de recorrido (Cariño Olvera, M.; Breceda, A.; Castellanos, F., 1995). El centro de estos territorios lo constituía un aguaje junto al que se establecía el campamento transitorio de la banda. La permanencia de sus miembros en cada territorio de recorrido variaba según la disponibilidad de agua y de alimentos en las diferentes épocas del año y también de acuerdo con las características de escasez o abundancia de cada año. Cuando se había alcanzado el límite de explotación del sitio, para evitar el agotamiento de los recursos el campamento era transferido a otro territorio con características semejantes, pero siempre dentro de la zona de influencia de la banda.

Cada familia estaba constituida por el padre, la madre, los hijos solteros y los hijos casados, con sus mujeres y sus propios hijos. Para salvaguardar la integración de la banda y su prioridad en la zona integrada por sus territorios de recorrido, frecuentemente celebraban matrimonios entre miembros de la misma banda. Únicamente el grupo *pericú* practicó la poligamia, lo que era posible por la abundancia relativa de recursos alimenticios en la región del Cabo, la más húmeda de la Península.

Satisfacer las necesidades alimenticias fue sin duda la principal preocupación y ocupación de los californios. Su alimentación debió ser bastante completa, ya que las descripciones de todo tipo y las investigaciones arqueológicas aseguran que eran más altos que los indios mesoamericanos, longevos, y que tenían cuerpos ágiles y esbeltos. Su régimen alimenticio tuvo por base el consumo de recur-

¹¹ Las bandas eran conjuntos de familias unidas por lazos de parentesco patrilocales; es decir, en las cuales la mujer debía vivir con la familia del marido.

sos de origen vegetal, pero la carne de diferentes animales, terrestres y marinos, fue un complemento importante en su dieta. Se pueden clasificar los vegetales que los californios comían en cuatro grupos genéricos: frutas, tallos, semillas y raíces.

A pesar de la existencia de grandes mamíferos, los californios incluían en su régimen alimenticio de origen animal sobre todo pequeñas especies tales como insectos, roedores y reptiles, todos abundantes en las zonas áridas. Esto se explica por el gran esfuerzo físico que implicaba la caza del venado, el puma o el borrego. En la composición de la dieta aborigen, la fauna marina constituía un aporte alimenticio más importante que la de origen terrestre, a causa de su abundancia y facilidad de captura. El orden de preferencia en la explotación y el consumo de los recursos marinos fue: moluscos, peces, tortugas y mamíferos marinos. Los moluscos se consumían asados, frescos o bien secados al sol y salados, para poderlos guardar durante largo tiempo.

Otro desafío fue la escasa cantidad de agua para beber. Este problema fue resuelto por medio de la organización de los territorios de recorrido tomando como punto de referencia las fuentes de agua, así como por un profundo conocimiento de las diversas especies de plantas capaces de almacenar agua y susceptibles de sustituir al agua fresca mediante la extracción de sus jugos.

Los indios californios sacaron del medio natural los materiales para la confección de su precaria vestimenta y abundantes ornamentos; utilizaban para ello conchas, perlas, pieles, huesos y semillas secas para fabricar collares, brazaletes y adornos para la cabeza. Solamente las mujeres se vestían un poco, cubrían la parte inferior de sus cuerpos con faldas de diferentes largos, fabricadas con cuerdecillas anudadas en ramas (entre las guaycuras), o bien con pedazos de pieles de diferentes animales (ciervos, por ejemplo entre los pericúes). En general los californios no construían habitaciones, utilizaban las cavernas, la sombra de los árboles y las piedras para resguardarse del viento y del sol. Solamente los pericúes fabricaron especies de paravientos.

Para la fabricación de sus utensilios empleaban cuerdas de agave, carrizos, huesos, cuernos de venado, carapachos de tortuga y una gran variedad de ramas. En todo caso, los utensilios empleados por los californios no eran ni abundantes ni variados, tal vez debido a su

nomadismo, más que a la falta de talento. Tenían que desplazarse constantemente llevando un carapacho de tortuga o un platón de madera (de los cuales se servían como cuna y como canasto para recoger y separar los granos), un palito para hacer fuego, una red para transportar la fruta que recogían y otra para pescar; arcos, flechas y conchas. Utilizaban una tripa o vejiga para acarrear agua y un cuero para transportar provisiones. Todo eso tenían que cargarlo, por lo que es comprensible que hayan poseído sólo los utensilios indispensables. Para fabricarlos es probable que esperaran preferentemente a que llegara la época de lluvias, en la que abundaban las frutas y les era posible disponer de un poco de tiempo libre sin tener que dedicarse durante todo el día a la procuración de alimentos.

La época de bonanza —que coincidía con la época de lluvias en verano— era aprovechada para las actividades religiosas y la celebración de fiestas, para el establecimiento de relaciones con otras bandas, para la elección o intercambio de pareja y para la iniciación de los adolescentes. Una parte importante de esta iniciación era la instrucción que los guamas o hechiceros daban a los jóvenes para que comprendieran las ventajas de la restricción en el consumo de alimentos.

Los indígenas peninsulares no tenían restricciones religiosas o culturales para el consumo de la fauna terrestre o marina, existían pocos tabúes que hubieran podido limitar el consumo de cualquier tipo de carne. No obstante se abstuvieron de comer tejón, no mataban al puma (por miedo a que éste vengara su muerte), si cazaban un venado, el hombre que lo había matado no comía su carne. Cuando los recursos alimenticios eran abundantes no tomaban todo lo que la naturaleza les ofrecía, sino que consumían únicamente los alimentos que pudieran pudrirse y que no eran susceptibles de conservarse. Así, todos los alimentos que podían no ser consumidos entonces eran guardados en su estado natural o por medio de ciertas técnicas de conserva.

En lo que respecta al gobierno de los californios se sabe que había una mínima jerarquía social. El poder de decisión recaía en diferentes personajes de la banda según el tipo de asunto por dirimir o ejecutar. En la familia el marido tenía autoridad indiscutible sobre su mujer e hijos. Para guiarlos en la guerra el *capitanejo* o *cacique* era designado por ser el más fuerte, valiente y aguerrido. Así, eran



Mortero. Guayacura. La Giganta (Baja California Sur). Foto: Miguel Ángel de la Cueva



La Trinidad. Sierra de Guadalupe (Baja California Sur). Foto: Miguel Ángel de la Cueva

principales aquellos que por su valor o su habilidad se daban a temer y a respetar. Éstos hacían de generales en la guerra o de conductores en la pesca y en la caza, y a ellos se les dejaba la responsabilidad de señalar día y lugar para tales expediciones.

Para curar a los enfermos y ahuyentar los malos espíritus, los californios creían en la capacidad de los *brujos* o *hechiceros*. Estos personajes se distinguían entre los demás por su indumentaria y comportamiento extraordinario, vivían en cuevas y hacían su desfile ceremoniosamente vestidos con sus trajes de gala, se presentaban cubiertos de largos capotes trabajosamente compuestos de cabello humano. En algunas ocasiones, por su preeminencia y poder, los *guamas* también fungían como representantes de las bandas ante los extranjeros. Una de las principales funciones que desempeñaban estos personajes era la de oficiar ritos, ceremonias y festejos.

En los *guamas* también recaían otras importantes tareas tales como la iniciación de los adolescentes, el fomento de las creencias religiosas, y la difusión de las costumbres aprendidas durante largos años de adaptación al medio. Por su trascendencia en la sociedad y su arraigo a las tradiciones ancestrales, estos personajes fueron los principales opositores a la penetración cultural de los jesuitas. Asimismo, por ser los principales defensores de las antiguas creencias, así como los mejores conocedores de los ritos tradicionales (demoníacos para los misioneros), se convirtieron en las primeras víctimas de la más fuerte y fatal represión.

A través de esta descripción general de la historia ambiental de los indios californios resulta evidente que el rasgo más destacado de su cultura fue la adaptación simbiótica al medio ambiente. De él obtuvieron todos los recursos que les permitieron una reproducción social exitosa y duradera. Los principios estratégicos que consideramos distinguen su cultura de la naturaleza son (Cariño Olvera, M., 1996: 47-49):

1. **Una gran economía energética**, estableciendo una relación proporcional entre el gasto de energía en la obtención de alimentos y la energía que éstos les aportaban. Por ejemplo, esto puede ser percibido a través de la proporción entre el consumo de vegetales, y animales marinos o terrestres.

2. **Un uso variado e integral de la diversidad biótica:** consumo completo de varias especies, empleo múltiple de sus estructuras —huesos, carapachos, pieles— con propósitos alimenticios, de vestido, ornamentación, y en la fabricación de utensilios.
3. **La preservación de los ecosistemas,** evitando el agotamiento de los recursos e imponiéndose una organización socioespacial que les permitiera respetar límites de aprovechamiento de los ecosistemas de tal manera que les garantizaran la recuperación natural de las especies vegetales y animales de las que dependía su subsistencia.

La simbiosis hombre/naturaleza fue el principal componente de la cultura de los californios, así como el fundamento de su reproducción social. Esta aseveración puede demostrarse a través de las consecuencias de la colonización jesuita, como tendremos oportunidad de explicar enseguida.

3. ESTABLECIMIENTO MISIONAL: RUPTURA DE LA SIMBIOSIS Y TRANSFORMACIÓN DEL USO DEL TERRITORIO Y SUS RECURSOS

El territorio peninsular, en gran medida por su aridez y aislamiento, así como por la escasez de recursos naturales susceptibles de interesar a la economía colonial, desalentó el establecimiento de colonos a lo largo de los siglos XVI y XVII. Así, aunque tempranamente descubierta y con una ubicación estratégica en la navegación transpacífica, la Baja California fue integrada al Imperio español hasta el siglo XVIII, a través del establecimiento de las misiones jesuitas.

El primer *Auto de Posesión* (Coronado, E.M., 1982) fue realizado por el mismo Hernán Cortés en 1535 y su efímera colonia duró solo tres meses. En el transcurso de las diecisiete décadas siguientes, aunque con largos intervalos temporales, desfilaron por las costas de la Península conquistadores, exploradores, sacerdotes, marinos y buscadores de perlas. En esas diversas expediciones los contactos con los indios californios fueron numerosos, motivados por diversas causas y con distintas consecuencias. La mayor parte de las veces, los buscadores de perlas los contrataban por su destreza en el buceo, pero en las contadas ocasiones en las que se intentó fundar un estableci-

miento colonial las relaciones variaron desde intentos de evangelización hasta los enfrentamientos belicosos, mediando gran asombro e incompreensión entre ambas culturas distantes. Pero debido al carácter transitorio y remoto que tuvieron estos encuentros, se puede considerar que los procesos de conquista y de aculturación no tuvieron lugar en este periodo. Es por ello que los autóctonos peninsulares mantuvieron su forma de vida casi inalterada hasta el establecimiento de las misioneros jesuitas, a partir de 1697.

Los informes y las descripciones de los empresarios perleros sobre abundantes riquezas en California daban a esta lejana tierra una imagen mítica y deformada; aseguraban que había gran riqueza perlera, minas de plata, buenas tierras para la siembra y gran cantidad de agua. Sin embargo, nadie había logrado fundar una colonia y evaluar la certeza de tales dichos. Se reconoció que la tierra no había sido suficientemente explorada y que el potencial real de los placeres perleros, auríferos y argentíferos era indeterminado debido a la ambigüedad de los informes de los empresarios y exploradores. Por ello, en 1677 la Corona decidió enviar una expedición oficial hacia California. La finalidad de esta empresa era la conversión de los gentiles y el poblamiento de la provincia, así como la verificación de la abundancia y el tipo de recursos naturales que justificaran la colonización. El almirante Isidoro Atondo y Antillón fue seleccionado para dirigir esta expedición. El mando de la labor evangelizadora y misional le fue otorgado a un grupo de clérigos de la Compañía de Jesús encabezado por el padre Francisco Kino.

Entre 1683 y 1685, Atondo y Kino permanecieron en territorio peninsular realizando cuidadosas expediciones terrestres y marinas; a su regreso declararon que la búsqueda de recursos naturales había sido infructuosa, que era una tierra de difícil y costoso acceso, con una naturaleza hostil y una población de indios salvajes. El veredicto real sobre la colonización de California se asentó en el edicto del 22 de diciembre de 1685, donde se ordenaba al virrey que suspendiera todas las nuevas conquistas de California. Sin embargo, la expedición de Atondo sembró en los jesuitas el ardiente deseo de evangelizar a los nativos californios y de crear con ellos en esas inhóspitas tierras, un «reino mariano» (Cariño Olvera, M., 2007: págs. 55-83).

A partir de entonces la Compañía de Jesús insistió en la necesidad de continuar la acción de evangelización y conversión de los in-

dios californios. En 1691, durante un encuentro entre Kino y el padre visitador Juan María de Salvatierra surgió la estrategia para fundar y mantener a las misiones de California. Desde la Pimería, Kino prepararía barcos y debía tener siempre listas provisiones para enviar a la Península. Salvatierra debía obtener la autorización real y recorrer las casas de familias pudientes solicitando piadosas donaciones para financiar la fundación de misiones, y dando inicio así al Fondo Piadoso de las Californias. Las sumas de dinero, así como las propiedades que reunió este Fondo fueron considerables y se utilizaron para financiar la subsistencia de las misiones, comprar barcos, pagar a los soldados y financiar todo lo requerido en la Península (hábitos, utensilios, objetos de culto y provisiones de toda clase).

Así, a pesar de la oposición de autoridades reales, y eclesiásticas, el 6 de febrero de 1697, después de siete años de trámites, Salvatierra logró obtener el acuerdo gubernamental para que la Compañía de Jesús emprendiera la conquista evangelizadora de las tierras peninsulares. Al firmar esta autorización, el virrey Conde de Moctezuma, abrió una nueva época en la historia californiana, otorgando a los jesuitas un poder extraordinario y único en la historia misional de la Nueva España. Dado que los jesuitas se comprometieron a financiar los gastos de las misiones peninsulares, la Corona delegó en el padre Rector la autoridad política y jurídica de la nueva provincia facultándolo para seleccionar, contratar y despedir a los soldados que les acompañaran, así como para decidir quienes podían ir a colonizar California y qué era lo que podían o no hacer ahí. Esto limitó en buena medida el número de pobladores y las actividades económicas. Estas medidas tenían por finalidad alejar la codicia y la lujuria de las tierras peninsulares, en las que los jesuitas querían realizar la utopía de un reino mariano (Río, I. del, 1990). Nunca lograron concretar este ideal, en cambio tan estricto control les acarreó muchos problemas y fue uno de los factores que provocó su difamación.

Cuando Salvatierra regresó a Sonora con la licencia para la colonización y el dinero para llevarla a cabo, Kino había preparado las embarcaciones y los bastimentos. Salvatierra se embarcó hacia California con algunos soldados y ayudantes, navegó casi un mes hasta encontrar un sitio propicio. El 26 de octubre de 1697 fundó la primera misión de las Californias, dedicada a la Virgen de Loreto.

Los misioneros realizaron en seguida expediciones de reconocimiento en busca de lugares adecuados para establecer nuevas misiones. Además de contar con agua permanente y tierras cultivables, el sitio estaba condicionado a la densidad de la población indígena que se encontraba en los alrededores y a la disponibilidad de misioneros y de soldados. Los jesuitas extendieron su zona de influencia estableciendo primero uno o varios *pueblos de visita*, estos eran sitios donde los misioneros se instalaban durante algunos días con el propósito de expandir su trabajo de conversión y de aculturación, o bien eran empleados como escalas en el tránsito de una a otra misión.

Una vez decidida la ubicación de la nueva misión, se realizaban improvisadas construcciones para establecerse y celebrar los primeros servicios religiosos. Para iniciar las actividades agrícolas, debían generalmente construir ingeniosos sistemas de riego y acondicionar el terreno para el desarrollo de huertas. El misionero buscaba en las tierras circundantes bandas indígenas para atraerlos hacia la misión, donde comenzarían a recibir instrucción religiosa a cambio de alimento y trabajo. Por lo general, los misioneros eran auxiliados en estas tareas por los soldados adscritos al Presidio de Loreto, así como por familias de rancheros traídas ex profeso para el trabajo agropecuario.

En los setenta años que permanecieron los jesuitas en la California fundaron dieciocho misiones empleando una serie de estrategias tanto de ocupación del espacio como de aculturación de los californios. Dividieron la Península en tres zonas y comenzaron la expansión misional en la zona central, aledaña a la misión de Loreto que durante todo ese periodo fungió como la cabecera misional. Así en 1699 se fundó la segunda misión dedicada a San Francisco Javier, ubicada en la zona montañosa contigua a Loreto, también en la zona central de la Península, entre 1705 y 1708, se fundaron Santa Rosalía de Mulegé, San Juan Bautista de Malibat y San José de Comondú. Abriendo simultáneamente los frentes norte y el sur, en 1720 y 1721 fundaron La Purísima Concepción, Nuestra Señora de Guadalupe, Nuestra Señora del Pilar de la Paz, Santiago Apóstol y Nuestra Señora de los Dolores o de la Pasión; posteriormente, entre 1728 y 1733, San Ignacio, San José del Cabo y Santa Rosa de Todos Santos; en 1737, San Luis Gonzaga; en 1752, Santa Gertrudis; en 1762, San Francisco de Borja, y en 1767, Santa Ma-



Misión de San Ignacio (Baja California Sur). Foto: Miguel Ángel de la Cueva

ría de los Ángeles. Todas ellas, con excepción de las tres últimas, fueron establecidas en el territorio que hoy ocupa el estado de Baja California Sur.

En lo que respecta al proceso de aculturación, la finalidad de los misioneros era modificar por completo la mentalidad y la cultura de los indígenas para convertirlos en cristianos ejemplares. El cambio cultural, además de ser total fue dramático, ya que al destruir la simbiosis hombre naturaleza que era la esencia de su cultura también destruyeron la base que sustentaba la numerosa población indígena.

Sin que los misioneros fueran conscientes de las consecuencias que implicaría su proceso de aculturación, aplicaron diversos medios para atraer a los indígenas a las misiones y para convencerlos, o de ser necesario obligarlos, a modificar su forma de vida. La idea más difundida respecto a los medios empleados por los jesuitas para atraer a los indígenas a las misiones fue intercambiar alimentos por obediencia y sumisión. Esto no puede haber sucedido inicialmente, ya que, como hemos apuntado los californios tenían abundantes re-



Misión de San Francisco Javier (Baja California Sur). Foto: Miguel Ángel de la Cueva

cursos (naturales y culturales) para subvenir a sus necesidades; no obstante, cuando la simbiosis había sido modificada primero y destruida después, los indios se volvieron completamente dependientes de las misiones.

Las estrategias de contacto fueron diferentes entre las bandas que ya habían tenido conocimiento de los extranjeros y aquellas que nunca lo habían tenido. En todos los casos se establecieron una serie de actitudes por parte de los misioneros en las que se mezclaron asombro, curiosidad, miedo, recompensas y castigos. En lo que respecta al empleo de medios prácticos en el proceso de aculturación, debe-



Olivos tricentenarios y acequia San Javier. La Giganta (Baja California Sur).

Foto: Miguel Ángel de la Cueva

mos subrayar que la agricultura ocupó un papel fundamental en la transformación de la mentalidad de los indígenas. Fue uno de los métodos más efectivos para enseñarles nuevas formas de extraer su subsistencia del medio geográfico. Desafortunadamente en la mayoría de las misiones el rendimiento en alimentos que tuvieron los campos cultivados resultó menos abundante y seguro que los medios de colecta tradicionales de los californios. Esto explica que las misiones de la California siempre hayan dependido de la importación de alimentos desde las vecinas misiones de Sonora; pero también se encuentra en el origen del fracaso del proceso de aculturación (Cariño Olvera, M., 1996: 49-64).

Desde el punto de vista ambiental, la colonización jesuita tuvo por consecuencia los cambios más drásticos registrados en la historia regional. Para subvenir a las necesidades de las misiones fueron introducidas gran cantidad y variedad de plantas (mediterráneas y tropicales) y animales (ganado vacuno, caballar, caprino, etc.). Debido a la escasez de lluvias, la práctica agrícola requería abundante agua permanente, situación que en la árida California sólo acontece

en los oasis. No obstante, naturalmente estas ínsulas de humedad no disponían de tierra fértil, sino que estaban compuestas de arena y rocas, debido a los escurrimientos y el acarreo durante las avenidas de agua. Así, para disponer de agua permanente y tierra fértil, los misioneros, ayudados por colonos traídos exprofeso y unos cuantos soldados, tuvieron que proceder a la ardua tarea de acondicionamiento del territorio para transformar los oasis naturales en huertas y campos de cultivo. El paisaje de todos los oasis en los que se establecieron las misiones fue modificado. A partir de la colonización jesuita, San José del Cabo, Todos Santos, Santiago, La Purísima Concepción, Santa Rosalía de Mulegé, San José de Comondú y San Ignacio, con palmas datileras y complejos sistemas de riego, adquirieron la fisonomía típica de los palmerales de Andalucía, el Mahgreb, el Levante e India septentrional (Martínez, L.P., 2004).

Antes de 1697 la agricultura y la ganadería, eran totalmente desconocidas en Baja California por lo que ésta es una de las pocas regiones en el mundo donde es posible precisar la fecha y el sitio donde se obtuvo la primera cosecha: en agosto de 1700, el padre Piccolo sembró en Biaundó dos almudes de maíz, que dos meses después produjeron una cosecha de nueve fanegas (Martínez, P.L., 1991: 168). El maíz, alimento básico, se sembró en todas las misiones, pero también se cultivaron: trigo, frijol, garbanzo, así como gran variedad de frutas y hortalizas. Por la semejanza climática, varias especies mediterráneas como olivares, viñedos y palmas datileras prosperaron y permitieron producir aceite, vino y dátiles. El ganado vacuno, caprino y lanar introducido por los jesuitas contribuyó al sostenimiento de las misiones y asentamientos seculares. Los caballos, mulas y asnos fueron igualmente importantes para el transporte de bienes y personas. Con fines de autoconsumo, en las misiones se desarrolló una modesta actividad artesanal. Se producían rudas telas de lana y de algodón, se fabricaban quesos.

Sin embargo, y pese a todos los esfuerzos que los jesuitas llevaron a cabo para construir una provincia, si no rica por lo menos autosuficiente, fueron infructuosos. Las misiones, sus pueblos de visita y ranchos aledaños nunca produjeron la cantidad de alimento suficiente para mantener en ellas permanentemente a toda la población indígena. Por ello, se vieron forzados a establecer un sistema que destruyó la cultura de la naturaleza de los californios, pero que



Misión de San Luis Gonzaga (Baja California Sur). Foto: Miguel Ángel de la Cueva

no logró sustituirla por otra que les permitiera asegurar su reproducción social. Las diferentes bandas que se encontraban en la zona de influencia de una misión no podían permanecer en ella de manera simultánea por lo que debían turnarse, esto les obligó a practicar alternadamente dos formas de subsistencia muy diferentes: la impuesta y la tradicional. En la misión llevaban una vida sedentaria, realizaban actividades propias de la cultura occidental bajo normas de disciplina, trabajo y religión impuestas por los jesuitas. Después, cuando llegaba el turno a otra banda de ocupar la misión, los indios que dejaban la misión volvían a su tradicional forma de subsistencia: recolección, caza y pesca. A veces la falta de alimento en las misiones era tan grave, que aunque la banda viviera en la misión, sus neófitos debían ir al monte a buscar alimentos.

Los niños de menos de doce años, los ancianos, las personas gravemente enfermas y las mujeres próximas a dar a luz, eran los únicos indígenas que se quedaban todo el tiempo en la misión. Pero, en realidad, su permanencia en ella era también pasajera, pues los ancianos se morían, los enfermos se curaban, las madres daban a luz y los niños en cuanto cumplían 12 años eran considerados como adultos y debían reintegrarse a su banda. La aculturación vivida en la misión daba por resultado que estos jóvenes tuvieran un desconocimiento casi absoluto de los medios de subsistencia tradicionales y estaban condenados a morir si no los aprendían aprisa. Al cabo de tres generaciones toda la población habría vivido su infancia en la misión, para después ser librados a su suerte en la naturaleza, que ahora les era realmente hostil.

El proceso de aculturación de los californios provocó la pérdida de sus estrategias de adaptación al medio geográfico peninsular. Su cultura fue aniquilada y perdieron su identidad. La pérdida de la autosuficiencia alimenticia, las epidemias y los conflictos armados aceleraron el derrumbe de la población indígena. Como hemos señalado, las crónicas de los misioneros, así como los estudios antropológicos contemporáneos estiman la población de la península californiana entre 35 y 50 mil habitantes a la llegada de los jesuitas en 1697. Un siglo después, su población fue estimada en 4.572 habitantes, incluyendo colonos, rancheros, soldados e indios; la población autóctona había disminuido más del 90%. Además de las consecuencias del proceso de aculturación las otras dos causas que

provocaron la caída demográfica de los californios fueron las epidemias y enfermedades, así como la represión y la guerra.

Los californios opusieron resistencia a la penetración cultural jesuita, tanto pasiva como violenta. Como resistencia pasiva figuran las acciones que los misioneros calificaron de apatía: rehusarse a trabajar, a vestirse, a dejar a sus niños con los misioneros, a adoptar nuevas normas de conducta o ir a la misión cuando llegaba su turno. Entre las formas de resistencia violenta, menos frecuente, estaban la ira cuando un indio era castigado, así como ataques espontáneos y rápidos que las bandas realizaban contra las misiones y los soldados. Los castigos y la represión por parte de los misioneros en lugar de conseguir que estas manifestaciones fueran cada vez menos frecuentes, provocaron lo contrario: el aumento de las represiones provocaba reacciones y formas de resistencia de magnitud semejante.

La *nación* que opuso mayor resistencia a los jesuitas fue la *pericú*; su rebelión de 1734 a 1737 fue la más violenta y sangrienta de la historia peninsular. Los indios se ensañaron particularmente con los misioneros y destruyeron las capillas y demás construcciones y por último liquidaron el ganado; en la misión de Todos Santos además fueron asesinados veintisiete indios catecúmenos. El capitán del presidio de Loreto, se estableció en la misión de Los Dolores, al norte de la bahía de La Paz, para impedir que la rebelión se extendiera a las naciones septentrionales. Los misioneros pidieron ayuda al virrey y al gobernador de Sinaloa quien de inmediato mandó sesenta guerreros yaquis para que ayudaran a los soldados de Loreto. Para los *pericúes* la violenta represión redundó en un acelerado decremento demográfico, ya que además de los muertos en la guerra, las mujeres *pericúes* sobrevivientes fueron apresadas y deportadas a las misiones del norte (Río, I. del, 1990: 212-213).

Tras la rebelión *pericú* el reino mariano que los jesuitas habían creído poder establecer en Baja California, fue totalmente frustrado y cuestionado. La visión utópica que los ignacianos se habían hecho sobre los californios y sobre su trabajo transformador, fracasó. La apertura de la Península a las tropas oficiales, los llevó a perder el control político, judicial y militar. La mortalidad masiva de los californios se aceleró dejando a las misiones sin razón de ser y las noticias de hallazgos de oro y nuevos bancos perleros en el Sur les impidieron frenar la colonización civil. Sin embargo, lo que deter-

minó el fin del régimen jesuítico en la Baja California, fueron las complejas circunstancias políticas que bajo la dinastía borbónica provocaron la expulsión de la Compañía de Jesús de todo el territorio del imperio español, al igual que de Francia y Portugal, en 1767. En Loreto, el 4 de febrero de 1768, todos los misioneros se embarcaron en *La Purísima Concepción* dejando atrás sus sueños y obras, así como las misiones de las tierras peninsulares que nunca volverían a ver.

Los indios sobrevivientes adoptaron el modo de vida occidental, convertidos en rancheros o en obreros de las minas. Algunos restos de su cultura, como el conocimiento de las cualidades de las plantas, los medios de explotar los recursos marinos y la utilización de los recursos terrestres, fueron transmitidos a los primeros colonos civiles, quienes la incorporaron a la cultura ranchera, pero la esencia de su cultura fue destruida por la colonización jesuita.

4. ESTRATEGIA DE APROVECHAMIENTO: RANCHEROS Y OASIS

El desarrollo de la población ranchera no es exclusivo a la península bajacaliforniana, sino que obedece a una forma particular de desarrollo de la población rural propia de las más aisladas y pobres regiones de la Nueva España. Demográficamente escasa, esta forma de ruralidad ha sido poco estudiada por la historiografía correspondiente al período novohispano e independiente, sobre todo si se toma en consideración la abundante investigación que existe en torno a la marginalidad del campesinado indígena y mestizo frente al sistema de haciendas, eje en torno al cual se construyó la riqueza rural del México novohispano e independiente¹². En el siglo XVII, se produjo en el imperio español una importante emigración de campesinos pobres provenientes del sur ibérico, que agobiados por la nobleza rural y la crisis del imperio, decidieron emprender una nueva vida en la América española. Arranchados en áreas aisladas del occidente y norte de México, se instalaron fuera y lejos de pueblos y ciudades, donde reprodujeron una cultura sustentada en la ganadería como actividad económica predominante.

¹² Al respecto ver los trabajos de Barragán y Linck (1988 y 1990), de Katz, (1991), Lloyd (1988), Florescano (1973) y Meyer (1986).



Familia Amador. Rancho Primer Bosque (Baja California Sur). Foto: Miguel Ángel de la Cueva

Los rancheros, emergieron durante el prolongado tiempo colonial, a contrapelo de la raigambre comunal indígena, del agrarismo ejidal campesino y al margen de las elites criollas urbanas y rurales. Pobres y desarraigados, se acercaron arranchándose en pequeñas propiedades rústicas. Reacios a cualquier forma de organización comunal, se reinventaron en el aislamiento y la escasez, gracias a una forma peculiar de explotación ganadera y hortícola, semejante a la practicada en algunos de los antiguos cortijos de Andalucía.

Los cortijos, fueron una forma de organización de la ruralidad típica del sur español emplazada en fincas de labor agrícola y/o ganadera. Dependiendo de su ubicación y vocación productiva, los cortijos fueron ricos y señoriales o pobres y de rancho. En las regiones productoras de cereales de Jaén y Córdoba, se emplazaron

y consolidaron los más complejos y extensos, donde además de la vivienda destinada al propietario, había otras para encargados, capataces, aperadores, caseros, guardas, braceros, gañanes y boyeros, separadas por patios, establos, silos, pajares, boyeras y tentadores. La versión americana de estos cortijos señoriales fueron sin duda, las haciendas.

En las regiones más abruptas y secas de Granada, Málaga y Almería, proliferaron los pequeños emplazamientos rústicos de labor donde se edificaron modestas casas techadas con paja o ramas, llamadas ranchos. En términos muy generales y sintéticos, es posible afirmar que el emplazamiento novohispano del campesinado pobre procedente de los ranchos de la España meridional, produjo la vida ranchera. Los rancheros se alojaron en rincones, terrenos no disputados por los españoles poderosos, los criollos y mestizos, y deshabitados por indígenas extintos. En territorios que de alguna manera les fueron significativos, porque eran tan agrestes como sus lugares de origen: Málaga, Cartagena, Cádiz, Granada, Sevilla, Córdoba, Jerez y Huelva.

El rancho, remite a un hábitat escasamente poblado, aislado y disperso en un extenso territorio, al mismo tiempo que denota una forma peculiar de apropiación socio-territorial. Los ranchos siempre se localizaron en zonas alejadas de un centro; o en regiones periféricas de reciente colonización que presentaban baja densidad demográfica o en localidades escasamente pobladas que se distribuyeron sobre un territorio extenso (Linck, T., 2001). Asentados en lugares agrestes, este pequeño y olvidado contingente de la otra pobreza española, ha sobrevivido durante varios siglos desperdigado a través de la geografía nacional.

Aislamiento y dispersión simbolizan el sino de diversos y pequeños grupos de hombres y mujeres que si bien no comparten un mismo territorio ranchero, sí presentan algunas similitudes. La más importante, es que estos ganaderos y horticultores, se identificaron como rancheros para distinguirse de los otros miembros del campo mexicano. Refugiados y aislados en sus ranchos, se sustrajeron a los conflictos derivados de la lucha por la tierra y el poder que caracterizó la ruralidad de la que forman parte.

Mientras en otras regiones de México la vida de los hombres y mujeres de rancho permaneció al margen de las formas predominan-

tes de organización rural, en la árida y aislada península de Baja California, fueron piedra angular para el sostenimiento de la frágil y escasa economía regional. Como explicamos en el apartado anterior, el desarrollo de la agricultura en la Península significó una ardua tarea. Para llevarla a cabo los jesuitas introdujeron a la Península mano de obra especializada y especial.

Recordemos que hasta 1740, antes del trágico desenlace de la rebelión *pericú*, los misioneros conservaron el poder de decisión respecto a la inmigración hacia California. Así, desde 1697, investidos de poderes excepcionales sobre los asuntos administrativos y políticos de la California, los jesuitas encabezaron un reducido contingente de soldados, mayordomos y sirvientes sin los cuales las misiones californianas no habrían sido posibles. Hombres diestros en la defensa y los oficios necesarios para emplazarse en el aislamiento y la aridez fueron reclutados con todo y sus familias. La estrategia de conquista era definitiva: los contactos con los indios, pero sobre todo con las indias, no debían darse. Mantener el control sobre las misiones según la óptica jesuita, pasó por la prohibición del mestizaje: indios e indias, debían conservar su pureza natural para ingresar al mundo de la cristiandad. Por ello los rancheros que llegaron en la primera mitad del siglo XVIII debían ser casados, de probada calidad moral y con experiencia en el desarrollo de la agricultura en zonas áridas.

No obstante, con el paso del tiempo, y precisamente debido a las restricciones impuestas a la colonización civil, las hijas e hijos de los rancheros tuvieron estrechos contactos con la población local. Esto permitió que buena parte del conocimiento ambiental de los californios fuera transmitido a los rancheros contribuyendo al éxito de su adaptación a tan hostil territorio. Asimismo, la transmisión de ciertos elementos de la cultura de la naturaleza de los californios se llevó a cabo a través de la incorporación al trabajo en los ranchos de los pocos indígenas sobrevivientes al proceso de aculturación. Bajo estas circunstancias, la población ranchera de la Península creció lentamente desarrollando extraordinarias estrategias que les permitieron hacer frente a las premisas que determinaron su relación sociedad/naturaleza: un elevado grado de aislamiento y condiciones de extrema escasez. Optando por permanecer en la Baja California, haciendo suya esta tierra a pesar de las adversas circunstancias que les

imponía, construyeron su propia cultura de la naturaleza formada con elementos de las dos culturas que les antecedieron en el territorio peninsular: la occidental-mediterránea y la indígena bajacaliforniana.

En el modelo que hemos elaborado para estudiar la historia ambiental de Baja California Sur la estrategia de aprovechamiento racional e integral de los recursos bióticos y abióticos define las características de la cultura de la naturaleza de la sociedad y la economía rancheras. Las estrategias en las que los rancheros sudcalifornianos basaron sus actividades económicas y su organización social fueron (Cariño Olvera, M., 1996: págs. 76-103):

1. **Autosuficiencia**, que les fue impuesta por el elevado aislamiento en el que vivían, por lo que los escasos y eventuales contactos que tenían con los pueblos y ciudades sudcalifornianas, o a través del exiguo intercambio que llegaron a practicar, no debía ser significativo para la satisfacción de sus necesidades.
2. **Austeridad**, que se deriva tanto de las restricciones determinados por el asilamiento como de los límites impuestos por la generosidad del desierto.
3. **Aprovechamiento variado e integral de la diversidad biótica**, resultante de la escasez y de la dependencia absoluta de los recursos del medio ambiente en el que vivieron. La sociedad y la economía ranchera no conocen el desperdicio pero sí reconocieron y respetaron el límite de cambio aceptable de los ecosistemas donde establecieron sus ranchos.

En la cultura ranchera sudcaliforniana los recursos de vital importancia son el agua y el suelo —para la práctica de la agricultura en los oasis—, y la vegetación de las zonas de secano —de las áridas montañas que circundan los oasis— empleada para la alimentación del ganado, de las personas y para una variedad de usos domésticos.

La existencia de una fuente de agua permanente fue la primera condición indispensable para establecer un rancho, las características del terreno y de la vegetación, aunque importantes, eran una prioridad secundaria. Esto sólo ocurrió en los recónditos y aislados oasis, pero en ellos de manera natural no existía suficiente terreno apto

para el cultivo. Por lo tanto fue necesario proceder a importantes obras de adecuación del territorio que, aunadas a la introducción de diversas especies de plantas, nos permiten aseverar que los rancheros (por mandato de los misioneros primero y por iniciativa propia después) son los artífices de la construcción de los oasis históricos sudcalifornianos. Estos son consecuentemente paisajes culturales que atestiguan una de las obras de transformación del espacio menos conocidas y valoradas de la América Española.

Para solucionar la falta de agua en sitios donde era posible sembrar, el preciado líquido se introducía con ingeniosos sistemas de riego, por medio de canales angostos contruidos de piedra y mezcla, tallados en la roca viva, o ahuecando troncos de palmas. Estas modestas pero vitales obras hidráulicas son un legado de la colonización jesuita y tanto su infraestructura como su administración se asemejan a los sistemas de regadío de los oasis del Mediterráneo. Donde hacía falta tierra, ésta fue acarreada con bestias y retenida mediante la construcción de terrazas. Lo más importante era ubicar ambas obras al resguardo de los cauces por donde escurrían las avenidas de agua formadas por las lluvias torrenciales. No obstante, fue común que los torrentes destruyeran terrenos, canales y cultivos, como lo narra el padre Juan Jacobo Baegert (1989: 176).

Casi siempre resultaba indispensable rodear el agua y la tierra con muros o baluartes, o levantar presas para evitar que en un lugar se escurriera la poca agua, o que en otro, fuera arrastrada la tierra por los torrentes impetuosos de los arroyos. Y sin embargo, frecuentemente todo resultaba en vano; de modo que todos los años había algo que componer o remendar, y en otros hubo de comenzarse totalmente de nuevo.

En los oasis donde se establecieron los rancheros la práctica de la agricultura implicó un uso más intensivo del agua y la tierra, pero en la civilización material de su cultura no significó sobreexplotación, sino uso racional. En ellos se desarrolló un sistema de cultivos estratificado que permitió: reducir la insolación y aprovechar intensivamente el suelo y el agua. Al igual que en otros oasis de las zonas áridas del viejo continente, se establecieron productivas huertas estratificadas. En el nivel superior las palmas datileras aprovechaban la máxima insolación, pero por la estructura de sus hojas permitían cierta filtración del calor y la luz solar. En el nivel interme-

dio se cultivaron frutales (tanto tropicales como mediterráneos). A ras de tierra, en el nivel más húmedo y menos soleado, se cultivaron hortalizas. Por la variedad de productos que se obtenían a través de este sistema de cultivo, la intensificación del uso del suelo y el elevado aprovechamiento del agua, las huertas fueron un elemento esencial en la economía ranchera.

En la cultura ranchera tradicional el producto de estos ricos, pequeños e intensivos campos de labor fue orientado al autoconsumo. Sin embargo, al ser los únicos sitios aptos para la producción agrícola en una región tan árida, antes de existir la posibilidad de perforación de pozos profundos dotados de modernos sistemas de bombeo (situación que no ocurrió hasta mediados del siglo XX), al crecer la población de pueblos y ciudades, los ranchos más cercanos a éstos tuvieron que intensificar su producción y abastecer también un pequeño mercado local. Este proceso dio inicio hacia finales del siglo XIX y coincide con la modernización de la economía promovida por Porfirio Díaz. La transformación del destino y el volumen de la producción modificó por completo la economía ranchera al grado de signar su paulatina pero definitiva extinción. Por ello, cuando estudiamos a la cultura ranchera debemos considerar el autoconsumo como una de sus características fundamentales.

El sistema de cultivos estratificados es aún utilizado en algunos ranchos. En un estudio reciente es posible constatar que el 47% de éstos son frutales, el 34% son hortalizas, sólo el 12% son granos y un mínimo de el 7% son de uso industrial (Preceda, A.; Coria, R., 1997: 261-281). Por otra parte, los sistemas de irrigación tradicionales han probado su eficiencia para evitar la salinización de los suelos, su empobrecimiento y una fuerte evaporación. La agricultura es la principal actividad económica que constituye el trabajo de los habitantes de los oasis, lo que nos recuerda en cierta medida la vida de los antiguos californios, para quienes la colecta tenía mayor importancia que la caza o la pesca.

Uno de los principales conocimientos transferidos de la cultura de los indios californios a los rancheros fue el aprovechamiento de la flora silvestre. Además de ser la base de la alimentación del ganado, también fue empleada como alimento humano y para uso medicinal. Según las especies y la utilidad deseada eran consumidas en su estado natural o bien asadas, tostadas, cocidas, guisadas, macha-

cadass e incluso preparadas en conserva. Asimismo, en la flora silvestre los rancheros encontraron el sustituto de ciertos bienes de consumo que no eran producidos en la Península: café, cacao, té y miel.

También fue indispensable el empleo de las plantas y sus estructuras como materias primas en la manufactura de todo el utillaje y ajuar de los rancheros, así como para la construcción de casas, corrales y canales, etc. La producción de variadas manufacturas fue una habilidad obligada por la autosuficiencia a la que los condujo el aislamiento de sus comunidades. Algunas cortezas sirvieron para curtir y entintar el cuero. Las hojas de palma fueron empleadas en el desarrollo del arte de la cestería y el tejido. En la cordelería fueron empleadas las finas fibras extraídas de las pencas de agave. El zacate seco y compactado, fue empleado para rellenar las alforjas. Con la madera de cactáceas y leguminosas se fabricaban diversas partes de las sillas de montar y con algunas plantas fabricaron jabón.

Pese a la gran importancia que tuvieron la agricultura y la colecta en la economía y la sociedad ranchera, la ganadería fue y sigue siendo la actividad principal. Esta es una de las razones por las que hablamos de rancheros y no de agricultores, pero tampoco les llamamos ganaderos, esto se debe a lo particular que es el manejo tradicional de la ganadería que practican. Por su carácter extensivo, sólo ocupa a los hombres recios y no se practica en el área húmeda de los oasis, sino en el agostadero circundante (Martínez Balboa, A., 1981) donde los hatos se alimentan con base en un sistema que alterna los territorios de ramoneo para evitar la sobreexplotación de la flora silvestre. Este sistema, llamado *de cambiadero*, recuerda el uso del espacio que hacían los indios en sus territorios de recorrido cuando transferían su campamento de un aguaje a otro. Campeando, ajuarados con sus trajes típicos llamados *cueras*, los rancheros acompañan a su ganado en el vasto territorio del secano de su rancho, vigilan que no se aparten de sus corredores, que haya agua en los abrevaderos y que llegado el momento de la ordeña los hatos regresen al corral siempre ubicado cerca de una fuente de agua (no necesariamente de un oasis).

Otra razón que justifica el apelativo de ranchero, corresponde a las características de su *hábitat* y al nombre que los misioneros dieron a los sitios que con características semejantes poblaban los californios. Se trata de un espacio estrictamente delimitado y cen-



Vaquero. La Giganta (Baja California Sur). Foto: Miguel Ángel de la Cueva

trado en torno de un humedal mayor y compuesto por varios aguajes menores. En el mayor, que se identifica con el rancho se ubica la casa donde viven y trabajan de manera permanente las mujeres, los niños y los ancianos; en los menores puede haber pequeñas cabañas y corrales secundarios donde temporalmente se albergan los vaqueros. Se reproduce así la división del trabajo entre los sexos y toda la familia ranchera subsiste en condiciones cercanas a la autarquía, aunque no condenados a ésta, como fue el caso de los indios.

Las estrategias del modelo de aprovechamiento de los rancheros subsisten con pocas alteraciones en unos cuantos de los más remotos oasis sudcalifornianos. A partir de mediados del siglo XVIII, en las ínsulas de humedad insertas en un mar de aridez, se ha consolidado en la mentalidad colectiva una relación sociedad/naturaleza que les impone un amoroso respeto vital por el ambiente, del que dependen de manera absoluta para subsistir. En un tiempo largo y lento, la inmigración de rancheros a la Península dio origen a nuevos asentamientos. Los ranchos constituyeron así una forma de ocupación del espacio distinta a las misiones pero también formando dispersos núcleos de población en torno de los oasis.

Así mientras indios, indias y sus descendientes pagaban con su vida el celo evangelizador de la utopía jesuita, las familias de rancheros florecieron. De su proge, que no era ni misionera ni india, surgió una población hispana que sustituyó a los indios, sobrevivió a los misioneros y repobló la Península. Así, cuando el régimen misional concluyó, se impusieron las nuevas reglas de la república independiente y los nuevos pueblos bajacalifornianos se emplazaron sustituyendo los antiguos establecimientos del sistema misional, los rancheros ya dominaban el vasto e inhóspito territorio rural bajacaliforniano.

El ranchero, ese habitante peninsular que comenzó su vida fuera de las misiones, vivió durante muchos años al margen de los beneficios de la incipiente vida pueblerina y urbana que se desarrollaba en el sur de la Península. No obstante, durante el siglo XIX, en las contadas ocasiones en las que el gobierno decidió regularizar la tenencia de la tierra, se hicieron de sus pequeñas y modestas propiedades rústicas y durante mucho tiempo, representaron junto con los mineros, comerciantes y pescadores, la clave para la subsistencia de la economía regional. Hasta el emplazamiento de las colonias agrícolas a mediados del siglo XX, los rancheros, sus ranchos y rancherías signaron la ruralidad sudcaliforniana, representaron al campo sudcaliforniano y con él, al más añejo y perdurable signo de la ancestralidad regional.

En la historia de Baja California Sur los hombres y mujeres de rancho y su cultura, desempeñan un papel destacado y fundamental. A diferencia de otras regiones de México donde la cultura ranchera ha compartido el inmenso espacio rural con las comunidades de campesinos e indígenas, desde una perspectiva demográfica, territorial y culturalmente menor, comparada con la enorme, rica y diversa cultura ancestral de los pueblos indígenas y campesinos de nuestro país, en la Península, desempeñaron un papel protagónico. Pioneros de la colonización secular y gracias a la sustentabilidad de sus estrategias de aprovechamiento de los recursos naturales y de adaptación al ambiente bajacaliforniano, representan un reducto de la historia colonial. Sin la permanencia de los ranchos y la conservación de su cultura difícilmente podríamos reconstruir y valorar la centralidad que tuvieron en la historia regional. El aislamiento de los oasis y la frontera de aridez que los define, han fungido como

regiones refugio donde se conservan casi prístinos estilos de vida que datan de la época colonial. Así, los oasis y sus rancheros han contribuido a la preservación de un patrimonio cultural y natural cuyas raíces se ubican en un doble proceso cuyos efectos se manifestaron a escala global: el del imperio colonialista exhausto por las crisis económicas, sociales y políticas que derivaron en las guerras de independencia en América Latina y las contradicciones inherentes a la construcción de los nuevos estados nacionales que, bajo la forma de repúblicas democráticas, encontraron en el mestizaje el hilo que les permitió construir su discurso identitario.

Actualmente el estudio de la cultura ranchera es sumamente pertinente y urgente, y no sólo por ser reconocida como el origen de la identidad regional, sino porque su población enfrenta el riesgo de extinción sociocultural. Pese a su preeminencia en la historia regional, no ha recibido aún la atención suficiente para generar acciones que efectivamente logren rescatarla del abandono. Además, la valoración y el conocimiento de la cultura ranchera son trascendentes para el futuro sudcaliforniano ya que las estrategias socio ambientales de su civilización material podrían ser empleadas en acciones y políticas cuyo objetivo sea el uso sustentable del suelo y el agua en la región; discusión que retomaremos en el último apartado.

Las amenazas que atentan contra la capacidad de sobrevivencia de los rancheros como grupo social se originan en una serie de factores que deben ser analizados de manera conjunta y que enlistamos en seguida:

1. La extinción de los rancheros se observa claramente en su estructura poblacional que muestra una tendencia de crecimiento negativo, que compromete casi de manera definitiva sus posibilidades de reproducción.
2. En la minoría ranchera se han producido y reproducido desventajas y desigualdades sociales provenientes del nulo o limitado acceso de los rancheros a una estructura suficiente y eficiente de servicios y prestaciones sociales, que los colocan muy por debajo de los niveles de bienestar y por encima de los estratos de marginación existentes en la entidad. Las principales insuficiencias que enfrentan las familias rancheras son: infraestructura, educación, salud, saneamien-

- to y vivienda; medios de comunicación, acceso a la información y transporte; electricidad y manejo de desechos.
3. Tanto las condiciones actuales de vida, como las posibilidades de mejorarla, han sido limitadas por la baja productividad económica de sus actividades.
 4. El grupo muestra una capacidad de gestión muy limitada para la resolución colectiva de sus problemas. Es un grupo que requiere un fuerte proceso de empoderamiento y reconstrucción de sus capacidades productivas y organizativas.
 5. A pesar de que la inversión gubernamental se ha incrementado en los últimos años (mejora en el estado de las brechas, instalación de celdas solares para la producción de energía eléctrica, construcción de pilas, compra de crías de ganado vacuno y caprino, camionetas para llevar a los niños a los internados, jornadas médicas, mejoramiento de la infraestructura educativa en los internados y albergues escolares) las acciones de los tres niveles de gobierno han sido insuficientes para garantizar el desarrollo integral de las comunidades rancheras.
 6. Por último, pero no por ello menos importante, los rancheros se enfrentan al gran problema de la tenencia de la tierra.

La mayoría de los rancheros son propietarios privados de antiguos títulos de propiedad que no han sido regularizados, ni puestos al día respecto a las nuevas normas sobre la pequeña, mediana y gran propiedad rural. La debilidad en la organización social, así como la frágil y desmembrada estructura de legalidad sobre la titularidad de los predios ocupados, hacen de la tenencia de la tierra, uno de los grandes problemas del grupo. En un contexto social como el sudcaliforniano, en el que se observa un interés y una presión creciente sobre la propiedad privada de la tierra en áreas rurales de gran belleza natural y con paisajes casi prístinos, la inestable estructura que presenta la tenencia de la tierra, es uno de los problemas que más dificultan la supervivencia de los rancheros en el ámbito regional.

En conjunción con las consideraciones históricas previamente establecidas estos serían los argumentos que sustentan la idea de que los rancheros son una minoría nacional en riesgo de extinción so-



Talabarteros. La Giganta (Baja California Sur). Foto: Miguel Ángel de la Cueva

ciocultural, y cuya desaparición como grupo, pone en riesgo la sostenibilidad de los ecosistemas áridos y semiáridos de México y del continente americano.

5. ESTRATEGIA DE CONSERVACIÓN: VALORACIÓN DEL PATRIMONIO CULTURAL

Consideramos que hemos aportado argumentos suficientes para demostrar la importancia que debe concederse a los rancheros y a sus oasis. Por ello, la relación sociedad/naturaleza que actualmente debe prevalecer en relación a esos actores históricos y a su espacio es la de conservación, que en nuestro modelo se define como el conocimiento, la valoración y el rescate del patrimonio natural cultural como base del desarrollo sustentable.

Hemos acuñado el término *oasisidad* (Cariño Olvera, M., 2001: 57-69) para designar los orígenes de la identidad sudcaliforniana, con la finalidad de subrayar el valor histórico, social, ambiental y patrimonial que tiene la cultura desarrollada por los rancheros en los oasis. Los paisajes culturales donde subsiste la *oasisidad* han fungido como regiones refugio. Los ranchos que permanecen acti-

vos están ubicados en las zonas más recónditas de la Península y enfrentan una innumerable cantidad de problemas y amenazas, que redundan en pobreza y abandono. Es indispensable valorar y conservar los oasis y su cultura antes de que se extingan por completo.

Para ello es necesario revitalizar la economía *oasiana* a través de actividades alternativas, vinculadas con el turismo, la agro-ecología y formas sustentables de aprovechamiento de la flora silvestre. La intervención en las comunidades es un proceso sumamente delicado, por ello hemos creado un equipo de investigación llamado: *Red Interdisciplinaria para el Desarrollo Integral y Sostenible de los Oasis Sudcalifornianos* (RIDISOS) que tiene por objetivos:

1. Valorar y proteger los oasis desde la perspectiva natural y cultural.
2. Fomentar el arraigo de su población original y estimular el regreso de los que se hayan ido.
3. Mantener el carácter único y original de cada oasis.

La RIDISOS es una agrupación internacional de investigadores de diversas disciplinas e instituciones, preocupados por la conservación de los oasis, que busca contribuir al desarrollo de actividades productivas alternativas que permitan a las comunidades *oasianas* mejorar su calidad de vida. Surgió en 2006 y desde entonces se ha reforzado con varios proyectos de investigación que tienen por base: la transdisciplina, un amplio conocimiento y experiencia de sus integrantes y la cooperación internacional. Los proyectos de investigación tienen por finalidad desarrollar tres etapas:

1. La reconstrucción histórica ambiental de los oasis y sus familias de rancheros
2. Elaborar un diagnóstico que revele la situación social, económica y ecológica actual de los oasis, y mediante un modelo dinámico socio ambiental determinar cuáles han sido los factores que han contribuido a tal estado de las cosas.
3. Elaborar una propuesta de alternativas productivas sustentables y de estrategias de manejo y organización comunitaria que conlleven al arraigo de su población.

Por el momento la RIDISOS se encuentra desarrollando un estudio piloto del oasis de Comondú y se están elaborando varias tesis de grado de licenciatura y doctorado que tienen por objeto de estudio éste y otros oasis¹³. Hemos comprendido a la fecha que existen varias características compartidas de la problemática que enfrentan los oasis y su población, como es el caso del abandono, la pobreza, la marginación social, el deterioro ecológico y la falta de atención de los gobiernos estatal y municipal. Pero también hemos entendido que las causas que expliquen esa situación, así como el nivel de profundidad de su problemática socio ambiental, varían en cada oasis. Consecuentemente aportar medidas de solución que pudieran permitir una mejora sustantiva de la calidad de vida de la población *oasiana* y la protección de su frágil y bello territorio es tan urgente como complejo.

No obstante, existen medidas que de manera general pueden frenar el deterioro tanto natural como social y algunas de ellas se han estado llevando a cabo en los últimos años gracias al trabajo de las organizaciones de la sociedad civil (OSC) y de agrupaciones de científicos. Por ejemplo, en 2007 se logró la incorporación de siete nuevos sitios a la Convención Ramsar para la protección de los humedales. Asimismo, se está promoviendo ante la CONANP¹⁴ la creación de una reserva de la biosfera que proteja las sierras de Guadalupe y la Giganta. Por su parte, la delegación estatal de la SEMARNAT¹⁵ ha procurado fomentar la limpieza de los palmares a través de la aplicación de los Programas de Empleo Temporal. Científicos sociales y naturales de la UABCS¹⁶ y del CIBNOR¹⁷ hemos aprendido a trabajar de manera conjunta, tanto en proyectos de investigación como en colaboración con las OSC y las agencias del gobierno federal que fomentan la conservación.

¹³ Este proyecto de investigación ha sido financiado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) en la Convocatoria de Ciencia Básica 2008.

¹⁴ Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas. La propuesta de creación de reserva de la biosfera ha sido promovida por la Sociedad de Historia Natural Niparajá, A.C.

¹⁵ Secretaría del Medio Ambiente y Recursos Naturales.

¹⁶ Universidad Autónoma de Baja California Sur.

¹⁷ Centro de Investigaciones Biológicas del Noroeste.



Misión y Oasis de San Ignacio, Foto: Miguel Ángel de la Cueva

Sin embargo queda mucho trabajo por hacer si queremos lograr que los oasis que son sitios que despiertan la ensoñación de quien los visita, puedan ser pueblos donde los sudcalifornianos logren de nuevo vivir bien y salvaguardar su ancestral cultura de la naturaleza. Esta meta no solo beneficiaría a un puñado de hombres y mujeres (que como explicamos su importancia es más bien histórica que demográfica, política o económica), sino que permitiría a Baja California Sur aprovechar su historia para encaminarse certeramente por la senda de la sustentabilidad.

Cuando nos referimos a la importancia histórica de la *oasisidad* su implicación trasciende el ámbito del rico pasado sudcaliforniano y debe ser comprendida en el contexto global de la búsqueda de alternativas que permitan lograr la sustentabilidad. Esta es la gran enseñanza que aporta la historia ambiental de la cultura ranchera, en este sentido debe ser valorada y procurar ser aplicada en una política de desarrollo alternativo para la región.

Una de las más graves aristas de la crisis ecológica que enfrentamos como humanidad es la falta de alimentos, el uso excesivo del agua para su producción y el desgaste de los suelos agrícolas. El aprovechamiento de los oasis sudcalifornianos, con base en estrategias de manejo agroecológico, permitirían a la entidad producir una variedad de alimentos sumamente apreciados tanto en el mercado local como en el internacional, debido a su gran calidad y a la posibilidad de ser producidos orgánicamente. Asimismo, la cultura ranchera nos ha enseñado la importancia de la frugalidad y del consumo integral y racional de la diversidad biótica.

Estos son solamente unos ejemplos de la ruta en la que hemos de conducir los esfuerzos de los proyectos de investigación de la RIDISOS. Esperamos que sus resultados permitan revalorar en su justa medida la importancia de los paisajes culturales donde hace aun pocos años la sociedad ranchera supo practicar la sustentabilidad como norma de vida. La intervención en esos fantásticos refugios de cultura y naturaleza deberá ser llevada a cabo con base en programas de manejo que promuevan la organización comunitaria aprovechando su extraordinario potencial productivo y cultural; el trabajo que llevamos a cabo en la RIDISOS está orientado para contribuir a su elaboración.

BIBLIOGRAFÍA

- AMAO, J.L. (1981): *El establecimiento de la comunidad minera en la California Jesuítica*, Colección Cabildo, La Paz, Gobierno del Estado de Baja California Sur.
- AMAO, J.L. (1997): *Mineros, misioneros y rancheros de la Antigua California*, México, INAH.
- ARRIAGA L.; RODRIGUEZ ESTRELLA R. (eds.), (1997): *Los oasis de la Península de Baja California*, La Paz, Centro de Investigaciones Biológicas del Noroeste— SIMAC.
- ASCMANN, H. (1959): «The Central Desert of Baja California. Demography and Ecology», *Ibero-Americana* 42, Berkley-London, University of California Press, págs. 133-144.
- BAEGERT J. J. (1989): *Noticia de la Península Americana de California*, (1.^a ed. 1772 Mannheim), 2.^a edición en español, La Paz, Gobierno del Estado de Baja California Sur.
- BARCO, M. del, (1988): *Historia Natural y Crónica de la Anytigua California (1780)*, edición, estudio preliminar y notas de Miguel León Portilla, México, IIH-UNAM, pág. 171.
- BARRAGAN LÓPEZ, E. (1990): *Más allá de los caminos*, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- BERQUE A. (1990): *Médiance. Des milieux en paysages*, Montpellier, GIP-Reclus.
- BRECEDA A.; ARRIAGA L.; CORIA R. (1997): «Características socioeconómicas y uso de los recursos naturales en los oasis», Cap. 14, En ARRIAGA L.; RODRIGUEZ ESTRELLA R. (eds.): *Los oasis de la Península de Baja California*, La Paz, Centro de Investigaciones Biológicas del Noroeste— SIMAC, págs. 261-281.

- CARIÑO M. (1995): «El saqueo de la flora silvestre sudcaliforniana (1870-1940)» *Universidad Michoacana*, n.º. 17, julio-septiembre, págs. 5-18.
- CARIÑO, M.; BRECEDA, A.; CASTELLANOS, F. et al. (1995): *Ecohistoria de los californios*, La Paz, UABCS.
- CARIÑO OLVERA M. (1996): *Historia de las relaciones hombre/naturaleza en Baja California Sur 1500-1940*, La Paz, UABCS-SEP-FOMES.
- CARIÑO, M. (2007): «Exploraciones y descubrimientos 1533-1678». En CARIÑO OLVERA, M.; CASTORENA, L. *Sudcalifornia. De sus orígenes a nuestros días*, México, Instituto de Cultura del Gobierno de B.C.S.-UABCS-SIMAC-CONACYT, págs. 55-83.
- CARIÑO M.; MONTEFORTE M. (Coords.), (2008): *Del saqueo a la conservación. Historia ambiental contemporánea de Baja California Sur, 1940-2003*, México, UABCS— SEMARNAT-INE-CONACYT.
- CASTORENA, L. (2002): *Sudcalifornia: El rostro de una identidad*, México D.F., Castellanos Editores-ISC.
- CASTORENA, L.; BRECEDA, A. (2008): *Remontando el Cañón de la Zorra, Ranchos y rancheros de la Sierra La Laguna*, México: ISC-GEBCS-UABCS.
- CHÁVEZ, M. (1998): *Mujeres de rancho, de metate y de corral*, México, Colegio de Michoacán.
- CHEVALIER, F. (1976): *La formación de los latifundios en México*, México, Fondo de Cultura Económica.
- COCHET, H. (1991): *Alambradas en la sierra*, México, CEMCA-ORSTOM-COLMICH.
- COMISIÓN NACIONAL DEL AGUA (CNA), (2002): *Determinación de la disponibilidad de agua en el acuífero Santo Domingo, Estado de Baja California Sur*, Comisión Nacional del Agua, Gerencia de Aguas Subterráneas, México, 26 págs.
- CORONADO, E.M. (Paleografía y notas), (1982): *Auto de Posesión del Puerto y Bahía de La Santa Cruz: 3 de mayo de 1535*, La Paz, FONAPS.
- CROSBY, H. (1992): *Los últimos californios*, México, Gobierno del Estado de Baja California Sur.
- DALE LLOYD, J.D. (1988): «Desarrollo histórico del rancho» y «Rancheros y revolucionarios en Chihuahua». En VV.AA. *Historia de la cuestión agraria mexicana, campesinos, terratenientes y revolucionarios 1810-1910*. T.3, México, Siglo XXI-CEHAM, págs. 60-106.
- FÁBREGAS, A. (1986): *La formación histórica de una región: los Altos de Jalisco*, México, CIESAS-Casa Chata.
- FLORES, E.Z. (1998): *Geosudcalifornia. Geografía, agua y ciclones*, México, Universidad Autónoma de Baja California Sur.

- FLORESCANO, E. (1973): «Colonización, ocupación del suelo y 'frontera' en el norte de Nueva España, 1550-1750». En JARA A., *Tierras nuevas: Expansión territorial y ocupación del suelo en América (siglos XVI-XIX)*. México: El Colegio de México, págs. 43-76.
- GIMÉNEZ, G. (2000): «Territorio, cultura e identidades. La región socio-cultural» en Rosales Ortega, R. *Globalización y regiones en México*, México, UNAM-FCPyS-Miguel Angel Porrúa, págs. 19-52.
- GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR, Dir. de Planeación, (2001): *Programas de Desarrollo Regional 2001*, La Paz, B.C.S.
- GOBIERNO DEL ESTADO DE BCS. CENTRO ESTATAL DE INFORMACIÓN, (2004): *Compendio Estadístico 2002-2003. Municipios de Baja California Sur. Cuaderno de Datos Básicos 2004*. B.C.S.
- HACIENDAS(1995): *Las Haciendas de México*, México, Fomento Cultural Banamex.
- HERNÁNDEZ VINCENT, M. Á. (1998): *Desarrollo, Planificación y Medio Ambiente en Baja California Sur*, La Paz, UABCS-Gob. del Edo. de BCS.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA, GEOGRAFÍA E INFORMÁTICA (INEGI), (1988): *Carta edafológica escala 1:250,000 G12-7-8 Villa Constitución*.
- KATZ, F. (1991): *El mundo rural mexicano a través de los siglos*, México-Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- LAMEIRAS OLVERA, J. (1998): *Prólogo a CHÁVEZ, M. Mujeres de rancho, de metate y de corral*, México, El Colegio de Michoacán.
- LINCK, T. (2001): «Conquête et colonisation des montagnes sèches mexicaines. La production des territoires et des sociétés rancheras». En *Les montagnes tropicales. Identités, mutations, développement Espaces tropicaux*, n.º16, Bordeaux, Francia.
- LLUCH BELDA, D. (1997): «Prólogo». En Arriaga L.; Rodríguez Estrella R. (eds.): *Los oasis de la Península de Baja California*, La Paz, Centro de Investigaciones Biológicas del Noroeste-SIMAC, págs. XI-XII.
- MARTÍNEZ BALBOA, A. (1981): *La ganadería en Baja California Sur*, La Paz.
- MARTÍNEZ, P. L. (1991): *Historia de la Baja California*, La Paz, Gobierno del Estado de Baja California Sur.
- MARTÍNEZ, L.P. (2004): «La cultura del agua, Puente entre el Viejo y el nuevo mundo». En Tavares López, E. *La representatividad en la lista de Patrimonio Mundial. El Patrimonio Cultural y Natural de Iberoamérica, Canadá y Estados Unidos. Memorias*, México, CONACULTA-INAH-ICOMOS.
- MAYA, Y.; CORIA, R.; DOMINGUEZ, R. (1997): «Caracterización de los oasis», Cap. 2. en Arriaga L.; Rodríguez Estrella R. (eds.): *Los oasis de la*

- Península de Baja California*, La Paz, Centro de Investigaciones Biológicas del Noroeste-SIMAC, págs. 5-25.
- MASSEY, W. (1949): «Tribes and Languages of Baja California» en *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 5, n.º 3, Santa Fe, University of New Mexico.
- MASSEY, W. (1966): «Archaeology and Ethnohistory of Lower California» en Robert Wauchope (ed.): *Handbook of Middle American Indians*, Austin, University of Texas Press, vol. IV, págs. 38-58.
- MEYER, J. (1986): «Haciendas y ranchos, peones y campesinos en el Porfiriato. Algunas falacias estadísticas». En *Historia Mexicana*, vol. XXV, n.º 3, México, El Colegio de México.
- RAISZ, E. (1964): *Carta «Landforms of Mexico»*, 2.ª ed. Geography Branch of the Office of Naval Research, Cambridge, Mass., EE.UU.
- DEL RÍO, I. (1990): *Conquista y aculturación en la California jesuítica, 1697-1768*, México, UNAM.
- SACHS, I. (1993): *L'écodeveloppement*, Alternatives économiques, París, Syros.
- SECRETARÍA DEL MEDIO AMBIENTE Y RECURSOS NATURALES (SEMARNAT), (2005): *Plan estatal de educación, capacitación y comunicación ambiental para el desarrollo sustentable de Baja California Sur*, La Paz, B.C.S.
- SECRETARIA DEL MEDIO AMBIENTE. RECURSOS NATURALES Y PESCA. (SEMARNAP), (1996): *Actualización del estudio geohidrológico del acuífero del Valle de Santo Domingo, B. C. S. Informe final, Contrato No. GAS-O/O-96*, (no publicado).
- SECRETARIA DEL MEDIO AMBIENTE Y RECURSOS NATURALES (SEMARNAT), (2009): *Estudio Hidrogeológico Integral de la cuenca Santo Domingo, B.C.S. Realizado bajo convenio FOSERMANAT-2004-01-432 por la Universidad Autónoma de Baja California Sur, La Paz, B.C.S., México*, (no publicado).
- SHADOW, R.D. (1990): «Los Rancheros del Occidente: hacia un modelo de su organización comunitaria», *Primer Coloquio de Occidentalistas*, Guadalajara-México, Universidad de Guadalajara (mimeo).
- SHREVE, F.; WIGGINS L. (1964): *Vegetation and flora of the Sonora Desert*, San Francisco, Stanford University Press.
- URCIAGA, J. (1993): *El Desarrollo de la Agricultura en Baja California Sur*, México, UABCS.
- (2009): «La agricultura en Baja California Sur. Una perspectiva de largo plazo (1900-2005)». En Cariño, M.; Monteforte, M. (Coords.), (2009): *Del saqueo a la conservación. Historia ambiental contemporánea de Baja California Sur, 1940-2003*, México, UABCS-SEMARNAT-INECONACYT, págs. 249-278.

- VANYOUNG, E. (ed.), (1992): *Mexico's Regions*, San Diego, University of California-Center for U.S.-Mexican Studies.
- VILAR, P. (2005): *Historia de España*, Barcelona, RBA Coleccionables.
- WEHNCKE, E.W.; LÓPEZ-MEDELLÍN, X.; REBMAN, J.; WALL, M.; EZCURRA, E. (2010): *Blue fan palm oases: new findings from the most remote populations*, 53rd Annual Symposium IAVS, Ensenada, BC, México.
- WIGGINS, I. L. (1980): *Flora of Baja California*, San Francisco, Stanford University Press.

Indígenas, misioneros y soldados en Baja California durante la administración franciscana y dominica

Lucila del Carmen León Velazco ¹

INTRODUCCIÓN

Durante mucho tiempo los historiadores que se ocuparon de estudiar la época en que franciscanos y dominicos se hicieron cargo de las misiones en Baja California, tendieron a escribir desde la perspectiva de los misioneros; sin embargo, en trabajos recientes varios autores han aportado nuevos enfoques al incorporar las visiones de otros grupos que participaron en las actividades realizadas por los habitantes de la península dentro y fuera de los establecimientos misionales. Esto ha sido posible gracias al desarrollo de la historia social al permitir nuevos planteamientos con respecto a los sujetos de estudio, donde las instituciones dejaron de ser el tema central para ocuparse de sus integrantes; y por otra, el sujeto de análisis pasó a ser la «gente común», en lugar del grupo dominante. Dentro de esta línea surgieron artículos como los de León Campbell, que en sus trabajos «The First Californios: Presidial Society in Spanish California. 1769-1822» y «The Spanish Presidio in Alta California During the Mission Period» ², se ocupó de la sociedad de la frontera e hizo énfasis en su naturaleza multirracial ³.

¹ Lucila del Carmen León Velazco es investigadora titular de Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Baja California. Campus Tijuana. E-mail: lleonv@yahoo.com.

² Campbell, L. (1974: 106-118 y 1977: 63-77). También deben mencionarse, entre otros, el trabajo de Mason B. (1978: 398-424), así como el de Langelier, J.P. y Meyers, K. (1981: 3-11).

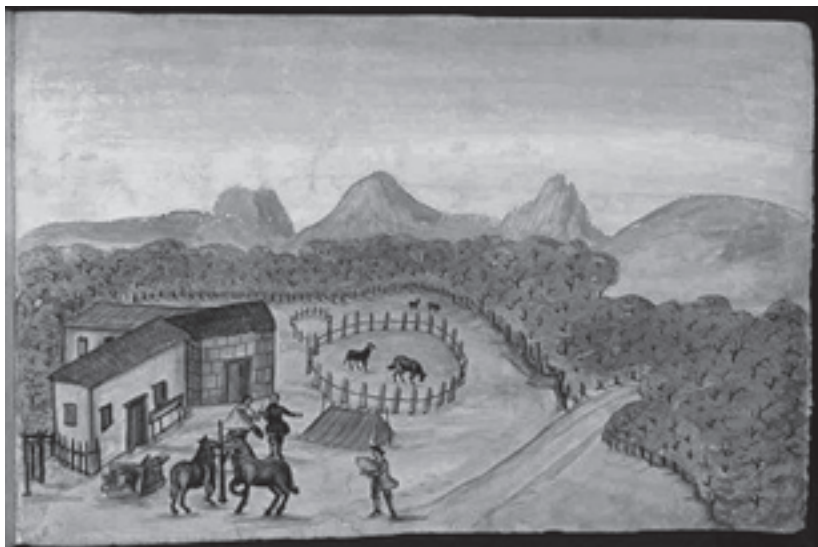
Otra aproximación historiográfica sobre las Californias que se inició en el siglo pasado y que continúa vigente, son los estudios demográficos, que se iniciaron en Berkeley. A través del análisis cuantitativo, temas como la caída de la población indígena a la llegada de los españoles pudieron ser tratados con mayor precisión y dieron lugar a nuevas hipótesis y cuestionamientos. Las principales investigaciones con este enfoque han sido realizadas principalmente por Cook, Sh., en *The Conflict between the California Indians and White Civilization*⁴; Jackson R. H., «Epidemic Disease and Population Decline in the Baja California Missions»⁵ y Magaña M., *Población y misiones de Baja California: estudio demográfico de la misión de Santo Domingo de la Frontera. 1775-1850* (Magaña, M.A., 1998). La polémica en este tema se ha centrado principalmente sobre la causa de la decadencia de la población indígena, Cook y Jackson la atribuyen a las epidemias; Magaña encuentra varias causas, entre las que destaca la capacidad de movilización de los grupos indígenas como estrategia de evasión al control misional (y por lo tanto a los mecanismos de registro demográfico); y la aculturación, que dio lugar a una aparente desaparición de los indígenas por su integración en el grupo mestizo⁶. Magaña ha publicado además un extenso trabajo sobre el poblamiento bajacaliforniano, en el que se propone identificar los momentos coyunturales desde la perspectiva demográfica, y con esta base, estudiar las identidades colectivas de los diversos grupos que participaron en los procesos (Magaña, M.A., 2010).

³ Otros ejemplos son Schuetz-Miller, M.(1994), quien identifica al grupo de artesanos que trabajaron en esa época en las Californias. Y Amao J. (1997). En esta obra, Amao hace una distinción entre la California misional y «la otra California», en la que participaron empresarios mineros, operarios de minas, gambusinos, buceadores de perlas y rancheros. El autor sostiene que las actividades mineras cumplieron con una función de colonización alternativa al integrar la sociedad y la economía regionales.

⁴ Sherburne, C. (1976, 1943 y 1940). También es importante mencionar los trabajos de Lemoine, E. (1959a y 1959b).

⁵ Jackson, R.H., ha dedicado varias de sus obras (1981, 1982 y 1995) al análisis de problema del declive demográfico indígena principalmente en el Noroeste de México.

⁶ Romero, L. (1995), añade a las anteriores causas detectadas por los mencionados autores, la ruptura en la estructura económica y sociocultural de las comunidades indígenas a causa del impacto cultural.



Actividades ganaderas de la misión. Fuente: Ignacio Tirsch, Biblioteca Nacional, Praga

Aunque en la historiografía diversos autores habían reconocido la importancia del papel desempeñado por los militares en apoyo al proyecto misional, la atención se había dedicado a los personajes sobresalientes y pocos al soldado común (Beilharz, E., 1971). Por otra parte, además de los trabajos en que fueron estudiados desde el enfoque de grupo social, hacían falta investigaciones sobre su participación en las actividades misionales⁷. En los últimos años algunas obras incluyeron a estos actores sociales desde esta perspectiva, ofreciendo una visión más integral de los procesos sociales⁸.

Los enfoques interdisciplinarios y una revaloración de la cultura indígena llevaron a una nueva visión primero de los indígenas y después de otros grupos que interactuaron en los procesos de conquista y colonización. Los trabajos de León-Portilla, M., *La visión de los vencidos*, y *El reverso de la conquista*, contribuyeron al esfuerzo por incorporar al indígena en la historia. En Baja California, Río, I. del, en *Conquista y aculturación de la California jesuítica* (Río, I. del,

⁷ Para mayor información consultar, León, L. (2007: 263-284).

⁸ Herrera, A. L. (1994); León, L. (1999, 2002 y 2006).

1984), y Rodríguez R.E. en *Cautivos de Dios. Los cazadores recolectores de Baja California durante la Colonia* (Rodríguez, R.E., 2002), estudiaron las consecuencias del cambio cultural. En una publicación más reciente, *Los límites de la Identidad. Los grupos indígenas de Baja California ante el cambio cultural*, Rodríguez, R.E., profundiza en la descripción de las características de los cazadores recolectores que habitaron Baja California y su relación con el territorio peninsular para estudiar las identidades indígenas y sus cambios a través del tiempo. Por otra parte, Cariño, M., ha incursionado en la ecohistoria para analizar la simbiosis hombre-espacio en las culturas indígenas y la destrucción de dicha simbiosis con el establecimiento definitivo de colonos en la península, como parte de su trabajo *Historia de la relación hombre naturaleza en Baja California Sur* (Cariño, M., 1996).

También los estudios de género han recibido nuevas aportaciones en la historia de las Californias. Aunque existían trabajos sobre mujeres, éstos seguían estereotipos tradicionales que ya han sido superados en investigaciones recientes que complementan las explicaciones sobre el pasado con la perspectiva de las mujeres⁹. Un trabajo pionero sobre las mujeres de las Californias es el de Castañeda A. (1990), *Presidarias y Pobladoras: Spanish-Mexican Women in Frontier Monterey, Alta California. 1770-1821*, donde la autora analiza el papel de las mujeres, tanto indígenas como hispanas, en la formación de la sociedad en la California misional (Castañeda, A., 1990). Castañeda documentó la existencia y participación de las mujeres desde momentos muy tempranos de los procesos de conquista y colonización ahondando en la forma en que género y raza influyeron en la situación de las mujeres. En esta misma línea, Bouvier, V., explica la historia escondida de las mujeres y cómo se han reprimido sus experiencias así como sus formas de resistencia a la dominación (Bouvier, V., 2001). Reyes, B., analiza los espacios sociales de las misiones de frontera y su relación con la creación de relaciones coloniales de género en las Californias (Reyes, B., 2009).

⁹ El principal obstáculo ha sido la escasez de fuentes escritas por mujeres, ya que los actores que escribieron la mayor parte de documentos, fueron viajeros, misioneros, soldados, artesanos, mineros, entre otros, que escribieron desde su visión masculina.



Mujeres en California. Fuente: Ignacio Tirsch, Biblioteca Nacional, Praga



Misión de Santa Rosalía de Mulegé (Baja California Sur). Foto: Lucila León Velazco

En este contexto de nuevas aportaciones a la historia de Baja California, el objetivo de este trabajo es integrar a estos grupos que también tuvieron una participación activa y fundamental en el proceso de la formación social, política y económica de la región durante la etapa en que religiosos de las órdenes franciscana y dominica estuvieron a cargo del proyecto de evangelización de los primeros habitantes de la península¹⁰.

INDÍGENAS, SOLDADOS Y MUJERES ANTE EL CAMBIO MISIONAL

Durante el siglo XVIII, el escenario político europeo y las ideas de la Ilustración favorecieron que la Corona española tomara ciertas medidas en sus colonias cuyos efectos específicos en las Californias fueron cruciales. Entre dichas medidas sobresalen las efectuadas con respecto a la organización política y las defensas de las colonias americanas, así como la orden de expulsión de los religiosos de la Compañía de Jesús¹¹. Se ha discutido mucho sobre las causas de esta expulsión, pero en este trabajo nos abocaremos más hacia sus consecuencias por las implicaciones que tuvieron en la labor de las órdenes que posteriormente llegaron a la región.

Si bien las misiones tenían una función específica en el proceso de colonización como un medio para lograr el control de los indígenas y su conversión al sedentarismo para poder integrarlos al sistema económico español, los jesuitas no dieron cabal cumplimiento a este objetivo, pues por una parte habían conseguido excluir a las autoridades virreinales de cualquier injerencia en los asuntos indígenas y por otra, con algunas excepciones, frenaban el desarrollo de poblaciones españolas al controlar el acceso a la península¹². Con el

¹⁰ Esto se debe principalmente a la tendencia hispanista de la historiografía dominante, como fue la escuela boltoniana y también, en buena medida, a la situación de control político que disfrutó la Compañía de Jesús en California, que marcó de alguna manera las fuentes disponibles al historiador. Esta visión se prolongó al resto de la época misional.

¹¹ Incluso se habló de una península «secuestrada». Para mayor información: Bernabéu, S. (2008); Lynch, J. (2001); Navarro, L. (1998 y 1964).

¹² Manuel de Ocio logró la licencia para la explotación minera y fundar un centro de población en el sur. Para mayores informes sobre este tema consultar, Amao, J. (1997).

propósito de intervenir en forma más directa en los asuntos californianos, la Corona determinó el nombramiento de un gobernador para la región, Gaspar de Portolá, quien llegó a San José del Cabo en noviembre de 1767 con un grupo de soldados de Cataluña. El aumento de la tropa con 25 voluntarios catalanes era parte de los preparativos realizados para prevenir el probable rechazo a la expulsión de los jesuitas y sirvió además para llevar a cabo los planes de expansión hacia el norte. Este grupo de hombres venido directamente de España formaba parte de las nuevas medidas con respecto al ejército; sin embargo, las áridas y agrestes tierras bajacalifornianas representaron un reto difícil para los soldados que llegaban de ambientes distintos y su eficacia fue equiparada con la de los miembros del presidio de Loreto, formados en los territorios del norte novohispano¹³.

Los habitantes de California despidieron a los jesuitas en febrero de 1768. Es difícil saber lo que significó para los indígenas ver partir a los misioneros. En la narración de este episodio que hizo el padre Baegert describió el pesar que manifestaron tanto los españoles como los pobladores autóctonos. Ciertamente con esta medida el balance de poderes cambió y nuevos reglamentos rigieron la vida de todos sus habitantes. Una de las primeras acciones del gobernador Portolá fue la de entregar la administración de las misiones a los soldados que habían trabajado en ellas como mayordomos y que tenían mayor conocimiento de su manejo, mientras esperaban la llegada de los nuevos religiosos que se harían cargo de ellas. Con esto algunos soldados tuvieron una autoridad distinta ante los indígenas, pero también ante miembros de su propio grupo. Además de que la presencia de los soldados españoles implicaba ajustes de autoridad dentro del grupo militar.

El visitador José de Gálvez, encargado de ejecutar las reformas para lograr los proyectos de expansión y consolidación de los territorios del norte, comprendió que se requería una reorganización completa para poder cumplir con los objetivos planteados por la corona. Primero eligió a los seguidores de san Francisco para otorgarles el

¹³ Portolá, G. (1984: 40-41).

cuidado de las misiones de Baja California, tomando en consideración la amplia experiencia que habían adquirido en las diversas misiones que administraban en Nueva España¹⁴. Posteriormente viajó a la península para ejecutar personalmente los proyectos¹⁵. Gálvez dictó instrucciones para reorganizar diferentes aspectos de la administración: gobierno, tenencia de la tierra, real hacienda, relaciones laborales, transporte y comercio. Como parte de estas medidas encomendó también a la orden de los franciscanos la región septentrional, que posteriormente sería denominada Alta California, para que en ella establecieran nuevas misiones.

Fray Junípero Serra, fue nombrado presidente de las misiones californianas y encargado de doce frailes franciscanos que se ocuparon de las antiguas misiones jesuitas¹⁶. Los primeros llegaron el primero de abril de 1768 al puerto de Loreto donde los recibió Portolá. En la misa del domingo de Pascua el gobernador Portolá les leyó una carta del virrey con instrucciones de entregar a los franciscanos del Colegio de San Fernando todas las misiones de la península administradas por los jesuitas, sin embargo, señaló que la administración de las temporalidades permanecería bajo el cuidado de los soldados comisionados. Esto representaba un duro golpe a la autoridad de los franciscanos. El lunes de Pascua, Serra asignó a los religiosos sus respectivas misiones¹⁷.

En cada misión, el soldado que había sido comisionado entregó con un inventario la sacristía y la casa con sus pertenencias, pero seguían administrando los otros bienes. Los misioneros argumentaban que el hecho de que los comisionados manejaran los bienes de

¹⁴ Los franciscanos habían establecido varios colegios de misiones, Santa Cruz de Querétaro, Guadalupe en Zacatecas y San Fernando en México. Bernabéu, S. y Romero, C. (1988: 557).

¹⁵ El visitador llegó con su familia en julio de 1768 y la alojó en unas casas que compró a Manuel de Ocio. Carta de fray Francisco Palou al padre Guardián fray Juan Andrés, Loreto, noviembre 24, 1769. En Palou, F. (1994: 71-72).

¹⁶ Se tomaron siete voluntarios y cinco misioneros de Sierra Gorda (Querétaro), que ya contaban con experiencia en trabajar en la evangelización. Posteriormente, cuando el obispo de Guadalajara les informó que no había padres seculares disponibles en Jalisco, consiguieron además otros dos frailes para suplir a los que no podían proporcionarles. Engelhardt, Z. (1929: 325-326).

¹⁷ Carta de fray Francisco Palou al padre Guardián fray Juan Andrés, Loreto, noviembre 24, 1769, en Palou, F. (1994: 70-71).



Neófitos. Fuente: Ignacio Tirsch, Biblioteca Nacional, Praga

la misión causaba asombro y repercutía en el respeto que debían mostrarles los indígenas, quienes hasta entonces habían visto a los misioneros como proveedores de bienes espirituales y corporales¹⁸. Después de informarse y examinar la situación, el visitador Gálvez mandó a todos los comisionados poner en manos de los misioneros los bienes de las misiones; de esta manera, los franciscanos lograron disfrutar de un control similar al de sus predecesores jesuitas dentro del área de cada misión. Palou expresó que en poco tiempo empezaron a notar y experimentar en los indios mayor obediencia y asistencia a la doctrina, las oraciones y las funciones de la iglesia¹⁹.

El visitador Gálvez recurrió al procedimiento de secularización de las misiones que había establecido la Corona²⁰, para proponer la transformación de algunas de ellas en pueblos, así como de repartir

¹⁸ Engelhardt, Z. (1929: 344).

¹⁹ Carta de fray Francisco Palou al padre Guardián fray Juan Andrés, Loreto, noviembre 24, 1769, en Palou, F. (1994: 74).

²⁰ Cuando se creó el sistema misional se estableció que después de diez años serían secularizadas, Ortega, S.; Río, I. del. (coords.), (1993: 86).

las tierras misionales entre los indios y repoblar el presidio de Loreto con naturales de otras misiones²¹. Por otra parte, las misiones de San Luis Gonzaga y Dolores fueron abandonadas debido a la escasez de población indígena, y con el fin de evitar que el territorio entre San Javier y Todos Santos quedara deshabitado, el inspector dotó al ex soldado Felipe Romero de terrenos en San Luis Gonzaga para establecer un rancho que sirviera de posada para los viajeros. A cambio de la dotación y del privilegio de reducir ganado mostrenco, Romero debía entregar una parte de las reses reducidas a la misión de Todos Santos, así como algunos servicios. Sin embargo, la obligación más significativa era la de «casar a sus hijas con la condición capitulada de que sus maridos se establezcan en aquella estancia de San Luis para que así se forme en ella una nueva población»²². Con el fin de promover el aumento de pobladores en la región, Gálvez concedió varias mercedes de tierras a otros soldados para que les resultara atractivo permanecer como pobladores.

Debido a que los planes de la Corona se dirigían principalmente a la región norteña, pronto se organizó una expedición con el propósito de afianzar la presencia española. El contingente se dirigió por tierra y por mar hacia el norte a finales de 1768. Fray Junípero Serra, quien como presidente de las misiones acompañó la expedición terrestre, realizó a su paso una visita de inspección y fundó la primera misión franciscana de las Californias, con el nombre de San Fernando Rey de España de Velicatá. Asimismo fundó San Diego de Alcalá, primera misión de la Alta California, el mismo año de 1769. Para aprovisionar estas expediciones se acudió a los recursos materiales y humanos disponibles en las misiones y almacenes reales de la península, por lo que quedaron escasos de efectos. Esto se reflejó en el funcionamiento de los establecimientos misionales, así como en la

²¹ Los planes de Gálvez fueron muy amplios, y como lo demostró la práctica, irrealizables, para mayor información sobre este tema consultar a Río, I. del, (1972: 1-13).

²² El visitador José Gálvez promulgó prerrogativas y condiciones indispensables con las que, a nombre del rey, concedía mercedes de solares y suertes de tierra en los nuevos pueblos y distritos de las tres misiones en el departamento del Sur de la California. Loreto, 29 de abril, 1769. Biblioteca Bancroft (en adelante BB), California Archives, vol. 1, fojas. 60-61.

paga de los soldados, marineros, oficiales y sirvientes y contribuyó a empobrecer la región. Tan grave fue la escasez, que ocasionó la huida de varias personas, hombres y mujeres, hacia Sinaloa²³.

Misión	Año de fundación
Nuestra Señora de Loreto	1697
San Francisco Javier	1699
San Juan Bautista de Liguí	1705
Santa Rosalía de Mulegé	1705
San José de Comondú	1708
La Purísima Concepción de Cadegomó	1720
Nuestra Señora del Pilar de la Paz	1720
Nuestra Señora de Guadalupe de Huasinapí	1720
Nuestra Señora de los Dolores	1721
Santiago el Apóstol	1724
San Ignacio de Kadakaamán	1728
San José del Cabo	1730
Santa Rosa de las Palmas	1733
San Luis Gonzaga	1737
Santa Gertrudis La Magna	1751
San Francisco Borja	1762
Santa María de los Ángeles	1766
San Fernando Rey de España de Velicatá	1769
Jesuitas  Franciscanos 	
Fuentes: Magaña (2010), p. 134, Rodríguez R.E., (2006), p. 242.	

Pocas familias de origen hispano habían llegado a California en la época de los jesuitas, por lo tanto son escasas las noticias de mujeres que llegaron con los soldados, artesanos o mineros a esta zona.

²³ Informe del padre fray Juan Ramos de Lora al virrey Bucareli sobre el estado de las misiones de la península de California, Colegio de San Francisco de México, abril 11, 1772. En Palou, F. (1994: 466-467).

Son escasos los documentos que se refieren a sus actividades, entre ellos destaca la descripción de la esposa del capitán Esteban Martínez de Lorenzo, María de Larrea, mujer muy alabada por los misioneros a causa de su excelente trabajo en un pequeño hospital donde atendía a todo tipo de enfermos y por su laboriosidad en enseñar «no solo a coser y bordar a las indias, mas aun a leer»²⁴. Las mujeres desempeñaban un papel tradicional de reproductoras y de propagadoras de tradiciones y valores familiares, y por lo tanto eran consideradas como modelo del comportamiento y de los valores occidentales frente a las mujeres indígenas a las que debían servir de ejemplo (León, L. 1992). Su número era limitado debido al control ejercido por los jesuitas sobre el arribo de población, pero además porque no todos los soldados trasladaban a sus familias a la Península, ya sea por las difíciles condiciones de vida, o porque no tenían planes de establecerse en la región. Como consecuencia de ello, desde los inicios de la presencia de los españoles en California, empezaron las fricciones entre indígenas y españoles por causa de las mujeres. Por una parte la soledad y necesidades sexuales de los soldados y la situación de la mujer indígena como sujeto de conquista por otra, contribuyeron al conflicto. El problema de los asaltos sexuales a las mujeres fue un tema que los frailes y oficiales registraron en sus reportes²⁵. Estas agresiones influyeron en el cambio de actitud de los indígenas hacia los conquistadores. La mujer no pudo continuar circulando libremente como acostumbraba y en ocasiones los hombres se veían precisados a defenderlas. Como resultado, surgieron animosidad y violencia.

Una posible solución, que fueron los matrimonios mixtos, dio origen a nuevos problemas. Con frecuencia las mujeres no se adaptaban con facilidad a su nueva vida, o no entendían lo que se esperaba de ellas. Clavijero menciona el caso de un soldado cuya esposa

²⁴ El padre Piccolo al padre provincial de México, Loreto, 17 de julio de 1721, en Piccolo, F.M. (1962: 218).

²⁵ Son comunes las quejas de los misioneros sobre el trato dado por los soldados a los indígenas. Junípero Serra ofrece una de las descripciones más crudas del comportamiento brutal de los soldados. En Tibesar, A., (ed.), (1955: 260; 304 y 344-372), se encuentran algunos ejemplos.



Indígena y mayordomo. Fuente: Ignacio Tirsch, Biblioteca Nacional, Praga

era una neófita. Durante la festividad de la pitahaya, muy importante para su grupo indígena, la mujer abandonó a su esposo para acudir a ella. El soldado fue a buscarla con el fin de obligarla a regresar con él y fue detenido por los indígenas. La situación se complicó al grado de provocar una rebelión (Clavijero, F.J., 1970: 113). Es evidente que el punto de vista de las mujeres indígenas con respecto a su rol no concordaba con el de los españoles y la libertad sexual a la que estaban acostumbradas, era frecuentemente malinterpretada.

Con la intervención de las nuevas autoridades civiles y militares, así como los nuevos planes y prioridades con respecto a California, la situación cambió de forma considerable. Para 1771, se había aumentado el número de plazas de la Compañía militar a ochenta y dos, de las cuales 51 estaban destacadas en el norte, en lo que se llamaría la Alta o Nueva California, dando así una idea de la importancia que se le daba al avance en esta región. Sin embargo, los misioneros franciscanos tampoco vieron con muy buenos ojos el aumento de población civil. Incluso la presencia de los soldados provocaba constantes conflictos, pues según la versión de los religiosos, eran un pésimo ejemplo para los indígenas que querían convertir a

la religión católica y convencer de las bondades de la forma de vida occidental, pues los militares se comportaban escandalosamente en algunas ocasiones y no cumplían con sus deberes religiosos. Procuraban que los indígenas no tuvieran trato cercano con los soldados de las escoltas. Además, existía en el fondo el temor a la competencia por la mano de obra indígena. Sin embargo se dieron cuenta de la necesidad de trasladar familias criollas o mestizas para que sirvieran de modelo a los indígenas. También vieron la conveniencia de traer mujeres para evitar los abusos sexuales cometidos a las mujeres indígenas. En consecuencia, las autoridades civiles y religiosas fomentaron la entrada de mujeres hispanas principalmente como parte del objetivo de poblar la Alta California.

En 1774, un número considerable de mujeres, que formaban parte de las familias de los soldados y artesanos, llegaron a establecerse a la Alta California. Otros grupos significativos arribaron con nuevos contingentes de pobladores, unas viajaron con las expediciones de Juan Bautista de Anza entre 1775 y 1776; y otras en 1781 con la de Fernando de Rivera y Moncada. Hacia 1800 las autoridades ordenaron la conducción de niños huérfanos procedentes de casas de expósitos de Puebla y México, como parte de los proyectos de colonizar las Californias, entre los que viajaron varias niñas que más tarde se casaron con soldados²⁶. Con este aumento de población, tanto en la Antigua California como en los nuevos territorios que se abrían, el balance entre poderes locales cambió.

LOS CONFLICTOS DE PODER

Los gobernadores que continuaron la tarea de Portolá tuvieron relaciones muy difíciles con los misioneros franciscanos debido a la imprecisión de los ámbitos de autoridad en un periodo en que los

²⁶ Sobre el destino de esos niños se tiene noticia de que hacia 1803 había dos niños y dos niñas en el presidio de San Diego; una de las mujeres estaba casada con un soldado y la otra era ya viuda. En Monterrey había dos niños y cinco muchachas casadas. Cuatro de los niños estaban viviendo en Santa Bárbara. Archivo General de la Nación (en adelante AGN), *Californias*. Vol. 41. Exp. 3. fojas. 64-66.

distintos funcionarios se ajustaban a las nuevas condiciones²⁷. Los conflictos de poder variaban en una gama entre cuestiones de protocolo y del gobierno de las misiones. Igualmente, la insuficiencia de recursos propiciaba la disputa por los escasos bienes, ya que tuvieron que enfrentar la pobreza y el declive de la población de varias misiones. La decadencia de algunos establecimientos del sur y su declinación poblacional se atribuye a varias causas, entre ellas, la desorientación que siguió a la expulsión de los jesuitas, así como a la deficiente administración de los soldados que fueron comisionados para cuidar de las misiones. También se señala que esa decadencia se originó desde la época en que los jesuitas rompieron el equilibrio ecológico guardado por los nativos de la Península²⁸. Asimismo gran parte de la responsabilidad se adjudica a las epidemias que asolaron la población indígena. Lo más grave fue que debido a la escasez de población algunas misiones fueron suprimidas y sus habitantes reubicados en otras, lo que tuvo adversas repercusiones en los grupos indígenas cuya base de sustento era la caza y recolección y por lo tanto el conocimiento de los recursos de su entorno era fundamental para ellos. Muchos de ellos huían de los establecimientos misionales en respuesta a los cambios.

Misiones que cerraron en el siglo XVIII	Año de cierre
San Juan Bautista de Liguí	1721
Nuestra Señora del Pilar de la Paz	1748
Nuestra Señora de los Dolores	1768
San Luis Gonzaga	1768
Santa María de los Ángeles	1769
Nuestra Señora de Guadalupe de Huasinapí	1795
Santiago el Apóstol	1795

²⁷ Sobre el conflicto de los gobernadores Matías de Armona y Felipe Barry con los franciscanos existen abundantes fuentes, concentradas principalmente en las cartas de Palou, F. (1994).

²⁸ Bernabéu, S., estudio introductorio en Mora, V. (1992: 6).

Ante la división de las autoridades civiles y religiosas se crearon grupos que apoyaron a una o a otra. En los documentos que se generaron se reflejan problemas donde los indígenas fueron utilizados por ambas partes para argumentar sus quejas. Por otra parte, las autoridades virreinales, que desde la capital analizaban las distintas versiones sobre el asunto, opinaban que el descontrol que sufrían los indígenas al verse en medio de las luchas de poder locales, era una de las causas principales de la fuga a los montes:

El padre misionero quiere verbigracia, que el indio neófito o catecúmeno esté siempre a sus órdenes, pronto a la doctrina, pronto a la misa, pronto al rezo de las oraciones de la iglesia, pronto a su servicio, pronto al cultivo de la huerta y pronto a cuanto necesita, lo mismo quiere el gobernador en lo respectivo a su mando y el indio en esta confusión de preceptos y mando se huye a los montes, se ausenta, se va de la misión, o se oculta para hacer una vida menos pesada, menos congojosa y más feliz a su modo de entender que la que dan a sus compañeros el padre ministro, el comisario, el justicia real o el gobernador²⁹.

La Corona consideraba que ya era tiempo que los indígenas tuvieran mayor independencia para que pudieran integrarse más activamente como súbditos de su majestad. Una parte importante de las disposiciones de José de Gálvez, se enfocaron hacia este punto, entre ellas la obligación para los pobladores autóctonos de entregar una contribución en maíz al comisario real como «título de reconocimiento de real vasallaje». El padre Palou explicó que los nativos no cumplían con su obligación debido a su rechazo a adaptarse a la disciplina de la vida sedentaria en las misiones³⁰.

Los misioneros franciscanos sentían que su influencia sobre los indígenas no estaba consolidada. Influyó en ello el hecho de que tenían a su cargo las misiones más recientes fundadas por los jesuitas en el desierto central de la península y a que tenían poco tiempo en

²⁹ Expediente sobre el mejor establecimiento de las nuevas misiones de Californias y subsistencia de las antiguas de aquella península, 1772. AGN, *Provincias Internas*, vol. 152, exp. 4, fojas 350-525. En Fondo documental del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Baja California (en adelante IIH-UABC), 6.16.

³⁰ Carta al padre Guardián fray Juan Andrés, Loreto, noviembre 24, 1769. En Palou, F. (1994:75).

la región. Por otra parte, tenían órdenes de trasladar a los neófitos de las misiones más pobladas a aquéllas que se encontraban escasas de habitantes, medida que los indígenas resistieron en forma constante. El padre Palou relata que más de mil indígenas fueron trasladados de las misiones de Todos Santos, San Luis Gonzaga y La Pasión a la misión de Santiago de los Coras «pero que en los tres años que han cumplido desde su translación nunca han hecho pie, pian-do siempre por los cerros de su antigua habitación, de modo que siempre ha sido necesario el tener gente en busca de los huidos»³¹. Es interesante observar que una de las causas que el padre Palou atribuye el fracaso de estas misiones es la imposibilidad de mantener a los indios en ellas «que los indios eran muchos viviendo como fieras en los montes, sin ser posible jamás juntarlos en cabecera»³².

En el avance hacia el norte se enfrentaban otras dificultades. Algunos soldados desertaron por problemas de autoridad y otros desdénaban ciertas faenas que se veían obligados a realizar. El padre Paterna atribuyó a la falta de indígenas como una causa determinante para la deserción de soldados durante el primer momento de avance hacia Alta California: «pues luego que vieron que se determinaba la fundación de las misiones y que no había indios para que molieran, comenzaron a disgustarse, considerando que a ellos habían de molar o hasta de comer el maíz cocido, lo que era contra toda razón y costumbre»³³. Sin embargo la mayoría de los soldados de Loreto ya contaban con una amplia experiencia en la región que se reflejaba en sus armas y vestimenta, adaptadas al medio peninsular. El gobernador Gaspar de Portolá describió las armas que los soldados utilizaban (Portolá, G., 1984: 40-44):

«Los soldados del presidio de Californias, de quienes la justicia, y la equidad nos obligan a decir, que trabajaron infinito en esta expedición,

³¹ Carta al padre Guardián fray Rafael Verger, Loreto, octubre 2, 1771. En Palou, F. (1994: 169-170).

³² Carta al padre Guardián fray Juan Andrés, Loreto, noviembre 24, 1769. En Palou, F. (1974: 74).

³³ Fray Antonio Paterna al gobernador Felipe Barri en Expediente sobre el mejor establecimiento de las misiones de California... Loreto, 1772. En Fondo documental del IIH-UABC, AGN, Provincias Internas, Vol. 152, exp.4, fojas 350-525, 6.16.

usan de dos géneros de armas ofensivas y defensivas: las defensivas son la cuera, y la adarga, la primera hechura es semejante a la de una casaca sin mangas, se compone de seis o siete azes de pieles blancas de venado agamuzadas, impenetrables a las flechas de los indios, como no estén disparadas de muy cerca. La adarga es de dos azes de cuero de toro crudo, se maneja con el brazo izquierdo y desvían con ellas las jaras o flechas, defendiéndose el jinete así y a su caballo; usan además de las dichas una especie de delantal de baquera aprendido a la cabeza de la silla con ayuda a uno y otro lado, que llaman armas o defensas, que les cubre los muslos, y piernas para no lastimarse, corriendo en el monte: sus armas ofensivas son la lanza, que manejan diestramente a caballo, la espada ancha, y una escopeta corta que llaman metida y afianzada en su funda». ³⁴

Es importante señalar que las noticias sobre las mujeres en este momento de transición son muy escasas, ya que la mayor parte de la documentación se enfoca en los conflictos y en avance hacia el norte. Sin embargo, refleja los estados de ánimo de las autoridades y registra algunos de los rumores que coloreaban la vida de la península, así es curioso observar que una de las pocas menciones acerca de las mujeres es para acusar a la esposa de gobernador Barri de influir sobre su esposo en contra de los misioneros. Se encuentran también registros de que algunas mujeres hispanas que viajaron con sus familias a la Alta California, al ser cambiado el destino del jefe de familia, pero no se conoce información sobre su proceso de adaptación a la nueva región.

Por otra parte, las relaciones entre los misioneros y los soldados se vieron también matizadas por los conflictos de autoridad, al grado que el padre Palou se sintió forzado a esgrimir que el «soldado de escolta está puesto para escoltar al padre y hacer que los indios cumplan lo que les manda el padre misionero, y en caso que haiga alguna causa criminal grave, pueda asegurar a el malhechor, para que Vuestra Señoría ejercite su oficio» ³⁵. El problema se centraba en definir quien tenía la facultad para juzgar a los indígenas. Estas cuestiones, como los castigos aplicados a los indios o el uso de la mano de obra indígena, fueron causa de fuerte antagonismo.

³⁴ Portolá, G. (1984: 40-44).

³⁵ Carta al gobernador don Felipe Barri, Loreto, marzo 28, 1773. En Palou, F. (1994: 364).

EL ESCENARIO DOMINICO

En 1770 la Orden de Predicadores, conocida como dominica por su fundador, recibió licencia para trabajar en la península. El 7 de abril de 1772 se firmó el concordato mediante el cual los dominicos quedaron a cargo de la región peninsular y como límite septentrional se fijó el arroyo de San Juan Bautista, hoy San Miguel o la Misión, en donde se fundaría posteriormente la misión de San Miguel Arcángel (Mathes, M., 1977: 31). Fray Francisco Palou, por la orden franciscana, entregó formalmente el territorio de la Baja o Antigua California a fray Vicente Mora, y emprendió el viaje hacia la Alta California en 1773.

Dada la prioridad de consolidar los territorios del norte, se permitió a los franciscanos llevar a su nuevo territorio gran parte de los bienes de las misiones peninsulares que consideraban indispensables para emprender su labor temporal y espiritual en las nuevas fundaciones. Conforme a esto, además de varios artículos de las iglesias y misiones, los franciscanos se apropiaron de gran parte del ganado mayor y menor (Engelhardt, Z., 1929: 384). Algo aún más impor-



Misión San Francisco Borja (Baja California). Foto: Lucila León Velazco

tante que los bienes materiales fue que se llevaron los recursos humanos calificados, es decir, a aquellos indígenas que tenían un oficio y ya estaban familiarizados con la vida misional, además de que los soldados más experimentados fueron enviados a las escoltas del norte para apoyar la empresa.

De esta manera, los dominicos se encontraron en la mayoría de las fundaciones que les habían entregado con un panorama poco alentador: misiones empobrecidas, población indígena enferma o escasa, y cierto apoyo de parte del gobierno español, ya que la península conservaba un valor secundario de eslabón hacia el norte. Por este interés de la Corona se consideró necesario apoyar la fundación de cinco misiones que unieran la Antigua California con la Nueva, así los predicadores, además de hacerse cargo de las misiones ya establecidas, tendrían que realizar nuevas fundaciones en el norte del territorio que les fue adjudicado y que se conoció como la frontera o la comandancia de la frontera³⁶. En 1773 la nómina de los dominicos contaba, además del padre presidente fray Vicente de Mora, con veinticinco frailes en Baja California para doce misiones que se encontraban funcionando en ese tiempo, atendidas por dos misioneros cada una. En el norte, los frailes Manuel Rodríguez y José Diez Bustamante quedaron a cargo de Santa Gertrudis, en San Francisco Borja, Manuel García y José Aivar y la misión de San Fernando, la última misión dominica al norte, estaba bajo el cuidado de los padres Miguel Hidalgo y Pedro Gandiaga (Nieser, A., 1998: 90-91).

Una de las dificultades que tuvieron que enfrentar los dominicos en la península fue el de seguir las instrucciones que Gálvez había dejado. La escasa factibilidad de las medidas que el visitador había ordenado se manifiesta en una carta que Mora escribió al virrey, en la que justificaba no haber fundado los pueblos de indios como les habían indicado, debido principalmente a la falta de bastimentos para mantenerlos. Manifestó que los indígenas de San Javier, «se ven obligados a buscar su comida por los montes», a falta de provisiones en la misión, aunque asistían regularmente a la doctrina y a misa; en los establecimientos del sur explicó, la situación era más difícil

³⁶ Corresponde aproximadamente al territorio del actual estado de Baja California.

por la falta de mano de obra para la siembra u otras actividades necesarias (Mora, V., 1992: 34-35). Además explicaba que las reubicaciones que se hicieron anteriormente resultaron en el contagio de los indígenas y en la fuga de los sobrevivientes³⁷.

LA DIVISIÓN DE LAS CALIFORNIAS Y LAS FUNDACIONES DOMINICAS

Nuevos acontecimientos se derivaron de los planes que la Corona tenía para el norte: en 1777 se hizo la división entre la Baja y la Alta California, la capital se trasladó entonces a Monterrey en Alta California. El gobernador Felipe de Neve se trasladó a la nueva capital y desde ahí gobernó la provincia de las Californias. En el presidio de Loreto Fernando de Rivera y Moncada quedó como máxima autoridad militar a cuya compañía pertenecían los oficiales y soldados que servían en las escoltas de las misiones de toda la península. En este presidio se concentraba la mayor parte de la población hispana, o gente de razón. Soldados, marineros, artesanos y sus familias residían en las cercanías de la misión y el presidio, aunque al menos la mitad de ellos se encontraban fuera la mayor parte del tiempo, ejerciendo sus actividades.

Por otra parte, para cumplir el mandato que señalaba la fundación de misiones en el espacio ubicado entre San Fernando y San Diego³⁸, los dominicos siguieron un procedimiento similar a sus antecesores, pero ahora debían tener la aprobación del gobernador. Debido a que se buscaba que tuvieran utilidad como bases de abastecimiento y comunicación, se requería que los sitios fueran capaces de sostener por lo menos una parte de la población; debían tener una fuente de agua en las cercanías, tierra favorable al cultivo, así como madera y pasto para el ganado (Meigs, P., 1994: 13). Es pro-

³⁷ Correspondencia entre el capitán de gobernador Fernando de Rivera y Moncada y el padre presidente de las misiones de Antigua California, Loreto, mayo 15 a junio 27, 1777. BB, vol. 1.

³⁸ La fundación de estas misiones fue ordenada por la Corona desde la llegada del gobernador Barri y formaba parte de las encomiendas que se le dieron según consta en la Copia de la instrucción reservada que deberá observar el sargento mayor don Felipe Barri en el gobierno, intendencia y comandancia de Californias. En Palou, F. (1994: 156-158).

controlar a la población indígena, tanto en las nuevas misiones como en las antiguas. Como expresa el padre Mora:

Es verdad que no es nueva la huida de los indios a los montes; pero también es cierto que los padres ocurrieron en tiempo al dicho gobernador don Felipe Neve especialmente los de San Fernando Velicatá que haciéndole presente la huida de una ranhería este mandó estrecha orden al alférez don José Velásquez para que no saliese en busca de cimarrones por lo que dicha ranhería permaneció en el monte privados de pasto espiritual y viviendo como se deja entender de sus viciadas costumbres cuyo ejemplo, otros sabiendo la fuga y que por los que se debía no se les aplicaba el correspondiente castigo, tomaron curso para cometer semejante delito, el que había ido cundiendo en las mas misiones antiguas y es el día no se pone remedio a este desorden, temo que en lo venidero se pueda poner aunque se quiera⁴⁰.

El avance territorial de las misiones no significó la asimilación de los indígenas al sistema de vida misional. Si bien algunas de las misiones del Sur ya tenían para el momento de la llegada de los dominicos alrededor de setenta años, los problemas económicos, las consecuencias de las epidemias, los cambios administrativos y el rechazo de los indígenas a la nueva forma de vida, se conjugaban para impedir que esto sucediera. La presencia española se hacía manifiesta a través de sus diferentes instituciones, pero no dominaba completamente la región. Los métodos de evangelización de los dominicos, fueron similares a los de sus antecesores. Primero establecían relaciones cordiales con los pobladores originarios, por medio de dadas, para atraerles a la misión. El padre Mora describe una de las formas que fueron comunes para evangelizar comunidades: pidió a un padre de familia que le permitiera conservar a su hijo, de aproximadamente diez años de edad, para aprender su lengua y costumbres, y a su vez instruirle en la religión católica y en el idioma español. El niño, podría ser más adelante intérprete y también ayudar a la propagación de la fe⁴¹.

⁴⁰ Correspondencia entre el capitán de gobernador Fernando de Rivera y Moncada y el padre presidente de las misiones de Antigua California. BB, *California Archives*, vol. 1, Loreto, mayo 15 a junio 27, 1777.

⁴¹ Solicitud de Vicente de Mora..., en fondo documental del IIH-UABC, AGN, *Californias*, 6.4.



Misión San Vicente Ferrer (Baja California). Foto: Lucila León Velazco

INDÍGENAS SOLDADOS Y MUJERES EN LA ETAPA DOMINICA

Una vez que tenían contacto con la vida misional, los indígenas eran integrados en una organización que fue establecida por los jesuitas y que varió poco con las diferentes órdenes. Acudían a la misión por periodos que variaron entre una semana o quince días; una vez ahí, los hombres y las mujeres eran separados para realizar actividades que se consideraban indicadas para cada sexo. Además, las mujeres eran encerradas en un edificio al que se llamaba cuarto de solteras o monjerío, con el objeto de evitar encuentros sexuales o ataques de los varones; los matrimonios vivían aparte en un edificio asignado para todos ellos⁴². Los frecuentes reportes de soldados que mencionan la persecución y castigo de indígenas que escapaban de la disciplina y del trabajo de las misiones, muestra que no todos se adaptaban fácilmente a esta forma de vida, muy diferente a la que estaban acostumbrados. Estas diferencias no fueron comprendidas por los conquistadores españoles, quienes consideraron la cultura in-

⁴² Lasuen, F. (1965: 209); Vallejo, G. (1890: 186); y Beechy, F.W. (1831: 18-19).



Soldado y Ganado. Fuente: Ignacio Tirsch, Biblioteca Nacional, Praga

dígena inferior a la europea y veían en este rechazo falta de diligencia y de inteligencia.

En Loreto se encontraba la comandancia del presidio que administraba y dirigía las tropas de la Península. El gobernador de las Californias recibía del virrey o del Comandante General de las Provincias Internas las instrucciones que hacía llegar al comandante de la compañía de Loreto⁴³. Durante este periodo podemos observar que la distribución de los soldados en la Península se hacía de acuerdo a tres áreas administrativas: Loreto, las Fronteras y el Sur. El mayor número se destinaba a las misiones de las Fronteras que era la región de mayor actividad. Como miembros de las escoltas de las misiones los militares participaban en las distintas actividades de dichos establecimientos, principalmente si esta era recién fundada. Su labor consistía en ayudar en la instrucción de los indígenas en los trabajos que ellos no conocían, como la construcción de los edificios, o tareas de agricultura y ganadería, entre otras. En algunos casos actuaban como mayordomos o administradores de las misiones.

⁴³ Para mayor información sobre este tema consultar, León, L. (1999: 56-79).

Parte de sus actividades era también transportar la correspondencia, vigilar las costas, perseguir delincuentes, buscar indígenas fugitivos de las misiones y por supuesto la defensa en caso de que se presentaran enfrentamientos con los indígenas⁴⁴.

Las obligaciones de los soldados como escoltas de las misiones hacían que su relación con los indígenas fuera en muchos casos hostil o violenta, por ello, las evidencias de los conflictos entre los soldados y los indígenas son numerosas. En varios reportes se registra la muerte violenta de soldados en manos de indígenas; por otra parte, aunque los atropellos que sufrieron los indígenas son más difíciles de detectar, las recomendaciones para evitar los abusos cometidos por los soldados sugieren la frecuencia del problema y las penas establecidas por cometer abusos con los indígenas lo confirman⁴⁵.

La autoridades tenían cuidado de que el contacto entre los soldados y las indígenas fuera el menor posible; sin embargo, era difícil ejercer un control estricto. Los casos menos conocidos fueron los que involucraron misioneros con mujeres indígenas, como ocurrió con la indígena Bárbara Gandiaga, quien conspiró con otros neófitos para matar al padre de la misión de Santo Tomás, Eudaldo Surroca, en 1803. La versión oficial que aparece en los documentos del juicio sobre el caso refiere que Bárbara, encargada de las llaves de la casa del padre, convenció a dos hombres indígenas para que lo mataran. El juicio y las averiguaciones duraron tres años. De acuerdo a los testimonios oficiales, Bárbara era una mujer casada, de alrededor de 35 años, que para esa época significaba una edad avanzada, y estaba resentida porque el padre daba regalos a otras mujeres que iban a cantar a la misión, mientras que a ella, que le servía de

⁴⁴ Uno de los diarios que ofrecen una descripción más completa de las actividades realizadas por los soldados, es el de José Joaquín de Arrillaga, después del viaje que realizó en 1796 como capitán del presidio de Loreto. Capitán José Joaquín de Arrillaga, *Diario de los acontecimientos verificados por el capitán de Loreto de orden superior en la frontera*, 1796, BB, Fondo documental de IIH-UABC, microfilm núm. 6.

⁴⁵ El gobernador Borica, instrucciones a la tropa, BB, *California Archives*, vol. 23, foja 231.



Indígenas hacia la misión. Fuente: Ignacio Tirsch, Biblioteca Nacional de Praga



Mujeres en una fiesta. Fuente: Ignacio Tirsch, Biblioteca Nacional de Praga

ama de llaves, le había dado de azotes. Bárbara es presentada en forma muy negativa en esos testimonios y fue declarada culpable y condenada a una muerte ejemplar⁴⁶. A diferencia de esta interpretación de los hechos, Clemente Rojo, que visitó la frontera en la segunda mitad de ese mismo siglo y entrevistó a viejos soldados que habían prestado sus servicios en la misión de Santo Tomás, se enteró de una versión muy distinta. Según le informaron, Bárbara era una bella joven de 16 o 17 años de edad, a quien el padre sedujo y encerró en la cocina de la misión⁴⁷. Los soldados contaron que se escuchaban en ocasiones sonidos que hacían pensar que Bárbara luchaba y se defendía de alguien. Después de varios días, una mañana se escucharon gritos y al acudir a averiguar, encontraron los soldados al padre muerto, a Bárbara con un puñal en la mano y dos indígenas junto a ella. Cuando uno de los soldados preguntó quien había asesinado al padre, los tres se declararon culpables.

En algunas ocasiones los misioneros también eran acusados de cometer graves faltas relacionadas con mujeres hispanas. Un ejemplo es Rafael Arviña, padre de Santo Tomás de Aquino. Otros misioneros se quejaban de que «...en lugar de pasar tanto tiempo divirtiéndose con Estefanía, Martina y otras hembras españolas, y en vez de asistir con tanta frecuencia al fandango procure ocuparse en leer un poco más la Constitución Dominica» (Martínez, P.L. (1991: 325-326). De igual manera existe el testimonio del viajero Lient, quien menciona la falta de seriedad en el cumplimiento de sus deberes del padre destinado en Mulegé, quien parecía preferir la compañía de algunas hermosas damas (Hardy, R.W.H., 1831: 269-275).

Aunque las familias de los soldados permanecían en los alrededores del presidio, como ya se mencionó, donde podían tener mejo-

⁴⁶ Proceso contra Lázaro Rosales, Alejandro de la Cruz, Bárbara Gandiaga y Mariano Carrillo, indígenas de la misión de Santo Tomás, Baja California, por haber dado muerte a los misioneros Eduardo Surroca y Miguel López. En fondo documental del IIH-UABC, AGN, *Provincias Internas*, 2.2

⁴⁷ Debido quizás a olvido y confusión por el tiempo transcurrido, los informantes de Clemente Rojo identificaron al padre Lázaro como el protagonista de estos hechos, pero la documentación señala al padre Surroca. En Rojo, M. (2000).

res condiciones de vida, se procuraba que siguieran a los soldados, pues de acuerdo a la opinión del gobernador Pedro Fagés «traen muy malas resultas las dilatadas ausencias que hacen de sus mugeres los yndividuos de esta Compañía, estando éstas en el Presidio»⁴⁸. De acuerdo con la organización patrimonial dominante en la época, las mujeres solteras debían ser celosamente cuidadas. Sin embargo, es muy probable que las circunstancias diferentes de la frontera, dieran lugar a un comportamiento no muy típico para la sociedad española de la época.

El caso de mujeres casadas y viudas era diferente. El ejemplo de Eulalia Callis, la esposa del gobernador Pedro Fagés, manifiesta una actitud poco frecuente al solicitar el divorcio a su cónyuge acusándolo de infidelidad⁴⁹. Ella enfrentó a las autoridades civiles y religiosas y su comportamiento fue muy criticado pues como mujer española y esposa del gobernador tenía mayor responsabilidad de actuar conforme a la conducta esperada.



Pobladores hispanos de California. Fuente: Ignacio Tirsch, Biblioteca Nacional, Praga

⁴⁸ Pedro Fagés a Joaquín Cañete, Santo Domingo, 3 de octubre de 1783, IIH-UABC, Fondo documental procedente de Archivo Histórico de Baja California Sur (en adelante AHBCS), leg.1, doc 91.

⁴⁹ Para mayor información sobre este tema consultar, León, L. (1995).

Algunas fuentes coinciden en señalar que las mujeres del grupo hispano, aunque recibían la educación tradicional de ama de casa, realizaban trabajos «masculinos» y pesados. Esta imagen deja ver por una parte, la adaptación de las mujeres a un ambiente en el que se requería que contribuyeran no solamente con sus labores dentro del hogar y por otra confirma las conclusiones de otros trabajos que han demostrado que las labores de las mujeres rara vez se circunscriben al hogar, como falsamente se ha dado a conocer a través de los estereotipos. Para el periodo dominico ya se habían establecido algunas familias tanto en la Baja como en la Alta California. Algunas llegaban en forma temporal a acompañar al jefe de familia que venía a prestar el servicio militar y otras permanecían con los soldados que decidían establecerse en la región después de su periodo de servicio. Las relaciones entre las familias que vivían en las Californias eran reforzadas por los matrimonios, aunque algunos soldados se casaron con mujeres indígenas, las mujeres hispanas eran preferidas como parejas y jugaban un papel importante. También se tiene noticia de la existencia de mulatos y castas, quienes muchas veces eran registrados como españoles, quizás porque culturalmente eran más hispanos en comparación con los indígenas.

EL FIN DEL PERIODO MISIONAL

A pesar de la fundación de varias misiones durante la década de 1790 en la Frontera, para la siguiente de 1800 empezó la decadencia de los establecimientos en esta región. Fray Domingo Barreda, padre presidente de las misiones expresó al respecto «puede decirse que la mitad de nuestras misiones no son más que una quimera porque ni tienen indios conquistados ni por conquistar y por esta razón ya ni sombra de misión hay en algunas y todo ello sino está perdido se halla muy cerca de ser nada»⁵⁰. Añadía que los indígenas «o se mueren o se huyen o intentan agregarse a pueblos libres que son

⁵⁰ Fray Domingo Barreda, Prior provincial al virrey don Francisco Javier de Lizana y Beaumont, México, agosto 16 de 1809. En fondo documental de IIH-UABC, AGN, *Misiones*, 2.5.

formados por las demás castas». De esta manera, el religioso describió el proceso que se desarrollaba en la península⁵¹.

Los indígenas se opusieron en forma constante al avance del dominio español, y esto contribuyó a dificultar el desarrollo de las instituciones misionales que dependían de ellos para su existencia. Por otra parte, los individuos que se habían ido incorporando como soldados a la Compañía militar del presidio de Loreto, se integraron a un sistema que les permitió adquirir la experiencia para adaptarse a la vida de la península, de tal manera que los que así lo desearon pudieron quedarse como pobladores. Su convivencia con los indígenas les permitió también aprender de ellos la utilización de los recursos locales.

Misiones cerradas en la década de 1810	Año de cierre
San Francisco Javier	1817
San Francisco Borja	1818
San Fernando Rey de España de Velicatá	1818

La guerra de independencia no se reflejó en lucha armada en la Península aunque hubo ciertos despliegues de resistencia por parte de algún misionero, como el dominico Pablo María de Zárate. Por otra parte, como efecto de la lucha que se llevaba a cabo en otras regiones, hubo problemas de comunicación y falta de suministros, así como del pago de salarios a misioneros y soldados. Además, continuaban las epidemias y no había suficientes religiosos para cubrir todas las misiones por lo que poco a poco fueron abandonadas. Esto hizo posible que algunos pobladores, como los descendientes de soldados que habitaban o habían habitado la región, solicitaran concesiones de tierras para ranchos (Meigs, P., 1994: 232). Las mujeres, familiares o descendientes de soldados, aprovecharon las nuevas oportu-

⁵¹ Expresa el padre provincial que si con anterioridad se justificaba la existencia de las misiones de Loreto, Comondú, La Purísima, Mulegé, San Ignacio, Santa Gertrudis y San Borja, por el auxilio que prestaban al presidio de Loreto, ahora es éste quien les envía abastos, lo que refleja el cambio de actividades económicas. En fondo documental de IIH-UABC, AGN, *Misiones*, 2.5.

tunidades que se presentaba en la Baja California, como fue el caso de María Amparo Ruiz de Burton, descendiente de José Manuel Ruiz, comandante de la Frontera. Ella se destacó por su participación en negocios, así como en actividades culturales⁵².

En 1822 se juró la independencia en diversas partes de la Península⁵³. Las Californias formaron parte de la república mexicana en calidad de territorio, por la Constitución de 1824. Para atender los asuntos de las Californias se creó la Junta de Fomento que propuso algunos proyectos que mostraron la falta de conocimiento y comprensión de la situación de la península⁵⁴. La confusión que reinó en los primeros años de la formación del México independiente se reflejó de distintas maneras, una de ellas fueron los diversos cambios en la dirigencia política que dieron lugar a la inestabilidad. Sin embargo, se propició el desarrollo de intereses particulares y de un incipiente comercio en la Península, favorecido esto por la misma decadencia del sistema misional. Las misiones del norte y sus escoltas tuvieron mayores problemas de comunicación y aunque recibieron ayuda de las misiones de Alta California, los oficiales reportaron una terrible pobreza⁵⁵. Por otra parte, mientras se hacía evidente la pérdida de la población indígena en el sur de la Península, las actividades económicas agropecuarias, la minería y el comercio dieron lugar a un repoblamiento de colonos procedentes de Sonora y Sinaloa que se concentraron en esa parte meridional. Trejo Barajas señala que para 1824, alrededor del 40% de la población de Baja California se localizaba en esa región y una década más tarde el 68 % (Trejo, D., 1999: 82).

⁵² María Amparo Ruiz, casada con un militar norteamericano, escribió novelas, formó un grupo de teatro y administró el rancho familiar, así como otros negocios. Crawford, K. (1984: 198-211).

⁵³ Para mayor información consultar: Martínez, J. (1988: 45-54).

⁵⁴ Sin embargo, gracias a las actividades de esta Junta se escribieron informes que nos ayudan a comprender la situación en la península. Trejo, D. (2000: 14).

⁵⁵ José Manuel Ruiz expresa: «he dado orden a la tropa que se encuentra de guarnición en este presidio, se retire de su cuartel a los montes a buscar como puedan su vida». Aquí se sugiere que los soldados buscarían alimentos de los alrededores, quizás auxiliados o guiados por los indígenas. Informe de José Manuel Ruiz, Loreto, 8 de octubre de 1823. En fondo documental de IIH-UABC, AGN, *Gobernación*, 1.37.

Misiones cerradas después de la Independencia.	Año de cierre
La Purísima Concepción de Cadegomó	1822
Santa Gertrudis La Magna	1822
San Pedro Mártir de Verona	1824
San José de Comondú	1827
Santa Rosalía de Mulegé	1828
Nuestra Señora de Loreto	1829
Nuestra Señora del Rosario de Viñadaco	1832
San Vicente Ferrer	1833
San Miguel Arcángel de la Frontera	1834
Santo Domingo de la Frontera	1839
San Ignacio de Kadakaamán	1840
San José del Cabo	1840
Santa Rosa de las Palmas	1840
Santa Catalina Virgen y Mártir	1840
Nuestra Señora de Guadalupe del Norte	1840
Santo Tomás de Aquino	1849

La situación de los indígenas después de la independencia tomó una nueva dirección en ciertos sentidos. Ya desde la Constitución de Cádiz se les dio la categoría de españoles, sin serlo realmente y con la obligación de integrarse a esa cultura (Urías, B., 2000: 14). La intención era que los diferentes grupos étnicos se asimilaran o desaparecieran por medio del mestizaje para integrarse a la nueva nación (Urías, B., 2000: 15). Las autoridades analizaban la situación de los indígenas y trataban de explicar por qué algunos de ellos querían regresar a su antigua forma de vida y buscaban la manera de incorporarlos a la nueva legislación, manifestando la esperanza de cambiarlos⁵⁶. Tanto en los documentos de las autoridades que llegaban del centro del país, como en los informes que enviaban las au-

⁵⁶ Las autoridades manifestaron: «en estos últimos tiempos comenzaron ya a conocer sus derechos y a procurar salir de tan infeliz situación». Informe del Ayuntamiento de Loreto, 6 de diciembre de 1821. En BH, FAC 948, doc. 6,.

toridades locales se reflejaba su visión de los californios, a los que consideraban incivilizados y por ello el propósito era cambiarlos hasta lograr su inserción a la sociedad mestiza, lo que en Baja California lograron en gran parte⁵⁷.

ARCHIVOS

Archivo General de la Nación, México, (AGN)
 Archivo Histórico de Baja California Sur (AHBCS)
 Biblioteca Bancroft, Universidad de Berkeley (BB)
 Biblioteca Huntington, San Marino, Ca., (BH)

BIBLIOGRAFÍA

- AMAO, J. (1997): *Mineros, misioneros y rancheros de la Antigua California*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- BANCROFT, H. H. (1884): *The Works of Hubert Howe Bancroft, vol. XV, History of the North Mexican States and Texas*, vol. 1, 1531-1800, San Francisco, A.L. Bancroft & Company Publishers.
- BEECHY, F.W. (1831): *Narrative of a Voyage to the Pacific and Bearing's Strait in the Years 1825, 26, 27, 28*, vol. II, Philadelphia, Carey & Lea.
- BEILHARZ, E. (1971): *Felipe de Neve, First Governor of California*, San Francisco, California Historical Society.
- BERNABÉU, S.; ROMERO, C. (1988): «El Cambio misional en Baja California (1773): Aspectos socioeconómicos y culturales». En *Los dominicos y el Nuevo Mundo. Actas del II Congreso Internacional*, Madrid, Deimos.
- BERNABÉU, S. (2008): *Expulsados del infierno. El exilio de los misioneros jesuitas de la península californiana (1767-1768)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- BOUVIER, V. (2001): *Women and the Conquest of California, 1542-1840: codes of Silence*, Tucson, The University of Arizona Press.
- CAMPBELL, L. (1974): «The First Californios: Presidial Society in Spanish California. 1769-1822». En *The Spanish Borderlands: A First Reader*, Oakah L. Jones, ed., Los Angeles, Lorrin L. Morrison, págs. 106-118.

⁵⁷ Informe de José María Ruiz, 1825; Miguel Martínez, 1836 en León-Portilla, M. (1992): 32-33.

- (1977): «The Spanish Presidio in Alta California During the Mission Period», *Journal of the West*, vol. XVI, págs. 63-77.
- CARIÑO M., (1996): *Historia de las relaciones hombre naturaleza en Baja California Sur, 1500-1940*, La Paz, Universidad Autónoma de Baja California Sur.
- CASTAÑEDA, A. (1990): *Presidarias y Pobladoras: Spanish Mexican Women in Frontier Monterey, Alta California, 1770-1821*, Stanford University, tesis de doctorado en historia.
- CLAVIJERO, F.J. (1970): *Historia de la Antigua o Baja California*, México, Porrúa, Col. Sepan cuantos n.º 143.
- CRAWFORD, K. (1984): «María Amparo Ruiz Burton: The General's Lady», *Journal of San Diego History*, vol. 30, Summer, págs. 198-211.
- CROSBY, H. (1994): *Antigua California: Mission and Colony on the Peninsular Frontier, 1697-1798*, Albuquerque, University of New Mexico, 1994
- ENGELHARDT, Z. (1929): *Missions and Missionaries in California*, Santa Barbara, Santa Barbara Mission.
- HARDY, R.W.H. (1977): *Travels in the Interior of Mexico. In 1825, 1827, & 28*, Glorita, New Mexico, The Río Grande Press, Inc.
- HERRERA, A. L. (1994): *Los soldados del presidio de Loreto*, tesis para obtener el título de licenciado en historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- JACKSON, R.H., (1981): «Epidemic Disease and Population Decline in the Baja California Missions», *Southern California Quarterly*, Winter, vol. LXIII, IV, págs. 308-346.
- (1982): *Demographic and Social Change in Northwestern New Spain: A comparative Analysis of the Pimeria Alta and Baja California Missions*, tesis de maestría, University of Arizona.
- JACKSON, R.H.; CASTILLO E. (1995): *Indians, Franciscans and Spanish Colonization. The Impact of the Mission System on California Indians*, Albuquerque, University of New Mexico Press.
- LANGELLIER, J.P.; MEYERS PETERSON, K. (1981): «Lancers and Leather Jackets: Presidial Forces in Spanish Alta California, 1769-1821». En *Journal of the West*, vol. XX, n.º. 4, October, págs. 1-11.
- LASUEN, F. (1965): *Writings of Fermin Francisco de Lasuen*. Finbar Kenneally, Ed., vol. II. Washington, D.C., Academy of American Franciscan History.
- LEMOINE, E. (1959a): «Evolución demográfica de la Baja California», *Historia Mexicana*, n.º 34, págs. 249-268.

- (1959b): «Reseña histórico-demográfica de Baja California durante la época colonial», *El México antiguo*, vol. IX, págs. 589-630.
- LEÓN, L. (1995): «Eulalia Callis: el reto de una mujer a la autoridad». En *Memoria 1995*, Seminario de Historia de Baja California, Ensenada, págs.103-113.
- (1999): «La administración político-militar de la frontera de Baja California en la época misional». En *Ensenada. Nuevas aportaciones para su historia*, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California, págs. 55-79.
- (2002): «Proceso de integración social y política en el periodo colonial». En *Baja California. Un presente con historia*, T.I, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California, págs.123-159.
- (2006): «Soldados e indígenas en la provincia de California», ponencia presentada en el 52.º. Congreso Internacional de Americanistas, Sevilla.
- (2007) «Mujeres y soldados en la historia misional de Baja California». En Olmos, M. *Antropología de las fronteras. Alteridad, historia e identidad más allá de la línea*, México, El Colegio de la Frontera Norte, Porrúa, págs. 263-284.
- LEÓN-PORTILLA, M. (1959): *La visión de los vencidos. Relatos indígenas de la conquista*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- LEÓN-PORTILLA, M.; Muriá, J.M. (1992): *Documentos para el estudio de Baja California en el siglo XIX*, 3 T., México, Futura editores.
- LYNCH, J. (2001): *América Latina, entre colonia y nación*, Barcelona, Crítica.
- MAGAÑA, M.A. (1998): *Población y misiones de Baja California: estudio demográfico de la misión de Santo Domingo de la Frontera. 1775-1850*, Tijuana-El Colegio de la Frontera Norte.
- (2010): *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, La Paz, B.C.S., Gobierno del estado de Baja California Sur-Instituto Sudcaliforniano de Cultura-El Colegio de Michoacán-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- MARTÍNEZ, J. (1988): «Jura de la independencia en Baja California». En Mathes, M. (comp.), *Baja California. Textos de su historia*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora - SEP-Programa Cultural de las Fronteras-Gobierno del Estado de Baja California.
- MARTÍNEZ, P. L. (1991): *Historia de Baja California*, México, Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Baja California Sur.
- MATHES, M. (1977): *Las Misiones de Baja California (1683-1849)*, La Paz, Aristos.

- MEIGS, P. (1994): *La Frontera misional dominica en Baja California*, Baja California, Secretaria de Educación Publica-Universidad Autónoma de Baja California, Col. Baja California: Nuestra Historia, vol. 7.
- MORA, V. (1992): «Edificar en desiertos». *El informe de fray Vicente de Mora sobre Baja California en 1777*, México, Embajada de España en México.
- MASON B. (1978): «The Garrisons of San Diego Presidio: 1770-1794». En *The Journal of San Diego History*, vol. XXIV, Num. 4, Fall, págs. 398-424.
- NAVARRO, L. (1964): *Don José de Gálvez y la Comandancia General de las Provincias Internas del Norte de Nueva España*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-americanos.
- (1998): «El Estado colonial en Hispanoamérica». En *La política americana de José de Gálvez*, Málaga, Algaraza.
- NEVE, F. (1994): *Reglamento para el gobierno de la provincia de Californias*, 1781. Madrid, ed. Doce Calles-Ayuntamiento de la Paz.
- NIESER, A. (1998): *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, México, SEP-Universidad Autónoma de Baja California.
- ORTEGA, S.; RÍO, I. del (coords.), (1993): *Tres siglos de historia sonorenses (1530-1831)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- PALOU, F. (1994): *Cartas desde la península de California*, México, Porrúa.
- PICCOLO, F.M. (1962): *Informe del estado de la nueva Cristiandad de California, 1702 y otros documentos*, Madrid, José Porrúa Turanzas.
- PORTOLÁ, G. (1984): *Crónicas del descubrimiento de la Alta California, 1769*, Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona.
- REYES, B. (2009): *Private Women, Public Lives. Gender and the Missions of the Californias*, Austin, University of Texas.
- RÍO, I. del. (1972): «Utopia in Baja California: The Dreams of José de Gálvez». En *The Journal of San Diego History*, vol. XVIII, n.º. 4, págs.1-13.
- (1984): *Conquista y aculturación de la California jesuítica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- RODRÍGUEZ, R. E. (2002): *Cautivos de Dios. Los cazadores recolectores de Baja California durante la Colonia*, México, Centro de Investigación de Estudios Superiores en Antropología Social-Instituto Nacional Indigenista.
- (2006): *Los límites de la identidad. Los grupos indígenas de Baja California ante el cambio cultural*, La Paz, B.C.S., Gobierno del Estado de Baja California Sur-Instituto Sudcaliforniano de Cultura, 2006.
- ROJO, M. C. (2000): *Apuntes históricos de la Frontera de la Baja California, 1848-1892*, Introducción y notas de Carlos Lazcano Sahagún, Ensenada, Museo de Historia de Ensenada-Seminario de historia de Ensenada,

- da, 2000, col. de documentos sobre la historia y geografía del municipio de Ensenada.
- ROMERO, L. (1995): *Política y población en el septentrión novohispano. Del antiguo régimen a la república (1769-1853)*, tesis de maestría, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- SALES, L. (1960): *Noticias de la Provincia de Californias*, 1794, Madrid, José Porrúa Turanzas, Col. Chimalistac, n.º 6.
- SCHUETZ-MILLER, M. (1994): *Building and Builders in Hispanic California, 1769-1850*, Tucson, Southwestern Mission Research Center-Santa Barbara Trust for Historic Preservation, Presidio Research Publication.
- SHERBURNE, C. (1940): *Population Trends Among the California Mission Indians*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press.
- (1943): *The Indian Versus the Spanish Mission* Berkeley and Los Angeles, University of California Press.
- (1976): *The Conflict between the California Indians and White Civilization*, Berkeley, University of California Press.
- TIBESAR, A. (Ed.), (1955): *Writings of Junipero Serra*. Washington, D.C., Academy of American Franciscan History, Vol. I.
- TREJO, D. (1999): *Espacio y Economía en la península de California, 1785-1860*, México, Universidad Autónoma de Baja California Sur.
- TREJO, D. (2000): *Informes económicos y sociales sobre Baja California 1824-1857*, La Paz, B.C.S, Universidad Autónoma de Baja California Sur-Universidad Autónoma de Baja California-Secretaría de Educación Pública.
- URÍAS, B. (2000): *Indígena y criminal. Interpretaciones del derecho y la antropología en México, 1871-192*, México, Universidad Iberoamericana.
- VALLEJO, G. (1890): «Ranch Missions Days in Alta California», *Century Magazine*, vols. 39-40, December.

Reflexiones sobre las misiones jesuíticas en el Noroeste novohispano

Francisco Montes González¹

La llegada de los jesuitas, primero a Perú en 1568 y luego a México en 1572, tuvo lugar cuando las tres órdenes mendicantes —dominicos, agustinos y franciscanos— habían desarrollado una intensa labor misional en diferentes partes de los virreinos americanos. La única alternativa que restaba a la Compañía para llevar a cabo su propia tarea evangelizadora se encontraba en los límites fronterizos, como la Paracuaria al sur o la región chichimeca al norte. Sin embargo, la aceptación de este destino, que podría ser interpretado como un acto de resignación seguido de un cúmulo de adversidades para los futuros misioneros, encubría un trasfondo estratégico: ocupando estos márgenes la Orden lograría un mayor aislamiento de las autoridades civiles para llevar a cabo sus propósitos espirituales y materiales entre los indígenas.

EL TERRITORIO ORIGINAL

El primer objetivo que debemos plantearnos a la hora de enfocar el proceso de conversión llevado a cabo por los jesuitas en la Nueva España es la definición del territorio ocupado por éstos como espacio de frontera. Algunos historiadores han tratado este asunto bajo el título de «El Gran Norte», pues fue hacia los confines septentrionales adonde se dirigió dicha tarea apostólica. Una vez conquistada la capital del imperio azteca y sometidas las localidades del valle de México, los españoles dirigieron las principales campañas poblacionales hacia

¹ Francisco Montes González es investigador postdoctoral en el Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Granada. E-mail: fmontes@ugr.es.

fundación de núcleos urbanos, caso de los reales mineros, y la activación de mecanismos comerciales destinados a la supervivencia y al intercambio de materias primas con otras poblaciones. A finales del siglo XVIII apenas quedaban lugares inexplorados y la administración virreinal había asimilado bajo su jurisdicción las gobernaciones de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya, Nuevo León, Cohauila, Nuevo Santander, Texas, Nuevo México y California.

Diversos condicionantes geográficos y antropológicos han hecho que la historiografía tradicional haya dividido esta inmensa superficie en otras áreas de menor tamaño, siendo objeto de nuestro estudio la demarcación noroeste. Tal y como aparece en las fuentes cartográficas de la época, se correspondía con las regiones del Gran Nayar, Sinaloa, Ostimuri, Sonora, Pimería, Tarahumara y la península de California; aproximadamente una longitud de 1.500 kilómetros desde los actuales estados de Nayarit, Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Baja California, Baja California Sur hasta la franja estadounidense de Texas, Nuevo México, Arizona y California. Esta región no presenta una conformación geográfica uniforme, sino que se distinguen en ella tres zonas delimitadas por cordilleras, altiplanos y cauces fluviales: en el poniente la Sierra Madre Occidental, con cimas oscilantes entre los dos y tres mil metros, pronunciadas barrancas y extensos bosques, la planicie costera en el litoral del golfo de California y la región desértica al norte de Sonora y subtropical al sur y en Sinaloa. A ello se une la península de California, flanqueada por el Océano Pacífico y el Mar de Cortés, y atravesada por la Sierra de la Giganta con una sucesión de oasis y extensas planicies baldías.

Antes de adentrarnos en el sistema misional organizado por la Compañía de Jesús, es necesario realizar algunos apuntes etnográficos acerca de la población del Noroeste novohispano ala llegada de los religiosos. El mosaico de tribus desplegado reunía una serie de aspectos comunes debido al contacto de éstas con las civilizaciones mesoamericanas, aunque también existían ciertas variantes culturales. De hecho, el grupo de los coras y huicholes que habitaban las costas y montañas de las zonas meridionales de Jalisco y Nayarit tenían por cercanía más afinidades con el área central que con sus vecinos nortños. En este espacio de profundos barrancos y quebradas, donde ejercían labores agrícolas en rancherías dispersas, se refugiaron entre los nativos esclavos huidos y criollos prófugos de la jus-



El río Fuerte entre Chihuahua y Sinaloa. Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva

ticia. Este hecho haría que, a pesar de ser la zona más próxima al eje del virreinato, fuera el último reducto en ser pacificado en 1722.

Hacia el norte, entre Sinaloa y Durango, residían los xiximes y acaxeos, que eran tribus seminómadas de carácter belicoso y prácticas antropofágicas. Las continuas rebeliones contra las tropas españolas a principios del siglo XVII, en las que como se verá a continuación fueron martirizados algunos religiosos, mermaron a sus integrantes hasta hacerlos desaparecer. En cuanto a los mecanismos de supervivencia eran similares al grupo anterior y estuvieron condicionados por las regiones montañosas y estériles estepas que habitaban. Orientados hacia el sur, a lo largo de la banda costera delimitada por los valles de Sonora y Sinaloa se localiza una cadena de ríos que sirvieron de atracción para el asentamiento de mayos y yaquis, dedicados a la explotación agraria selectiva en las cuencas fluviales y en menor medida a la pesca. A pesar de compartir algunos rasgos similares en sus comportamientos sociales, las respuestas dadas a la llegada de los colonizadores no coincidieron. Mientras que los mayos intentaron aliarse con ellos en búsqueda de un mayor bienestar, los yaquis se resistieron y pactaron alianzas a cambio de su integración. No sabemos si, como refiere Jiménez, existió en tiempos prehispánicos un patrón de guerra entre ambos que explicara estas diferencias de conducta (Jiménez, A., 2006: 93).

La diversidad del territorio sonorense varía desde frondosos bosques hasta extensas superficies desérticas prolongadas por la costa mexicana. Este hábitat sirvió de refugio para tres grupos aborígenes: pimas, ópatas y pápagos. Partiendo del centro de Sonora, los misioneros dividieron la región del primero de estos grupos en la Pimería Alta, hacia el norte, hasta la frontera de la actual Arizona, y la Pimería Baja, en el sur, dentro del área de Chihuahua. Respecto a los ópatas, se encontraban repartidos en rancherías bajo el gobierno de un jefe tribal, a lo largo de estrechos valles con corrientes fluviales. Aficionados a los conflictos bélicos entre ellos y también frente a los españoles, dominaban la lanza y el arco y utilizaban a sus víctimas como trofeos de guerra. Por último, la Papaguería, dominada por altas cordilleras, en el centro de la Pimería Alta, era el lugar de los pápagos o gentes del desierto. Podían localizarse o bien asentados en una aldea donde disponían de todos los recursos primarios, o bien se movían en el verano hacia sitios más cálidos para recolectar alimentos y volver en el invierno a las zonas montañosas.

Si en las crónicas misionales se repiten algunos grupos por su carácter violento, estos serán los seris y los apaches. Los dos clanes eran bastante independientes, se agrupaban en una estrecha franja de la costa sonorense hasta la región de los tarahumara y no guardaban relación con sus vecinos, entrando en continuos combates con los yaquis al sur y los pimas al noreste. Aunque vivían de la caza, la pesca, el marisqueo y la recolección de plantas, otro método de abastecimiento empleado fue el robo de ganado en las fincas de los colonizadores. Sus actitudes agresivas bloquearon en numerosas ocasiones los procesos de paz emprendidos en las regiones norteñas.

Finalmente, quedaría por comentar el área californiana, formada por la Alta y Baja California. Acerca de esta última, existen algunas características que han planteado la necesidad de una denominación unitaria, como sus similitudes geográficas, estabilidad climatológica, las particularidades de sus primitivos pobladores y la vinculación política con el resto del territorio novohispano. Sus habitantes se fueron desplazando desde el norte hacia el sur en búsqueda de alimento. Dado su carácter seminómada, combinaban las actividades agrícolas y recolectoras con la cacería y la pesca. Entre estos destacaban al norte los grupos de habla yumana, mientras que al sur se distinguían los guaicurás, huchitas y pericúes, que desde sus cue-



Distribución etnográfica en el Noroeste mexicano

vas y rancherías se asociaban en clanes mayores para celebrar algunos acontecimientos.

PRINCIPIOS ORGANIZATIVOS

El punto de partida de las incursiones españolas en el Noroeste novohispano fue una superficie comprendida entre las provincias de Sinaloa y Sonora, desde la que en 1530 Nuño de Guzmán emprendió la primera exploración que le llevaría a fundar la villa de San Miguel de Culiacán, base de futuras operaciones. Entre éstas sobresalieron la de fray Marcos de Niza hacia el sur en 1539 y la de Vázquez Coronado un año más tarde, quien organizó un contingente de medio millar de soldados y nativos con el que logró alcanzar el punto más septentrional del virreinato a orillas del río Colorado, cerca de la futura ciudad de Santa Fe, capital de Nuevo México. Sin embargo, el detonante del avance hispánico se remonta a 1563, cuando el gobernador de Nueva Vizcaya, Francisco de Ibarra, encabezó una serie de expediciones hacia las fronteras septentrionales de la

Nueva España con las que estableció la primera red de poblaciones en las regiones descubiertas. La futura expansión territorial quedó condicionada por diferentes factores, como el hallazgo de nuevos yacimientos mineros en la zona de Zacatecas, la búsqueda de una hipotética ruta terrestre hacia Asia y la existencia de tribus indígenas dispuestas a ser evangelizadas y utilizadas como mano de obra. Este último fue el argumento principal que conllevó al asentamiento de los primeros colonizadores quienes, cegados por la ambición del oro y la plata, se instalaron en las ciudades existentes, entorno a presidios o bajo el sistema de encomiendas agropecuarias. Asimismo, las órdenes mendicantes, principalmente los franciscanos, que a mediados del siglo XVI ya se habían dispersado por todo el valle de México, acudieron al norte para afrontar el nuevo reto apostólico y actuar como agentes de la Corona e intermediarios entre los civiles y los nativos. Para ello crearon un sistema de doctrinas dependientes de un convento con una estructura organizativa más compleja y una red de caminos que permitía el traslado de misioneros y provisiones.

Los inicios de las primeras campañas de conquista territorial y espiritual fueron complicados, no solo por la falta de apoyo económico gubernamental, sino por condicionantes geográficos, tales como las particularidades del terreno o las largas distancias entre las posiciones habitadas. Además, habría que sumar la resistencia de los nativos, repartidos en multitud de bandos y dispuestos a defender con bravura sus propiedades. Este fue el caso de los zuaques, que frenaron el avance de Ibarra, después de partir de Durango y atravesar la Sierra Madre para proceder a la ocupación de aquellos valles. A medida que los obstáculos fueron superados se dio paso a un período en el que se conjugaron una serie de campañas militares y evangelizadoras que desde finales del siglo XVI lograron incorporar al virreinato la frontera septentrional repartida en nuevas jurisdicciones.

Las limitaciones que por medio de los conflictos bélicos impidieron a los españoles hacerse desde un primer momento con este territorio, obligaron a ceder la responsabilidad en manos de los misioneros. Mediante la conquista espiritual, sería más fácil iniciar el proceso de aculturación e incorporar a los nativos a un orden político, para después emplearlos como trabajadores al servicio de la Corona en favor de un mayor aprovechamiento del territorio. De ahí que la misión no solo se convirtió en un medio para la instrucción

en la fe católica sino que permitió establecer un nuevo modo de vida entre los nativos basado en la disciplina y el orden cotidiano. Además de los ejercicios reservados a la instrucción en la fe, también se impondrían una serie de actividades agropecuarias para el autoabastecimiento de los miembros congregados en torno al centro misional. En caso de excedentes, estos servían de auxilio para nuevas fundaciones o de moneda de cambio en las relaciones comerciales con otros focos periféricos, lo que originó en numerosos casos cierta rentabilidad económica. Algunos investigadores han acordado calificar a la misión como «una de las instituciones básicas de la acción colonizadora de la época virreinal», discutida en términos morales de éxito o fracaso según las consecuencias producidas en las tribus autóctonas.

El 28 de septiembre de 1572 llegaron al virreinato de Nueva España los primeros miembros de la Compañía de Jesús enviados por el Padre General Francisco de Borja. El principal objetivo de la nueva orden era la apertura de instituciones de enseñanza para la educación de la élite criolla, sin descartar la posibilidad de participar en los procesos de conversión de los gentiles repartidos por las zonas inexploradas. Este momento coincidiría con una pérdida de poder de las órdenes mendicantes, que en palabras de Ricard conllevó «el fin de la conquista espiritual, encargadas durante medio siglo de la evangelización de los naturales, y, por tanto, con una decadencia de la vida cultural indígena, cuya recuperación, tras el desastre de la conquista, había sido favorecida especialmente por la orden franciscana» (Ricard, 1986: 34-35). Animados por esta coyuntura, los jesuitas se plantearon la idea de tomar el relevo en este proceso e iniciar ellos su propia «cruzada» hacia el norte.

A pesar de las reticencias procedentes de Roma para evitar que emprendieran sus campañas apostólicas, la primera vez que los jesuitas desempeñaron esta labor fue a instancias del gobernador de la Nueva Vizcaya Rodrigo del Río y Lossa, quien hacia 1590 contactó con la ciudad de México para que un grupo de ellos se dirigiera hacia las tierras de Sinaloa, Sonora y la Tarahumara. Aunque originalmente los religiosos llegaron a Nueva España para establecer centros educativos donde formar intelectual y espiritualmente a las élites, supieron aceptar este encargo aferrándose a los ideales fundacionales de lucha contra la herejía y predicación universal de la fe católica. Además, la idea de expandirse por tierras inhóspitas repletas de in-



Allegoría de la Compañía de Jesús. Iglesia de San Pedro. Lima. S. XVII

dios salvajes reforzó el espíritu aventurero de los jóvenes padres, quienes se sentían continuadores de la tarea del primero de los apóstoles jesuitas, San Francisco Javier, y de sus compañeros destinados al Lejano Oriente, al mismo tiempo que anhelaban la gloria heroica de los mártires de la Orden.

Una vez desembarcados en suelo novohispano, la etapa inicial comenzaba con la preparación en la Casa Profesa de México de aquellos religiosos propuestos para pasar a las regiones norteñas. Desde allí eran enviados por el Padre Provincial a los colegios de Guadalajara, Durango y Pátzcuaro, este último fundado en 1573 por Juan Curiel con alumnos purépechas. Uno de los aspectos más im-



Iglesia de la Compañía. Pátzcuaro (Michoacán). Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva

portantes de este período era el aprendizaje y dominio de las lenguas nativas a través de los manuales impresos desde la primera toma de contacto con los nativos.

Al comenzar sus labores en una región poblada por una o varias etnias, los misioneros se establecían en una residencia cercana a ésta, la cual les servía de base para sucesivas expediciones. El superior de esta comunidad, que normalmente estaba asociada a un colegio, era el rector de estos noveles misioneros y el visitador de los asentamientos del entorno. La organización se iniciaba con el primer encuentro entre los religiosos y los nativos de un área determi-

nada, oportunidad en la que se analizaban las actitudes y movimientos para establecer un lugar de referencia, al que por un lado acudirían ante cualquier necesidad y por el otro serviría a los jesuitas para poner en marcha su función apostólica. Este recinto podía coincidir con una aldea preexistente, una encrucijada de caminos o una reserva natural enclavada en un sitio estratégico, aunque siempre perseguía un mismo objetivo: la reunión del mayor número posible de aborígenes para engrosar una cabecera misional. Mientras se llevaba a cabo este proceso, cuya duración podía prolongarse en función a las adversidades climáticas o resistencias tribales, los religiosos se dedicaban a aprender la lengua nativa para redactar diccionarios y catecismos. Para ello sería fundamental la ayuda de un pequeño grupo de naturales que les proporcionaban alimentos y les ayudaban a construir un refugio donde albergarse. Aunque la vida de los misioneros era relativamente solitaria, la correspondencia documentada indica que no estaban del todo incomunicados ni abandonados, sino que existía una preocupación mutua entre ellos, tanto en lo espiritual como en lo material. En estas misivas se abordan asuntos de abastecimiento e intercambio de productos, se mencionan preocupaciones por cuestiones de salud, discusiones académicas y noticias personales «Quanto fuere posible en estas misiones estaran los nuestros de dos en dos acompañados y con subordinación del uno al otro, ayudándose con fraterna caridad y amor en Christo en el empleo tan santo de la ayuda destas almas, según lo dispusiere el que tiene la superintendencia y cuidado del partido. Y en caso que faltando copia de ministros, no pudieren estar acompañados, por lo menos los dos que tuvieren sus partidos vezinos y mas cercanos, se concertarán para verse a tiempos, consolarse y reconciliarse y comunicar las cosas de sus almas en esta santa soledad» (Mathes, M., 2003: 78).

Consolidada la cabecera misional, se procedía a la construcción de un templo provisional con ladrillos de adobe y ramas, junto a una serie de cabañas para alojar a los primeros conversos. Era muy importante que existiera una pequeña parcela productiva donde desarrollar las primeras plantaciones e introducir algunas especies de ganado. La necesidad de agua para sobrevivir y poner en funcionamiento un sistema agropecuario obligó a que las localizaciones fuesen cercanas a ríos o acuíferos, para así trazar un sistema de riego a través de presas y canalizaciones. Desde las cabeceras, los misioneros

se desplazaban a través de las zonas aledañas para establecer las visitas, a las que acudían con cierta periodicidad para celebrar la liturgia y administrar los sacramentos a la comunidad reunida. Con el objetivo de controlar la administración de la cabecera y sus correspondientes visitas se creó el «partido», del que se obtenía un padrón exhaustivo de sus habitantes y se identificaba tanto la etapa de aprendizaje de cada uno de ellos como a los que aún se encontraban dispersos. Finalmente, varios partidos configuraban una unidad mayor llamada rectorado, bajo el mando de un rector, al que debían obediencia los misioneros bajo su jurisdicción. Del mismo modo, dos o tres rectorados estaban controlados por un visitador regional que anualmente recorría todos los partidos y supervisaba una serie de libros en los que el misionero titular anotaba los datos económicos, el inventario de bienes muebles y las partidas de bautismo, matrimonios y defunciones. La máxima figura era el visitador general que transitaba todo el noroeste supervisando el correcto funcionamiento del organigrama.

El desarrollo de las empresas jesuitas solo fue posible gracias a un sólido sistema económico basado en la producción propia, la mano de obra indígena, el patrocinio de la monarquía y las ayudas particulares. De estas fuentes de financiación la más estable fue la procedente de la Corona, pues consistía en una asignación anual a cada misionero con la cual debían procurar su manutención y paliar los gastos de la misión y la asistencia a los nativos. De vez en cuando, se remitía un listado con todas las necesidades que, con el visto bueno del visitador, llegaba a la ciudad de México para que el procurador de la Orden atendiese en cuanto fuese posible la ayuda solicitada ante las autoridades virreinales. En cierta medida, funcionó el sistema de mecenazgo particular, sobre todo en la Baja California, a través de una cantidad puesta a crédito o la donación de una finca con cuyos beneficios se podía mantener la misión. También existía la posibilidad de ampliación del recinto misional mediante la incorporación de parcelas entregadas por los indios o compradas por la comunidad.

En relación con este apartado habría que tratar el fenómeno de los «socorros» a la Baja California. Partiendo de la base de que las misiones establecieron un sistema de interdependencia, sobre todo para posibilitar la fundación de un nuevo recinto con el respaldo

económico de otro ya existente, el auxilio ante las adversidades fue constante. Con este principio, el padre Eusebio Kino vio en las misiones sonorenses la base de aprovisionamiento para la campaña evangelizadora iniciada por él mismo en la Baja California a través de la fundación de Nuestra Señora de Loreto en 1697. Para ello propondría esperanzado la creación de una red de haciendas por todo el noroeste cuyo excedente iría destinado exclusivamente a este fin. Una vez organizada la expansión en el área californiana fue posible un sistema de autoabastecimiento, aunque siempre existió una cierta dependencia de la región sonorense, sobre todo a través del suministro de determinados alimentos y de cabezas de ganado enviados en una embarcación desde el puerto del río Yaqui. Otra fuente de abastecimiento provenía del puerto de Acapulco, a través del cual llegaban soldados y piezas del ajuar litúrgico, entre otros. Como apunta López, «la idea era que en tanto los indígenas eran adiestrados en las tareas agrícolas, y mientras se lograba que las misiones californianas empezaran a producir sus propios alimentos, las misiones jesuitas de la Pimería y las de la Península “se darían la mano unas a otras”, siendo tan oportunos estos socorros que a ellos debe atribuirse la prosecución y el crecimiento de la obra civilizadora de los jesuitas en California» (López, D.E., 1967: 186). De hecho, cualquier contratiempo en este sistema ponía en peligro la sostenibilidad del territorio y la viabilidad de la estructura administrativa.

Un último aspecto económico que aún debe ser analizado es la relación de las misiones con los pueblos de colonos que con el paso del tiempo se iban asentando alrededor de éstas. Si por un lado las críticas de los religiosos iban destinadas al aumento demográfico que ponía en peligro la escasez de los recursos y a la explotación de los nativos, por el otro fueron conscientes de la necesidad de estos a la hora de establecer unas relaciones comerciales beneficiosas. El impulso dado a las actividades agropecuarias les hicieron partícipes del sistema mercantil, que condicionó la evolución de los mecanismos de producción en que se encontraban inmersos.

En cuanto a las características arquitectónicas de las edificaciones jesuitas, hay que partir del precedente evangelizador franciscano, consistente en una serie de recintos conformados por dos áreas: la iglesia junto al claustro con las dependencias monásticas y un segundo patio de mayor tamaño donde se llevaban a cabo las activi-



Misión de San Ignacio (Chihuahua) e interior de la Iglesia de Cusárare (Chihuahua).

Fotos: Miguel Ángel Sorroche Cuerva



Interior de la Iglesia de Santa Rosalía Mulegé. 1766 (Baja California Sur).

Foto: Francisco Montes González

dades con los indígenas. Este plano, con dos zonas abiertas rodeadas de elementos defensivos, se extendió en las misiones de Nuevo México y Texas a lo largo del siglo XVII. Aunque desde un punto de vista pragmático el esquema fue repetido en algunas ocasiones, los jesuitas, al contrario que estos, diseñaron un conjunto de estructuras más funcionales, teniendo en cuenta que ellos no cumplían con las normas monásticas. Generalmente, colocaban sus estancias en torno a una plaza central, presidida por la capilla y la residencia del misionero. En torno a ésta se distribuían de forma irregular las viviendas de los nativos, los corrales para los animales y el resto de dependencias necesarias para llevar a cabo el trabajo. Además existían otros cuartos para el adoctrinamiento donde se impartía el catecismo y se explicaban las Sagradas Escrituras. Este conjunto ha sido denominado por algunos investigadores como «aldea misional», ya que en numerosas ocasiones este núcleo se localizaba junto a un asentamiento existente. Si se trataba de una nueva ubicación, se hacía todo lo posible para dotar a este recinto de las condiciones necesarias que permitieran el asentamiento de los nómadas, de forma tem-

poral una parte del año o permanente, y así poder iniciar con ellos la tarea misional.

Una vez establecido el núcleo urbano el primer paso era la construcción de la capilla que ejercía de referente simbólico entre el carserío y en la que se celebraban los actos litúrgicos. Por lo general, al comienzo solían ser edificios simples, de carácter efímero, con una nave prolongada que permitía la congregación de un gran número de nativos. Más tarde, el templo provisional se destruía para dar paso a uno de mayor proporción, trazado acorde a un esquema constructivo y basado en una labor de cantería. Sus alzados solían ser sencillos, normalmente con planta de cajón cubierta con armadura, aunque existieron casos de mayor complejidad con diseños de cruz latina y cúpula en el transepto o proyectos excepcionales como el de Bacadehuachi (Sonora), con una fachada-biombo y una réplica de la capilla de Loreto añadida a la cabecera. Respecto a las portadas, también eran sencillas y presentaban hornacinas para esculturas y motivos ornamentales de temática geométrica o vegetal tratados con cierto sincretismo estético. Para realizar estas construcciones fueron imprescindibles tanto el apoyo económico exterior como los beneficios generados por la propia misión. Asimismo, implicaron un gran esfuerzo para acarrear los materiales desde zonas alejadas y de difícil acceso, sobre todo la piedra localizada en el cauce de los ríos, e iniciar a los nativos en aspectos formativos sobre la talla y colocación de los sillares en la obra. A la labor de enseñanza desempeñada por los misioneros y algunos de los soldados que escoltaban a estos, hay que sumar el dominio de otras técnicas y recursos autóctonos, como es el caso de los troncos de palmera y la mezcla de barro con ramas para algunas cubiertas.

La labor evangélica de los religiosos comenzaba desde el preciso momento en que los indígenas se unían a la comunidad, profesaban el cristianismo y aceptaban las condiciones de vida impuestas. Las actividades cotidianas estaban regladas por el toque de la campana, que marcaba las horas de trabajo y encuentro espiritual. Entre las tareas realizadas se encontraban algunas relacionadas con el arado de las tierras, el cuidado de los animales, la recolección de frutos, y otras con labores artesanales, como la carpintería, la confección o la metalistería. En algunas ocasiones, éstas contribuyeron a la ornamentación de las capillas y a la realización de sus programas decorativos,

siendo solicitados la mayor parte de estos conjuntos por los misioneros a la capital virreinal. Aunque exista constancia documental a través de los inventarios de bienes de las misiones sobre la presencia de suntuosos ajuares textiles y de piezas de orfebrería utilizados para la dignificación del culto, así como de lienzos y escultura repartidos por los muros de los templos, diferentes avatares políticos y económicos han hecho que en la actualidad solo se conserve una mínima parte de ellos. En el caso de la Baja California, de las ocho iglesias que tuvieron retablos únicamente existen dos que presentan las estructuras originales, San Francisco Javier Viggé Biaundo y San Ignacio Kadakaamáng. Incluso del primero de ellos se conocen los datos sobre su traslado desarmado en cajones desde la ciudad de México hacia 1750. En otras misiones, los vestigios existentes permiten recrear el estado original del recinto y aportan datos sobre las características de estos objetos, como sucede en la misión de Loreto o de San José de Comondú. Un detalle significativo es el repertorio iconográfico de las imágenes estrechamente ligado a la Compañía de Jesús, en tanto que la introducción de diferentes advocaciones marianas como emblema protector ante las hazañas emprendidas durante la primera mitad del siglo XVIII estuvo vinculada a misioneros particulares: la Virgen de Loreto con los padres Eusebio Kino y Juan María Salvatierra, la Virgen de la Luz, con el padre Ignacio Napoli, ambas en la Baja California, y la Virgen del Refugio con el padre José María Genovese en Zacatecas y Chihuahua. Además se encargaron de difundir en remotos lugares diversos cultos foráneos, caso de la Virgen del Pópulo entre los seris, o de afianzar el arraigo hacia otros ya extendidos por el resto del virreinato, como el de la Virgen de Guadalupe, en cuya declaración de patrocinio sobre la Nueva España estuvieron implicados los jesuitas. Del mismo modo, los santos de la orden, sobre todo San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, ocuparon un lugar destacado en las manifestaciones artísticas, como ejemplos de imitación y estímulo en el momento de afrontar las dificultades. Las estancias se decoraron con programas hagiográficos e incluso hubo retablos completos dedicados a sus obras, como el localizado en la iglesia de la Asunción de Arizpe (Sonora) en honor al fundador de la Orden. También aparecían en las relaciones cuadros de San Pablo, primer apóstol de los gentiles, de San Juan Nepomuceno, mártir checo por la causa de la inmunidad



Retablo de San Francisco Javier Viggé Biaundó. ca. 1750 (Baja California Sur).

Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva



*Virgen de Loreto. S. XVII. Iglesia de San José de Comondú (Baja California Sur).
Foto: Miguel Ángel Sorroche Cuerva*

del clero, o del Arcángel San Miguel, príncipe de las milicias celestiales y guardián de los creyentes. En estos casos, las figuras giraban en torno a las necesidades de los religiosos, mientras que las series sobre la vida de la Virgen y la Pasión de Cristo dispuestas alrededor de las capillas o en retablos de carácter didáctico sirvieron para adoc-trinar a los conversos. La exaltación de la maternidad contenida en el primer asunto y la conmoción por el sacrificio y calvario del segundo constituyeron dos elementos fundamentales para la comprensión de los valores cristianos por parte de los gentiles. Si las artes visuales apoyaron el proceso de catequización, no fue menos el papel desempeñado por la música y las danzas promovidas por los religiosos en las fiestas litúrgicas y en los autos sacramentales. A través de estas celebraciones y la consiguiente dramatización del mensaje divino conseguían centrar la atención de los asistentes y hacerles partícipes de los acontecimientos como miembros de la Iglesia universal.

NOTAS HISTÓRICAS

El inicio de la expansión misionera jesuítica por el Noroeste novohispano tuvo como protagonista al padre Gonzalo de Tapia, quien se empleó en el estudio de la lengua otomí a través de sus primeros contactos con los indios purépechas de las regiones de Querétaro, Guanajuato y Pátzcuaro. A partir de entonces, se adentró poco a poco en la frontera norteña para entablar relaciones con los chichimecas situados más allá de San Luis de Potosí. Gracias al patrocinio del virrey Luis de Velasco fundó en 1589 la misión de San Luis de la Paz en Guanajuato. Sin embargo, fue el apoyo del gobernador Rodrigo del Río y Lossa lo que permitió que pasara desde Zacatecas hasta San Felipe y Santiago de Sinaloa junto al criollo Martín Pérez, nacido en uno de los reales mineros, y algunas familias de peninsulares. Llegados a este punto se sumaron más jesuitas que en pareja comenzaron a explorar desde la ciudad de Guadiana los sucesivos valles y ríos, como el Fuerte, el Mayo y el Yaqui. Hacia 1590 sobresalieron los padres Jerónimo Hernández, que consiguió acercarse a los indios de Parras, en la actual Cohauila, y Hernando de Santarén, que avanzó hacia la sierra de Topia para tratar con los acaxeos. Los éxitos de las primeras campañas jesuitas pronto se vie-

ron mermados por la muerte del padre Tapia en 1594 durante una rebelión indígena que fue sofocada por el capitán zacatecano Diego Martínez de Hurdaide, principal protector de los misioneros y aliado en las campañas evangelizadoras de Sinaloa.

A pesar de este contratiempo, los jesuitas continuaron con sus empresas y en 1596 Jerónimo Hernández continuó el avance hacia los tepehuanes del norte, mientras que Juan Agustín de Espinosa con un contingente de tlaxcaltecas convertidos reforzaba la posición de Parras. En 1605 se produjo el primer paso importante con la pacificación de Durango, Sonora, Chihuahua y las tribus reunidas en torno al río Petatlán por el padre Hernando Villafañe, y más tarde con las del río Fuerte, denominado así por la construcción hecha por Hurdaide a instancias del virrey Marqués de Montesclaros. Gracias a la intervención del capitán contra los sublevados allí establecidos, los jesuitas pudieron asentarse y traer la prosperidad económica a aquel territorio.

Realizadas las primeras progresiones, los jesuitas comenzaron su penetración en la sierra Madre Occidental. Desde 1607, el catalán Juan Fonte se dirigió a la Tarahumara Baja, aunque las limitaciones geográficas del terreno frenaron su avance. A este impedimento se sumó la resistencia de los yakis en los confines sonorenses, a los que no logró vencer el capitán Hurdaide, teniendo que cerrar una serie de tratados para poder establecerse en la región en 1610. Comenzaba así un nuevo período de estabilidad gracias a la labor de los padres Méndez, Pérez Rivas y Velasco, que incluso lograron abarcar el área septentrional de los mayos. Mientras que en este sitio el proceso de aculturación transcurría con calma, en la zona de Durango, los tepehuanes lanzaron una contienda contra los misioneros en el pueblo de Zape en 1616, donde fueron asesinados ocho jesuitas, entre ellos los padres Fonte y Santarén, y dos franciscanos junto a algunos colonos. Si en Sonora se podían contabilizar por miles los bautizados entre pimas y yaquis hacia 1620, en el otro extremo de la Sierra Madre y a pesar de los riesgos de torturas masivas, el portugués Gabriel Díaz, procedente del colegio de Pátzcuaro, conseguía fundar la primera misión permanente en San Miguel de Bocas, a la que se sumarían otras tres en Chínipas una década más tarde.

A mediados del siglo XVII, los jesuitas habían conseguido expandirse por toda la Tarahumara y se adelantaban con acercamientos



Miguel Cabrera. Retrato de Hernando de Santarén. ca. 1749

hacia los pimas y ópatas, pudiendo contabilizarse en aquel momento casi una treintena de misiones y miles de bautizados. Junto a ellos, los franciscanos continuaban su evangelización por la banda oriental hasta desplegarse en Nuevo México. En esta distribución aún quedaba una franja por ocupar en la Tarahumara alta, extendida entre los nacimientos de los ríos Yaqui, Mayo, Fuerte y Conchos. Fueron los padres José Tardá y Juan de Guadalajara quienes en 1673 comenzaron la ardua tarea misional en estos parajes, completada en la vertiente sur de la Pimería Alta con la entrada del padre Eusebio Kino en 1687 y el establecimiento de la misión de Santa María del Pópulo entre los seris. El empeño y coraje de estos religiosos fue fundamen-

tal en la pacificación de este territorio a fines del siglo XVII, pues tuvieron que hacer frente a las rebeliones de los nativos, como la de los pimas en 1695, y a sus trágicas consecuencias.

La relación de Kino con los padres Juan María Salvatierra y Juan de Ugarte sirvió de punto de partida para lanzar la definitiva conquista espiritual en la Baja California. Desde la llegada de Cortés a aquellas costas y la posterior fundación de la ciudad de Santa María de la Paz por Sebastián Vizcaíno en 1596, los españoles desistieron, tras numerosas ocasiones frustradas, en su intento por ocupar aquella región y la Corona dio licencia a los jesuitas para acudir a ella. Aunque el padre Kino fundó la misión de Loreto en 1697, a la que se unió un presidio para el destacamento militar, sería durante las primeras décadas del siglo XVIII cuando se produjera la expansión de los religiosos a lo largo del litoral y en los valles interiores, aprovechando la existencia de fértiles oasis que sirvieron de base económica para la puesta en marcha de las misiones. Esto fue posible gracias a la creación del Fondo Piadoso de las Californias, una iniciativa privada para su financiamiento que hacía prescindible el vínculo económico con la Corona. El último reducto en ser pacificado fue el Gran Nayar, donde en 1716 el padre Miguel Solchaga emprendió una auténtica cruzada contra los rebeldes dispersados por todo el territorio. Apenas unas décadas antes de su marcha, este fue el último logro apostólico de los jesuitas en suelo mexicano.

La etapa final de la Compañía en el Noroeste estuvo marcada por la muerte de Kino y la llegada de un contingente de religiosos centroeuropeos con una sólida formación intelectual. Los dos problemas principales a los que tuvieron que hacer frente fueron los constantes levantamientos de los indios, como el de los pericúes en la Baja California en 1734, y las injerencias de los colonos, acomodados en los terrenos ganados por los jesuitas y obsesionados por la explotación de la mano de obra indígena. A ello se sumarían la falta de recursos económicos, sobre todo los procedentes de fondos públicos, destinados a sufragar los gastos de la Guerra de Sucesión, y las intenciones de secularización impulsadas por las autoridades eclesiásticas.

Aunque el dato ofrecido por Decorme acerca de dos millones de nativos convertidos resulte inverosímil, una cifra sobre el número total de evangelizados podría acercarse a las cien mil almas entre California y el resto de áreas del Noroeste novohispano. Con el de-

creto de expulsión firmado por Carlos III en 1767 partieron unos cien jesuitas dejando atrás más de un centenar de misiones que abandonadas a su suerte en manos de dominicos y franciscanos entraron en una larga decadencia. A partir de este momento, el abuso de los colonos hacia los nativos empleados en las nuevas haciendas, las epidemias, el mestizaje, la falta de religiosos, las rebeliones y la crisis económica por el descenso en la producción definieron un nuevo escenario en el territorio que de forma transitoria y experimental acogió el proyecto utópico de convivencia trazado por los hijos de San Ignacio.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR MARCO, J. L. et al. (1991): *Misiones en la península de Baja California*, México, INAH.
- ARNAL SIMÓN, L. (coord.), (1999): *Arquitectura y urbanismo en el septentrión novohispano*, México, UNAM.
- BARGELLINI, Clara (1992): *La arquitectura de la plata. Iglesias monumentales del centro-norte de México, 1640-1750*, Madrid, Turner.
- BERNABÉU ALBERT, S. (coord.), (2009): *El Gran Norte Mexicano: Indios, misioneros y pobladores entre el mito y la historia*, Sevilla, CSIC.
- BURRUS, Ernest J. (1963): *Misiones norteadas mexicanas de la Compañía de Jesús, 1751-1757*, México, Porrúa.
- DECORME, G. (1941): *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial, 1572-1767*, 2 vols., México, Porrúa.
- DÍAZ, M. (1986): *Arquitectura en el desierto: misiones jesuitas en Baja California*, México, UNAM.
- (1982): *La arquitectura de los jesuitas en Nueva España*, México, UNAM.
- GERHARD, P. (1996): *La Frontera Norte de la Nueva España*, México, UNAM.
- GÓMEZ PADILLA, G. (2006): «Las misiones del Noroeste. Otra visión de la educación jesuítica», *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, 1.º y 2.º trimestre, vol. XXXVI, n.º 1-2, México, Centro de Estudios Educativos, págs. 49-73.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, L. (1993): *El noroeste novohispano en la época colonial*, UNAM-Instituto de Investigaciones Antropológicas, México, Porrúa.
- GUTIÉRREZ, D. ; GUTIÉRREZ TRIPP, J. (Coord.), (1991): *El Noroeste de México. Sus culturas étnicas*. Seminario de etnografía «Fernando Cámara Barbachano», México, INAH.

- JIMÉNEZ, A. (2006): *El Gran Norte de México: una frontera imperial en la Nueva España (1540-1820)*, Madrid, Tébar.
- LEÓN PORTILLA, M. A. (2008): *El Camino Real y las Misiones de la Península de Baja California*, México, INAH.
- LÓPEZ SARRELANGUE, D.E. (1967): «Las misiones jesuitas de Sonora y Sinaloa. Base de la colonización de la Baja California», *Estudios de Historia Novohispana II*, México, UNAM, págs. 149-201.
- MATHES, M. (2003): «Cartas de jesuitas de las Californias, 1697-1767», *Misiones Jesuitas. Artes de México*, n.º 65, México, pp. 74-79.
- MEYER DE STINGLHAMBER, B. (2008): *Iglesias de la Antigua California. Fachadas y retablos del siglo XVIII*, México, INAH.
- POLZER, Ch. (2003): «Misiones en el noroeste de México», *Misiones Jesuitas. Artes de México*, n.º 65, México, págs. 46-55.
- RICARD, R. (1986): *La conquista espiritual de México*, México, Fondo de Cultura Económica.
- RÍO, I. del (1984): *Conquista y aculturación en la California jesuítica, 1697-1768*, México, UNAM.
- VV.AA. (1999): *Un reino en la frontera: las misiones jesuitas en la América colonial*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- VV.AA. (2009): *Catálogo de la exposición El Arte de las Misiones del Norte de Nueva España*, México, CONACULTA.
- ZUBILLAGA, F. (dir.), (1986): *El noroeste de México: documentos sobre las misiones jesuíticas, 1600-1769*, México, UNAM.

Paisaje Agrario e Historia Ambiental. Una aproximación a Baja California hoy

Antonio Ortega Santos¹

1. LAS RAZONES DE LA HISTORIA AMBIENTAL HOY

Desde hace algunos años, la percepción del fin de un modelo de civilización capitalista como resultado del modelo destructor de vida que generan nuestras pautas de consumo de energía y materia, está cobrando certeza. Hemos sido los actores del desatino conceptual que supone asentar el modo de vida y producción capitalista en un consumo creciente y masivo de energía fósil no renovable, con lo que hemos tomando el mando de nuestra propia crisis ambiental global, hemos incrementado la capacidad de «autodestruir» la especie humana. No es sólo un episodio aislado, ni pasajero. Los sistemas de producción agraria e industrial, tanto desde el espacio del socialismo real como del modelo capitalista, emergen como amenazas persistentes sobre la disponibilidad de capital natural, base sobre la que se asienta cualquier forma de producción de bienes, energía y materia en una nave llamada «Tierra».

¹ Antonio Ortega Santos es profesor del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada. Este documento es resultado del trabajo científico desarrollado por el autor tanto en el Proyecto CONACYT 2009-2012 CONOCIMIENTO, VALORACIÓN Y DESARROLLO SUSTENTABLE DE LOS OASIS SUDCALIFORNIANOS, (98464, México); Investigador Responsable. Micheline Cariño Olvera (UABCS); como en el Proyecto de Investigación I+D LAS MISIONES DE BAJA CALIFORNIA (MÉXICO) ENTRE LOS SIGLOS XVII Y XX. PAISAJE CULTURAL Y PUESTA EN VALOR (I+DHAR2009-11737) dirigido por el Profesor D. Miguel Angel Sorroche Cuerva. E-mail: aortegas@ugr.es

El mundo natural nos fue enajenado desde la Ilustración, erigiéndonos en el centro de la creación, legitimando la antropización de la naturaleza como la única forma «legítima o legal» de gestionar el territorio, los recursos y el paisaje en el que los ciudadanos nos desenvolvemos. Pero la realidad socioambiental nos ha demostrado ser más compleja, dado que si por una razón nos hemos definido como seres vivientes, es por nuestra «necesaria y dependiente» coevolución con el mundo físico y biológico (Norgaard, R., 1994). Nada nos es ajeno porque somos una pieza más del engranaje de los ecosistemas, como ya bien explicitó hace tiempo E. P. Odum (1969). En cualquier caso, la arquitectura a escala humana de estos ecosistemas nos permite desentrañar como la imposición de modelos, patrones de cultivo y desarrollo han impreso un grado de subordinación y destrucción de estos paisajes culturales. Como indica Salvador Bernabéu (2000: 11) la perspectiva histórica nos permite evaluar las consecuencias del impacto ecológico de la colonización occidental con sus pautas de destrucción. Es parangonable al concepto de Imperialismo Ecológico de Alfred Crosby (1988) o a la Economía de Saqueo propuesta por Joan Martínez Alier (1995, 1997, 2005).

Queda por preguntarnos cuál ha sido la forma en que ha sido construido ese paradigma científico nuevo. Desde la Antigüedad, la historia ha generado modelos de narración que pertenecen a la descripción de la historia del medio ambiente, de los cambios climáticos, de las catástrofes naturales, de las condiciones históricas que han repercutido en las formas de articulación social y cultural. Esta tradición ha apostado, en muchos casos, por el reduccionismo de las diferencias entre los pueblos a meros procesos reactivos frente a las condiciones climáticas. Como indica R.P. Sieferle (2001) se articulaba una «concepción geográfica de la historia» o una «visión materialista» de la construcción humana. Frente a esa «naturaleza material», en la segunda mitad del siglo XX han emergido explicaciones que combinan factores y procesos sociales, económicos y simbólico-espirituales en los que el medio ambiente jugaba un lugar marginal en la construcción social (aunque ya antes Locke, Turgot, pasando por Hegel, Marx, Spencer, Weber, etc., habían acometido este proceso de reducción epistemológica).

Pero en los últimos años, la atención de la historia ambiental discurre hacia el estudio de un catálogo de elementos (agua, tierra, aire, energía y salud) como ejes estructurantes de una nueva preocupación científica. «Perspectivas de Higienización del medio ambiente» que, aunque con raíces en el campo de la historia social, demuestran la creciente atención a la interacción entre decisiones sociales y dimensión ambiental. Sieferle considera prioritario «rellenar» la historia social con materiales histórico-ambientales, siendo un proceso de diseño teórico no exento de peligros. Reduccionismo sociológico y ambiental son los lados menos versátiles de un enfoque poliédrico que es el mero quehacer de la historia ambiental. Sólo nos queda como estrategia recomponer el rol de la naturaleza como agente activo de la historia humana.

En esta primera aproximación epistemológica existen trabajos seminales, en la década de los 80, que permiten atisbar rasgos clave en la agenda de trabajo de la historia ambiental. W. Cronon (1993) imbrica el nacimiento de la disciplina histórica con los cambios políticos y de formas de pensamiento al socaire de la crisis de la modernidad. Más allá de esta contextualización, hacer historia ambiental implica considerar el peso específico de la dimensión sistémica del mundo natural (sin caer en la auto-referencia que camina hacia una nueva parcelación del conocimiento) apostando por una síntesis integradora. Síntesis que sólo es factible desde apuestas trans/multi-interdisciplinarias en las que juegan una relación simbólica y material lo social, lo cultural y lo natural. No supone un mero cambio de forma epistemológica sino que también se ubica más cerca del «escenario de la protesta» que del «escenario del poder», anticipando la dimensión de crítica al modelo civilizatorio capitalista y su impacto sobre la perdurabilidad socioambiental de los ecosistemas.

Esta «impureza» metodológica permite incorporar escalas espaciales, temporales, metodologías, estilos de comunicación y construcción del discurso que promuevan «puentes» interdisciplinarios (Dovers, 2000), huyendo de reduccionismos y simplificaciones. J. O'Connor (1997) plantea la lectura de la historia ambiental como «producto» del modelo civilizatorio capitalista: de las revoluciones político-constitucionales que crearon los marcos legales de la propiedad privada, libertad civil e igualdad ante la ley, de la revolución tecnológica que

alentó nuevas formas historiográficas de interpretación sobre el surgimiento de nuevas formas de hábitat humano.

En cuanto que historia totalizadora es también historia local específica y concreta (*glocalidad*). Esta intensa penetración de la dimensión capitalista en el abordaje de la historia ambiental, de radical contemporaneidad, es historia política en cuanto que el surgimiento del Estado-Nación supone una elaboración teórica de la política, de los conflictos políticos-institucionales. Es historia del capitalismo en cuanto que historia económica² como revolución tecnológica que rediseña las formas de producción y de generación de residuos a escala global. Pero también es historia del capitalismo como historia social y cultural al prestar atención sobre el crecimiento de consumismo, de la sociedad de masas-universalización del salario, de la vida social convertida en mercancía monetarizada, de la creación de tierra y trabajo como «mercancías ficticias», siguiendo a Polanyi (1999), y del estudio de una «insatisfacción de las necesidades» mediante nuevas pautas de consumo de mercancías.

En resumen, Historia Ecológica es la historia de la capitalización de la naturaleza, de su conversión a un reservorio de materia y energía apropiable por individuos y/o sociedades en aras a mantener los niveles de producción y consumo del modelo capitalista. Naturaleza convertida a la disciplina de los mercados (escenario en el que muchas sociedades se vieron desposeídas de su capacidad de automantenimiento, de reproducción de sus niveles de consumo endo y exosomático, dando lugar a nuevos escenarios de conflicto social). La Historia Ecológica completaría «otras historias» al insertar los conflictos en la esfera política institucional, o a la historia económica al incluir los mecanismos de acceso y asignación de bienes y recursos (crecientemente desigual a escala global y local). Incluso la historia cultural se redefine al apostar por un cambio de paradigma científico, redefiniendo la representación de la tierra y del espacio, redefiniendo y apostando por

² Para una relectura «crítica» del paradigma científico de la historia económica, véase Naredo, J.M. (1987): «*La Economía en Evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas de pensamiento económico*», Madrid, Siglo XXI; Naredo, J.M.; Valero, A. (1999, dirs.). *Desarrollo económico y deterioro ecológico*, Madrid, Fundación Argentaria-Visor; Naredo, J.M. (2006): *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los Dogmas*, Madrid, Siglo XXI.

el reconocimiento del «otro», del «diverso» como depositario de un saber específico en muchos casos ignorado.

Desde la más constante tradición historiográfica norteamericana, Donald Worster (1977, 1998) pretende reconstruir la historia ambiental como ejercicio de «historia desde abajo», rompiendo el encorsetamiento del Estado-Nación como objeto de estudio, ampliando el rango de los sujetos históricos con enfoques socio-económicos y culturales. Hacer Historia Ecológica es un esfuerzo revisionista «haciendo más inclusiva sus narrativas», rehusando el papel «sobrenatural» del ser humano en su relación con el medio ambiente, superioridad que le permite eludir la dimensión catastrófica de sus decisiones como especie. Para ello, debemos entender la historia ecológica como el estudio del papel y lugar de la naturaleza en la vida humana, entendiendo por naturaleza el mundo no humano en sentido primario y el medio ambiente social como la escena humana interactuando ambos.

Como ya indicó P. Acot (1990), esta «biologización» de la historia o «historización de la biología» (Haeckel, Cowles, Clements, etc) representa que la historia humana va a perder «orden», ir al caos narrativo para luego reconstruir de forma íntegra la historia humana y natural. Historia ambiental supone la búsqueda de modelos de sociedades humanas exitosos en el uso de los recursos naturales, más que nuestra capacidad actual de manejo sustentable de recursos. Buscar sociedades basadas en su virtualidad para crear reglas de experiencia vital íntimamente locales, que refuercen la tendencia a la supervivencia ecológica.

2. PARA COMPRENDER DEL PAISAJE ÁRIDO. NOTAS SOBRE CLIMA Y GEOGRAFÍA

Baja California Sur dispone de una superficie de 73.677 km², lo que supone el 3.7% del total de superficie del país ³. Es el estado de mayor longitud de costa con una extensión de 2.230 km (22 %

³ *Gobierno del Estado de B.C.S.*, Centro Estatal de Información, Compendio Estadístico 2002-2003, *Municipios de BCS*, *Cuaderno Datos Básicos*, 2004, págs. 44.

del total nacional), contando con tres islas en el Océano Pacífico y más de 100 incidentes insulares en el golfo de California. Este territorio ocupa un poco más de la mitad meridional de la segunda península más grande del mundo con 690 km de longitud con una anchura de 43 km en su tramo más angosto y 227 km en la zona más amplia.

Se define por ser una zona de transición climática entre tropical y subtropical, determinada por las aguas frías de la corriente oceánica de California que baña las costas del Pacífico. Es un clima caliente y seco, con temperaturas estivales que pueden alcanzar los 50 grados centígrados, con raras precipitaciones, de promedio inferior a 250 mm., al año. Son precipitaciones torrenciales, asociadas a los ciclos estivales que suponen algo más del 20% del volumen total anual. La precipitación media anual varía de 32 a 650 mm., aunque el 80% del territorio no alcanza los 150 mm. Respecto a este valor medio, el 15% del Estado presenta precipitaciones entre 150-350 mm., y sólo el 5% tiene una precipitación media mayor a 350 mm. Las lluvias invernales trazan un ciclo inferior a tres días, con una incidencia en área mayores que las estivales, siendo las primeras las que vierten caudal de recarga a los acuíferos y mantos freáticos. Las precipitaciones pluviales marcan los niveles de las corrientes subterráneas, aunque gran parte se evapora o escurre al mar, infiltrándose una cantidad que recarga 16 acuíferos con un área de explotación de 3.666 km² (Hernández Vicent, M.A., 1999: 28-31). Este régimen permite la viabilidad de los 171 oasis del estado, islotes de agua y vegetación en un mar de aridez,

3. TIERRA ENCONTRADA, TIERRA SIN AGUA. JESUITAS Y AGRICULTURA DESDE FINES DEL SIGLO XVII

Con la llegada de los jesuitas, se inaugura un proceso de antropización del medio bajacaliforniano que se asienta en la confluencia de una serie de factores ambientales limitantes y otros favorecedores del diseño de un agroecosistema mediterráneo. Sin prefigurar un diseño de las relaciones metabólicas del paisaje cultural, si parece oportuno indicar algunas premisas que pueden enriquecer la comprensión del modelo de desarrollo agrario del siglo XIX y XX. El tránsito de un modo de uso de los recursos naturales, típico de

sociedades de cazadores-recolectores hacia un modo agrario-campesino implica la sedentarización de las prácticas agrícolas. Esta conversión, y sus implicaciones productivas y energéticas, tuvo como principal factor limitante, la aridez. La percepción de un paisaje que refracta cualquier intento de poner en marcha un programa de cultivos, requería de un mejor conocimiento del medio ambiente. Este fue el principal elemento explicativo de la dificultosa y tardía «conquista» del territorio, más allá de las cuestiones institucional-estatales. Como bien indicaba Clavijero (2007: 11) era una tierra «...desagradable y hórrida, y su terreno quebrado, árido, sobre manera pedregoso y arenoso, falto de agua y cubierto de plantas espinosas donde es capaz de producir vegetales y donde no, de inmensos montones de piedra y arena [...]. Las lluvias son tan raras que si en el año caen dos o tres aguaceros, se tienen por felices los californios [...]. En cuanto a ríos no hay ni uno en toda la península...».

En el mismo sentido nos da indicios la publicación de J.J. Baegert (1989: 176) al considerar que «... si era posible, sólo se fundaba una misión nueva, en el sitio donde se hallaba un poco de agua apropiada para una pequeña siembra o huerta, si no en la misión misma, por lo menos en un lugar a pocas leguas a la redonda [...] no se dejó ningún pedazo de tierra aprovechable, baldío o sin cultivar, y se llegó a sembrar el maíz dos veces al año, nunca era la cosecha, entre maíz y trigo lo suficientemente rica para que se hubiera podido llenar el estómago y satisface el hambre, durante doce meses, a mil doscientos o mil quinientos californios adultos. Y que no se hubiera visto uno obligado a mandar traer anualmente de otras partes algunas miles de cargas...».

Frente a las reiteradas quejas por la hostilidad climática y la dependencia del abastecimiento desde Nueva España, la realidad productiva era más matizada. Con los asentamientos realizados durante el período del Padre Ugarte, los múltiples factores limitantes climáticos se matizaron al referir que «...aquellas llanuras absolutamente incultas y llenas de matorrales y piedras, se transformaron en campos bien cultivados, en donde sembró trigo, maíz y varias especies de hortalizas y legumbres, y en donde plantó viña y varias clases de árboles frutales conducidos de México...» (Clavijero, F.J., 2007: 112). Es obvio que se verifica un proceso de transferencia biológica y «mediterrización» de los programas de cultivo, tendente a la obtención de la subsistencia, con una fuerte impronta de un manejo

adaptativo del recurso agua «... en los pocos parajes en donde no falta el agua y hay tierra a propósito para la respectiva vegetación, han prevalecido los olivos, limones, naranjos, albróchigos, granados, higueras, manzanos, guayabos, zapotes, parras, sandías, melones, calabazas, palmas de dátiles, trigo, maíz, arroz y legumbres varias...» (Clavijero, F.J., 2007: 23). Pero si bien, la estrategia de agricolización del espacio sudcaliforniano fue limitadamente exitosa, era resultado del «saber no aplicado jesuítico a un espacio» y a la estrategia de colonización irreflexiva de un territorio altamente dependiente del aprovisionamiento de la contracosta. Ya en 1702, tras al abandono de la misión de Loreto del Padre Pícolo hacia Nueva España, tuvieron que esperar hasta enero para recibir el aprovisionamiento «... cargado de trigo, maíz y otras provisiones pero esas duraron poco [...] a pocos días quedamos reducidos a la necesidad [...] llegó a tal extremo en la primavera, que llegando a faltar todos los víveres, se vieron precisados tanto los misioneros como los soldados a buscar el sustento en el modo de los californios, en la pesca, en la raíces, en la frutas silvestres...» (Clavijero, F.J., 2007: 113).

En el mismo sentido apunta, de forma más somera, Baegert (1989: 177) al describir el patrón de cultivos inserto en las zonas misionales-oasis como «... se cultivaban el maíz, el frijol, [...] garbanzos, sin el que no pueden vivir los españoles [...] calabazas, melones, sandías, y finalmente en tres misiones, algo de arroz. [...] toda clase de hortalizas y, de árboles frutales se conocían las higueras, naranjos, limoneros, granados, plataneros, olivos y palmeras datileras [...] en dos misiones se cultivaba caña de azúcar y en varias un poco de algodón...». De toda esta información siempre nos acecha la reflexión sobre el concepto histórico «escasez». Concebido como un factor limitante surgido de las rigideces del modelo capitalista, es más viable su relectura como necesidad surgida de las propias ofertas que los ecosistemas han realizado a los grupos humanos para su reproducción socioeconómica. Este factor limitante no es más que un elemento acelerante y adaptativo a las condiciones fijadas por los espacios agrarios para asegurar la sustentabilidad de las sociedades humanas. Pero este es un viaje de ida y vuelta. El forzamiento que los grupos humanos hacen de los ritmos de regeneración de los espacios naturales, para su abastecimiento era el primer paso hacia un modo de capitalización de la naturaleza que acrecentó el

círculo vicioso de la escasez como palanca hacia la crisis ambiental. Superar la escasez supone acelerar la entrada de recursos no renovables en un modelo productivo capitalista, a largo plazo. Volvemos sobre ello.

Esta perspectiva antrópico-mediterraneizante de los agroecosistemas, impuesta por el modelo misional, se refleja en estos primeros tiempos, al asentarse la misión de San Ignacio de Kadakaamang, «lugar mediterráneo» que a la altura de 1706 operaba de forma autónoma en el que «... *el padre Sistiaga había preparado una parte para tapar trigo y sembrar maíz, y la primera cosecha que levantó el padre Luyando fue de casi cien fanegas, pero en el año cuarto levantó hasta mil por haberse aumentado el cultivo con los brazos de los indios, los cuales trabajaban de buena gana, viendo que todo el producto era para ellos, a excepción de la corta cantidad que consumían en sus alimentos el misionero y los dos soldados...*» (Clavijero, F.J., 2007: 161). En los primeros años de asentamiento se reconocía el escaso rendimiento del maíz —dada la limitada disponibilidad de agua— frente al trigo, con rendimientos con una gran nivel de oscilación del «... *doscientos y hasta a veces cuatrocientos por uno...*» (Clavijero, F.J., 2007: 25). Esta oscilación requería «inteligencia ambiental» aplicada a los procesos de trabajo, que en el caso del trigo implicaba el sembrado cerca de la surgencia o fuente de agua más o menos constante, la aplicación de regadíos previos al arado, con el posterior labrantío con surcos ondulados con lo que frenar la evapotranspiración. El final del proceso de trabajo implica un riego previo a la siembra en los surcos. Con este modelo en la misión de San Francisco Javier se podían obtener un rendimiento de trescientos veinte a uno (Clavijero, F.J., 2007: 24).

Esta búsqueda de la autosuficiencia alimentaria fue el resultado no solo de la transferencia biológica adaptada, sino también de esta transformación de los procesos de trabajo. Este cambio se transfirió y mantuvo hasta mediados del siglo XVIII, cuando en la misión de Santa Gertrudis se «... *plantaron también árboles frutales y una viña [...] a los pocos años los campos cultivados daban todo el trigo y maíz que la misión necesitaba [...] pero era necesario sembrar sucesivamente en la misma tierra las dos semillas. La tapa del trigo se hacía en octubre y la cosecha en mayo, después de ésta seguía luego el abono de la tierra y los nuevos barbechos para sembrar en junio el maíz, cuya cosecha se le-*

vantaba en fines de septiembre, volviéndose a labrar el mismo terreno para tapar el trigo en el mes siguiente...» (Clavijero, F.J., 2007: 205).

En el ámbito de la producción agrícola, el modelo que nos describe la documentación jesuítica nos plantea una duda y un reto hacia el futuro. Respecto a la primera, el ritmo de siembra con la rotación barbechada, en unos ecosistemas de extrema aridez, debe empujar hacia la búsqueda de respuesta a cómo se fertilizaban estos agroecosistemas, con una carga ganadera dispersa y unos suelos férricos en su producción agraria con fuerte proceso de lavado de suelos en sus huertas. Enlazada con esta duda se encuentra el reto de cuantificar la sustentabilidad del modelo misional como espacio agrario a mediados del siglo XVIII. Este reto sería la primera de las fotos fijas sobre el funcionamiento diacrónico de estos espacios ambientales —las otras dos serían el funcionamiento antes de la llegada de los combustibles fósiles y los fertilizantes, junto a la última que refleja la artificialización de los agroecosistemas con la llegada de la Revolución Verde—, debe ser respondida con un trabajo, ya en elaboración, sobre flujos de materia, energía y nutrientes (*Material Energy Flow Accounts*).

Pero el impacto limitante de la aridez, se trasladó al ámbito de la producción ganadera. Como indicaba Baegert (1989: 179 y sigs.) la actividad ganadera era la otra pieza sobre la que asentaba la perdurabilidad de los asentamientos humanos misionales. Con la introducción tanto de ganado de renta como de labor, útiles tanto por su valor como abastecimiento alimentario como por «...*disponer de sebo para velas, jabón, para los barcos y canoas, así como para tener manteca para preparar los frijoles...*», se potenciaba y diversificaba el patrón alimentario, como se potenció la fuerza de tracción para el trabajo agrícola. El ganado mular y caballar tenía su utilidad para el transporte de humanos —misioneros, soldados, etc.—, junto para el cuidado del ganado menor y el traslado de mercancías. Describe Baegert un sistema de ganadería extensiva, no estabulada, con una alimentación deficitaria y con un inconstante trabajo de control por parte de los propios pastores sudcalifornianos. Parece una respuesta insuficiente para explicar la fertilización de estos campos, dada la manifiesta imposibilidad de aportar inputs externos al modelo.

Por último, y de forma muy relevante, no sólo fueron un espacio productivo gestionado hacia el autoabastecimiento sino que pu-

dieron generar mercados locales surgidos de necesidades vitales, abastecidos con excedentes puntuales, cuyos ingresos se destinaban a la compra de los ornamentos sagrados «... por la venta de trigo, maíz, vino y aguardiente, de azúcar, de higos y uvas pasas, de algodón [...] se vendía a los soldados, marineros y mineros, lo que no puede negarse a venderles, principalmente en tiempos de carestía cuando la cosecha fuera de California había sido mala...» (Baegert, J.J., 1989: 15).

Como bien indica J. Urciaga (2008) se ha implementado una agricultura a pequeña escala adaptada a los limitados recursos, dictados por las necesidades alimentarias y materias primas de las misiones. Autoconsumo y producción a escala localizada en los espacios oasis por ser unas de las pocas zonas con condiciones agroecológicas óptimas que favorecieron el paso hacia una agricolización de terrenos en manos de colonos tras la expulsión jesuítica. De forma general, las economías previas a la industrialización —sociedades de base energética orgánica—, se fundamentaban en la ya citada escasez (Wrigley, E.A., 1992), cosechas escasas con ciclos inferiores al año, pastos limitados para una ganadería extensiva y disponibilidades energéticas limitadas. Todo ello con un crecimiento agrario —tanto en productividad per cápita como productividad por trabajador—, que necesitaba del equilibrio entre usos agrícolas, pastoriles y forestales. La liberación de terrenos para usos energéticos con la llegada de energías renovables, incrementó la dotación de terrenos para usos agrícolas ampliados e intensos por el uso de fertilizantes (González de Molina, M., 2001: 49) Esta visión eurocéntrica tiene potencia para explicar el cambio socioambiental de paisajes mediterráneos, pero carece de limitaciones para el ámbito sudcaliforniano. No podemos parangonar, como en el caso andaluz y español, la dotación de territorio para producir la biomasa necesaria, dado que las condiciones edafoclimáticas determinaban la productividad natural de cada área. Los territorios xéricos o secos se definían por la existencia de: a) un período seco que paraliza la vida vegetativa y obliga al riego si se quiere cultivar en ciclo primaveral o veraniego, o realizar segundas cosechas, b) la lluvia suele ser menor que la evapotranspiración, lo que determina el déficit hídrico, c) la distribución anual de precipitaciones es irregular, de rango anual o interanual (sequía). Este factor determinante, agua, como limitante para la sustentabilidad de los sistemas agrarios, fue superado por la

diversificación/especialización de cultivos, atentos a las posibilidades técnicas del regadío. Este carácter «extensivo», «adaptado a la disponibilidad de agua», era viable si se apostaba por variedades de cereales con más contenido de paja para suplementar alimentación animal (González de Molina, M., 2001: 57) que nutría al sistema agrario de dotación alimentaria y fuerza de trabajo.

Frente a esta interpretación sobre el funcionamiento agrario de los ecosistemas mediterráneos, el espacio misiones-oasis presenta rasgos distintivos que nos deben empujar hacia una reconceptualización metodológica de la forma histórica de construcción del paisaje:

- a) aunque son ecosistemas altamente vulnerables al impacto de los factores climáticos —estructurales o puntuales— muestra una potencialidad de sustentabilidad basada en su propia dimensión de enclave productivo. El fin último de este espacio es atender a los requerimientos alimentarios de una población limitada, itinerante en parte, y con niveles de consumo endo y exosomáticos reducidos.
- b) la apuesta por el «enriquecimiento» biológico de estos espacios agrarios, facilita desde un primer momento una, luego incrementada, diversificación de cultivos que es la base sobre la que edificar una perdurabilidad en el poblamiento. Estos «nuevos jardines» suponen la incorporación e hibridación de todo un programa de plantas y especies, adaptadas en su limitación a los espacios áridos (Dunmire, W.W., 2004: 209).
- c) el patrón de cultivos no busca el riego tecnificado como salto hacia un incremento en la productividad por unidad de terreno —como en los ecosistemas mediterráneos andaluces— sino que optimiza el recurso agua desde la microhidráulica adaptada a la disponibilidad del recurso —acequias, presas, cursos de agua «libres de control», etc—.

Pero nos queda pendiente un elemento central en nuestra propuesta interpretativa del cambio en el paisaje: cómo se transitó desde un modelo misional (autosuficiente) hacia un uso múltiple, variado e integral de la diversidad biótica, la cultura ranchera (Cariño, M., 1996: 76). Adquiere un valor central, junto a lo mucho y bueno ya escrito sobre este tema (Castrorena, L., 2002), por ser una salida poco

convencional al modelo de agricoltización que sufrieron otros ecosistemas mediterráneos durante el siglo XIX (Pujol et al, 2001). Si en otros espacios con rangos bioclimáticos similares se apostó por la extensión del cereal y de la irrigación, en el caso de Baja California Sur se apostó por irrigación localizada —una salida viable sin forzar los rasgos del agroecosistema— con la agricultura de temporal. En el primero de los casos se implementa un policultivo en tres pisos: palmeras datileras, permitiendo la filtración de calor e insolación; a un segundo nivel, la fruticultura con hibridación de especies mediterráneas y tropicales, para dejar en el nivel inferior los granos y hortalizas con la irrigación de escala micro. En resumen, una cultura ranchera que fue mestizaje cultural y de conocimiento que protagonizaron «agentes-actores» socioambientales: jesuitas y californios. Esta «cultura» ha transitado hasta hoy amenazada por «otras agriculturas» —más consuntivas en agua— y por los procesos de urbanización y el desarrollo turístico de masas (Castrorena, L. et al., 2008).

Fueron estrategias combinadas de adaptación/sustitución de especies, con el fin de sustentar la estrategia de autoabastecimiento (café sólo cultivable en el Sur, reemplazado por la semillas de palo verde y de lipuga, o el cacao reemplazado por la semilla de jojoba, miel extraída de enjambre silvestres como del quíote de agave como sustituto del azúcar, etc.). El binomio huertas-economía ranchera fue exitoso en el abastecimiento alimentario, aunque su extensión territorial fuese reducida, pero requería de la complementariedad del terreno dedicado a agricultura de temporal (grano y frutas resistentes a la escasez de agua y altos niveles de isolación). Este modelo se complementó con el uso de flora y fauna silvestre, tanto para usos alimentarios como de materia prima. Es un manejo adaptativo y exitoso de economías rurales, que generó una cultura-identidad anclada en la pluriactividad natural y en formas comunitarias-comunales de gestión. Resistieron en mucho casos hasta el último tercio del siglo XIX cuando los programas y políticas agrarias-forestales de los Estados-Nación implementaron, a escala global, una privatización-mercantilización-saqueo de los recursos naturales que aniquiló —por la vía de la enajenación del recurso o por mecanismos de mantenimiento del bien común pero privatización de su gestión— las estrategias campesinas, generando nuevos ciclos de episodios de lucha-conflicto ambiental por los recursos naturales (Ortega Santos, A., 2000, 2001, 2002).

Pero el proceso de tránsito desde la agricultura misional, no estuvo exento de conflictos por la posesión de la tierra. Ya desde el mismo momento jesuítico se otorgaron tierras a los soldados y mineros para asegurar el desarrollo y abastecimiento alimentario y agrario de las misiones. Pero el proceso de reparto, poblamiento y secularización de las misiones, durante la primera mitad del siglo XIX, fue la herramienta política más eficaz, sobre todo en el Sur de la Península, para asentar colonos en las tierras más productivas, tras la pérdida de población indígena. Fue un proceso complejo, en el que la redistribución de terrenos fue herramienta básica en la reconstrucción de las formas municipalizadas de poder, y fuente de conflicto entre diferentes grupos sociales, por asegurar el control y posesión de los terrenos más lucrativos, aquellos con irrigación constante (Trejo Barajas, D., 1999). En verdad, la creación y fortalecimiento de la cultura ranchera se asentó en un reparto controlado de suertes hasta mediados del siglo XIX. Esta apuesta se tradujo en máximos de 1-2 suertes de ganado y lo mismo para terreno agrícola. (Trejo Barajas, D., 1999: 196). Pero lo agrícola no se puede desgajar de otros usos. Ganados, huertas, minas y perlas fueron los recursos que supieron aprovechar los propietarios, y para ello era necesario ampliar la zona de cultivo agrícola. Pero esta es la historia del «otro saqueo» de la naturaleza.

Del mismo modo que en ecosistemas mediterráneos europeos, el mantenimiento de la cabaña ganadera vino de la mano del sostén que ejercían los montes comunales, el aprovechamiento de la flora silvestre fue esencial en la perdurabilidad de la cabaña ganadera ranchera. Se adecuó a la aridez y escaso rendimiento del ecosistema. Se complejizaba y requería de un mayor uso combinado de especies (pastos, hierbas, arbustos, árboles y cactáceas) para superar los largos períodos de sequía. El otro requisito de adaptabilidad a los factores limitantes impuestos por el ecosistema era la necesaria dispersión de los ranchos con los que conseguir una optimización del recurso forrajero disponible —menor dispersión en el Sur dada la mayor disponibilidad de agua y la más alta incidencia de las lluvias—, con agostados de mayor capacidad de carga. En cualquier caso, el fin del mantenimiento de modelo ranchero requería de especies de bovino y caprino criollo, con requerimientos mínimos de agua, satisfechos en muchos casos con lo obtenido de las cactáceas y plantas higroscópicas (Martínez Balboa, A., 1981).

Año	Haciendas	Ranchos	Sin Clasificar	Has. De Riego	Jornaleros		
					Hombres	Mujeres	Total
1903	22	745	265		221	322	2.533
1904	29	687	257	1.884	1.928	447	2.375
1906	18	435	259	1.569	835	290	1.125
1909	29	796	286	2.018	1.805	310	2.115
1910	33	472	262	2.301	2.318	440	2.758

Fuente: A.H.P.L.M. *Fomento*, vol. 367 bis, exp. 14, año 1904, vol. 399, exp. 21, correspondiente a 1906, vol. 451, exp. 21, para 1909, vol. 523, exp. 13, para 1910, vol. 563, exp. 19.

En este contexto del modelo agrícola de Baja California Sur, nos resurgen algunos interrogantes a responder en el futuro. La sustentabilidad del modelo de huerta se asienta en la disponibilidad del recurso agua, destinado al autoabastecimiento, pero ¿cuál es la forma para mantener la fertilidad de los suelos, suelo frágiles pero con gran feracidad? Si no se dispone de fertilizantes químicos, como es obvio, sólo puede provenir de la fertilización orgánica —humana o animal—, pero la aportación de una cabaña ganadera no estabulada debe ser limitada y de difícil traslado a las huertas. Se vendían o intercambiaba el estiércol del ganado para extenderlo en los suelos de las zonas de irrigación? Existen sistemas de generación de compostaje natural, fruto del uso combinado de arbustos y fertilización orgánica, que con un volumen limitado de ambos, permite abastecer a una agricultura focalizada en las huertas —ej., el caso del toxo en la Galicia Atlántica (Balboa López, X., 1990; y Soto Fernández, D., 2003).

Año	La Paz	S. José del Cabo	S. Antonio	Santiago	Todos Santos	Comondú	Mulegé	Total
1887		600	7.500			4.250		
1891			2.940	13.000	6.000	20.000	4.900	
1897			8.000	7.500	9.000	13.000		
1899	11.242	6.536	5.933	15.570	3.944	8.770	14.800	
1900	8.220	16.206	7.907	15.202	4.625	12.902	24.235	86.591
1902	7.110	12.156	4.000	3.935	2.495	5.750	17.173	76.137
1903	8.000	5.910	5.025	3.000	1.295	5.000	9.251	37.346
1908	12.320	18.000	10.200	15.000	3.500	510	15.000	57.525
1909	14.377	20.000	12.000	6.088	100	7.940	12.000	70.130
1910	10.865	5.992	8.842	16.639	7.245	8.090	9.632	63.274
Total	60.892	62.058	47.974	59.864	14.635	40.192	63.056	

Fuente: A.H.P.L.M. 1887, VOL. 205, L. 10, 1891, VOL. 230, L. 11; Fomento, Exp. 22, para 1897, vol. 277; Gobernación, exp. 271, para 1889, vol. 301, Fomento, Exp. 13; para 1900, vol. 304; Fomento, Exp. 33; para 1902, Vol. 351; Fomento, Exp. 20, para 1903, vol. 333 bis, Hacienda, exp. 9, ; para 1908, vol. 473 bis, Fomento, Exp. 11, para 1909, vol. 563, Fomento, Exp. 25, para 1910, vol. 541, Estadística, s/n 52 ff, año 1910-11, y vol. 513, exp. s/n Abril 1910.

Tabla 3. Ganado Porcino, Caprino y Lanar en Municipios Bajacalifornianos 1887-1910

Año	La Paz	S. José del Cabo	S. Antonio	Santiago	Todos Santos	Comondú	Mulegé	Total
1887								
1897		4.000			1.400			
1899		541			800			
1902	5.108	4.806	1.551	10.139	2.722	3.118		29.796
1908	790	953	3.147	635	554		2.352	
1909	4.237	4.500	450	5.500	20	200		16.407
1910	4.859	1.056	840	1.947	855	275	1.500	7.885
	4.339		809	9.380		275		

Fuente: A.H.P.L.M. 1887, Vol. 205, L. 10, 1891, VOL. 230, L. 11; Fomento, Exp. 22, para 1897, vol. 277; Gobernación, exp. 271, para 1902, Vol. 351; Fomento, Exp. 20, para 1908, vol. 473 bis, Fomento, Exp. 11, para 1909, vol. 563, Fomento, Exp. 25, para 1910, vol. 541, Estadística, s/n 52 ff, año 1910-11, y vol. 513, exp. s/n Abril 1910.

Eran tan sólidos estos suelos de las huertas que no requerían de fertilización continuada, siendo enclaves tan pequeños como son los oasis? Se usaban residuos orgánicos de palmas, leguminosas, etc., como material con el que elaborar fertilizantes y aportar nitrógeno fijado al suelo? La propia rotación de cultivos, con la combinación en el ciclo de granos básicos y leguminosas —con sus desechos— era suficiente estrategia para mantener la fertilidad de los suelos? Con la información obtenida de cuentas de las misiones —tanto jesuitas como dominicas y franciscanas— podemos reconstruir el metabolismo social de estos agroecosistemas (Garrabou Segura R., et al., 2010), panorama que se complementa con toda la información disponible en los Archivos Estatales y Nacionales de diversa índole. Veamos el salto desde una economía orgánica-subsistencia hacia una economía agraria capitalizada orientada —en la medida de lo posible— a la comercialización y sustentada en el saqueo de la naturaleza (Cariño, M., 2008).

A fines del siglo XIX e inicios del XX, la agricultura sustentada tanto en la producción de frutas, luego sustituidos por los cereales y granos básicos, se transformó en una vía esencial para la puesta en valor de la agricultura sudcaliforniana, aunque limitada por las dificultades de comercialización. El crecimiento de productos agrícolas tenía una determinada vocación industrial, como la caña de azúcar, con la venta de una parte en fruto y el resto en panocha, con un importante crecimiento en el período 1890-1927, incluso planteando su exportación. En el mismo sentido, el olivar estaba extendido

en Mulegé, Comondú, La Purísima entre otros municipios, con una producción destinada tanto a generar cargas de aceitunas como los galones de aceite (Cariño, M., 1996: 185) aunque está por aclarar la dimensión y producción de este producto mediterráneo. Es un modelo agrícola que se sustentaba en una limitada extensión de tierra, con poco más de 3.100 has. (valores 1911) dedicadas a producción en regadío, 660 has. para producción en terrenos sujetos a lluvia de temporal, 719.355 has. para pastizales y algo más de 750.000 has que no se cultivaban.

Tabla 4. Estadística Producción Agrícola 1875-1929, Baja California Sur								
Período	Frutas Frescas		Hortalizas		Granos		Caña Azúcar/Panocha	
	Cantidad	Valor	Cantidad	Valor	Cantidad	Valor	Cantidad	Valor
1875-94	2.551	69.007	79	4.260	360	53.360	818	366.808
1895-99	8.088	132.206	2.225	58.290	3.796	147.066	27.688	462.670
1900-04	78	-	1.004	-	6.230	-	1.298	413.511
1905-09	4.022	250	722	-	210	-	2.217	434.896
1910-14	2.038	147.608	357	29.107	1.010	11.400	10.925	-
1915-19	5.744	185.100	923	3.000	2.008	40.200	5.293	1.150.000
1920-24	235	-	5	-	-	-	1.104	-
1925-29	294	-	1.526	1.200	1.200	-	1.035	-
Fuente. A.H.P.L.M. Fomento, 1894, Vol. 247, Exp. 21.								
Nota. Unidades de Medida: Cantidades en Toneladas y Valores en pesos.								

Recorrido parecido sufría la producción de vino y de mezcal, orientados al autoconsumo tanto por su limitada calidad —más fácil de mejorar y con menor inversión requerida en el caso del segundo— como por las dificultades para su comercialización. El caso contrario lo demuestran los granos básicos que, cultivados en huertas durante este período, no consiguieron solventar los niveles de autoabastecimiento —obligando a la importación desde Sonora y Sinaloa—.

En este contexto, el resultado de la producción se concentró en frutas secas —dátiles, uvas y ciruelas— que permitían satisfacer la demanda local e iniciar procesos de exportación, como indica el cuadro siguiente. Incluso en algunos de los productos —ciruelas, guayabas, mangos, membrillos, etc.— se pudo implementar la fabricación de jaleas, mermeladas, etc., germen de una naciente pero no desarrollada industria agroalimentaria de transformación.

Tabla 5. Frutas y Legumbres en Municipios de Distrito sur Baja California, 1904

Municipio	Producto	Cant (kg)	Valor (pes.)	Municipio	Producto	Cant. (kg.)	Valor (pes.)
La Paz	Naranja	4.000	200	Santiago	Naranja	35.000	700
	Mango	2.600	383		Mago	5.000	250
	Granada	400	32		Platano	2.000	400
	Zapote	400	28		Uva	4.000	320
	Uva	2.200	920		Sandía	10.000	350
	Aguacate	200	100		Melón	5.000	200
	Dátil	10.000	60		Repollo	2.000	100
	Guayaba	200	50		Tomate	800	40
	Cebolla	7.400	740		Papa	10.000	1.000
	Lechuga	400	100		Camote	15.000	750
	Calabazaza	400	100		Cebolla	2.500	1.750
	Repollo	800	200		Chile pasilla	1.800	900
	Betabel	1.875	150				750
	Zanahoria	240	60				
	Chile verde	1.200	300				
	Ejote	600	60				
	Chicharo	200	50				
	tomate	3.200	800				
Todos Santos	Mango	60.000	0,75	San José del Cabo	Limón	3.000	150,00
	Aguacate	30.000	150,00		Naranja	20.000	1.000,00
	Plátano	2.000	0,10		Plátano	3.000	250,00
	Guayaba	40.000	0,36		Mango	50.000	1.000,00
	Cirucla	10.000	0,36		Granada	1.500	76,00
	Cebolla	2.000	135,00		Uva	600	80,00
	Ajo	500	35,75		Dátil	1.000	100,00
	Tomate	300	30,00		Aguacate	800	320,00
	Repollo	8.000	48,00		Repollo	1.400	56,00
	Lechuga	1.000	20,00		Zanahoria	500	25,00
	Betabel	1.000	10,00		Lechuga	640	24,00
	Zanahoria	1.000	10,00		Rábano	400	16,00
	rábano	1.000	10,00		Tomate	14.000	750,00
					Cebolla	6.000	300,00
					Ajo	600	60,00
San Antonio	Naranja	69.000	3.000,00	Comondu	Higo Pasado	138.000	11.040,00
	Mango	3.000	240,00		Pasa	115.000	17.250,00
	Uva	2.000	360,00		Dátil Pasado	46.000	2.760,00
	Sandía	15.000	541,00		Aceituna	6.000	600,00
Mulegé				Mulegé II	Naranja	1.000	3.000,00
	Uva	7.000	560,00		Sandía	100.00	30,00
	Breva	10.550	550,00		Melón	46.000	3.200,00
	Higo	15.000	750,00		Higo pasado	50.000	5.000,00
	Dátil	60.000	1.100,00		Repollo	4.000	500,00
	Durazno	6.000	400,00		Col	1.000	100,00
	Granada	5.000	250,00		Coliflor	500	50,00
	Lima	4.000	200,00		Betabel	3.000	3.000,00
	Naranja	7.000	400,00		Haba	500	40,00
	Plátano	2.000	160,00		Rábano	200	40,00
	Pasa	8.000	1.280,00		Zanahoria	40	8,00
	Limón	800	64,00		Lechuga	400	24,00
	Pitajaya dulce	200	12,00		Cebolla	6.000	600,00
	Mango	400	24,00		Ajo	400	48,00
					Calabaza	500	250,00
					Colinabo	1.000	10,00

Fuente: A.H.P.L.M. *Estadística sobre agricultura, horticultura y explotación de maderas en Distrito, Fomento DOC. 58, Exp. 14, vol. 367 bis.*

Año	Fruta		Legumbres		Producción Agrícola		Explotación Maderera	
	Partido Sur	Partido Centro	Partido Sur	Partido Centro	Partido Sur	Partido Centro	Partido Sur	Partido Centro
1892	29.665	51.271						
1901	17.457	29.510	6.219	2.388	339.907	43.075	81.607	51.370
1902 (4)	19.485	197.990	8.796	9.915	262.262	43.225	73.268	558.199
1903 (3)	17.760	48.670	8.628	2.020	780.347	38.339		15.320
1904 (2)	20.846	107.925	12.604	150	245.425	41.700	67.225	502
1906 (1)	21.167	45.835	114.922	12.750	257.158	289.421	49.699	300
1909 (5)	32.956	7.550	12.348	850	271.278	23.325	24.968	10.300
1910	59.963	73.170	20.772	7.636	321.113	51.089	105.809	28.950
Total	189.634	510.650	184.379	35.709	2.477.490	530.174	402.606	664.851

- (1) No se incluye información de La Paz, falta información de legumbre en San Antonio y de Comondú falta información sobre producción de madera.
- (2) Sin datos de San Antonio y Comondú sobre legumbres, Mulegé es el único con datos sobre explotación de madera.
- (3) Sin datos de Comondú sobre legumbres y explotación de madera. También falta volumen de madera de San Antonio.
- (4) Faltan datos sobre legumbres de Comondú y de Mulegé y Comondú, sobre explotación maderera
- (5) Falta información maderera sobre Comondú y Santiago faltan datos sobre legumbres. No se indica el valor de explotación de madera en 1910 para municipio de Mulegé.

	La Paz		Cabo San Lucas (1)		Bahía Magdalena		Total	
	Tm	Pesos	Tm	Pesos	Tm	Pesos	Tm	Pesos
1883-4	2,2	1.060	42,5	3.680	1,8	66	46,5	4.806
1885-6	16,9	753	47,0	976	46,9	397	110,8	2.126
1887-8	43,4	1.255	100,0	30	7,4	237	150,8	1.522
1888-9	33,5	846	623,0	11.295	5,4	489	661,6	12.630
1889-90	30,2	925	389,7	9.696	0,0	0	419,9	10.261
Total	126,2	4.839	1.202,2	25.677	61,5	1.189	1.389,6	31.705

Fuente: A.H.P.L.M. *Memoria de Hacienda, 1884-5 a 1889-90*
(1) *El puerto de referencia para el periodo 1888-89 es San José del Cabo.*

uso campesino de los recursos naturales, con un impacto ecológico limitado-nulo y una exitosa estrategia de abastecimiento-no dependencia respecto de otros agroecosistemas. Mercados locales fueron la única herramienta eficaz para el intercambio de materia y energía sin generar un balance negativo en el coste energético del mantenimiento del ecosistema.

4. TIERRA CON AGUA, TIERRA SAQUEADA. LA CAPITALIZACIÓN DE LA NATURALEZA DESDE FINES DEL SIGLO XIX

Capitalización, agricolización y ampliación del área de cultivo fueron resultados tangibles del proceso de irrigación localizada de determinadas áreas. Hasta los años 80 se dispuso una ampliación hasta las 60.000 has., partiendo de algo más de 5.000 has. a inicios del siglo XX. El salto energético —de cuantificable impacto negativo a largo plazo— sería un uso no sustentable del recurso agua. Era el precedente de in-sustentabilidad que daría paso a una reconceptualización de la política neoliberal de los años 90 que se argumentó desde la necesaria apuesta por una cultura de la racionalización del agua —reduciéndose un tercio el total de has. en producción— desde el Programa de Reconversión Agrícola.

En todo este período, la conversión del programa agroalimentario supone la reducción de la producción de granos básicos y su sustitución por las hortalizas (en términos de valor del 4% al 80% en el período 1960-2006). Pérdida de cultivos básicos que supone la merma de soberanía de los productores a manos de una llamada mercantilización-subordinación (con la herramienta de los subsidios agrarios en poder de las esferas institucionales) que pusieron en cuestión sus estrategias de futuro.

Del patrón que refleja el cuadro anterior, se observa el dominio de monocultivos orientados a la exportación, sustituidos por el ciclo del maíz que creció de forma fluctuante desde 5.000 a 22.000 has. en los inicios de los años 90. Esta producción se concentró en el municipio de Comondú (95% del total estatal) pero su retroceso posterior se explica desde, asumiendo que la autosuficiencia no era una clave dado que se produce de forma excedentaria, el alto coste de transporte hasta otros mercados junto con la caída de los subsidios (PRONASOL, PROCAMPO).

Tabla 8. Cultivos Algodón y Trigo, Valle Santo Domingo, 1958-62

Año	Cultivo	Has.	Inversión	Valor Producción	Diferencia	Total Invers.	Total Valor Produ	Total
1958	Algodón	11.764	35.292,00	28.019,170	- 7.272.830	39.800,00	33.840,37	
	Trigo	2.520	4.308,40	5.821,20	1.612.000			-5.960,0
1959	Algodón	3.989	13.961,50	15.078,52	1.116,92	24.315,5	28.718,42	
	Trigo	6.200	10.354,00	1.3640,00	3.286,00			4.402,29
1960	Algodón	3.500	12.250,00	15.050,00	2.800,00	27.614,00	40.350,00	12.736,00
	Trigo	9.200	15.365,00	25.300,00	9.936,00			
1961	Algodón	6.200	21.000,00	29.040,00	8.040,00	46.228,690	75.569,36	
	Trigo	15.107	25.228,69	46.529,36	21.300,00			29.340,77
1962	Algodón	7.500	26.250,00	36.300,00	10.050,00			
	Trigo	18.000	28.800,00	55.440,00	26.640,00	55.050,00	91.740,00	36,690,00

Fuente: A.H.P.L.M. *Cuatro Años de Gobierno, 1959-62, Anexo p. 6. exp. 131/13192.*

Por el contrario, el dominio del sector agrario orientado hacia las hortalizas se ha diversificado, tanto en la creciente apuesta por los cultivos orgánicos, como la apuesta por especies no convencionales. Estas tendencias divergentes también se han transferido al sector de los cultivos forrajeros e industriales (17% superficie cosechada). Como bien indica Urciaga (2008, págs. 259), no existe una vocación productiva real de las regiones que sólo responden a impulsos puntuales y erráticos de los mercados globales.

Tabla 9. Producción Agrícola en Baja California Sur 1975-1984 (Tm)

Cultivo	1975	1976	1977	1978	1979	1980	1981	1982	1983	1984
Alfalfa Verde	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
Algodón	29.289	28.272	45.360	15.336	19.800	-	-	-	-	-
Cartamo	6	0	78.339	0	0	4.117	-	-	-	-
Chile Verde	11.787	11.435	67	62.290	59.320	3.424	-	472	2.380	3.037
Frijol	260	20	4.800	663	7.283	9.483	-	-	-	-
Garbanzo	5.062	6.430	1.659	10.040	7.690	290	-	6.031	99.203	719
Maíz Grano	6.627	1.416	971	2.742	5.466	1.435	-	-	15.760	17.035
Papa	600	24	2.950	7.932	17.096	1.387	-	-	4.960	4.960
Sorgo Grano	6.572	1.833	285	5.154	4.367	-	-	-	238	632
Tomate	1.020	4.230	-	7.132	7.470	-	-	-	-	-
Trigo	-	-	2.779	-	-	1.805	-	31.982	9.631	9.222
Otros	40.657	45.052	4.285	7.816	8.711	2.624	-	-	7.898	10.527
Ajonjolí	196	4.230	89.070	17.220	42.065	91.137	-	140	99.203	95.435
Calabaza	78.018	12.360	19.903	10.650	12.947	7.713	-	308	-	-
Caña Azúcar	142	5	-	0	-	-	-	-	9	49
Algodón	-	3.073	-	23.556	-	-	-	472	351	-
Otr. Cult.	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
	-	-	-	-	-	-	-	23.738	23	-

Fuente: A.H.P.L.M. *Gobierno Estado BCS.INEGI,*

El sector agrícola en Baja California ha sido el sustento alimentario de una población con limitado crecimiento, pero sobre todo ha suministrado materias primas a precio bajo, divisas para la consolidación y crecimiento de un modelo económico exodependiente. Los problemas más recientes inciden en la baja productividad, malos sistemas de comercialización y nivel-calidad de vida de productores, con un alto nivel de explotación de los acuíferos que requiere de tecnología de riego elevada y un alto consumo de insumos energéticos, aunque subsidiados. El patrón básico del sistema agrario en los años 1960-90 se visualiza en el predominio de los cultivos básicos (creciendo de 11.000 a casi 23.000 has.), orientados al autoconsumo y subsidio para la producción nacional, y rendimientos inferiores a 0.35 ton/ha. Trayectoria inversa al de los productos hortícolas que pasaron del 1.3% de superficie al 7% en el período considerado, aunque la participación en el valor de la producción agrícola creció a más del 35% del total (Ivanova Boncheva, A., et al., 2002: 424).

Este proceso define una artificialización de los agroecosistemas bajacalifornianos, con una mayor complejidad y diversificación productiva (hortalizas, forrajes, frutales y ciertos productos agrícolas). Hay una inversión con una creciente sustitución de cultivos tradicionales de exportación (algodón) y consumo interno (trigo, cártamo) por otros de exportación (garbazo, frutales, hortalizas) y de consumo interno destinados a los usos ganaderos en expansión (sorgo, alfalfa y otros) (Ivanova Boncheva, A., et al., 2002: 428). Estas tendencias se diversificaron tras la firma del TLC, con un déficit comercial que entre 1992-1994 supuso más de 700 millones de dólares en agricultura y silvicultura, resuelta con la devaluación de 1994, mero espejismo del que el país salió en 1996. El agroecosistema se convierte en un laboratorio en el que tanto los paquetes tecnológicos como los tejidos empresariales altamente competitivos implementan una política agraria volcada a la maximización del rendimiento económico.

El principal impacto ambiental de este modelo agrario es la sobreexplotación del agua, con las condiciones de excepcionalidad que antes referíamos por las condiciones climáticas, un saqueo del agua para uso agrícola con la limitada valoración ambiental del recurso. Contradicción interna al modelo, ya que junto a potenciar

Tabla 10. Unidades de Producción Rurales y Superficie Agropecuaria-Forestal Total según Municipio, 1991

Municipio	Unid. Producción Rural	Superficie Total (Hectáreas)				
		Total	De Labor	Sólo con pasto natural, agostadero o enmontada	Con bosque o selva	Sin vegetación
Estado	7.342	2.713.485,389	99.230,093	2.493.634,269	12.745,252	107.875,775
Cabos	1.563	212.913,999	2.463,237	206.273,420	399,500	3.777,842
Comondú	2.170	652.373,301	72.216,195	578.836,320	20,000	1.300,786
Mulegé	1.115	1.173.649,498	8.910,951	1.066.503,713	200,000	98.043,834
La Paz	2.494	674.548,591	15.639,710	642.020,816	12.125,752	4.762,313

Fuente: *VII Censo Agrario Ganadero, Baja California Sur, Resultados Definitivos INEGI*.
 Nota: El término Unidad de Producción Rural se refiere al conjunto formando por: predios, terrenos o parcelas con o sin actividad agrícola, ganadera o forestal en cada municipio.

Tabla 11. Superficie Total y Superficie de Labor por Tenencia de Tierra, 1991

Grupo Superficie	Total	Sólo Privada	Sólo Ejidal	Mixta
Superficie Total (Has.)	2.713.485,389	1.733.754,374	923.849,823	55.881,192
Hasta 5 Has.	4.236,537	976,440	3.242,846	17,251
Más 5 Has.	2.709.248,852	1.732.777,934	920.606,977	55.863,941
Superficie Labor (Has.)	99.230,093	77.664,752	20.862,594	702,747
Hasta 5 Has.	2.437,333	231,440	2.193,142	12,571
Más 5 Has.	96.792,760	77.433,312	18.669,452	689,996

Fuente: INEGI, Baja California Sur, Resultados Definitivos. VII Censo Agrícola Ganadero, pp. 26-31.

una protección de los acuíferos se generaban fuertes incentivos económicos para no actualizar los sistemas de regadío en un contexto de un patrón de cultivos altamente consuntivo de agua.

Entre 1960-1990 se pasó de 3 a más de 580 pozos sobreexplotados, con un 78% de pozos con incremento de salinidad. A inicios de los años 90, el déficit de agua estaba alrededor de 87 millones de m³. Tomando el ejemplo del Distrito de Riego 66 del Valle de Sto. Domingo de los 704 pozos existentes, 218 estaban dañados, operan 486 y 152 presentan graves problemas de salinidad. En esta misma zona, a la altura del año 2006, solo algo más del 32% de la superficie irrigada disponía de algún sistema de riego localizado (Urciaga, J., 2008: 266). En los últimos 15 años, se ha programado la reducción de extracción de agua, reequilibrando la recarga de los acuíferos (entre 1992-2006 se ha pasado de 300 millones de m³ a 167 millones).

Tabla 12. Producción Frutícola BCS 1975-1988 TM														
Especie	1975	1976	1977	1978	1979	1980	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988
Cítricos	4.198,0	2.971,0	3.430,0	3.500,0	3.750,0	3.850,0	4.140,0	4.312,0	3.623,0	3.375,0	4.329,0	4.809,0	5.232,0	119,0
Ciruela														651,6
Dátil	450,0	305,0	757,0	750,0	860,0	900,0	622,0	890,0	111,0	363,0	780,7	217,7	637,0	
Higuera	527,0	272,0	219,0	1.100,0	1.500,0	1.680,0	1.978,0	310,0	24,0	180,0	287,0	312,0	519,0	1.766,7
Mango	561,0	619,0	1.257,0	1.300,0	1.460,0	2.950,0	4.270,0	2.853,0	1.459,0	3.472,8	3.458,7	3.276,0	1.586,0	3.231,0
Olivo	370,0	168,0	387,0	250,0	600,0	175,0	507,0	155,0	19,0	21,6	237,0			
Vid	1.210,0	460,0		1.152,0	1.360,0	1.360,0	2.639,0	1.671,6	584,0	1.147,0	1.147,0	1.972,0	2.490,0	3.632,3
Vid P.		165,0	229,0	348,0	450,0	1.000,0								
Aguacate	135	558,0	719,0	750,0	600,0	1.800,0	1.144,0	777,0	984,0	1.649,7	1.514,6	1.300,5	1.195,0	1.939,5
Pasiflora		114,0		650,0	665,0	700,0	695,0	777,0	80,0	433,1				
Otros							25,0	350,0	331,0		575,0	551,5	552,0	23,8
Durazno											280,0	35,0	275,0	221,3
Manzano											3,0	11,4	65,0	50,4
Fresa														222,5
Naranja														3.783,8
Papaya														87,7
Guayaba														48,3
Total	7.451,0	5.632,0	6.998,0	9.800,0	11.245,0	14.415,0	16.020,0	11.386,0	7.135,0	10.018,9	12.612,0	12.485,0	12.551,0	16.375,0

5. REFLEXIONES SOBRE LA RUPTURA DEL PAISAJE HISTÓRICO. APUNTES DESDE EL PASADO HACIA EL FUTURO

Con este proceso histórico, hemos prestado atención al sector agrario al ser la pieza clave en la intervención antrópica sobre la construcción de los paisajes culturales de Baja California Sur. Por un lado, un extenso espacio árido orientado a formas de ganadería extensiva y con enclaves de autosubsistencia como son los oasis. Relictos del modelo agrario preindustrial, el oasis es el escenario de la destrucción de formas comunitarias de manejo de los recursos que fueron pervertidas y presionadas por el otro polo del modelo de desarrollo: la «capitalización de la naturaleza».

Tabla 13. Agricultura y Vegetación en BCS

Concepto	Nombre Científico	Nombre Local	Utilidad
Agricultura 2,33% Sup. Estatal	<i>Zea mays</i> <i>Cicer Arietinum</i> <i>Triticum Aestivum</i> <i>Medicago sativa</i> <i>Citrus Sinensis</i>	Maíz Garbanzo Trigo Alfalfa Naranja	Comestible Comestible Comestible Forraje Comestible
Bosque 1,33% Sup. Estatal	<i>Quercus Tuberculata</i> <i>Quercus Devia</i> <i>Pinus Lagunaea</i> <i>Dodonace Viscosa</i>	Encino Roble Encino Negro Pino Piñón Guayabillo	Leña Leña Maderable Medicinal
Selva 5,67% Sup. Estatal	<i>Lysiloma Candida</i> <i>Bursera Micrphylla</i> <i>Plumeria Acutifolia</i>	Palo Blanco Torote Colorado Cacalosuchil	Forraje Medicinal Artesanal
Matorral 77,84% Sup. Estatal	<i>Pachycerus Pringlei</i> <i>Stenocereus Thurberi</i> <i>Fouquieria dignetii</i>	Cardón Pelón Pitahaya Palo Adán	Medicinal Comestible Comestible
Otro 12,83% Sup. Estatal	<i>Atiplex Julacea</i> <i>Abronia martirima orn.</i> <i>Aristida peninsularis</i>	Chamizo Alfombril Ceitilla	Forraje Forraje
Fuente. CGSNEGI. <i>Carta Uso de Suelo y Vegetación</i> , 1/250000, Ivanova et al. (2002), pp. 414			

Con todo este recorrido histórico sobre la construcción del paisaje agrario sudcaliforniano, podemos realizar una traza sobre las continuidades y discontinuidades del citado proceso, con lo que alentar la puesta en valor de los ecosistemas áridos. En primer lugar, la mediterraneidad de los patrones de cultivo, resultante del poblamiento jesuítico, es uno de los ejes —junto a los usos ambien-

tales californios— sobre los que se asienta la producción agraria durante siglos. Pero este punto de inflexión se enriqueció con un modelo autóctono que complejizó y enriqueció el programa mediterráneo. La aridez definió zonas de refugio para los cultivos mediterráneos —las huertas en los oasis— por su disponibilidad del recurso agua, flujo de materia que se complementó con lo obtenido de las zonas colindantes —materias prima, madera/energía para combustión, etc—. Bien es verdad que junto a esta continuidad, el proceso de agriculización y colonización del espacio agrario fue una constante histórica durante el siglo XIX, ampliando la base productiva del agro.

Pero también se presentan discontinuidades histórico-ambientales que separan su trayectoria de otros «agroecosistemas mediterráneos». En este texto hemos prestado especial atención al paisaje agrario. La complejidad ambiental de este aparentemente frágil conjunto de ecosistemas, devino a lo largo del siglo XIX y del siglo XX en una múltiple estrategia de extracción, comercio y saqueo de los recursos naturales disponibles. Derechos pesqueros (atún, ballenas, camarones, etc.) derechos mineros (desde el primer ejemplo de la Mina el Boleo hasta la difícil continuidad de este negocio en el siglo XX), derechos sobre la sal, orchilla, fueron episodios de un modelo que, desde la política del período del Porfiriato, enajenó los recursos a costa de pretender insertar la economía sudcaliforniana en la economía-mundo.

Frente a esta continuidad en un proceso que transfirió inputs y renta desde lo agrario hacia mercados internacionales, la discontinuidad radicó en la perdurabilidad de una economía ranchera-oasiana anclada en el conocimiento del medio y un uso eficiente del «saber ambiental». Su espejo estaba en el desarrollo de una agricultura orientada hacia los mercados, con una capacidad limitada por la propia escasa disponibilidad de recursos de un medio árido como el sudcaliforniano. En esta dualidad radica una de las potencialidades de futuro, pero a día de hoy es poco visible la puesta en valor del patrimonio ambiental y cultural de la Península.

Nos queda pendiente el análisis sobre la sustentabilidad histórico-ambiental de este paisaje. Sabemos bien que las misiones se convirtieron en unidades de producción, distribución y consumo —está pendiente realizar un balance energético de esta producción con la

información disponible en los Archivos Vaticanos, pero los textos de Baegert, Del Barco o Clavijero ya nos dan muchos indicios viables—. La desaparición de la población indígena y la necesidad de recuperación del territorio con nuevos pobladores para la actividad agrícola, inició un nuevo ciclo en el que los enclaves territoriales con disponibilidad de suelo fértiles y agua —aunque fuera limitada y gestionada por la «viaje microhidráulica misional»— fueron el sustento de la segunda etapa del desarrollo del paisaje agrario. Hasta bien entrado el siglo XX, este modelo de economía orgánica fue emergente e imperante, con buenas dosis de sustentabilidad en la gestión del recurso suelo y agua. Esta economía sustentada en recursos renovables y en el sol como única fuente de energía, perduró hasta la llegada de los combustibles fósiles, los agroquímicos y la aplicación de la fuerza motriz de los combustibles para la generación y distribución de agua como insumo para la ampliación del terreno agrícola. Esta segunda fase sólo fue factible en el seno de un modelo que enajenó a las comunidades el acceso a la biomasa generada por los ecosistemas, la época del saqueo de los recursos.

Llegados a este punto, la biotecnología, la agricultura intensiva, la revolución verde como paquete productivo presenta, como ejemplo paradigmático en la península de Baja California, signos de agotamiento y poca viabilidad. La respuesta está en la puesta en valor de nuevos proyectos, desde la agricultura ecológica/orgánica con buenas redes de comercialización internacional y apostar por el valor agregado, fruto tanto de la seguridad y soberanía de los productores como de los consumidores, que esta nueva/vieja forma de agricultura contiene.

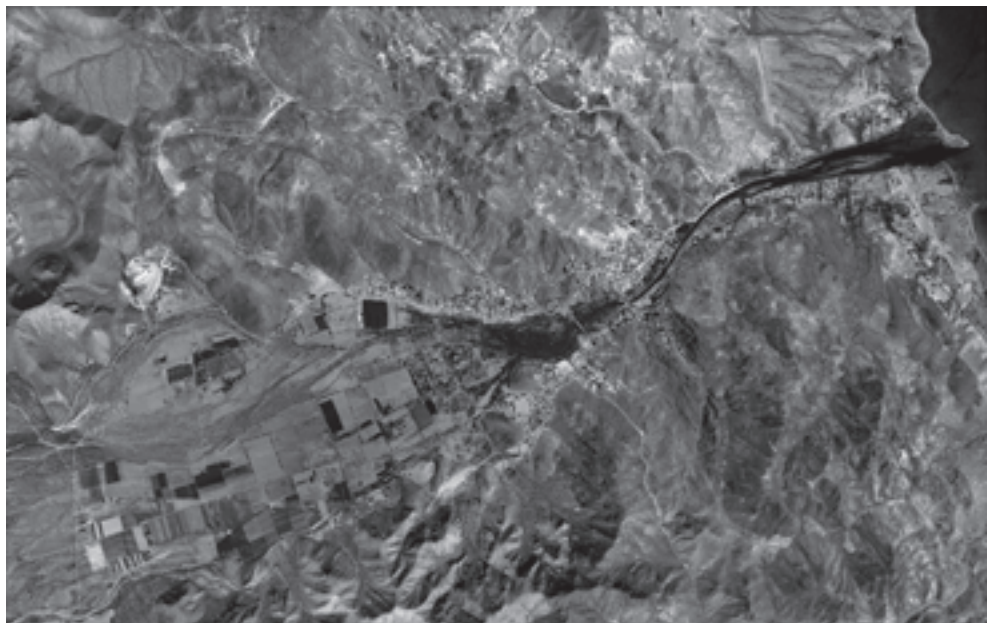
Frente a los dos mundos agrarios, la pequeña agricultura recluida en territorios oasis limitados por el stock de tierra y agua junto a la extendida agricultura de regadío, las comunidades humanas tienen también limitadas opciones de futuro. Sujetos sociales que se ven presionados por los cantos de sirena de las oportunidades de empleo en el sector turístico de masas, imprimen un nivel de despoblamiento, de inversión de la pirámide poblacional y generacional que lastra, puede que de forma irreversible, el futuro de estos agroecosistemas.

6. LOS RELICTOS DEL PAISAJE: OASIS COMO ESTRATEGIA PARA LA CO-OPERACIÓN AL DESARROLLO

El paisaje árido de Baja California está salpicado de puntos de surgencia de agua, de unos oasis que fueron resultado del cruce de deseos de diversos grupos humanos, transmisores y cuidadores de unos jardines de agua y especies mediterráneas que se cruzaron con especies autóctonas de rango tropical. Pero si como indicábamos al inicio de este texto, el mapa de Baja California Sur nos ofrece una red de oasis que teje el territorio y hace de nodo para las relaciones comerciales y agrícolas, la realidad hoy es muy cruel para con estos enclaves de biodiversidad, concepto solo asumible como la suma de naturaleza y cultura, para cambiar la racionalidad económica desde abajo y adentro, para asentar nuevos territorios de vida (Leff, E., 2010: 77).

Oasis no es un solo un espacio ambiental en el que podemos datar y rastrear la presencia y huella de los diferentes pobladores y colonizadores que han residido en estas zonas. Oasis es un depósito de paisaje cultural en el que se refleja un patrimonio material —misiones, arquitectura popular, hidráulica, etc.— junto a un patrimonio biótico —especies, cultivos, fauna, flora silvestre—, resultado del saber ambiental que sólo es un trasunto de una identidad oasiana. Una identidad socioambiental que se fundamenta en el legado rancharo, unos manejadores de recursos agrícolas y ganaderos con una perspectiva integral, de la que sólo se pueden extraer lecciones para el futuro. Sabían que disponían de una diversidad potencial de recursos que les hacía innecesaria la ruptura con la frontera semiótica que suponía el espacio oasis, que era el germen de su autosuficiencia alimentaria y productiva.

Ahora queda el futuro, el futuro de los oasis. Podemos constatar una compleja realidad en el paisaje de los oasis. Existe una amplia gama de casos que esconden problemáticas diversas de futuro. Tomemos algunos ejemplos: El oasis de Mulegé como ejemplo de oasis costero que presenta graves amenazas de presión urbanística que genera en la sociedad un rechazo ausencia de relación con el palmeral. Abandono, ruptura del equilibrio urbano rural, uso del fuego como mecanismo de limpieza y eliminación de individuos sobrantes dentro del palmeral, nos evidencian la ausencia de plan de ordenación y puesta en valor de este oasis.



Dimensión, perímetro y ubicación oasis-misión Mulegé. Fuente Google Earth



Daños por derribos y ampliación del perímetro urbano en Mulegé. Foto Antonio Ortega Santos

Es un espacio con evidentes procesos de degradación y desarticulación oasiana, urbanizado, con una pérdida de los usos agroambientales de las especies y convertido en un relicto vital para la ciudad que es oteada desde la misión jesuítica enclavada arriba del palmeral. Presenta serios problemas para su recuperación socioambiental, dada la sustitución de los usos productivos de las palmeras por especies alóctonas orientadas a la exportación con fines ornamentales. Es un espacio definido por el abandono-rechazo-olvido de la población que mira hacia otras actividades productivas —urbanización, turismo de masas, etc.— y que ha dejado desprovisto al oasis del valor generador de rentas socioambientales, más allá de la prestación de salarios por tareas de aclareo y limpieza en el palmeral.

Por otro lado, espacios oasianos como el de San Francisco Javier son un buen ejemplo de la perdurabilidad de los usos mediterráneos asociados a cultivos preexistentes.



Dimensión, perímetro y ubicación oasis-misión San Francisco Javier V. Biaundó.

Fuente Google Earth

Frente al modelo de rechazo y abandono en Mulegé, San Francisco Javier V. Biaundó es un modelo en el que perduran los usos agrícolas y ganaderos, con la integración de huertas dentro del espacio misional con palmeras, ubicadas alrededor del río citado. Perduró el modelo hidráulico misional conformado por la represa, arriba de la misión, como origen del abastecimiento hidráulico a la zona en cultivo, con canales de distribución a ambos lados, y manteniendo la pendiente, del oasis y la curva del río. Junto a la pervivencia de cultivos autóctonos, el patrón agrícola se ajusta al tipo mediterráneo con la presencia de naranjos, higueras, vides y olivos, en el caso de esto último convertido en los delimitadores del perímetro de las huertas y fijador de los muros que separan a éstas.



Huertas en oasis-misión San Francisco Javier V. Biaundó. Foto Antonio Ortega Santos



Olivos en el perímetro de las huertas en San Francisco Javier V. Biaundó.

Foto: Antonio Ortega Santos



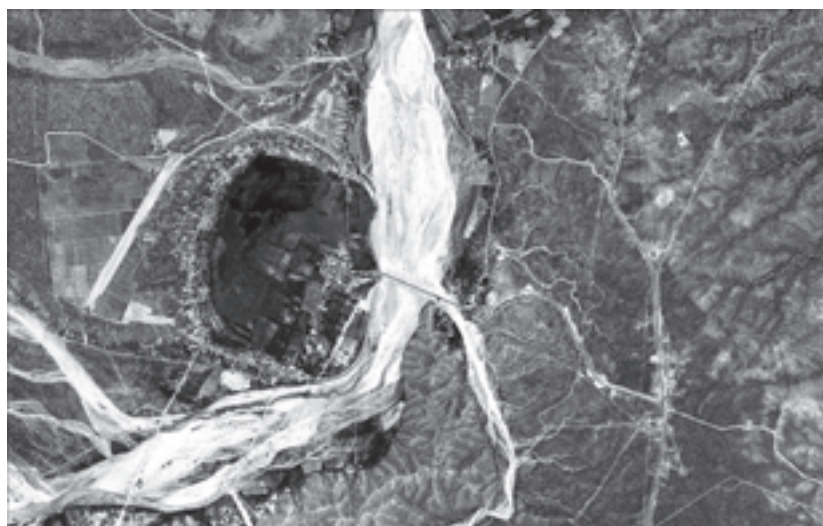
*Olivos y materiales para riego
localizado en el oasis-misión
S. Francisco Javier V. Biaundó.
Foto: Antonio Ortega Santos*

Es un modelo que se sustenta en el uso eficaz del recurso agua, con un creciente proceso de irrigación controlada y dirigida en el espacio con instalaciones provisionales, y con un derecho consuetudinario de reparto de los usos de riego que, como bien detectamos en el trabajo de historia oral en curso, está atento no sólo a la disponibilidad del bien sino que ajusta los patrones de cultivos a los ciclos del agua. Las rotaciones en los cultivos, la entrada de las hortalizas en las huertas y su cosecha está regida por el ciclo del agua que redistribuye la presa aguas arriba, pero incluso el reglamento de agua establece que los propietarios de tierras reducen y ajustan el derecho de uso al bien agua disponible. Es un buen ejemplo de la perdurabilidad —y potencialidad— del modelo agroganadero del gestión del espacio oasis que mantiene una constante en la identidad de las comunidades frente al recurso, que mantiene niveles básicos de aprovisionamiento para la comunidad pero que opta también por ciclos de cultivos —hortalizas y vegetales básicamente— orientados a la comercialización en mercados locales.



Paisaje agrario de La Purísima. Foto: Antonio Ortega Santos

Pero no todos los modelos demuestran el éxito en la gestión agrícola del espacio. Al sur de la Península y con la presión del complejo turístico de los Cabos amenazando el futuro, el oasis de Santiago sufre similares procesos de degradación y apuesta por la ganaderización extensiva.



Dimensión, perímetro y ubicación del oasis de la misión de Santiago. Fuente Google Earth

Se ha transmutado el modelo agrícola, concentrado en las zonas de huerta, una agricultura intensiva en regadío que genera valor y producto para los mercados locales, para un alta demanda, fruto del mayor contingente de población de toda la Península concentrado en esta zona. Esta apuesta marginaliza el espacio oasis, los usos vinculados a la palmera y potencia la imagen de abandono del este elemento del agroecosistema.

Alcanzado el punto de reflexión y visualización de los problemas del paisaje cultural de los oasis, es necesaria una apuesta de futuro, una prospectiva de la potencialidad que estos espacios tienen para con las condiciones de habitabilidad y desarrollo sustentable. Pero el abandono, el desuso de los oasis —por lo menos en opciones de sustentabilidad a largo plazo y no vinculados a los usos agrarios industriales— nos debe hacer recapacitar sobre los puntos fuer-



Aspecto del palmeral en el oasis de la misión de Santiago. Foto Antonio Ortega Santos

tes que podemos detraer de la generación de nuevos programas de acción socioambiental para la puesta en valor de los oasis.

Es obvio que la recuperación debe venir precedida de un análisis sobre la potencialidad de estos agroecosistemas, que podríamos resumir en:

- a) son agroecosistemas frágiles, de alta vulnerabilidad y dificultad de resiliencia, por lo que podemos programar trabajos de alto nivel de eficiencia para detectar el impacto del cambio climático. Pueden ser observatorios de alta precisión para la detección del citado problema de crisis ambiental global.
- b) Enlazado con el punto anterior, dibujan un paisaje mediterráneo con alto nivel de perdurabilidad histórica y por tanto, permite el estudio acertado e intenso de las tasas de continuidad de las diferentes especies, incluyendo la adaptabilidad, niveles de producción y rentabilidad socioambiental de estas especies.
- c) Con estos elementos, podemos discernir la potencialidad/viabilidad de los oasis para la puesta en marcha de proyec-

tos que optimicen los recursos y puntos fuertes de cada uno. Así como en San Francisco Javier, San Miguel-San José Comondú o Santiago se dispone de elementos que nos indican la utilidad de proyectos orientados a la agroecología y/o agricultura orgánica, territorios como el de San Ignacio entre otros pueden diseñar programas micro que pongan en valor todo el depósito de diversidad biológica y cultural que sean palanca para activar proyectos de ecoturismo —la experiencia de Cabo Pulmo puede ser una experiencia reveladora de esa viabilidad (Alba Gámez, A., 2008)—.

- d) Esta potencialidad doble no tiene porqué ser excluyente. El trazado de rutas culturales puede incorporar la puesta en valor tanto de los oasis como espacios culturales-arquitectónicos como depósitos de conocimiento del medio ambiente. Programas adaptados que se orienten a sectores-grupos sociales determinados y que permitan desde una práctica estetizante en su relación con el medio ambiente, servir de sostén para el futuro de las economías oasianas.

A modo de conclusión, nada de lo aquí expresado tiene sentido sin asumir la «humildad metodológica» que debe impregnar a todo proceso de pensamiento por parte de actores y científicos sociales. El respeto a una cultura oasiana, sustentada en el conocimiento acumulado sobre un medio definido por la aridez extrema, nos obliga a despojarnos de la epistemología occidental-europea. Las formas en las que se han generado prácticas, programas y acciones orientadas al autoabastecimiento, cosmovisiones y modelos de gestión-gobernanza comunitaria nos tiene que empujar a (de)colonizar el conocimiento empírico y social. Tenemos como bien indicaba Anibal Quijano (1999) que romper y trascender la colonialidad del poder y del saber, trascendiendo la división binaria cartesiana entre naturaleza y sociedad, una división que descarta por completo la relación milenaria entre seres, plantas y animales como también entre ellos, los mundos espirituales y los ancestros(como seres también vivos) (Walsh, C., 2002).

El propósito de futuro nos debe guiar por una pluriversalidad de perspectivas epistemológicas que dialogan entre ellas, que visibilizan y acreditan experiencias sociales, locales, no tenidas en

cuenta por la realidad hegemónica. A ello nos debemos aplicar desde el trabajo de científicos sociales, generando nuevos lugares de pensamiento y acción social. En este sentido, nos queda el ejercicio empírico y sensitivo de escuchar lo que nos dicen los habitantes de los oasis, en el tiempo presente y en el pasado, nos queda la lección de la sustentabilidad —no exenta de errores— como práctica para un nuevo modelo de (de)crecimiento. Nos quedan por aprender nuevas enseñanzas de la historia ambiental.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOT, P. (1990): *Historia de la Ecología*, Madrid, Ed. Taurus.
- ALBA GÁMEZ, A. (Ed.), (2008): *Turismo y Sustentabilidad en Cabo Pulmo*, BCS, San Diego State University, UABCS-CONACYT.
- BAEGERT, J. J. (1989): *Noticias de la Península Americana de California*, (1.^a edición en alemán, año 1772), La Paz, B.C. Sur.
- BALBOA LÓPEZ, X. (1990): *O Monte en Galicia*, Vigo, Ed. Xerais.
- BERNABÉU ALBERT, S. (2000): «Introducción». En Bernabeu Albert, S. (ed.): *El Septentrión Novohispano. Ecohistoria, Sociedades e Imágenes de Frontera*, Col. Tierra Nueva e Cielo Nuevo, Madrid, CSIC, págs. 9-21.
- CARIÑO OLVERA, M. (2000): «Tres Modelos para el Análisis Histórico de las Relaciones Hombre-Espacio en Sudcalifornia (1500-1940)». En Bernabeu Albert, S. (ed.): *El Septentrión Novohispano. Ecohistoria, Sociedades e Imágenes de Frontera*, Col. Tierra Nueva e Cielo Nuevo, Madrid, CSIC, págs. 21-39.
- CASTRORENA DAVIS, L. (1992): *Sudcalifornia. El rostro de una identidad*, México D.F., Castellanos Editores-ISC.
- CASTRORENA DAVIS, L.; BRECEDA SOLÍS, A. (2008): *Remontando el Cañón de la Zorra. Ranchos y Rancheros de la Sierra de la Laguna*, La Paz, Gobierno Estado Baja California Sur-Instituto Sudcaliforniano de Cultura-Secretaría Turismo Estado - Ayuntamiento de La Paz, CONACULTA.
- CLAVIJERO, F.J. (2007): *Historia de la Antigua o Baja California*, México, ed. Porrúa.
- CRONON, W. (1993): «The Uses of Environmental History». En *Environmental History Review*, vol. 17, n.º 3, EEUU, American Society for Environmental History, págs. 1-23.
- CROSBY, A. (1988): *Imperialismo Ecológico. La Expansión Biológica de Europa, 900-1900*. Barcelona, Ed. Crítica.

- DOVERS, S. (2000): «On the contribution of Environmental History to Current Debate Policy». En *Environment and History*, vol.6, n.º 2, págs. 131-151.
- DUNMIRE, W. W. (2004): *Gardens of New Spain. How Mediterranean plants and foods changed America*, Austin, University of Texas Press.
- GARRABOU, R. et al (eds. 2010): *La reposición de la fertilidad en los sistemas agrarios tradicionales*, Barcelona, Ed. Icaria, Perspectivas Agroecológicas 6.
- GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (2001): «Condicionantes ambientales del crecimiento agrario español, siglos XIX y XX». En Pujol, J. et al *El Pozo de todos los males*, Barcelona, Ed. Crítica, págs. 43-94.
- GUHA, R.; MARTÍNEZ ALIER, J. (1997): *Varieties of Environmentalism. Essays North and South*, Londres, Earthscan Publications.
- IVANOVA BONCHEVA, A. et al. (2002): *Comercio y Desarrollo Sustentable en SudCalifornia (siglos XIX y XX)*, La Paz, UABCS-SEP-CONACYT.
- LEFF, E. (2010): «Sustentabilidad, Diversidad Cultural y Diálogo de Saberes». En *Discursos Sustentables*, México, Siglo XXI, pag. 77.
- MARTÍNEZ ALIER, J. (1995): «Indicadores de sustentabilidad y conflictos distributivos ecológicos», *Ecología Política*, n.º 10, Alcalá de Henares, CIP-Icaria, págs. 35-43.
- MARTÍNEZ ALIER, J. (2005): *El Ecologismo de los pobres. Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*, Barcelona, Ed. Icaria.
- MARTÍNEZ BALBOA, A. (1981): *La Ganadería en Baja California Sur*, vol. 1, La Paz.
- NORGAARD, R. (1994): *Development betrayed. The end of progress and coevolutionary revisioning of the future*, Londres, Routledge Press.
- O'CONNOR, J. (1997): «¿Qué es la Historia Ecológica? ¿Por qué la Historia Ecológica?», *Ecología Política*, n.º 14, Barcelona, Ed. Icaria, págs. 115-131.
- ORTEGA SANTOS, A. (2000): «Common woodlands in mediterranean societies: commercial management versus forms of peasant resistance in Andalucía (Spain), 1750-1930». En Agnoletti, M.; Sven A. (eds.): *Forest History. Internacional Studies on Socioeconomic and Forest Ecosystem Change*, New York, CABI Publishing, págs. 223-237.
- ORTEGA SANTOS, A. (2001a): «La desarticulación de la propiedad comunal en España, siglos XVIII-XX: una aproximación multicausal y socioambiental a la historia de los montes públicos», *Ayer*, n.º 42, Madrid, Ed. Marcial Pons-Asociación de Historia Contemporánea, págs. 191-213.
- ORTEGA SANTOS, A. (2001b): «Montes comunales en sociedades mediterráneas: modos de uso de los recursos naturales en Andalucía Oriental,

- siglos XVIII-XX». En González de Molina, M.; Martínez Alier, J. (eds.): *Naturaleza Transformada. Estudios de Historia Ambiental en España*, Barcelona, Ed. Icaria, págs. 367-391.
- ORTEGA SANTOS, A. (2002): *La Tragedia de los Cerramientos. Desarticulación de la Comunalidad en la Provincia de Granada*, Alzira, Centro Francisco Tomás y Valiente-Fundación Instituto de Historia Social.
- ORTEGA SANTOS, A. (2007): «Where have all the flowers gone? Aprovechamientos forestales y desarticulación de la comunalidad en la provincia de Granada, siglos XIX-XX». En Araque Jiménez, E.; Sánchez Martínez, J.D. (eds.): *Los montes andaluces y sus aprovechamientos: experiencias históricas y propuestas de futuro*, Jaén, Universidad, págs. 59-95.
- POLANYI, K. (1999): *La gran transformación: crítica del liberalismo económico*, Madrid, Ed. La Piqueta, Genealogía del Poder, n.º 17.
- QUIJANO, A. (1999): «Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina». En Castro-Gómez, S.; Guardiola Rivera, O.; Millán de Benavides, C. (eds.): *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*, Bogotá, Colección Pensar-Centro Editorial Javeriano.
- SIEFERLE, R.P. (2001): «¿Qué es la Historia Ambiental?». En González de Molina, M.; Martínez Alier, J. (eds.): *Naturaleza Transformada*, Barcelona, Ed. Icaria, págs. 31-55.
- SOTO FERNÁNDEZ, D. (2003): *Transformacions productives na agricultura galega contemporánea. Da agricultura orgánica á Revolución Verde (1752-1986). Unha aproximación a partir das macromagnitudes*, Santiago de Compostela, Universidad.
- TREJO BARAJAS, D. (1999): *Espacio y Economía en la Península de California, 1785-1860*, La Paz, UABCS.
- URCIAGA, J. (2008): «La agricultura en Baja California Sur. Una Perspectiva de largo plazo (1900-2005)». En Cariño Olvera, M. et al. (eds.): *Del Saqueo a la Conservación. Historia ambiental contemporánea de Baja California Sur, 1940-2003*, La Paz, UABCS-SEMARNAT-INECONACYT, págs. 249-279.
- VICENT, M. A. (1998): *Desarrollo, Planificación y Medio Ambiente en Baja California Sur*, La Paz, UABCS-Gobierno del Estado.
- WALSH, C.; Schwy, F.; Castro-Gómez, S. (eds.), (2002): *Indisciplinarlas ciencias sociales*, Quito, UASB-Abya Yala.
- WORSTER, D. (1977): *Nature's Economy. A History of Ecological Ideas*. Cambridge, Cambridge University Press.
- WORSTER, D. (1998): «Doing Enviromental History». En Worster, D. (ed.): *The End of the Earth*. Cambridge, Cambridge University Press, págs. 289-306.

WRIGLEY, E.A. (1992): «Why Poverty was inevitable in Traditional Societies». En J.A. Hall, J.A.; Jarvie, I.C. (eds.): *Transition to Modernity. Essays on Power, Wealth and Belief*, Cambridge, Cambridge University Press, págs. 91-110.